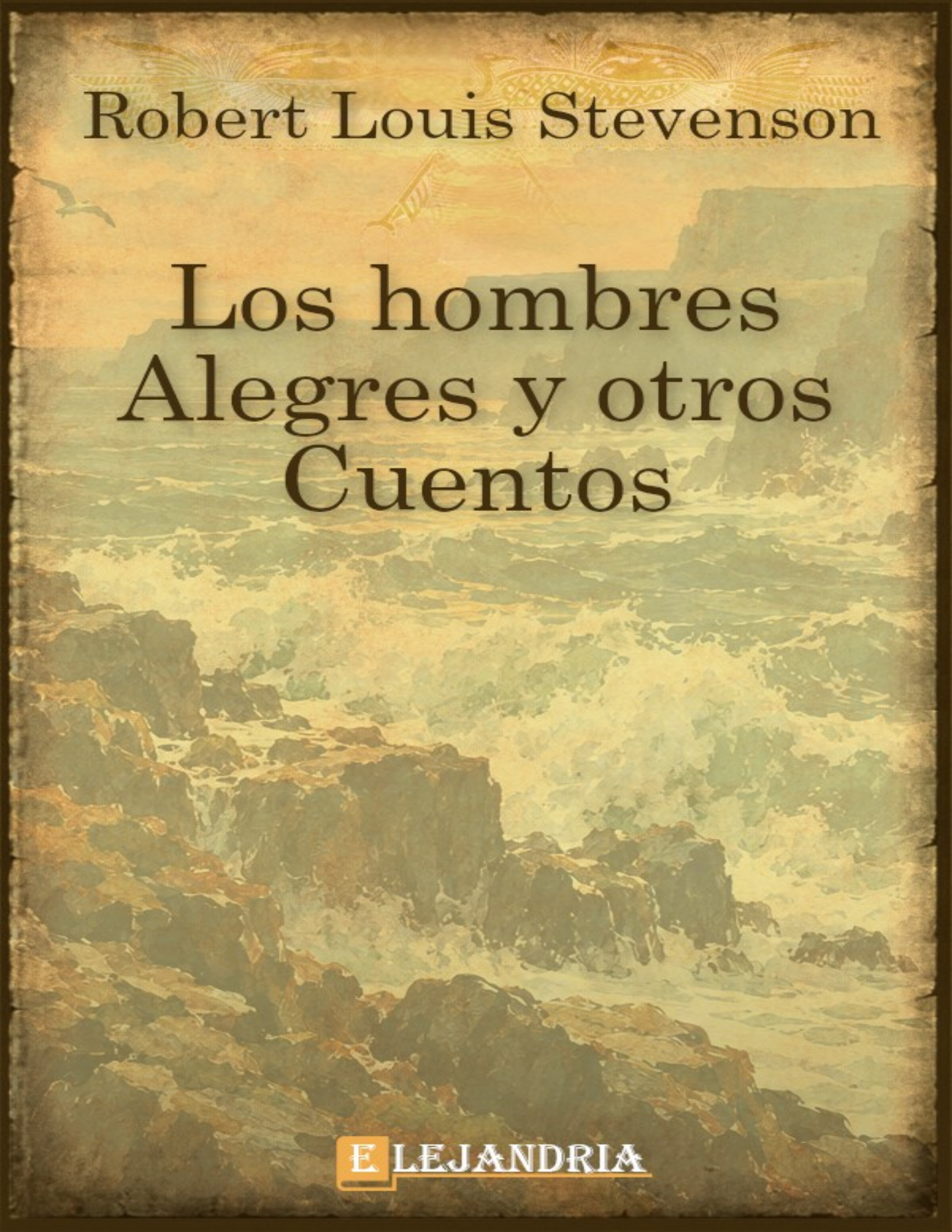
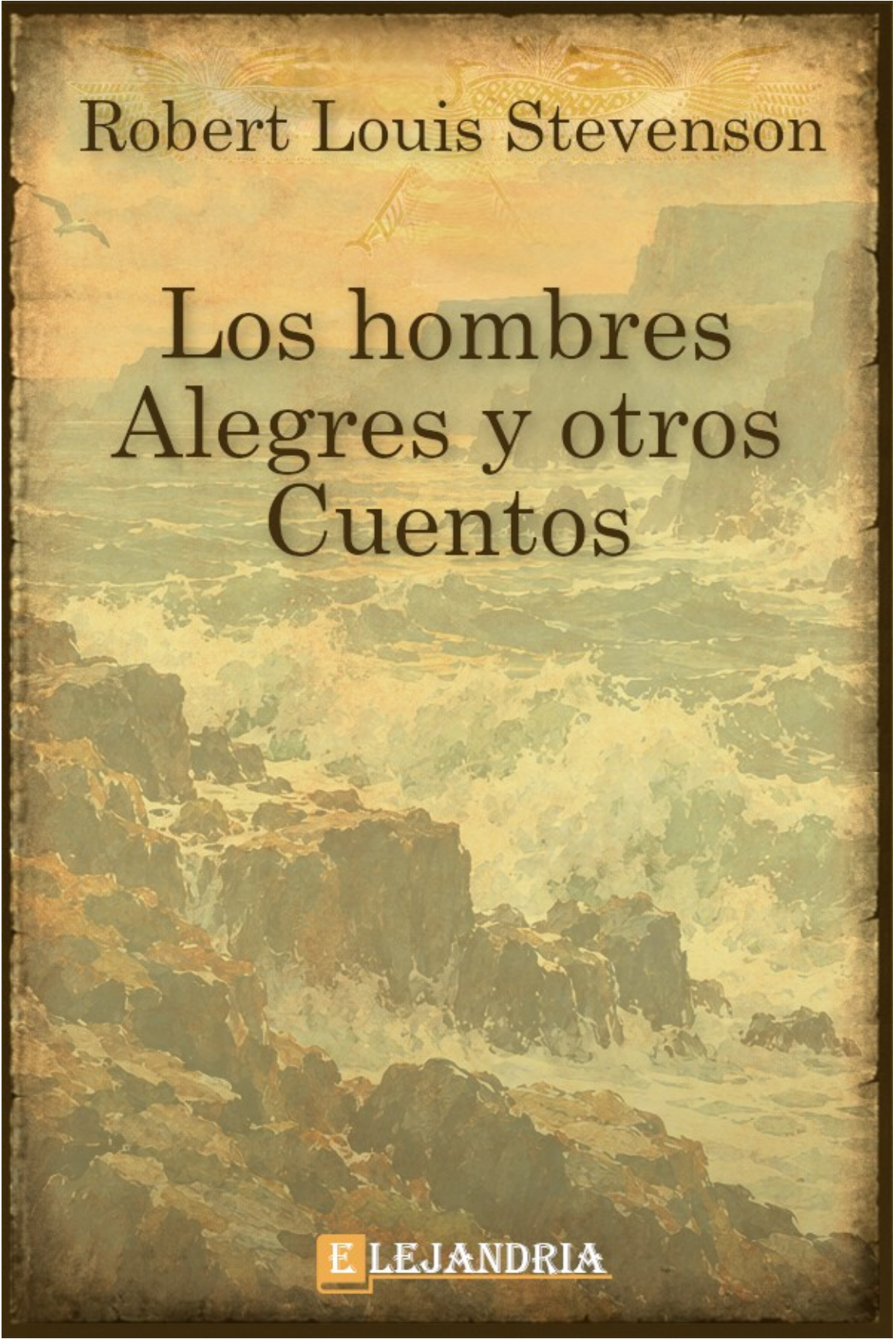




Robert Louis Stevenson

Los hombres
Alegres y otros
Cuentos

E LEJANDRIA



Robert Louis Stevenson

Los hombres
Alegres y otros
Cuentos

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LOS HOMBRES ALEGRES Y OTROS CUENTOS

ROBERT LOUIS STEVENSON

PUBLICADO: 1887
FUENTE: WWW.GUTENBERG.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

NOTA PRELIMINAR

Tres de los cuentos que siguen aparecieron en el *Cornhill Magazine*; uno, en *Longman's*; otro, en el anuario navideño del señor Henry Norman, y otro, en la *Court and Society Review*. El autor desea expresar el debido reconocimiento a los editores correspondientes.

DEDICATORIA

Mi querida lady Taylor:

A su nombre, aunque lo escribiera en bronce, nada podría yo añadir; ya lo escribió, más alto de lo que yo podría soñar con alcanzar, una mano fuerte y querida; y si ahora le dedico estos cuentos, no es como el escritor que le trae su obra, sino como el amigo que quisiera recordarle su afecto.

ROBERT LOUIS STEVENSON

Skerryvore, Bournemouth.

LOS HOMBRES ALEGRES

I. EILEAN AROS

Era una hermosa mañana de finales de julio cuando emprendí a pie por última vez el camino hacia Aros. La noche anterior, un bote me había dejado en tierra en Grisapol; desayuné lo que pudo ofrecerme la pequeña posada y, dejando todo el equipaje para recogerlo en otra ocasión por mar, crucé el promontorio de derecho con el ánimo ligero.

Yo estaba muy lejos de ser natural de aquellos parajes, pues descendiendo de pura cepa de las tierras bajas. Pero un tío mío, Gordon Darnaway, tras una juventud pobre y azarosa y algunos años en la mar, había contraído matrimonio con una joven de las islas; se llamaba Mary Maclean, la última de su estirpe; y cuando murió dando a luz a una hija, Aros, la granja rodeada de mar, quedó en su poder. Me consta que no le reportaba sino lo justo para vivir; pero era un hombre perseguido por la desgracia; temeroso de emprender nuevas aventuras en la vida, cargado como estaba con la niña pequeña, permaneció en Aros mordiéndose las uñas contra el destino. Los años pasaron sobre su cabeza en ese aislamiento sin traerle ayuda ni consuelo. Entretanto, nuestra familia se fue extinguiendo en las tierras bajas; poca suerte ha tenido cualquiera de esa estirpe; y quizás mi padre fue el más afortunado de todos, pues no solo fue de los últimos en morir, sino que dejó un hijo que llevara su nombre y algún dinero para sustentarlo. Yo era estudiante en la Universidad de Edimburgo, viviendo con suficiente holgura con mis propios medios, pero sin parientes ni allegados; cuando alguna

noticia mía llegó al tío Gordon en el cabo de Grisapol; y él, que era hombre que ponía la sangre por encima del agua, me escribió el mismo día que supo de mi existencia y me enseñó a considerar Aros como mi hogar. Así fue como vine a pasar mis vacaciones en aquella parte del país, tan apartada de toda sociedad y comodidad, entre bacalaos y urogallos; y así fue como ahora, terminadas mis clases, regresaba allá con el corazón tan alegre aquel día de julio.

El cabo, como lo llamamos nosotros, es un promontorio ni ancho ni elevado, pero tan agreste como Dios lo creó en su día; el mar profundo a ambos lados, lleno de islas escarpadas y arrecifes muy peligrosos para los navegantes—todo dominado por el este por altos acantilados y los grandes picos del Ben Kyaw. *La Montaña de la Niebla*, dicen que significa en lengua gaélica; y bien puesto está el nombre. Pues esa cima, que se alza a más de novecientos metros de altitud, atrapa todas las nubes que llegan soplando desde el mar; y, en verdad, a menudo pensaba yo que las fabricaba ella misma; pues cuando el cielo estaba despejado hasta el nivel del mar, siempre había un penacho de niebla en el Ben Kyaw. Traía lluvia también, y en consecuencia era un cenagal hasta la cima. He llegado a ver cómo nos sentábamos al pleno sol en el cabo mientras la lluvia caía negra como crespón sobre la montaña. Pero aquella humedad la hacía parecer a menudo más hermosa a mis ojos; pues cuando el sol hería las laderas, había muchas rocas mojadas y cursos de agua que brillaban como joyas incluso desde Aros, a veinticuatro kilómetros de distancia.

El camino que seguía era una senda de ganado. Serpenteaba de tal modo que casi doblaba la longitud de mi viaje; discurría sobre peñascos ásperos de modo que había que saltar de uno a otro, y por fondos blandos donde el musgo llegaba casi a la rodilla. No había ningún cultivo en toda la extensión, y ni una casa en los dieciséis kilómetros que hay de Grisapol a Aros. Casas, claro, las había—al menos tres; pero estaban tan apartadas a un lado o a otro que ningún forastero podría haberlas encontrado desde la senda. Gran parte del cabo está cubierta de grandes rocas de granito, algunas mayores que una casa de dos habitaciones, una junto a otra, con

helechos y brezo espeso entre ellas donde crían las víboras. Viniera de donde viniese el viento, siempre era aire de mar, tan salado como en un barco; las gaviotas volaban tan libres como los urogallos por todo el cabo; y cada vez que el camino subía un poco, la vista se encendía con el brillo del mar. Desde el mismísimo centro de la tierra, en un día de viento y marea alta de primavera, he oído el Roost rugir como una batalla por donde corre junto a Aros, y las voces grandes y aterradoras de las rompientes que llamamos los Hombres Alegres.

Aros en sí—Aros Jay, le he oído llamar a los lugareños, y dicen que significa *la Casa de Dios*—Aros en sí no era propiamente un trozo del cabo, ni era tampoco del todo un islote. Formaba el ángulo sudoeste de la tierra, encajado junto a ella, y solo en un punto estaba separada de la costa por un pequeño estrecho de mar, de no más de doce metros de anchura en su parte más angosta. Cuando la marea estaba alta, era aquel estrecho claro y tranquilo, como un remanso de río interior; solo que había una diferencia en las algas y los peces, y el agua misma era verde en lugar de parda; pero cuando bajaba la marea, en la vaciante más pronunciada, había uno o dos días al mes en que se podía pasar a pie enjuto de Aros al continente. Había buenos pastos, donde mi tío tenía las ovejas de que vivía; quizás el pasto era mejor porque el terreno del islote se alzaba más que el nivel general del cabo, pero esto no soy yo quien pueda determinarlo. La casa era buena para aquella comarca, de dos plantas. Miraba al oeste sobre una bahía, con un embarcadero cerca para un bote, y desde la puerta podías ver los vapores que se formaban sobre el Ben Kyaw.

En toda esta parte de la costa, y especialmente cerca de Aros, esas grandes rocas de granito de que he hablado bajan juntas en grupos al mar, como el ganado en un día de verano. Allí están, iguales en todo a sus vecinas de tierra firme; solo que el agua salada solloza entre ellas en lugar de la tierra quieta, y manchas de clavelinas de mar florecen en sus flancos en lugar de brezo; y el gran congrio marino se enrosca en su base en lugar de la venenosa víbora de tierra. En los días de calma se puede andar entre ellas en

bote durante horas, con el eco siguiéndote por el laberinto; pero cuando el mar se levanta, ¡que Dios ampare al hombre que oye hervir ese caldero!

Al sudoeste de Aros estas rocas son muy numerosas y de mucho mayor tamaño. Es más, deben crecer monstruosamente hacia alta mar, pues hay unos dieciocho kilómetros de aguas abiertas sembradas de ellas tan densamente como un pueblo de casas, algunas asomando unos nueve metros sobre la marea alta, otras cubiertas, pero todas peligrosas para los barcos; de suerte que en un día claro con viento del oeste he contado desde lo alto de Aros las grandes olas rompiendo blancas y pesadas sobre cuarenta y seis arrecifes sumergidos. Pero es más cerca de la costa donde el peligro es mayor; pues la marea, que corre aquí como una acequia de molino, forma un largo cinturón de aguas revueltas—un *Roost*, lo llamamos—a la cola del cabo. He salido allá muchas veces en calma chicha en la pausa de la marea; y es un lugar extraño, con el mar arremolinándose y encrespándose y hirviendo como los calderos de una cascada, y de vez en cuando un pequeño murmullo danzarín, como si el *Roost* hablara consigo mismo. Pero cuando la marea empieza a correr de nuevo, y sobre todo con temporal, no hay hombre que pueda acercar un bote a menos de ochocientos metros, ni barco a flote que pudiera gobernar ni sobrevivir en semejante lugar. Su rugido se oye a casi diez kilómetros. En el extremo que mira al mar es donde la espuma es más fuerte; y es aquí donde esas grandes rompientes danzan juntas—la danza de la muerte, bien podría llamársele—y que han recibido el nombre, en estas tierras, de los Hombres Alegres. He oído decir que alcanzan los quince metros de altura; pero eso debe ser solo el agua verde, pues la espuma sube el doble de eso. Si les vino el nombre de sus movimientos, que son veloces y extravagantes, o del griterío que hacen al cambiar la marea, con el que tiembla todo Aros, es algo que no puedo decir.

La verdad es que, con viento del sudoeste, aquella parte de nuestro archipiélago no es más que una trampa. Si un barco lograba pasar entre los arrecifes y capear los Hombres Alegres, no le quedaba sino ir a varar en la costa sur de Aros, en la bahía de

Sandag, donde tantas cosas funestas le ocurrieron a nuestra familia, según me propongo contar. El recuerdo de todos esos peligros, en el lugar que tan bien conocía, me hace particularmente bienvenidas las obras que hoy se llevan a cabo para instalar faros en los cabos y boyas a lo largo de los canales de nuestras islas inhóspitas, ceñidas de roca.

Los lugareños tenían muchas historias sobre Aros, que yo solía escuchar de boca de Rorie, el criado de mi tío, un viejo servidor de los Maclean que había trasladado sus servicios sin pensárselo dos veces con motivo del matrimonio. Había un cuento sobre una criatura aciaga, un kelpie marino, que moraba y hacía de las suyas a su propia y terrible manera entre las rompientes hirvientes del Roost. Una sirena había encontrado en cierta ocasión a un gaitero en la playa de Sandag, y allí le cantó una larga y luminosa noche de pleno verano, de suerte que al amanecer lo hallaron trastornado de la mente, y desde entonces hasta el día de su muerte no decía más que una sola frase; cuáles eran las palabras en gaélico original no puedo decirlo, pero así las tradujeron: «Ay, el dulce canto que viene del mar.» Se sabe de focas que merodean por aquella costa que hablaron al hombre en su propia lengua, anunciando grandes desastres. Fue aquí donde cierto santo desembarcó por primera vez en su viaje desde Irlanda para convertir a los hebridianos. Y, en verdad, creo que bien merecía llamarse santo; pues, con las embarcaciones de aquella época remota, hacer tan áspera travesía y desembarcar en costa tan traicionera era algo que lindaba con lo milagroso. A él, o a alguno de los monjes que estaban bajo su mando y que tenían allí una celda, debe el islote su nombre sagrado y hermoso: la Casa de Dios.

Entre esos cuentos de viejas había uno que me inclinaba a escuchar con mayor credulidad. Según me contaron, en aquella tempestad que dispersó los barcos de la Armada Invencible por todo el norte y el oeste de Escocia, un gran navío fue a varar en Aros y, ante los ojos de algunas personas solitarias en lo alto de una colina, se hundió en un instante con toda su tripulación, con el pabellón izado incluso mientras se iba a pique. Había cierta verosimilitud en

ese relato; pues otro barco de aquella flota yacía hundido al norte, a unos treinta y dos kilómetros de Grisapol. Se contaba, a mi parecer, con más detalle y solemnidad que las demás historias, y había una particularidad que me convenció en buena medida de su veracidad: que el nombre del barco aún se recordaba, y sonaba, a mis oídos, a español. Lo llamaban el *Espirito Santo*, un gran navío de muchas cubiertas de cañones, cargado de tesoros y de grandes de España y de fieros soldados, que ahora yacía a muchas brazas para toda la eternidad, terminadas sus guerras y sus navegaciones, en la bahía de Sandag, al oeste de Aros. No más salvas de artillería para ese alto navío, el «Espíritu Santo», no más buenos vientos ni venturosas singladuras; solo pudrirse allá en el fondo entre el sargazo marino y oír el griterío de los Hombres Alegres cuando la marea subía en torno a la isla. Fue un pensamiento extraño para mí desde el primer momento hasta el último, y no hizo sino volverse más extraño cuanto más aprendí de España, de donde había zarpado con tan orgullosa compañía, y del rey Felipe, el rey opulento, que la envió a aquella campaña.

Y ahora debo contaros que, mientras caminaba desde Grisapol aquel día, el *Espirito Santo* ocupaba muy a menudo mis pensamientos. El entonces rector del Colegio de Edimburgo, aquel famoso escritor que era el doctor Robertson, me había tomado en buena consideración, y por su encargo había estado trabajando sobre algunos papeles de antigua data, reordenándolos y desechando lo que carecía de valor; y en uno de ellos, con gran asombro por mi parte, encontré una mención de ese mismo barco, el *Espirito Santo*, con el nombre de su capitán, y cómo llevaba gran parte del tesoro de los españoles y había naufragado en el cabo de Grisapol; pero en qué lugar exacto, las salvajes tribus de aquel tiempo y lugar no habían dado información alguna a los enviados del rey. Poniendo unas cosas con otras, y cotejando la tradición de nuestra isla con aquella nota de las pesquisas del viejo rey Jaime en busca de riquezas, había llegado a convencerme firmemente de que el lugar que él buscó en vano no podía ser otro que la pequeña bahía de Sandag en las tierras de mi tío; y siendo yo un hombre de

inclinaciones prácticas, desde entonces no había dejado de tramar cómo izar de nuevo aquel buen barco con todos sus lingotes, onzas y doblones, y devolver a la casa de Darnaway su olvidada dignidad y riqueza.

Este era un propósito del que pronto tuve motivos para arrepentirme. Mi ánimo fue bruscamente vuelto hacia muy distintas reflexiones; y desde que fui testigo de un extraño juicio de Dios, el pensamiento de los tesoros de los muertos se ha vuelto insoportable para mi conciencia. Pero incluso entonces debo absolverme de codicia mezquina; pues si deseaba riquezas, no era por ellas mismas, sino por el bien de una persona que era muy querida para mi corazón: la hija de mi tío, Mary Ellen. Había recibido buena educación y había pasado un tiempo en un colegio del continente; lo cual, pobre muchacha, le habría ido mejor sin. Pues Aros no era lugar para ella, con el viejo Rorie de criado y su padre, que era uno de los hombres más desgraciados de Escocia, criado a todas luces en una comarca rural entre cameronianos, mucho tiempo patrón de barco surcando las islas desde el Clyde, y ahora, con infinito descontento, administrando sus ovejas y un poco de pesca de bajura para ganarse el pan de cada día. Si a mí, que no estaba allí más que uno o dos meses, me resultaba a veces penoso, ¡figúrate lo que sería para ella, que habitaba aquel mismo desierto todo el año, con las ovejas y las gaviotas en vuelo, y los Hombres Alegres cantando y bailando en el Roost!

II. LO QUE EL NAUFRAGIO HABÍA TRAÍDO A AROS

Era media marea cuando llegué a la altura de Aros; y no había más remedio que quedarme en la orilla de enfrente y silbar a Rorie para que trajera el bote. No tuve necesidad de repetir la señal. Al primer sonido, Mary estaba en la puerta agitando un pañuelo a modo de respuesta, y el viejo criado de largas zancas bajaba torpemente por la grava hacia el embarcadero. Con toda su prisa, tardó un buen rato en cruzar remando la bahía; y lo observé varias veces detenerse, ir a la popa y asomarse con curiosidad a la estela. Al acercarse, me pareció envejecido y macilento, y pensé que rehuía

mi mirada. El bote había sido reparado, con dos nuevas bancadas y varios remiendos de una madera extraña y hermosa, de nombre desconocido para mí.

—Vaya, Rorie —le dije cuando emprendimos el viaje de vuelta—, qué buena madera esta. ¿Cómo la habéis conseguido?

—Será dura de labrar —opinó Rorie a regañadientes; y en ese mismo momento, soltando los remos, hizo otra de aquellas inmersiones en la popa que yo había observado cuando venía a buscarme, y, apoyando la mano en mi hombro, clavó la vista con semblante aterrado en las aguas de la bahía.

—¿Qué ocurre? —pregunté, bastante sobresaltado.

—Será un pez muy grande —dijo el anciano, volviendo a los remos; y no pude sacarle más que miradas extrañas y un amenazador cabeceo. A pesar de mí mismo, me contagié de cierta inquietud; me volví también y escudriñé la estela. El agua estaba quieta y transparente, pero, aquí en medio de la bahía, de una profundidad extraordinaria. Durante un rato no vi nada; pero al fin me pareció que algo oscuro—un gran pez, o quizás solo una sombra—seguía con atención el rastro del bote en movimiento. Y entonces recordé una de las supersticiones de Rorie: la de cómo en un vado de Morven, durante una gran y exterminadora riña entre los clanes, un pez, de especie desconocida en todas nuestras aguas, siguió durante algunos años el paso del bote del vado, hasta que nadie se atrevía a cruzar.

—Estará esperando al hombre que le toca —dijo Rorie.

Mary me salió al encuentro en la playa y me llevó cuesta arriba hasta la casa de Aros. Fuera y dentro había muchos cambios. El jardín estaba cercado con la misma madera que yo había visto en el bote; había sillas en la cocina cubiertas de brocado extraño; cortinas de brocado colgaban de la ventana; un reloj estaba parado sobre el aparador; una lámpara de latón colgaba del techo; la mesa estaba puesta para la comida con la más fina ropa blanca y plata; y todas estas nuevas riquezas estaban dispuestas en la vieja y sencilla

cocina que tan bien conocía, con el banco de respaldo alto y los taburetes y el lecho empotrado de Rorie; con la chimenea grande por la que entraba el sol y la turba que ardía con brasa clara; con las pipas en la repisa y los escupidores triangulares llenos de conchas marinas en lugar de arena en el suelo; con las desnudas paredes de piedra y el desnudo suelo de madera, y las tres alfombras de patchwork que eran otrora su único adorno—patchwork de gente humilde, de las que no se ven en las ciudades, tejido con tela de lana, negro de los domingos y lona de barco bruñida en el banco de remar. La habitación, como la casa, había sido una especie de maravilla en aquella comarca, de tan ordenada y acogedora; y verla ahora, avergonzada por esos añadidos incongruentes, me llenó de indignación y una suerte de cólera. Habida cuenta del encargo con que había venido a Aros, el sentimiento era infundado e injusto; pero ardía con fuerza, en aquel primer momento, en mi corazón.

—Mary, muchacha —dije—, este es el lugar que había aprendido a llamar mi hogar, y no lo reconozco.

—Es mi hogar por naturaleza, no por aprendizaje —respondió ella—; el lugar donde nací y donde probablemente he de morir; y ni me gustan estos cambios, ni la manera en que llegaron, ni lo que vino con ellos. Hubiera preferido, si Dios lo hubiera querido, que se hubieran hundido en el mar y que los Hombres Alegres bailaran sobre ellos ahora mismo.

Mary era siempre seria; era quizás el único rasgo que compartía con su padre; pero el tono con que pronunció estas palabras era aún más grave que de costumbre.

—Sí —dije—, yo temía que hubiera venido de un naufragio, y eso es tanto como decir de una muerte; y con todo, cuando murió mi padre, tomé sus bienes sin remordimiento.

—Tu padre murió en su cama como Dios manda, como dicen por aquí —dijo Mary.

—Cierto —repliqué—; y un naufragio es como un juicio. ¿Cómo se llamaba el barco?

—La llamaban el *Christ-Anna* —dijo una voz a mis espaldas; y al volverme, vi a mi tío en el umbral.

Era un hombre agrio, menudo y bilioso, de rostro alargado y ojos muy oscuros; cincuenta y seis años, sano y ágil de cuerpo, con un aire a medio camino entre el de un pastor y el de un marino. Nunca lo oí reír; leía largamente la Biblia; rezaba mucho, a la manera de los cameronianos entre quienes se había criado; y, a decir verdad, en muchos aspectos me recordaba a uno de los predicadores de las colinas en los tiempos de persecución anteriores a la Revolución. Pero nunca sacaba mucho consuelo, ni tampoco, a mi parecer, mucha orientación, de su piedad. Tenía sus oscuros accesos cuando le temblaba el infierno; pero había llevado una vida áspera, a la que miraba con envidia, y seguía siendo un hombre rudo, frío y sombrío.

Al entrar por la puerta desde la luz del sol, con la gorra en la cabeza y una pipa colgando del ojal, parecía, como Rorie, haber envejecido y palidecido; los surcos de su rostro se habían ahondado, y las claras de sus ojos eran amarillas, como marfil viejo y manchado, o como huesos de muerto.

—Sí —repitió, deteniéndose en la primera parte de la palabra—, el *Christ-Anna*. Vaya nombre más terrible.

Le dirigí mis saludos y le felicité por su buen aspecto; pues temía que hubiera estado enfermo.

—Estoy en el cuerpo —respondió, con escasa amabilidad—; sí, en el cuerpo y en los pecados del cuerpo, como tú mismo. La comida —le dijo bruscamente a Mary, y luego siguió conmigo—: Son muy buenas piezas las que hemos agenciado, ¿a que sí? Ese es un bonito reloj, pero no anda; y la mantelería es de las finas. Bonitas cosas, cosas de señorito; por cosas así la gente vende la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento; por cosas así, y puede que sin valer ni tanto, la gente le planta cara a Dios y arde en los infiernos; y por eso las llama la Escritura, según yo leo el pasaje, la cosa maldita. Mary, muchacha —se interrumpió para gritar con cierta aspereza—, ¿por qué no has sacado los dos candelabros?

—¿Para qué los necesitamos con pleno día? —preguntó ella.

Pero a mi tío no había quien le hiciera cambiar de idea.

—Los usaremos mientras podamos —dijo; y así dos macizos candelabros de plata labrada se añadieron al ajuar de la mesa, ya de por sí tan impropio de aquella rústica granja marinera.

—Encalló el 10 de febrero, hacia las diez de la noche —continuó dirigiéndose a mí—. No había viento, pero había mucha mar; y la tenía la succión del Roost, según creo yo. La habíamos visto todo el día, Rorie y yo, ceñida al viento. No era un barco fácil de gobernar, me parece, ese *Christ-Anna*; porque ni obedecía al timón ni aguantaba como ellos querían. Un día muy duro tuvieron; no se apartaron de las escotas en todo el día, y un frío que pelaba— demasiado frío para nevar; y de vez en cuando les llegaba una ráfaga de viento, y vuelta a empezar, para darles esperanzas vanas. ¡Ay, hombre! ¡Qué día tan duro tuvieron para el último tramo! Muy orgulloso se habría sentido quien logró llegar a tierra después de eso.

—¿Y todos perecieron? —exclamé—. ¡Dios los tenga en Su gloria!

—¡Silencio! —dijo con severidad—. Aquí en mi hogar no se reza por los muertos.

Me apresuré a aclarar que mi exclamación no tenía intención papista; y él pareció aceptar mi aclaración con inusitada facilidad, y retomó de nuevo lo que evidentemente se había convertido en su tema predilecto.

—La encontramos en la bahía de Sandag, Rorie y yo, con todos esos tesoros dentro. Lo de Sandag, verá usted, es un sitio de cuidado; a veces la corriente tira fuerte hacia los Hombres Alegres; y otras, cuando la marea sube con fuerza y se oye el Roost bramando en el extremo lejano de Aros, viene un refluo de corriente que da de lleno en la bahía de Sandag. Pues bien, eso fue lo que atrapó al *Christ-Anna*. Debió de entrar de golpe y de popa por delante, porque la proa queda a menudo sumergida y la popa asoma limpia en la pleamar de las aguas muertas. ¡Pero, hombre, el golpe que se dio al

tocar fondo! ¡El Señor nos ampare a todos! Qué vida tan extraña es la del marinero: fría y desgraciada. Muchos sustos me llevé yo mismo en alta mar; y por qué el Señor habrá hecho esa agua tan terrible, nunca lo he podido entender. Él hizo los valles y los pastos, el hermoso campo verde, la tierra sana y alegre —

Y ahora te aclaman y te cantan, / porque los has llenado de alegría,

como dicen los Salmos en versión métrica. No es que yo vaya a fiar mi fe en esa rima tampoco; pero es bonita y se recuerda mejor. «Los que van al mar en barcos», dicen también —

Y en las grandes aguas mercadean, / en lo profundo estos hombres / las obras de Dios y Sus grandes maravillas contemplan.

Bueno, es fácil decirlo. A lo mejor el rey David no conocía muy bien el mar. Pero, a fe mía, si no estuviera impreso en la Biblia, habría veces en que me sentiría tentado a pensar que no fue el Señor, sino el mismísimo diablo negro el que hizo el mar. No sale nada bueno de él salvo el pescado; y el espectáculo de Dios caballero en la tempestad, eso sí, que debía de ser lo que el rey David tenía en mente. Pero, hombre, ¡qué terribles maravillas le mostró Dios al *Christ-Anna*! ¿Maravillas las llamo? Más bien juicios: juicios en la noche oscura entre los dragones de las profundidades. Y sus almas —piensa en eso—, sus almas, hombre, ¡quizá sin preparar! El mar... ¡una gran puerta al infierno!

Observé, mientras hablaba mi tío, que su voz estaba extrañamente alterada y sus modales inusitadamente expresivos. Al pronunciar esas últimas palabras, por ejemplo, se inclinó hacia delante y me tocó la rodilla con los dedos abiertos, mirándome al rostro con cierta palidez; y pude ver que sus ojos brillaban con un fuego hondo e interior, y que los pliegues en torno a su boca estaban tensos y temblorosos.

Ni siquiera la entrada de Rorie y el comienzo de la comida lograron distraerle más que un momento de su hilo de pensamientos. Se dignó, es cierto, a hacerme algunas preguntas sobre mis progresos

en la universidad, pero me pareció que solo ponía la mitad del entendimiento en ello; e incluso en su bendición improvisada de la mesa, que fue, como de costumbre, larga y digresiva, pude encontrar la huella de su preocupación, pues rogaba a Dios que «se acordara con misericordia de cuatro pobres criaturas inútiles, frívolas y pecadoras aquí solos junto a las grandes y tristes aguas».

Poco después se produjo un breve intercambio entre él y Rorie.

—¿Estaba allí? —preguntó mi tío.

—Ah, sí —dijo Rorie.

Observé que ambos hablaban como en aparte, y con cierto aire de turbación, y que la propia Mary pareció sonrojarse y bajar los ojos hacia el plato. En parte para hacer valer mi conocimiento y aliviar así la incomodidad de la velada, en parte por pura curiosidad, insistí en el asunto.

—¿Se refieren al pez? —pregunté.

—¿Qué pez? —exclamó mi tío—. ¡Un pez, dice! ¡Un pez! Tienes los ojos cegados de gordura, hombre; la cabeza embotada con el saber mundano. ¡Un pez! ¡Si es un fantasma!

Habló con gran vehemencia, como si estuviera enojado; y quizá yo no estaba muy dispuesto a que me callaran con tanta brusquedad, pues los jóvenes son dados a la disputa. Al menos recuerdo que repliqué acaloradamente, clamando contra las supersticiones infantiles.

—¡Y mira que viene de la Universidad! —se mofó el tío Gordon—. Sabe Dios lo que enseñan allí; de poco sirve, en cualquier caso. ¿Crees tú, hombre, que no hay nada en todo ese desierto salado que hay ahí afuera, con las hierbas marinas creciendo, y las bestias del mar peleando, y el sol cayendo sobre él, día tras día? No; el mar es como la tierra, pero más terrible. Si hay gente en tierra firme, hay gente en el mar —muertos estarán, pero gente al fin y al cabo—; y en cuanto a los demonios, no hay ninguno como los demonios del mar. Los demonios de tierra no hacen tanto mal, a fin de cuentas.

Hace mucho, cuando era un zagal en el sur del país, recuerdo que había un fantasma viejo y calvo en la turbera de Peewie Moss. Yo mismo lo vislumbré, agachado en cuclillas en una hondonada, gris como una lápida. Y a fe mía, que era un sapo de lo más horrible. Pero no molestaba a nadie. Sin duda, si algún réprobo, alguno a quien el Señor aborreciera, hubiera pasado por allí con su pecado aún en las entrañas, sin duda la criatura se habría lanzado sobre alguien de su calaña. ¡Pero hay demonios en el mar profundo que arremeterían contra un buen cristiano! Eh, señores, si hubiesen bajado al fondo con los pobres muchachos del *Christ-Anna*, ya sabrían lo que es la misericordia del mar. Si lo hubiesen navegado tanto tiempo como yo, lo odiarían como yo lo odio. Si tan solo usaran los ojos que Dios les dio, habrían aprendido la maldad de esa criatura falsa, salada, fría y rugiente, y de todo lo que hay en ella por voluntad del Señor: langostas y cangrejos y cosas así, hurgando entre los muertos; ballenas grandes y voraces que soplan; y peces —toda la ralea de ellos—, de vientre frío, de ojos ciegos, criaturas extrañas y siniestras. ¡Oh, señores! —exclamó—, ¡el horror..., el horror del mar!

Todos quedamos algo aturullados por este arrebató; y el propio orador, tras ese último y ronco apóstrofe, pareció sumirse sombrío en sus propios pensamientos. Pero Rorie, que era ávido de supersticiones, lo devolvió al tema con una pregunta.

—¿No habrá visto nunca un demonio del mar? —preguntó.

—No claramente —respondió—. Dudo que un simple mortal pueda ver a uno con claridad y seguir con vida. Navegué con un mozo —lo llamaban Sandy Gabart—; él vio a uno, bien seguro, y bien seguro que fue su fin. Llevábamos siete días fuera del Clyde —habíamos tenido una faena muy dura—, rumbo al norte con semillas y mercancías y cosas para el Macleod. Nos habíamos acercado demasiado a los Cuillins, y acabábamos de virar por la isla de Soa, y dimos una larga bordada que pensamos nos llevaría hasta Copnahow. Recuerdo bien esa noche: una luna ahogada en niebla; una brisa llevadera sobre el agua, pero variable; y —lo que ninguno

de nosotros quería oír— otro viento silbando sobre nuestras cabezas, entre los viejos y temibles peñascos de piedra de los Cuillins. Pues bien, Sandy estaba en proa con la escota del foque; no lo veíamos por la vela mayor, que acababa de empezar a hincharse, cuando de repente soltó un chillido. Ceñí el viento por salvar la vida, pues creí que estábamos demasiado cerca de Soa; pero no, no era eso: era el alarido de muerte del pobre Sandy Gabart, o casi, pues estaba muerto en media hora. Todo lo que pudo contar fue que un demonio del mar, o fantasma del mar, o espíritu del mar, o cosa por el estilo, había trepado por el bauprés y le había lanzado una fría y siniestra mirada. Y antes de que Sandy hubiera exhalado el último aliento, ya sabíamos bien lo que aquello presagiaba, y por qué el viento aullaba en las cimas de los Cuillins; porque bajó —¿viento lo llamo? ¡Era el viento de la cólera del Señor!— y toda esa noche luchamos como hombres enloquecidos, y lo siguiente que supimos fue que habíamos encallado en el lago Uskevagh, y los gallos cantaban en Benbecula.

—Sería un tritón —dijo Rorie.

—¡Un tritón! —exclamó mi tío con un desdén inconmensurable—. ¡Cuentos de viejas! No existen los tritones.

—Pero ¿cómo era la criatura? —pregunté yo.

—¿Cómo era? ¡Dios no quiera que lleguemos a saber cómo era! Tenía algo parecido a una cabeza; más no se podría decir.

Entonces Rorie, resentido por el agravio, contó varias historias de tritones, sirenas y caballos de mar que habían llegado a las costas de las islas y atacado a las tripulaciones de los barcos en el mar; y mi tío, a pesar de su incredulidad, escuchó con inquieto interés.

—Bueno, bueno —dijo—, puede que sea así; puede que me equivoque; pero no encuentro ninguna mención de tritones en las Escrituras.

—Y tampoco encontrará mención del Roost de Aros, quizás —objetó Rorie, y su argumento pareció tener peso.

Cuando terminó la comida, mi tío me llevó consigo a un ribazo detrás de la casa. Era una tarde muy calurosa y quieta; apenas una arruga en el mar, ni más voz que la familiar de las ovejas y las gaviotas; y quizá a consecuencia de ese reposo de la naturaleza, mi pariente se mostró más razonable y tranquilo que antes. Habló con serenidad y casi con animación de mis estudios, con alguna referencia de cuando en cuando al barco perdido o a los tesoros que había traído a Aros. Yo, por mi parte, lo escuchaba en una especie de ensueño, contemplando con toda el alma aquella escena que tanto recordaba, y bebiendo con deleite el aire del mar y el humo de la turba que Mary había encendido.

Habría pasado quizá una hora cuando mi tío, que todo el rato había estado mirando a hurtadillas la superficie de la pequeña bahía, se puso en pie y me invitó a imitarle. Debo decir ahora que la gran corriente de marea en el extremo suroeste de Aros ejerce una influencia perturbadora en toda la costa. En la bahía de Sandag, al sur, una fuerte corriente corre en ciertos períodos del flujo y del reflujo respectivamente; pero en esta bahía septentrional —la bahía de Aros, como se la llama—, donde está la casa y sobre la que mi tío contemplaba ahora, la única señal de agitación se da hacia el final del reflujo, y aun entonces es demasiado leve para llamar la atención. Cuando hay algo de oleaje, no se puede ver nada; pero cuando está en calma, como suele ocurrir, aparecen en la superficie cristalina de la bahía ciertas marcas extrañas e indescifrables —runas del mar, podríamos llamarlas—. Algo similar se da en mil lugares de la costa; y más de un muchacho habrá de haberse entretenido como lo hacía yo, buscando en ellas alguna alusión a sí mismo o a quienes amaba. A esas marcas dirigió ahora mi tío mi atención, con evidente reticencia.

—¿Ve usted esa marca en el agua? —inquirió—; ¿esa que está al oeste de la piedra gris? ¿Sí? Bien, no parecerá una letra, ¿verdad?

—Claro que sí —respondí—. La he observado muchas veces. Se parece a una C.

Soltó un suspiro como si le hubiera decepcionado profundamente mi respuesta, y luego añadió entre dientes:

—Sí, del *Christ-Anna*.

—Yo solía pensar que era por mí —dije—; pues mi nombre es Charles.

—¿Conque ya la había visto antes? —continuó sin prestar atención a mis palabras—. Vaya, vaya, pero qué cosa tan extraña. Quizá ha estado ahí esperando, como quien dice, a través de todos esos cansados siglos. Hombre, qué cosa más terrible. —Y luego, interrumpiéndose—: ¿No verá otra, verdad? —preguntó.

—Sí —dije—. Veo otra muy claramente, cerca del lado de Ross, donde baja el camino: una M.

—Una M —repitió muy quedo; y luego, tras otra pausa—: ¿Y qué significado le daría usted? —inquirió.

—Siempre había pensado que era por Mary —respondí, poniéndome algo colorado, convencido como estaba de que me hallaba en el umbral de una explicación decisiva.

Pero cada uno de nosotros seguía su propio hilo de pensamiento con exclusión del otro. Mi tío no hizo ningún caso a mis palabras; tan solo inclinó la cabeza y guardó silencio; y habría podido llegar a pensar que no me había oído, de no haber contenido su siguiente intervención una especie de eco de la mía.

—Yo no le diría nada de estas historias a Mary —observó, y echó a andar.

Hay un trecho de césped a lo largo de la orilla de la bahía de Aros donde caminar es fácil; y fue por allí donde seguí en silencio a mi silencioso pariente. Estaba quizá un poco decepcionado de haber perdido tan buena ocasión de declarar mi amor; pero al mismo tiempo me turbaba mucho más profundamente el cambio que había sobrevenido en mi tío. Nunca fue un hombre corriente; nunca, en sentido estricto, un hombre afable; pero nada de lo peor que yo había conocido de él antes me había preparado para una

transformación tan extraña. Era imposible cerrar los ojos ante un hecho: que él tenía, como suele decirse, algo en la conciencia; y mientras repasaba mentalmente las diferentes palabras que podría representar la letra M —miseria, misericordia, matrimonio, moneda y cosas por el estilo—, me detuve sobresaltado en la palabra *asesinato*. Aún estaba considerando el feo sonido y el significado fatal de esa palabra cuando la dirección de nuestro paseo nos llevó a un punto desde el que se divisaba a ambos lados: hacia atrás, la bahía de Aros y la casa, y hacia delante, el océano, salpicado de islas al norte y extendido al mediodía azul y abierto al cielo. Allí mi guía se detuvo y se quedó mirando fijamente aquella extensión por un momento. Luego se volvió hacia mí y me puso una mano en el brazo.

—¿Cree que no hay nada allí? —dijo, señalando con la pipa; y luego exclamó en voz alta, con una especie de exaltación—: ¡Se lo digo yo, hombre! ¡Los muertos están ahí abajo: espesos como ratas!

Se volvió de inmediato y, sin una palabra más, deshicimos nuestros pasos hasta la casa de Aros.

Tenía muchas ganas de quedarme a solas con Mary; pero no fue hasta después de la cena, y entonces solo un momento, cuando pude cruzar unas palabras con ella. No perdí el tiempo con rodeos, sino que hablé con franqueza de lo que me preocupaba.

—Mary —dije—, no he venido a Aros sin una esperanza. Si resulta estar bien fundada, podremos marcharnos todos e irnos a otro lugar, seguros del pan de cada día y de la comodidad; seguros, quizá, de algo muy por encima de eso, que me parecería extravagante prometerte. Pero hay una esperanza que está más cerca de mi corazón que el dinero. —Y ahí me detuve—. Puedes adivinar cuál es, Mary —dije. Ella apartó los ojos de mí en silencio, y eso no era gran aliento, pero yo no me iba a dejar intimidar—. Toda mi vida te he tenido en el más alto concepto —continué—; el tiempo pasa y te tengo siempre en más; no concibo ser feliz ni animado en la vida sin ti: eres la niña de mis ojos. —Seguía mirando hacia otro lado, sin

decir una sola palabra; pero creí ver que le temblaban las manos—. Mary —exclamé con temor—, ¿es que no te gusto?

—Ay, Charlie —dijo—, ¿es este momento de hablar de eso? Déjame estar; déjame ser como soy un tiempo; ¡no serás tú quien salga perdiendo por esperar!

Noté por su voz que estaba a punto de llorar, y esto me quitó todo pensamiento que no fuera el de calmarla. —Mary Ellen —dije—, no digas más; no he venido a turbarte: tu camino será el mío, y también tus tiempos; y ya me has dicho todo lo que quería saber. Solo una cosa más: ¿qué te preocupa?

Reconoció que era su padre, pero no quiso entrar en detalles; solo movió la cabeza y dijo que no estaba bien y que no era él mismo, y que era una gran lástima. No sabía nada del naufragio. —No me he acercado —dijo—. ¿Y para qué iba a acercarme, Charlie? Las pobres almas han rendido cuentas ya hace mucho; y yo solo habría querido que se llevaran sus cosas consigo: ¡pobres almas!

Aquello no era gran estímulo para hablarle del *Espirito Santo*; sin embargo, lo hice, y a la primera palabra ella lanzó una exclamación de sorpresa. —Hubo un hombre en Grisapol —dijo—, en el mes de mayo: un tipo bajo, amarillento y moreno, según me dicen, con sortijas de oro en los dedos y barba; y andaba preguntando a diestro y siniestro por ese mismo barco.

Fue hacia finales de abril cuando el doctor Robertson me entregó esos papeles para clasificarlos: y de pronto volví a tener presente que los había preparado para un historiador español, o alguien que así se hacía llamar, que había llegado con grandes recomendaciones al rector, en una misión de investigación sobre la dispersión de la gran Armada. Atando cabos, se me ocurrió que el visitante «con sortijas de oro en los dedos» podría ser el mismo que el historiador madrileño del doctor Robertson. De ser así, estaría más bien tras el tesoro para sí mismo que tras información para una sociedad erudita. Tomé una resolución: no debía perder tiempo en mi empresa; y si el barco yacía hundido en la bahía de Sandag, como

quizá suponíamos tanto él como yo, no sería en beneficio de ese aventurero enjaezado de anillos, sino para Mary y para mí, y para la buena, vieja, honesta y bondadosa familia de los Darnaway.

III. TIERRA Y MAR EN LA BAHÍA DE SANDAG

Me levanté temprano la mañana siguiente; y en cuanto tomé un bocado, salí en expedición de exploración. Algo en mi corazón me decía con claridad que encontraría el barco de la Armada; y aunque no me dejé llevar del todo por pensamientos tan esperanzadores, tenía el ánimo muy liviano y caminaba sobre nubes. Aros es un islote muy abrupto, su superficie sembrada de grandes rocas y cubierta de zarzales y brezos; y mi camino discurría casi de norte a sur por el cerro más alto; y aunque la distancia total no llegaba a los tres kilómetros, exigió más tiempo y esfuerzo que cuatro en un camino llano. En la cumbre me detuve. Aunque no es muy alta —no llega a los noventa metros, me parece—, sobresale por encima de todas las tierras bajas vecinas del cabo de Ross y domina una gran vista del mar y las islas.

El sol, que llevaba ya un rato en el cielo, quemaba en mi nuca; el aire era pesado y tormentoso, aunque de una claridad perfecta; al noroeste, donde las islas se agrupan más densamente, media docena de nubes pequeñas y harapientas se apiñaban en bandada; y la cumbre del Ben Kyaw lucía, no ya unas pocas bandas de vapor, sino una capucha sólida de bruma. El tiempo amenazaba. El mar, es verdad, estaba liso como el cristal: incluso el Roost no era más que una costura en ese gran espejo, y los Hombres Alegres nada más que penachos de espuma; pero a mis ojos y oídos, tan largamente familiarizados con estos parajes, el mar también parecía descansar con inquietud; un rumor suyo, como un largo suspiro, ascendía hasta donde yo estaba; y, quieto como lo estaba, el propio Roost parecía estar tramando algún mal. Pues debo decir que todos nosotros, los que vivíamos en estos lugares, atribuíamos a esa extraña y peligrosa criatura de las mareas, si no presciencia, al menos cierta virtud de advertencia.

Apresuré el paso, pues, con mayor velocidad, y pronto descendí la ladera de Aros hasta la parte que llamamos la bahía de Sandag. Es una extensión de agua bastante grande en comparación con el tamaño de la isla; bien resguardada de todos los vientos salvo el dominante; arenosa y poco profunda, limitada por dunas bajas al oeste, pero al este con varias brazas de fondo a lo largo de un saliente de rocas. Es por ese lado por donde, a cierta hora de cada pleamar, la corriente que mencionaba mi tío entra con tanta fuerza en la bahía; un poco después, cuando el Roost empieza a trabajar con más intensidad, una resaca corre con igual fuerza en dirección contraria; y es la acción de esta última, según supongo, la que ha excavado tan profundamente esa parte. De la bahía de Sandag no se divisa sino un pequeño segmento del horizonte y, con mal tiempo, las olas rompiéndose muy alto sobre un arrecife en aguas profundas.

Desde la mitad de la bajada había divisado los restos del naufragio de febrero pasado, un bergantín de considerable tonelaje, varado con el lomo quebrado en el rincón este de la playa; y me dirigía directamente hacia él, ya casi en el borde del césped, cuando mis ojos fueron detenidos de pronto por un claro desprovisto de helechos y brezos, señalado por uno de esos montículos largos, bajos y de aspecto casi humano que vemos tan comúnmente en los cementerios. Me paré como si me hubieran disparado. Nadie me había dicho nada de ningún muerto ni entierro en la isla; Rorie, Mary y mi tío habían guardado todos el mismo silencio; de ella, al menos, estaba seguro de que debía de ignorarlo; y sin embargo, aquí, ante mis ojos, había una prueba indudable del hecho. Aquí había una tumba; y tuve que preguntarme, con un escalofrío, qué clase de hombre yacía allí en su último sueño, aguardando la señal del Señor en ese solitario lugar de reposo azotado por el mar. Mi mente no ofrecía más respuesta que la que temía contemplar. Náufrago, al menos, debía de haber sido; quizá, como los viejos marineros de la Armada, de alguna tierra lejana y rica de ultramar; o quizá uno de mi propia raza, pereciendo a la vista del humo del hogar. Me quedé un rato descubierto a su lado, y hubiera deseado que nuestra religión permitiera rezar alguna oración por ese desgraciado extraño,

o, a la manera de los clásicos, rendir homenaje exterior a su infortunio. Sabía que, aunque sus huesos yacían allí como parte de Aros hasta que sonaran las trompetas, su alma imperecedera estaba lejos y en otra parte, entre las dichas del eterno Sabbath o los tormentos del infierno; y sin embargo, mi espíritu albergaba incluso un temor: que quizá él estuviera cerca de donde yo me encontraba, guardando su sepulcro y rondando el escenario de su aciago destino.

Ciertamente fue con el ánimo algo sombrío como me alejé de la tumba hacia el espectáculo no mucho menos lúgubre del naufragio. La popa sobresalía por encima del primer avance de la marea; el barco estaba partido en dos un poco a popa del trinquete —aunque en realidad no tenía ninguno, pues ambos palos se habían quebrado en el desastre—; y como el declive de la playa era muy pronunciado y brusco, y la proa quedaba varios metros por debajo de la popa, la fractura se abría de par en par, y se podía ver a través del pobre casco hasta el otro lado. Su nombre estaba muy borrado, y no pude distinguir con claridad si se llamaba *Christiania*, como la ciudad noruega, o *Christiana*, como la buena mujer, esposa de Cristiano, en aquel viejo libro *El progreso del peregrino*. Por su construcción era un barco extranjero, pero no estaba seguro de su nacionalidad. Había sido pintado de verde, pero el color estaba desvaído y desgastado, y la pintura se desprendía en tiras. Los restos del palo mayor yacían junto al casco, medio enterrados en la arena. Era, ciertamente, un espectáculo desolador, y no podía mirarlo sin emoción: los trozos de cuerda que aún colgaban de él, tantas veces manejados antaño por marineros que gritaban; la pequeña escotilla por donde habían subido y bajado a sus quehaceres; o ese pobre ángel sin nariz de mascarón de proa que se había sumergido en tantas olas en fuga.

No sé si procedía más del barco o de la tumba, pero me asaltaron ciertos melancólicos escrúpulos mientras permanecía allí de pie, apoyado con una mano en los maltrechos maderos. La orfandad de los hombres, y hasta de los barcos inanimados, arrojados a orillas extrañas, se apoderó con fuerza de mi pensamiento. Sacar provecho

de semejantes y lastimosas desgracias me parecía una acción indigna y sórdida, y empecé a considerar mi búsqueda como algo de naturaleza sacrílega. Pero cuando me acordé de Mary, recobré el ánimo. Mi tío jamás consentiría en un matrimonio imprudente, ni ella, según me convencía, se casaría sin su plena aprobación. Me convenía, pues, ponerme manos a la obra por mi futura esposa; y pensé con una sonrisa cuánto tiempo hacía que aquel gran castillo del mar, el *Espirito Santo*, había dejado sus huesos en la bahía de Sandag, y cuán pusilánime sería considerar derechos tan largo tiempo extintos y desgracias tan largo tiempo borradas por el paso del tiempo.

Tenía mi propia teoría sobre dónde buscar sus restos. La dirección de la corriente y los sondeos apuntaban ambos al lado oriental de la bahía, bajo el saliente de las rocas. Si el barco se había perdido en la bahía de Sandag, y si, tras estos siglos, alguna parte de él se conservaba unida, era allí donde debía encontrarlo. El agua se profundiza, como ya he dicho, con gran rapidez, y aun muy cerca de las rocas se pueden encontrar varios metros de profundidad. Al caminar por el borde podía ver a lo lejos el fondo arenoso de la bahía; el sol brillaba claro, verde y sosegado en las profundidades; la bahía parecía más bien un gran cristal transparente, como los que se ven en la tienda de un lapidario; no había nada que revelara que era agua sino un temblor interno, un fluctuar en su seno de destellos solares y sombras reticuladas, y de vez en cuando un leve chapoteo y una burbuja agonizante en el borde. Las sombras de las rocas se extendían bastante desde sus pies, de modo que mi propia sombra, moviéndose, deteniéndose e inclinándose sobre aquéllas, alcanzaba a veces hasta la mitad de la bahía. Fue sobre todo en esa franja de sombras donde busqué el *Espirito Santo*, pues era allí donde la resaca corría con más fuerza, tanto al entrar como al salir. Por fresca que pareciera toda el agua en aquel día abrasador, en esa parte se veía más fría todavía, y tenía una misteriosa invitación para los ojos. Por mucho que escudriñara, sin embargo, no lograba ver sino unos pocos peces o un manojo de algas marinas, y aquí y allá un pedrusco que se había desprendido desde arriba y yacía ahora suelto

en el fondo arenoso. Dos veces recorrí las rocas de un extremo al otro, y en todo ese trayecto no pude ver nada del naufragio, ni lugar alguno salvo uno donde pudiera estar. Era una gran terraza a unos nueve metros de profundidad, elevada sobre la superficie de la arena a una altura considerable, y que vista desde arriba parecía un mero saliente de las rocas sobre las que yo caminaba. Era una masa compacta de grandes algas marinas semejante a una arboleda, que me impedía juzgar su naturaleza, pero en forma y tamaño guardaba cierto parecido con el casco de un barco. Al menos era mi mejor posibilidad. Si el *Espirito Santo* no estaba allí bajo las algas, no estaba en ningún lugar de la bahía de Sandag; y me dispuse a dilucidar la cuestión de una vez por todas, para regresar a Aros como hombre rico o quedar curado para siempre de mis sueños de riqueza.

Me desnudé hasta quedarme en cueros y me detuve en el borde extremo con las manos entrelazadas, irresoluto. La bahía estaba entonces en completo silencio; no se oía más ruido que el de un banco de marsopas en algún lugar oculto tras el cabo; y, sin embargo, cierto temor me retenía en el umbral de mi empresa. Tristes sensaciones marítimas, retazos de las supersticiones de mi tío, pensamientos sobre los muertos, sobre la tumba, sobre los viejos barcos destrozados, cruzaban por mi mente. Pero el poderoso sol sobre mis hombros me calentó hasta el corazón, y me incliné hacia delante y me lancé al mar.

Con gran esfuerzo logré aferrarme a un tallo de alga marina que crecía tan espesa sobre la terraza; pero una vez así anclado me afiancé agarrando un gran brazado de esos tallos gruesos y viscosos, y, apoyando los pies en el borde, miré a mi alrededor. Por todos lados la arena clara se extendía sin interrupción; llegaba hasta el pie de las rocas, labrada a semejanza de un sendero en un jardín por la acción de las mareas; y ante mí, hasta donde alcanzaba la vista, nada se distinguía sino la misma arena ondulada en el fondo iluminado por el sol de la bahía. Sin embargo, la terraza a la que me aferraba entonces estaba tan poblada de vigorosas plantas marinas como un matorral de brezo, y el acantilado del que sobresalía

colgaba cubierto bajo la línea del agua con marrones lianas. En esta complejidad de formas, todas mecidas juntas por la corriente, era difícil distinguir las cosas; y aún no sabía con certeza si mis pies estaban apoyados sobre la roca natural o sobre los maderos del barco del tesoro de la Armada, cuando el mazo entero de algas se desprendió en mi mano, y en un instante estaba en la superficie, y las orillas de la bahía y el agua luminosa nadaban ante mis ojos en un esplendor carmesí.

Trepé de nuevo sobre las rocas y arrojé el manojo de algas a mis pies. En ese mismo instante algo tintineó con claridad, como una moneda al caer. Me incliné, y allí, en efecto, cubierta de orín rojo, yacía una hebilla de zapato de hierro. La visión de aquella pobre reliquia humana me estremeció hasta el corazón, pero no de esperanza ni de miedo, sino solo de una melancólica desolación. La sostuve en la mano, y el pensamiento de su dueño se me apareció como la presencia de un hombre de carne y hueso. Su rostro curtido por la intemperie, sus manos de marinero, su voz ronca de mar, áspera de tanto cantar junto al cabrestante, el mismo pie que antaño había calzado aquella hebilla y pisado tanto por las cubiertas oscilantes —toda la realidad humana de aquel hombre, como criatura semejante a mí, con cabello y sangre y ojos que veían, me rondaba en aquel lugar soleado y solitario, no como un espectro, sino como algún amigo al que hubiera agraviado vilmente. ¿Estaba acaso el gran barco del tesoro allí abajo, con sus cañones y cadenas y sus riquezas, tal como había zarpado de España; sus cubiertas un jardín para el alga marina, su cabina un criadero de peces, silencioso salvo por el arrastre del agua, inmóvil salvo por el ondear de las algas sobre sus almenas —aquel viejo y populoso castillo que surcaba los mares, ahora un arrecife en la bahía de Sandag? ¿O acaso, como me parecía más probable, era esto un despojo del desastre del bergantín extranjero —era esta hebilla de zapato comprada apenas el otro día y llevada por un hombre de mi misma época en la historia del mundo, que escuchaba las mismas noticias de día en día, pensaba los mismos pensamientos, rezaba, quizás, en el mismo templo que yo? Fuera como fuese, me asaltaron

pensamientos lúgubres; las palabras de mi tío, «los muertos están ahí abajo», resonaban en mis oídos; y aunque me decidí a sumergirme una vez más, fue con profunda repugnancia que di un paso adelante hacia el borde de las rocas.

En ese momento sobrevino un gran cambio en el aspecto de la bahía. Ya no era aquel interior claro y transparente, como una casa techada de cristal, donde la verde luz submarina dormía tan quieta. Alguna brisa, supongo, había perturbado la superficie, y una especie de agitación y negrura llenaba su seno, donde destellos de luz y nubes de sombra se agitaban confusamente. Incluso la terraza de abajo se balanceaba y temblaba vagamente. Parecía empresa más grave aventurarse en aquel lugar de emboscadas; y cuando me lancé al mar por segunda vez, lo hice con un temblor en el alma.

Me afiancé como la primera vez y tanteé entre las algas mecidas por la corriente. Todo cuanto tocaban mis manos era frío, suave y viscoso. El matorral bullía de cangrejos y langostas que se movían torpemente de un lado a otro, y tuve que endurecer el corazón para hacer frente al horror de su vecindad carroñera. Por todos lados podía palpar la textura y las grietas de la roca dura y viva; ninguna tabla, ningún hierro, ni señal alguna de naufragio; el *Espíritu Santo* no estaba allí. Recuerdo que casi sentí alivio en mi decepción, y estaba a punto de soltar, cuando ocurrió algo que me impulsó a la superficie con el corazón en un puño. Me había demorado ya demasiado en mis exploraciones; la corriente se había refrescado con el cambio de marea, y la bahía de Sandag ya no era lugar seguro para un nadador en solitario. Pues bien, en el último instante llegó una súbita ráfaga de corriente que arrastró las algas como una ola. Perdí un asidero, me vi arrojado de lado, y, aferrándome instintivamente a un nuevo punto de apoyo, mis dedos se cerraron sobre algo duro y frío. Creo que en ese instante supe lo que era. Al menos solté las algas de inmediato, me lancé hacia la superficie, y al momento siguiente trepé a las acogedoras rocas con el hueso de la pierna de un hombre entre las manos.

El género humano es una criatura material, lenta en pensar y torpe para percibir las conexiones. La tumba, los restos del bergantín y la herrumbrosa hebilla de zapato eran, sin duda, avisos manifiestos. Un niño habría podido leer su lúgubre historia, y, sin embargo, no fue hasta que toqué aquel fragmento tangible de humanidad cuando todo el horror del océano osario estalló sobre mi espíritu. Deposité el hueso junto a la hebilla, recogí mi ropa y corrí tal como estaba por las rocas hacia la orilla habitada. No podía alejarme lo suficiente de aquel lugar; ninguna fortuna era lo bastante grande para tentarme a volver. Los huesos de los ahogados rodarían en adelante sin que yo los perturbara, ya fuese sobre algas o sobre oro acuñado. Pero en cuanto pisé de nuevo la buena tierra y cubrí mi desnudez frente al sol, me arrodillé frente a las ruinas del bergantín, y de la plenitud de mi corazón recé larga y apasionadamente por todas las pobres almas que surcaban el mar. Una plegaria generosa nunca se eleva en vano; la petición puede ser denegada, pero el peticionario siempre recibe, a mi juicio, el premio de alguna gracia. El horror, al menos, se alzó de mi espíritu; podía contemplar con serenidad de ánimo aquella gran y luminosa criatura, el océano de Dios; y al emprender el camino de vuelta a casa subiendo por las ásperas laderas de Aros, de toda mi preocupación no quedaba sino una firme determinación de no volver a entrometerse jamás en los despojos de barcos naufragados ni en los tesoros de los muertos.

Ya había subido un buen trecho por la colina cuando me detuve a tomar aliento y a mirar atrás. El espectáculo que se ofreció a mis ojos era doblemente extraño.

Pues, en primer lugar, la tormenta que yo había previsto avanzaba ahora con una rapidez casi tropical. Toda la superficie del mar había perdido su notable brillo para tornarse en un feo tono de plomo corrugado; ya en la distancia las olas blancas, las «hijas del patrón», habían empezado a huir ante una brisa que aún era imperceptible en Aros; y ya a lo largo de la curva de la bahía de Sandag había un chapoteo de oleaje que podía escuchar desde donde me encontraba. El cambio en el cielo era aún más notable. Había empezado a

elevarse desde el suroeste un inmenso y sólido continente de nubes torvas; aquí y allá, a través de desgarrones en su textura, el sol todavía derramaba un haz de rayos expansivos; y aquí y allá, desde todos sus bordes, vastos jirones de tinta se tendían por el cielo aún despejado. La amenaza era expresa e inminente. Mientras yo miraba, el sol quedó eclipsado. En cualquier momento la tempestad podía desencadenarse sobre Aros con toda su furia.

La repentinidad de este cambio de tiempo mantuvo mis ojos fijos en el cielo durante unos segundos antes de que cayeran sobre la bahía, desplegada bajo mis pies y privada del sol un momento después. El montículo que acababa de coronar flanqueaba por arriba un pequeño anfiteatro de colinas más bajas que descendían hacia el mar, y más allá el arco amarillo de la playa y toda la extensión de la bahía de Sandag. Era un paisaje que con frecuencia había contemplado desde las alturas, pero donde jamás había visto antes figura humana alguna. Acababa de darle la espalda y dejarlo vacío, y puede imaginarse mi asombro cuando vi un bote y varios hombres en aquel lugar desierto. El bote estaba amarrado junto a las rocas. Un par de individuos, con la cabeza descubierta, las mangas remangadas y uno de ellos con un bichero, lo mantenían con dificultad en sus amarras, pues la corriente se hacía más viva a cada instante. Un poco más allá sobre el saliente, dos hombres vestidos de negro, a quienes juzgué de rango superior, juntaban las cabezas sobre alguna tarea que al principio no comprendí, pero un instante después lo entendí: tomaban rumbo con la brújula; y en ese preciso momento vi a uno de ellos desenrollar una hoja de papel y poner el dedo encima, como identificando accidentes en un mapa. Mientras tanto, un tercero paseaba de un lado a otro, sondeando entre las rocas y asomándose al borde para escrutar el agua. Mientras los observaba aún con la estupefacción del asombro, mi mente apenas capaz de procesar lo que mis ojos me decían, este tercer individuo se inclinó de repente y llamó a sus compañeros con un grito tan fuerte que llegó hasta mis oídos en lo alto de la colina. Los demás corrieron hacia él, llegando incluso a soltar la brújula en su prisa, y pude ver el hueso y la hebilla de zapato pasar de mano en mano,

provocando las más insólitas gesticulaciones de sorpresa e interés. En ese momento pude oír a los marineros gritando desde el bote, y los vi señalar hacia el oeste, hacia aquel continente de nubes que con cada instante desplegaba más rápidamente su negrura sobre el cielo. Los otros parecieron deliberar; pero el peligro era demasiado apremiante para hacerle frente, y se apiñaron en el bote llevándose consigo mis reliquias, y partieron de la bahía remando con toda la velocidad de que eran capaces.

No me entretuve más en el asunto, sino que me volví y eché a correr hacia la casa. Quienquiera que fuesen esos hombres, era conveniente que mi tío fuese informado de inmediato. No era entonces del todo tarde para una incursión de los jacobitas; y acaso el príncipe Carlos, a quien sabía que mi tío detestaba, fuera uno de los tres superiores que había visto sobre la roca. Sin embargo, mientras corría saltando de roca en roca y daba vueltas sin rigor al asunto en mi cabeza, esta teoría se hacía cada vez menos convincente a mi razón. La brújula, el mapa, el interés despertado por la hebilla, y la conducta de aquel entre los desconocidos que tanto había mirado hacia el agua, todo parecía apuntar a una explicación distinta de su presencia en aquella alejada y oscura isleta del mar occidental. El historiador madrileño, la búsqueda emprendida por el doctor Robertson, el extraño barbudo de los anillos, mi propia búsqueda infructuosa aquella misma mañana en las profundas aguas de la bahía de Sandag, confluían pieza a pieza en mi memoria, y me convencí de que aquellos desconocidos debían de ser españoles en busca del antiguo tesoro y del barco perdido de la Armada. Pero la gente que vive en islas apartadas, como Aros, responde de su propia seguridad; no hay nadie cercano que pueda protegerla o siquiera socorrerla; y la presencia en tal lugar de una tripulación de aventureros extranjeros —pobres, codiciosos y muy probablemente sin escrúpulos— me llenó de aprensión por el dinero de mi tío, e incluso por la seguridad de su hija. Aún me preguntaba cómo íbamos a librarnos de ellos cuando llegué, sin aliento, a la cima de Aros. El mundo entero estaba ensombrecido; solo en el extremo oriente, sobre una colina de tierra firme, perduraba un

último destello de sol como una joya; había empezado a caer lluvia, no torrencial, sino en grandes gotas; el mar crecía a cada instante, y ya una franja de blancura ceñía Aros y las costas más próximas de Grisapol. El bote seguía remando mar adentro, pero ahora reparé en lo que se me había ocultado desde más abajo: una gran y hermosa goleta con aparejo pesado que estaba al paio en el extremo sur de Aros. Como no la había visto por la mañana, cuando había escrutado con tanta atención las señales del tiempo, y en estas solitarias aguas donde raramente se veía una vela, estaba claro que debía de haber pasado la noche al amparo del deshabitado Eilean Gour, y esto demostraba de forma concluyente que la tripulaban desconocidos de nuestra costa, pues aquel fondeadero, aunque de buena apariencia, no es mucho mejor que una trampa para los barcos. Con marineros tan ignorantes de aquella costa tan bravía, el temporal que se avecinaba bien podría traer la muerte en sus alas.

IV. LA GALERNA

Encontré a mi tío en el hastial, observando las señales del tiempo con una pipa entre los dedos.

—Tío —dije—, había hombres en tierra en la bahía de Sandag...

No tuve tiempo de seguir; es más, no solo olvidé mis palabras, sino también mi cansancio, tan extraño fue el efecto que produjo en el tío Gordon. Dejó caer la pipa y se echó hacia atrás contra el hastial de la casa con la mandíbula caída, los ojos desencajados y su rostro alargado blanco como el papel. Debimos de mirarnos en silencio durante un cuarto de minuto antes de que respondiese de esta manera extraordinaria:

—¿Llevaba un gorro de pelo?

Lo supe con la misma certeza que si hubiera estado allí: el hombre que ahora yacía enterrado en Sandag había llevado un gorro de pelo, y había llegado a tierra con vida. Por primera y única vez perdí la paciencia con el hombre que era mi bienhechor y el padre de la mujer que esperaba llamar mi esposa.

—Eran hombres vivos —dije—, quizás jacobitas, quizás franceses, quizás piratas, quizás aventureros llegados aquí en busca del barco del tesoro español; pero, sean lo que sean, son por lo menos peligrosos para la hija de usted y prima mía. En cuanto a los culpables terrores de usted, el muerto duerme bien donde lo puso. Esta mañana estuve junto a su tumba; no despertará antes del toque de trompeta del Juicio Final.

Mi pariente me miraba parpadeando mientras yo hablaba; luego fijó los ojos un momento en el suelo y se retorció los dedos torpemente; pero era evidente que había perdido el habla.

—Vamos —dije—. Tiene usted que pensar en los demás. Tiene que subir la colina conmigo y ver este barco.

Obedeció sin una palabra ni una mirada, siguiéndome lentamente a mis impacientes zancadas. Parecía como si la vitalidad hubiese abandonado su cuerpo, y se encaramaba penosamente por las rocas arriba y abajo en vez de saltar, como solía, de una a otra. Ni yo, por más que le instase, lograba que se diese más prisa. Solo una vez me respondió con tono quejumbroso, como alguien que sufre dolor físico:

—Sí, sí, hombre, ya voy.

Mucho antes de llegar a lo alto, no me quedaba para él más que compasión. Si el crimen había sido monstruoso, el castigo lo era en la misma medida.

Por fin emergimos por encima del horizonte de la colina y pudimos ver a nuestro alrededor. Todo era oscuro y tormentoso a la vista; el último destello de sol había desaparecido; se había levantado un viento, no demasiado fuerte aún, pero racheado e inconstante en su dirección; la lluvia, en cambio, había cesado. Por breve que hubiese sido el intervalo, el mar crecía ya en mucha mayor medida que cuando yo había estado allí por última vez; ya había empezado a romper sobre algunos de los arrecifes exteriores, y ya gemía en voz alta en las grutas marinas de Aros. Al principio busqué en vano la goleta.

—Ahí está —dije por fin.

Pero su nueva posición y el rumbo que seguía me desconcertaron.

—No pretenderán ceñir para ganar el mar abierto —exclamé.

—Eso es justamente lo que pretenden —dijo mi tío con algo parecido a la alegría; y en ese preciso momento la goleta viró en redondo y se puso en la otra amura, lo que puso la cuestión más allá de toda duda. Aquellos desconocidos, al ver el temporal encima, habían pensado ante todo en ganar espacio abierto. Con el viento que amenazaba, en aquellas aguas sembradas de arrecifes y luchando contra una corriente de marea tan violenta, su rumbo era muerte segura.

—¡Dios mío! —exclamé—. Están todos perdidos.

—Sí —respondió mi tío—, too... todos perdidos. No tenían más remedio que correr hacia Kyle Dona. Por donde van ahora, no pasarían ni aunque el mismísimo demonio estuviera ahí para pilotarlos. Eh, mozo —prosiguió, tocándome el brazo—, ¡qué noche más buena para un naufragio! ¡Dos en un solo año! ¡Eh, pero los hombres alegres van a bailar de lo lindo!

Lo miré, y fue entonces cuando empecé a sospechar que ya no estaba en su sano juicio. Me miraba expectante, como buscando mi aprobación, con un gozo tímido en los ojos. Todo cuanto había pasado entre nosotros quedó ya olvidado ante la perspectiva de este nuevo desastre.

—Si no fuera demasiado tarde —exclamé con indignación—, tomaría la barca y saldría a avisarlos.

—No, no —protestó—, no hay que entrometerse; no hay que meterse en asuntos de esos. Es Su —se quitó la gorra— Su voluntad. ¡Eh, mozo! Pero ¡vaya noche, qué noche tan buena para esto!

Algo parecido al miedo empezó a insinuarse en mi alma y, recordándole que aún no había comido, propuse que regresásemos a la casa. Pero no; nada lo arrancaría de su punto de observación.

—Tengo que ver todo el asunto, mozo, Carlitos —explicó—; y luego, cuando la goleta viró por segunda vez: —¡Eh, pero qué bien la manejan! —exclamó—. El *Christ-Anna* no era nada comparado con esto.

Los hombres a bordo de la goleta ya debían de haber empezado a percibir una parte, pero ni siquiera la vigésima, de los peligros que rodeaban su barco condenado. En cada calma del viento caprichoso debían de ver con qué rapidez la corriente los arrastraba hacia atrás. Cada bordada se hacía más corta, a medida que comprobaban cuánto poco aprovechaba. A cada instante la creciente marejada empezaba a tronar y encrespase sobre otro arrecife sumergido; y una y otra vez una rompiente caía con estruendo ruinoso bajo la misma proa, y el arrecife pardo y las algas bullentes aparecían en el seno de la ola. Te digo que tuvieron que estar muy atentos a sus aparejos: no había hombres ociosos a bordo de aquel barco, bien lo sabe Dios. Era sobre el desarrollo de un espectáculo tan horrible para cualquier hombre de corazón que mi extraviado tío se recreaba y regodeaba como un entendido. Cuando me volví para bajar la colina, estaba tumbado boca abajo en la cima, con las manos extendidas y aferradas al brezo. Parecía rejuvenecido, de cuerpo y alma.

Cuando regresé a la casa, ya profundamente abatido, la visión de Mary me hundió el ánimo aún más. Tenía las mangas remangadas sobre sus brazos fuertes y amasaba el pan en silencio. Cogí una torta del aparador y me senté a comerla sin decir palabra.

—¿Estáis cansado, muchacho? —preguntó al cabo de un rato.

—No estoy tan cansado, Mary —respondí, poniéndome en pie—, como harto de la espera, y quizás también de Aros. Me conoce usted lo bastante para juzgarme con justicia, diga lo que diga. Pues bien, Mary, de esto puede estar segura: estaría usted mejor en cualquier otro lugar que aquí.

—De una cosa estoy segura —replicó—: estaré donde me llama mi deber.

—Olvida usted que también tiene un deber para consigo misma —dije yo.

—¿Ah, sí, hombre? —respondió ella, aporreando la masa—. ¿Y eso lo habrá encontrado usted en la Biblia?

—Mary —dije con solemnidad—, no debe reírse de mí ahora. Dios sabe que no tengo el ánimo para bromas. Si pudiéramos llevarnos a su padre con nosotros, sería lo mejor; pero con él o sin él, quiero que esté lejos de aquí, muchacha; por su propio bien, y por el mío, sí, y también por el de su padre, la quiero lejos, muy lejos de aquí. Vine con otros pensamientos; vine aquí como quien regresa a casa; ahora todo ha cambiado, y no tengo más deseo ni esperanza que huir —esa es la palabra—, huir, como un pájaro de la trampa del cazador, de esta isla maldita.

Para entonces había dejado de trabajar.

—¿Y cree usted —dijo ella—, cree de verdad que no tengo ni ojos ni oídos? ¿Cree que no se me ha partido el corazón al ver esas riquezas (como él las llama, ¡que Dios le perdone!) arrojadas al mar? ¿Cree que he vivido con él, día tras día, sin ver lo que usted vio en una o dos horas? No —dijo—, sé que hay algo malo en todo esto; qué es ese algo, ni lo sé ni quiero saberlo. Que yo sepa, nunca hubo mal que mejorara por meterse en él. Pero, muchacho, nunca debe pedirme que abandone a mi padre. Mientras aliente, estaré con él. Y tampoco le queda mucho tiempo aquí: eso sí puedo decírselo, Charlie; no le queda mucho aquí. La marca está en su frente, y quizá sea mejor así; quizá sea mejor así.

Guardé silencio un momento, sin saber qué decir; y cuando al fin levanté la cabeza para hablar, ella se me adelantó.

—Charlie —dijo—, lo que está bien para mí no tiene por qué estarlo para usted. Hay pecado en esta casa, y aflicción; usted es un forastero. Coja sus cosas y márchese a lugares mejores, con gente mejor; y si alguna vez se le ocurriera volver, aunque fuera dentro de veinte años, me encontraría aquí esperando.

—Mary Ellen —dije—, le pedí que fuera mi esposa, y usted respondió que sí, poco más o menos. Eso ya está hecho para siempre. Donde usted esté, estaré yo; y así habré de responder ante Dios.

Apenas pronuncié las últimas palabras, el viento estalló de pronto en un rugido y luego pareció detenerse y estremecerse en torno a la casa de Aros. Era el primer chubasco, o prólogo, de la tormenta que se avecinaba; y al sobresaltarnos y mirar a nuestro alrededor, descubrimos que una oscuridad, como la llegada de la tarde, se había posado sobre la casa.

—¡Dios se apiade de los pobres marineros en el mar! —dijo—. A mi padre no le veremos hasta mañana por la mañana.

Y entonces me contó, mientras nos sentábamos junto al fuego y escuchábamos el creciente bramido del viento, cómo aquel cambio había caído sobre mi tío. Durante todo el invierno anterior su ánimo había sido sombrío e inconstante. Cada vez que el Roost crecía, o, como decía Mary, cada vez que los hombres alegres bailaban, él se tumbaba durante horas en el Promontorio, si era de noche, o en lo alto de Aros, de día, contemplando el tumulto del mar y escrutando el horizonte en busca de una vela. Después del diez de febrero, cuando el naufragio que tantas riquezas trajo fue arrastrado a la orilla en Sandag, al principio estuvo de un humor extrañamente alegre, y su agitación nunca disminuyó de grado, sino que solo cambió de forma, de sombría a más sombría aún. Descuidaba su trabajo y tenía a Rorie sin hacer nada. Los dos pasaban largas horas hablando en el extremo del hastial, en tonos cautelosos y con un aire de sigilo que casi parecía de culpa; y cuando ella preguntaba a cualquiera de los dos, como solía hacer al principio, sus preguntas eran despachadas con evasivas. Desde que Rorie reparó por primera vez en los peces que rondaban el vado, su amo no había pisado ni una sola vez el continente del Ross, salvo en una ocasión. Esa vez —era en el punto álgido de las mareas vivas— había cruzado a pie enjuto con la marea baja; pero, habiéndose entretenido demasiado en el otro lado, se encontró cortado de Aros por las aguas que

volvían. Con un grito de angustia saltó el canal, y llegó a casa después presa de un acceso de terror febril. El miedo al mar, un pensamiento constante y obsesivo sobre el mar, aparecía en su conversación y en sus devociones, y hasta en sus miradas cuando estaba callado.

Solo Rorie entró a cenar; pero poco después apareció mi tío, cogió una botella bajo el brazo, metió algo de pan en el bolsillo y se encaminó de nuevo hacia su atalaya, seguido esta vez por Rorie. Me llegaron noticias de que la goleta iba perdiendo terreno, pero la tripulación seguía luchando palmo a palmo con tenacidad e ingenio desesperados; y la noticia me sumió en la más profunda oscuridad.

Poco después del ocaso estalló con toda su furia el temporal, un temporal como no he visto jamás en verano ni, dado lo súbitamente que había llegado, tampoco en invierno. Mary y yo nos sentamos en silencio, con la casa crujiendo sobre nuestras cabezas, la tempestad aullando fuera, el fuego entre nosotros crepitando con las gotas de lluvia. Nuestros pensamientos volaban lejos, hacia los pobres tripulantes de la goleta, o hacia mi tío, no menos desgraciado, sin techo en el promontorio; y sin embargo, una y otra vez nos sobresaltábamos y volvíamos en nosotros cuando el viento se alzaba y golpeaba el hastial como un cuerpo sólido, o caía de súbito y se retiraba de tal manera que el fuego saltaba en una llamarada y el corazón nos daba un brinco en el pecho. Por momentos la tormenta en toda su potencia asía y sacudía las cuatro esquinas del tejado, rugiendo como el Leviatán en su ira. Luego, en una pausa, remolinos fríos de tempestad se movían temblorosos por la habitación, erizándonos el cabello y pasando entre nosotros mientras estábamos sentados. Y de nuevo el viento estallaba en un coro de sonidos melancólicos, silbando quedo en la chimenea, gimiendo con una ternura de flauta en torno a la casa.

Serían quizás las ocho cuando Rorie entró y tiró de mí misteriosamente hacia la puerta. Mi tío, al parecer, había asustado incluso a su compañero de siempre; y Rorie, intranquilo ante sus exaltaciones, me rogó que saliera a compartir la vigilia. Me apresuré

a complacerle; tanto más cuanto que, entre el miedo y el horror y la tensión eléctrica de la noche, yo mismo estaba inquieto y dispuesto a la acción. Le dije a Mary que no se alarmara, pues yo velaría por su padre; y envolviéndome bien en un plaid, seguí a Rorie al aire libre.

La noche, a pesar de estar tan poco pasado el solsticio de verano, era tan oscura como enero. Intervalos de un crepúsculo a tientas alternaban con períodos de tiniebla absoluta; y era imposible rastrear la causa de esos cambios en el horror volante del cielo. El viento arrancaba el aliento de las narices; el firmamento entero parecía tronar sobre nuestras cabezas como una vela inmensa; y cuando caía una calma momentánea sobre Aros, podíamos oír las ráfagas barrer lúgubrementemente a lo lejos. Por todas las tierras bajas del Ross el viento debió de soplar tan recio como en alta mar; y solo Dios sabe el estrépito que rugía en torno a la cima del Ben Kyaw. Nubarrones de espuma y lluvia mezcladas nos azotaban la cara. Alrededor de toda la isla de Aros el oleaje, con un trueno incesante y martilleante, batía sobre los arrecifes y las playas. Ora más alto en un lugar, ora más bajo en otro, como las combinaciones de una música orquestal, la masa constante de sonido apenas variaba un momento. Y por encima de todo aquel estruendo oía yo las voces mudables del Roost y el rugido intermitente de los hombres alegres. En aquel momento comprendí de pronto la razón del nombre que les daban. Pues el ruido que hacían parecía casi alegre al sobrepasar los demás ruidos de la noche; o si no alegre, sí impregnado de una jovialidad portentosa. Es más, hasta parecía humano. Como cuando hombres salvajes han bebido hasta perder la razón y, abandonando las palabras, aullan juntos en su locura hora tras hora; así, a mis oídos, gritaban aquellas mortíferas rompientes junto a Aros en la noche.

Del brazo y tambaleándonos contra el viento, Rorie y yo ganábamos cada metro de terreno con esfuerzo consciente. Resbalábamos en el césped mojado, caíamos juntos de bruces sobre las rocas. Magullados, empapados, golpeados y sin aliento, debimos de tardar casi media hora en llegar desde la casa hasta el

Promontorio que domina el Roost. Allí, al parecer, estaba el observatorio favorito de mi tío. Justo enfrente, donde el acantilado es más alto y escarpado, una loma de tierra, como un parapeto, forma un abrigo contra los vientos comunes donde un hombre puede sentarse tranquilamente y ver la marea y las olas enloquecidas conteniendo a sus pies. Como quien mira desde la ventana de una casa algún disturbio en la calle, desde ese puesto se contempla la danza de los hombres alegres. En una noche así, por supuesto, solo se asoma a un mundo de tinieblas, donde las aguas giran y hierven, donde las olas se embisten con un ruido de explosión y la espuma se levanta y desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Nunca antes había visto a los hombres alegres tan violentos. La furia, la altura y la fugacidad de sus surtidores era algo que debía verse y no contarse. Muy por encima de nuestras cabezas, en el acantilado, sus columnas blancas se alzaban en la oscuridad; y al instante siguiente, como fantasmas, habían desaparecido. A veces tres a la vez se elevaban y se desvanecían así; a veces una ráfaga los atrapaba, y la espuma caía sobre nosotros, pesada como una ola. Y sin embargo el espectáculo enloquecía más por su ligereza que impresionaba por su fuerza. El pensamiento quedaba aplastado por el estruendo confundidor —una vacuidad alegre se apoderaba de la mente de los hombres, un estado próximo a la locura—; y me encontré siguiendo a ratos la danza de los hombres alegres como si fuera un ritmo marcado en un instrumento saltarín.

Vi a mi tío por primera vez cuando todavía nos separaban varios metros de él, en uno de los fugaces destellos de crepúsculo que salpicaban la oscuridad absoluta de la noche. Estaba de pie detrás del parapeto, con la cabeza echada hacia atrás y la botella en la boca. Al bajarla, nos vio y nos reconoció, agitando burlonamente una mano por encima de la cabeza.

—¿Ha estado bebiendo? —le grité a Rorie.

—Siempre está borracho cuando el viento sopla —respondió Rorie a igual volumen, y apenas pude oírle.

—¿Y estaba así... en febrero? —pregunté.

El «sí» de Rorie me produjo alegría. El asesinato, pues, no había brotado a sangre fría del cálculo; era un acto de locura que no merecía ser condenado más de lo que merecía ser perdonado. Mi tío era un lunático peligroso, si se quiere, pero no era el ser cruel y abyecto que yo había temido. ¡Y qué escenario para una juerga, qué vicio más increíble había elegido el pobre hombre! Siempre he pensado que la embriaguez es un placer salvaje y casi temible, más demoníaco que humano; pero la embriaguez aquí fuera, en la oscuridad rugiente, al borde de un acantilado sobre ese infierno de aguas, con la cabeza girando como el Roost, el pie vacilando al borde de la muerte, el oído atento a las señales del naufragio; eso, aunque pudiera concebirse en alguien, era moralmente imposible en un hombre como mi tío, cuya mente estaba fijada en un credo condenatorio y atormentada por las supersticiones más oscuras. Sin embargo, así era; y al llegar al recodo de abrigo y poder respirar de nuevo, vi los ojos del hombre brillar en la noche con un fulgor impío.

—¡Eh, Charlie, chico, esto es estupendo! —exclamó—. ¡Mírelos! —continuó, arrastrándome hasta el borde del abismo de donde surgían aquel clamor ensordecedor y aquellas nubes de espuma—. ¡Mírelos bailar, chico! ¿No es eso perverso?

Pronunció la palabra con deleite, y me pareció que le iba bien a la escena.

—Están aullando por esa goleta —siguió, con su voz delgada y extraviada, claramente audible en el abrigo del talud—, y se va acercando, más y más y más y más; y ellos lo saben, la gente lo sabe, saben de sobra que se acabó para ellos. Charlie, muchacho, van todos borrachos en esa goleta, todos atontados con el bebercio. Iban todos borrachos en el *Christ-Anna*, al final. Es que no hay quien se ahogue en el mar sin el aguardiente. Quiá, ¡qué va usted a saber! —con un repentino arranque de ira—. Le digo yo que no puede ser; se ahogan sin él. Tome —ofreciendo la botella—, dése un trago.

Iba a negarme, pero Rorie me tocó como en señal de advertencia; y de hecho yo mismo ya me había arrepentido del gesto. Tomé, pues, la botella, y no solo bebí ampliamente, sino que me las arreglé

para derramar aún más mientras lo hacía. Era aguardiente puro, y casi me ahogué al tragarlo. Mi pariente no advirtió la merma, sino que, echando de nuevo la cabeza hacia atrás, apuró lo que quedaba hasta las heces. Luego, con una carcajada, arrojó la botella entre los hombres alegres, que parecieron saltar dando voces para recibirla.

—¡Tomad, chiquillos! —gritó—. Ahí tenéis vuestro regalo. Antes de que amanezca conseguiréis cosas mejores que esa.

De pronto, en la noche negra ante nosotros, a poco menos de doscientos metros, escuchamos, en un momento en que el viento calló, la nota clara de una voz humana. Al instante el viento bajó aullando sobre el Promontorio, y el Roost bramó, y se agitó, y bailó con nueva furia. Pero habíamos oído el sonido, y supimos, con agonía, que aquel era el barco condenado ya cerca de su fin, y que lo que habíamos oído era la voz de su capitán dando su última orden. Agachados juntos al borde, esperamos, con todos los sentidos en tensión, el fin inevitable. Tardó, sin embargo, y a nosotros nos pareció una eternidad, antes de que la goleta apareciera de súbito por un brevísimo instante, recortada contra una torre de espuma temblorosa. Todavía veo su vela mayor rizada golpeando suelta mientras la botavara caía pesadamente sobre la cubierta; todavía veo el contorno negro del casco, y aún creo distinguir la figura de un hombre tendido sobre el timón. Pero todo cuanto la vislumbramos pasó más veloz que el relámpago; la misma ola que la reveló cayó sepultándola para siempre; el grito mezclado de muchas voces en el umbral de la muerte se alzó y fue apagado por el rugido de los hombres alegres. Y con eso la tragedia había terminado. El sólido barco, con todo su aparejo, y la lámpara quizás aún ardiendo en el camarote, las vidas de tantos hombres, preciosas con certeza para otros, queridas al menos como el cielo para ellos mismos, habían descendido todas, en aquel único momento, a las aguas tumultuosas. Se habían ido como un sueño. Y el viento seguía corriendo y gritando, y las insensatas aguas del Roost seguían saltando y revolviéndose como antes.

Cuánto tiempo yacíamos allí juntos los tres, sin habla y sin movimiento, no podría decirlo, pero debió de ser mucho. Al fin, uno a uno y casi maquinalmente, volvimos arrastrando al abrigo del talud. Tendido contra el parapeto, completamente abatido y no del todo dueño de mi mente, podía oír a mi pariente desvariando para sí mismo en un estado de ánimo alterado y melancólico. A ratos se repetía con llorosa insistencia: «¡Qué pelea tuvieron, qué pelea tan dura tuvieron, pobres muchachos, pobres muchachos!»; y otras veces lamentaba que «todo el cargamento estaba poco menos que perdido», porque el barco se había hundido entre los hombres alegres en lugar de varar en la orilla; y durante todo el rato, el nombre —el *Christ-Anna*— iba y venía en sus divagaciones, pronunciado con un estremecido temor. La tormenta iba abatiendo rápidamente durante todo ese tiempo. En media hora el viento había caído a una brisa, y el cambio vino acompañado o causado por una lluvia espesa, fría y a cántaros. Debí de quedarme dormido entonces, y cuando volví en mí, empapado, entumecido y sin haber descansado, el día ya había amanecido, un día gris, húmedo, inhóspito; el viento soplaba en leves e inconstantes bocanadas, la marea estaba baja, el Roost en su punto más bajo, y solo el fuerte oleaje que batía en torno a todas las costas de Aros quedaba como testigo de las furias de la noche.

V. UN HOMBRE SALIDO DEL MAR

Rorie se encaminó a la casa en busca de calor y desayuno; pero mi tío estaba empeñado en examinar las orillas de Aros, y consideré un deber acompañarle en todo momento. Estaba ahora dócil y tranquilo, pero tembloroso y débil de mente y cuerpo; y era con el entusiasmo de un niño con el que llevaba a cabo su exploración. Trepaba hasta bien abajo por las rocas; en las playas, perseguía las rompientes en retirada. El trozo de tabla rota más insignificante o el jirón de jarcia más ruin era un tesoro para él que debía asegurarse a riesgo de su vida. Verle, con sus pasos débiles y vacilantes, exponerse a la persecución del oleaje o a las trampas y tropiezos de las rocas cubiertas de algas, me tenía en un terror perpetuo. Mi brazo estaba listo para sujetarle, mi mano le agarraba por los

faldones, le ayudaba a arrastrar sus míseros hallazgos más allá del alcance de la ola que volvía; una enfermera acompañando a un niño de siete años no habría tenido una experiencia diferente.

Sin embargo, debilitado como estaba por la reacción de la locura de la noche anterior, las pasiones que ardían soterradas en su naturaleza eran las de un hombre recio. Su terror al mar, aunque vencido por el momento, no había disminuido en absoluto; de haber sido el mar un lago de llamas vivas, no se habría apartado de su contacto con mayor pánico; y una vez, al resbalar el pie y hundirse hasta media pierna en un charco, el grito que brotó de su alma fue como el grito de la muerte. Se quedó quieto un rato después, jadeando como un perro; pero el deseo por el botín del naufragio triunfó de nuevo sobre sus miedos; de nuevo tambaleó entre la espuma cuajada; de nuevo gateó sobre las rocas entre las burbujas que estallaban; de nuevo todo su corazón parecía cifrado en los maderos a la deriva, buenos, si es que servían para algo, para echarlos al fuego. Con todo su contentamiento por lo que encontraba, no dejaba de quejarse sin cesar de su mala suerte.

—Aros —dijo— no es ningún buen sitio para naufragios, qué va. En todos los años que llevo aquí, este hace el segundo; ¡y lo mejor del cargamento, perdido del todo!

—Tío —dije yo, pues nos encontrábamos en una franja de arena abierta donde no había nada que distrajera su atención—, le vi anoche como nunca pensé verle: estaba usted borracho.

—No, no —dijo—, tanto como eso no. Pero había estado bebiendo. Y a decir verdad de Dios, es algo que no puedo remediar. No hay hombre más sobrio que yo en condiciones normales; pero cuando oigo el viento silbarme en el oído, me parece que me vuelvo majareta.

—Es usted un hombre religioso —repliqué—, y eso es pecado.

—Bueno —respondió—, si no fuera pecado, no sé si me importaría. ¿Ve usted?, es desafío. Hay mucho del viejo pecado del mundo en ese mar; es un asunto pagano en el mejor de los casos; y

a veces, cuando se alborota y el viento chilla —el viento y él son algo así como primos, me parece a mí—, y esos hombres alegres, los locos mozos, soplando y riendo, y pobres almas en la agonía de la muerte bregando toda la noche con sus barquitos..., pues me entra como un hechizo. Soy un diablo, lo sé. No pienso en los pobres marineros; estoy con el mar, soy como uno de sus propios hombres alegres.

Pensé que podría encontrar una fisura en su armadura. Me volví hacia el mar; el oleaje corría alegremente, ola tras ola, con sus crines al viento, cabalgando una tras otra hacia la playa, alzándose, arqueándose, cayendo una sobre otra sobre la arena pisoteada. Fuera, el aire salado, las gaviotas asustadas, el ejército desplegado de los corceles del mar, relinchando entre sí al congregarse para el asalto de Aros; y justo ante nosotros, esa línea en la arena plana que, con todo su número y su furia, nunca podrían rebasar.

—Hasta aquí llegarás —dije—, y no más allá. Y luego recité con toda la solemnidad de que fui capaz unos versos que antes había adaptado con frecuencia al coro de las rompientes:

Mas el Señor que en lo alto mora
más poderoso es con mucho
que el ruido de muchas aguas,
como grandes olas del mar.

—Sí —dijo mi pariente—, al fin y a la postre, el Señor triunfará; de eso no me cabe duda. Pero aquí en la tierra, hasta los hombres más necios se atreven a desafiarle cara a cara. No es prudente; no estoy diciendo que sea prudente; pero es el orgullo de los ojos, y es el ansia de vivir, y es la flor de los placeres.

No dije nada más, pues habíamos comenzado a cruzar el istmo de tierra que nos separaba de Sandag; y reservé mi último llamamiento a la razón más noble del hombre hasta que estuviéramos en el lugar asociado a su crimen. Él tampoco retomó el asunto; pero caminó a mi lado con paso más firme. El llamamiento que había hecho a su conciencia actuó como un estimulante, y pude ver que había

olvidado su búsqueda de restos inútiles, sumido en un profundo, sombrío y sin embargo agitado encadenamiento de pensamientos. En tres o cuatro minutos habíamos coronado la ladera y empezado a descender hacia Sandag. El naufragio había sido tratado sin miramientos por el mar; la proa había girado y sido arrastrada un poco más abajo; y quizás la popa había sido empujada un poco más arriba, de modo que las dos partes yacían ahora completamente separadas en la playa. Cuando llegamos a la tumba me detuve, me descubrí la cabeza bajo la lluvia persistente, y mirando a mi pariente a la cara, me dirigí a él.

—A un hombre —dije— la providencia de Dios le permitió escapar de peligros mortales; era pobre, iba desnudo, estaba empapado, extenuado; era un forastero; tenía todo el derecho a las entrañas de vuestra compasión; acaso fuera la sal de la tierra, santo, servicial y bondadoso; acaso fuera un hombre cargado de iniquidades para quien la muerte no fuese sino el comienzo del tormento. Os pregunto ante la faz del cielo: Gordon Darnaway, ¿dónde está el hombre por quien Cristo murió?

Se estremeció visiblemente al oír las últimas palabras; pero no llegó respuesta alguna, y en su rostro no se pintaba más sentimiento que una alarma vaga.

—Erais el hermano de mi padre —proseguí—; me habéis enseñado a considerar vuestra casa como si fuera la de mi padre; y ambos somos hombres pecadores que caminamos ante el Señor entre los pecados y peligros de esta vida. Es por nuestro mal como Dios nos conduce hacia el bien; pecamos, no me atrevo a decir que por tentación suya, pero sí he de decir que con su consentimiento; y para todo hombre que no sea una bestia sus pecados son el comienzo de la sabiduría. Dios os ha advertido con este crimen; os advierte aún con la tumba sangrienta que hay entre nuestros pies; y si no ha de seguirse arrepentimiento, ni enmienda, ni retorno a Él, ¿qué podemos esperar sino que sobrevenga algún juicio memorable?

Aun mientras yo pronunciaba estas palabras, los ojos de mi tío se apartaron de mi rostro. Se produjo en su semblante un cambio que

no puede describirse; sus facciones parecieron menguar de tamaño, el color se le fue de las mejillas, una mano se alzó temblorosa y señaló por encima de mi hombro hacia la lejanía, y el nombre tantas veces repetido cayó una vez más de sus labios:

—¡El *Christ-Anna*!

Me volví; y aunque no quedé espantado en el mismo grado —y doy gracias al cielo por no haber tenido causa para ello—, me sobresaltó, con todo, la visión que se ofreció a mis ojos. La figura de un hombre se erguía sobre el techo de la cámara del buque naufragado; nos daba la espalda; parecía escrutar el horizonte con la mano a modo de visera, y su silueta se recortaba en toda su estatura, evidentemente muy grande, contra el mar y el cielo. Mil veces he dicho que no soy supersticioso; pero en aquel instante, con el pensamiento puesto en la muerte y el pecado, la aparición inexplicable de un extraño en aquella isla solitaria, ceñida por el mar, me llenó de un asombro que rayaba en el terror. Apenas parecía posible que alma humana alguna hubiera llegado viva a tierra en un mar como el que había bramado la noche anterior a lo largo de las costas de Aros; y la única embarcación que había en muchas millas se había hundido ante nuestros propios ojos entre los hombres alegres. Me asaltaron dudas que hacían insoportable la incertidumbre y, para salir de ella cuanto antes, di un paso adelante y llamé a la figura como se llama a un barco.

Se dio la vuelta, y me pareció que se sobresaltaba al vernos. Al punto revivió mi valor, y le llamé y le hice señas de que se acercara, y él, por su parte, bajó enseguida hasta la arena y comenzó a aproximarse despacio, con muchas paradas y vacilaciones. A cada nueva muestra de la inquietud del hombre cobraba yo más confianza; y avancé otro paso, animándole al hacerlo con la cabeza y la mano. Estaba claro que el náufrago había oído malas referencias de nuestra hospitalidad isleña; y, en efecto, por aquel entonces las gentes de más al norte tenían una triste reputación.

—¡Pero si es negro! —dije.

Y justo en aquel momento, con una voz que a duras penas habría reconocido, mi pariente rompió en un caudal mezclado de juramentos y plegarias. Le miré; había caído de rodillas, su rostro era pura agonía; a cada paso del naufrago subía el tono de su voz, y se redoblaban la volubilidad de su habla y el fervor de su lenguaje. Lo llamo plegaria, porque iba dirigida a Dios; pero de seguro jamás se dirigieron al Creador, de labios de una criatura, semejantes incongruencias delirantes: de seguro, si la plegaria puede ser pecado, aquella arenga demente lo era. Corrí hacia mi pariente, lo agarré por los hombros, lo levanté a la fuerza.

—Silencio, hombre —dije—; respetad a vuestro Dios con palabras, ya que no con actos. Aquí, en el mismísimo escenario de vuestras transgresiones, os envía una ocasión de expiación. Adelante, aprovechadla; acoged como un padre a esa criatura que viene temblando a implorar vuestra clemencia.

Con esto traté de empujarlo hacia el negro; pero él me derribó al suelo, se zafó de mis manos dejándome en ellas el hombro de la chaqueta, y huyó ladera arriba hacia la cima de Aros como un ciervo. Me incorporé tambaleándome, magullado y algo aturdido; el negro se había detenido, sorprendido, quizá aterrado, a mitad de camino entre el naufragio y yo; mi tío estaba ya lejos, saltando de roca en roca; y me hallé así por un tiempo desgarrado entre dos deberes. Pero juzgué —y ruego al cielo haber juzgado con acierto— en favor del pobre desdichado de la arena; su desgracia, al menos, no era obra suya de manera manifiesta; era, además, una que sin duda yo podía aliviar; y para entonces había empezado a considerar a mi tío un lunático incurable y sombrío. Avancé, pues, hacia el negro, que aguardaba ahora mi llegada con los brazos cruzados, como quien está dispuesto a un destino o al otro. Al acercarme, extendió la mano con un gran ademán, como los que yo había visto hacer desde el púlpito, y me habló con algo de voz de púlpito, pero no entendí ni una palabra. Lo probé primero en inglés, luego en gaélico, ambos en vano; de modo que estaba claro que habríamos de valernos del lenguaje de las miradas y los gestos. Le hice entonces señas de que me siguiera, cosa que hizo de buen grado y con una grave

reverencia, como un rey caído; y en todo aquel rato no se había producido en su rostro sombra de alteración alguna, ni de ansiedad mientras aún esperaba, ni de alivio ahora que estaba tranquilizado; si era un esclavo, como yo suponía, no podía menos de juzgar que debía de haber caído de algún alto puesto en su propia tierra, y, caído como estaba, no podía menos de admirar su porte. Al pasar junto a la tumba, me detuve y alcé las manos y los ojos al cielo en señal de respeto y dolor por el muerto; y él, como en respuesta, se inclinó profundamente y abrió las manos hacia los lados; fue un movimiento extraño, pero hecho como algo de uso común; y supuse que sería ceremonial en la tierra de donde venía. Al mismo tiempo señaló a mi tío, a quien apenas alcanzábamos a ver encaramado en un montículo, y se tocó la cabeza para indicar que estaba loco.

Dimos el largo rodeo por la orilla, pues temía sobresaltar a mi tío si cruzábamos por en medio de la isla; y mientras caminábamos tuve tiempo de sobra para madurar la pequeña representación dramática con la que esperaba despejar mis dudas. Deteniéndome en una roca, me puse a imitar ante el negro los gestos del hombre a quien había visto la víspera tomando marcaciones con la brújula en Sandag. Me comprendió al instante y, arrebatándome la imitación de las manos, me mostró dónde había estado el bote, señaló mar adentro como para indicar la posición de la goleta, y luego hacia abajo, a lo largo del borde de la roca, con las palabras «Espíritu Santo», pronunciadas de manera extraña, pero lo bastante claras para reconocerlas. Había acertado, pues, en mi conjetura; la pretendida indagación histórica no había sido sino un disfraz de la caza del tesoro; el hombre que había engañado al doctor Robertson era el mismo extranjero que visitó Grisapol en primavera y que ahora yacía muerto, con muchos otros, bajo el Roost de Aros: allí los había llevado su codicia, y allí serían zarandeados sus huesos por siempre jamás. Entretanto el negro proseguía su imitación de la escena, ora mirando al cielo como quien vigila la llegada de la tormenta, ora, en el papel de marinero, haciendo señas a los demás de que subieran a bordo; ora como un oficial, corriendo por la roca y montando en el bote; y luego inclinándose sobre unos remos

imaginarios con aire de barquero apremiado; pero todo con la misma solemnidad de ademanes, de suerte que ni una sola vez sentí la tentación de sonreír. Por último me indicó, con una pantomima que las palabras no bastan a describir, cómo él mismo había subido a examinar el pecio varado y, para su pena e indignación, había sido abandonado por sus compañeros; y con esto volvió a cruzar los brazos e inclinó la cabeza, como quien acepta su suerte.

Resuelto así para mí el misterio de su presencia, le expliqué mediante un dibujo la suerte del navío y de todos los que iban a bordo. No mostró sorpresa ni pesar y, con un súbito alzar de la mano abierta, pareció encomendar a sus antiguos amigos o amos (lo que quiera que hubiesen sido) a la voluntad de Dios. El respeto se apoderó de mí, y crecía cuanto más lo observaba; vi que tenía una mente poderosa y un carácter sobrio y severo, de esos con los que me gustaba departir; y antes de llegar a la casa de Aros casi había olvidado, y perdonado del todo, su inquietante color.

A Mary se lo conté todo, sin ocultar nada, aunque confieso que me faltó el ánimo; pero hice mal en dudar de su sentido de la justicia.

—Obraste bien —dijo—. Hágase la voluntad de Dios.

Y al momento nos dispuso comida.

En cuanto quedé saciado, encargué a Rorie que no le quitara ojo al náufrago, que aún seguía comiendo, y salí de nuevo yo mismo en busca de mi tío. No había ido muy lejos cuando lo divisé sentado en el mismo sitio, en el montículo más alto de todos, y al parecer en la misma actitud que la última vez que lo había visto. Desde aquel punto, como he dicho, casi todo Aros y el vecino Ross se extenderían a sus pies como un mapa; y era evidente que mantenía atenta vigilancia en todas direcciones, pues apenas asomé mi cabeza por encima de la cumbre de la primera subida cuando ya se había puesto en pie de un salto y se había vuelto como para encararme. Lo llamé enseguida, lo mejor que pude, con el mismo tono y las mismas palabras que había empleado tantas veces antes, cuando iba

a avisarle para la cena. No hizo el menor movimiento en respuesta. Avancé un poco más y de nuevo intenté parlamentar, con idéntico resultado. Pero cuando por segunda vez comencé a avanzar, sus temores dementes volvieron a inflamarse y, siempre en absoluto silencio, mas con increíble rapidez, echó a huir de mí a lo largo de la rocosa cumbre de la colina. Una hora antes él estaba muerto de cansancio, y yo, en comparación, ágil. Pero ahora sus fuerzas se hallaban renovadas por el fervor de la locura, y habría sido vano soñar con darle alcance. Es más, pensé que el mero intento podía avivar sus terrores y agravar así las miserias de nuestra situación. Y no me quedó sino volver a casa y dar mi triste informe a Mary.

Lo escuchó, como había escuchado el primero, con una compostura afligida y, tras rogarme que me tendiera a tomar aquel descanso que tanta falta me hacía, salió ella misma en busca de su extraviado padre. A aquella edad habría sido cosa rara que algo me quitara la comida o el sueño; dormí largo y profundamente; y ya había pasado con creces el mediodía cuando desperté y bajé a la cocina. Mary, Rorie y el náufrago negro estaban sentados en silencio en torno al fuego; y pude ver que Mary había estado llorando. Bien había motivo, como pronto supe, para las lágrimas. Primero ella, y luego Rorie, habían salido en busca de mi tío; cada cual, por turno, lo había hallado encaramado en la cima de la colina, y de cada cual, por turno, había huido en silencio y a la carrera. Rorie había intentado perseguirlo, pero en vano; la locura prestaba nuevo vigor a sus saltos; brincaba de roca en roca por encima de las gargantas más anchas; corría como el viento por las cumbres; se revolvía y esquivaba como una liebre ante los perros; y al fin Rorie se dio por vencido; y lo último que alcanzó a ver fue a mi tío sentado, como antes, en la cresta de Aros. Ni siquiera en lo más ardiente de la persecución, ni siquiera cuando el criado, de pies ligeros, estuvo por un instante muy cerca de atraparlo, había el pobre lunático proferido sonido alguno. Huía, y callaba, como una bestia; y aquel silencio había aterrado a su perseguidor.

Había algo desgarrador en la situación. Cómo capturar al loco, cómo alimentarlo entretanto y qué hacer con él una vez capturado

eran las tres dificultades que teníamos que resolver.

—El negro —dije— es la causa de este arretrato. Puede incluso que sea su presencia en la casa lo que mantiene a mi tío en la colina. Hemos hecho lo justo; se le ha alimentado y calentado bajo este techo; ahora propongo que Rorie lo cruce la bahía en la lancha y lo lleve a través del Ross hasta Grisapol.

En esta propuesta convino Mary de todo corazón; y, ordenando al negro que nos siguiera, bajamos los tres al embarcadero. Sin duda la voluntad del cielo estaba declarada contra Gordon Darnaway; había ocurrido una cosa nunca antes vista en Aros: durante la tormenta la lancha se había soltado y, golpeando contra las ásperas astillas del embarcadero, yacía ahora en algo más de un metro de agua con un costado hundido. Se necesitarían al menos tres días de trabajo para ponerla a flote. Pero yo no estaba dispuesto a rendirme. Llevé a toda la comitiva hasta donde el canal era más estrecho, crucé a nado hasta la otra orilla y llamé al negro para que me siguiera. Me indicó, con la misma claridad y sosiego que antes, que no conocía ese arte; y había verdad manifiesta en sus señas —a ninguno de nosotros se le habría ocurrido dudar de su palabra—; y, perdida aquella esperanza, no nos quedó sino volver todos, tal como habíamos venido, a la casa de Aros, caminando el negro entre nosotros sin embarazo alguno.

Cuanto pudimos hacer aquel día fue un intento más de comunicarnos con el desdichado loco. De nuevo se le veía en su atalaya; de nuevo huyó en silencio. Pero al menos se le dejaron comida y un gran capote para su abrigo; la lluvia, además, había escampado, y la noche prometía ser hasta templada. Podíamos serenarnos, pensamos, hasta el día siguiente; el descanso era lo más necesario, para reponer fuerzas de cara a esfuerzos inusitados; y como nadie tenía ganas de hablar, nos separamos a hora temprana.

Estuve largo rato despierto, planeando la campaña del día siguiente. Yo apostaría al negro por el lado de Sandag, desde donde debería empujar a mi tío hacia la casa; Rorie al oeste y yo al este

completaríamos el cerco lo mejor que pudiéramos. Cuanto más recordaba la configuración de la isla, más me parecía que sería posible, aunque difícil, forzarlo a bajar al terreno llano a lo largo de la bahía de Aros; y una vez allí, aun con la fuerza de su locura, apenas cabía temer que escapase al fin. Contaba con su terror al negro; pues tenía por seguro que, por más que corriera, no lo haría en dirección al hombre que suponía vuelto de entre los muertos, y así al menos quedaría a salvo un punto de la brújula.

Cuando por fin me dormí, fue para despertar poco después por un sueño de naufragios, hombres negros y aventuras submarinas; y me hallé tan estremecido y febril que me levanté, bajé la escalera y salí ante la casa. Dentro, Rorie y el negro dormían juntos en la cocina; fuera se extendía una noche maravillosamente clara y estrellada, con aquí y allá alguna nube todavía colgada, últimas rezagadas de la tempestad. Estaba cerca de la pleamar, y los hombres alegres bramaban en la quietud sin viento de la noche. Nunca, ni siquiera en lo más recio de la tempestad, había oído su canto con mayor sobrecogimiento. Ahora, cuando los vientos se habían recogido, cuando el mar se mecía de vuelta a su sueño estival, y cuando las estrellas derramaban su luz apacible sobre la tierra y el mar, la voz de aquellas rompientes de la marea seguía alzándose para la destrucción. Parecían, en verdad, ser una parte del mal del mundo y del lado trágico de la vida. Ni eran sus vociferaciones sin sentido los únicos sonidos que quebraban el silencio de la noche. Pues alcanzaba a oír, ora aguda y penetrante, ora casi ahogada, la nota de una voz humana que acompañaba al estruendo del Roost. La reconocí por la de mi pariente; y un gran temor cayó sobre mí de los juicios de Dios y del mal que hay en el mundo. Volví a entrar en la oscuridad de la casa como en un lugar de refugio, y estuve largo rato tendido en la cama, meditando sobre estos misterios.

Era tarde cuando desperté de nuevo, y salté a vestirme y corrí a la cocina. No había nadie; Rorie y el negro se habían marchado ambos a hurtadillas hacía ya tiempo; y el corazón se me paró ante el descubrimiento. Podía fiarme del corazón de Rorie, mas no ponía confianza alguna en su discreción. Si se había puesto en camino de

aquel modo, sin decir palabra, era evidente que iba empeñado en algún servicio a mi tío. ¿Pero qué servicio podía esperar prestarle aun estando solo, mucho menos en compañía del hombre en quien mi tío hallaba encarnados sus terrores? Aun cuando no fuera ya demasiado tarde para impedir alguna desgracia mortal, estaba claro que no debía demorarme más. Con este pensamiento salí de la casa; y por más veces que he corrido por las ásperas laderas de Aros, nunca corrí como aquella mañana fatal. No creo que tardara doce minutos en toda la subida.

Mi tío no estaba en su atalaya. La cesta, en efecto, había sido rasgada y la comida esparcida sobre la hierba; pero, como averiguamos después, no había probado ni un bocado; y no había otro rastro de existencia humana en aquel vasto campo de visión. El día había llenado ya los cielos despejados; el sol prendía ya un rubor rosado en la cresta del Ben Kyaw; pero todo, más abajo de mí, los toscos montículos de Aros y el escudo del mar, yacía sumido en el claro y oscuro crepúsculo del alba.

—¡Rorie! —grité; y otra vez—: ¡Rorie!

Mi voz se apagó en el silencio, pero no llegó respuesta alguna. Si en verdad había alguna empresa en marcha para atrapar a mi tío, era evidente que los cazadores no confiaban en la ligereza de los pies, sino en la destreza del acecho. Seguí corriendo, ganando los espolones más altos y mirando a diestra y siniestra, y no me detuve de nuevo hasta hallarme en el monte que domina Sandag. Alcanzaba a ver el pecio, la franja descubierta de arena, las olas batiendo con desgana, la larga cornisa de rocas y, a uno y otro lado, los revueltos montículos, peñascos y gargantas de la isla. Pero ni un ser humano todavía.

De una zancada cayó el sol sobre Aros, y las sombras y los colores saltaron a la existencia. No había pasado medio instante cuando, más abajo, a mi poniente, las ovejas empezaron a dispersarse como presas del pánico. Se oyó un grito. Vi correr a mi tío. Vi al negro levantarse de un salto en ardiente persecución; y antes de que me

diera tiempo a comprender, también Rorie había aparecido, dando instrucciones en gaélico como a un perro que pastorea el rebaño.

Eché a correr para intervenir, y quizá habría hecho mejor en quedarme donde estaba, pues fui yo quien cortó al loco su última escapatoria. A partir de aquel momento no tenía ante sí más que la tumba, el pecio y el mar de la bahía de Sandag. Y, sin embargo, bien sabe el cielo que lo que hice fue con la mejor intención.

Mi tío Gordon vio en qué dirección, horrible para él, lo empujaba la caza. Se revolvió, lanzándose a derecha e izquierda; pero, por alta que corriese la fiebre en sus venas, el negro era aún más veloz. Adondequiera que se volviese, siempre se le adelantaba, siempre lo empujaba hacia el escenario de su crimen. De pronto empezó a lanzar alaridos, tan fuertes que la costa los devolvía en eco; y para entonces tanto Rorie como yo le gritábamos al negro que se detuviese. Pero todo fue en vano, pues estaba escrito de otro modo. El perseguidor seguía corriendo, la presa seguía huyendo ante él entre chillidos; esquivaron la tumba y pasaron rozando los maderos del pecio; en un soplo habían dejado atrás la arena; y aun así mi pariente no se detuvo, sino que se arrojó de lleno a la rompiente; y el negro, ahora casi al alcance de su mano, seguía tras él a la carrera. Rorie y yo nos detuvimos ambos, pues la cosa estaba ya fuera de las manos de los hombres, y eran estos los decretos de Dios que se cumplían ante nuestros ojos. Jamás hubo final más abrupto. En aquella playa empinada, de un solo salto habían perdido pie; ninguno de los dos sabía nadar; el negro emergió una vez por un momento con un grito estrangulado; pero la corriente los tenía atrapados, arrastrándolos mar adentro; y si alguna vez volvieron a salir a flote, cosa que solo Dios puede saber, sería diez minutos después, en el extremo lejano del Roost de Aros, donde las aves marinas revolotean a la pesca.

WILL DEL MOLINO

I. LA LLANURA Y LAS ESTRELLAS

El molino en el que Will vivía con sus padres adoptivos se alzaba en un valle en pendiente, entre pinares y grandes montañas. Por encima, colina tras colina se elevaban hasta perderse más allá de los árboles más resistentes, y quedaban desnudas contra el cielo. A media altura, una larga aldea gris se tendía como una costura o un vaho sobre la ladera arbolada; y cuando el viento era favorable, el son de las campanas de la iglesia caía hasta Will, tenue y plateado. Hacia abajo, el valle se hacía cada vez más abrupto y, al mismo tiempo, se abría a ambos lados; y desde una eminencia junto al molino era posible ver toda su extensión y, más allá, una amplia llanura por la que el río serpenteaba y brillaba y avanzaba de ciudad en ciudad en su viaje hacia el mar. Ocurría que sobre ese valle discurría un paso hacia un reino vecino; de modo que, tranquilo y rural como era, el camino que corría junto al río era una arteria principal entre dos sociedades espléndidas y poderosas. A lo largo del verano, los coches de viaje subían despacio o descendían briosamente por delante del molino; y como la otra vertiente era mucho más fácil de ascender, el camino no estaba muy frecuentado salvo por quienes iban en una sola dirección; de todos los carruajes que Will veía pasar, cinco de cada seis bajaban briosamente y solo uno de cada seis subía con esfuerzo. Esto era aún más pronunciado en el caso de los viajeros a pie. Todos los turistas ligeros de equipaje, todos los buhoneros cargados de mercancías extrañas, se encaminaban hacia abajo como el río que acompañaba su ruta. Y no

era solo eso; pues cuando Will era todavía un niño estalló una guerra desastrosa que asoló gran parte del mundo. Los periódicos rebosaban de derrotas y victorias, la tierra resonaba con el galope de la caballería, y a menudo durante días enteros y kilómetros a la redonda el estruendo de la batalla alejaba a la buena gente de sus labores en el campo. De todo aquello no se supo nada durante mucho tiempo en el valle; pero al fin uno de los comandantes cruzó con un ejército el paso mediante marchas forzadas, y durante tres días caballos e infantería, cañones y armones, tambores y estandartes no dejaron de fluir cuesta abajo por delante del molino. Todo el día el niño estuvo de pie mirándolos pasar —el paso rítmico, los rostros pálidos y sin afeitar curtidos en torno a los ojos, los uniformes descoloridos y las banderas desgarradas le llenaban de un sentimiento de cansancio, lástima y asombro—; y toda la noche, ya en la cama, oía los cañones tronar y los pies marchar, y el gran ejército barrer hacia adelante y hacia abajo por delante del molino. Nadie en el valle llegó a saber la suerte de la expedición, pues en aquellos tiempos turbulentos vivían fuera del alcance de los rumores; pero Will vio una cosa con claridad: que no regresó un solo hombre. ¿Adónde habían ido todos? ¿Adónde iban todos los turistas y los buhoneros con sus mercancías extrañas? ¿Adónde todas las berlinas veloces con lacayos en la zaga? ¿Adónde el agua del arroyo, que fluía sin cesar cuesta abajo y se renovaba sin cesar desde arriba? Hasta el viento soplaba con más frecuencia ladera abajo y arrastraba consigo las hojas muertas en el otoño. Parecía una gran conspiración de todo lo animado e inanimado; todo descendía, veloz y alegre, y solo él, al parecer, quedaba atrás, como un mojón al borde del camino. A veces se alegraba al ver cómo los peces mantenían la cabeza contra la corriente. Ellos, al menos, le eran fieles, mientras todo lo demás se encaminaba hacia el mundo desconocido.

Una tarde le preguntó al molinero adónde iba el río.

—Va ladera abajo —respondió él—, y mueve muchos molinos: dicen que ciento veinte desde aquí hasta Unterdeck, y no queda más cansado después de todo. Luego llega a las tierras bajas, riega los

grandes campos de trigo y atraviesa no sé cuántas hermosas ciudades (eso dicen) donde los reyes viven solos en grandes palacios, con un centinela que va y viene ante la puerta. Pasa bajo puentes con figuras de piedra encima, que miran hacia abajo y sonríen de un modo curioso al agua, y con gente de carne y hueso que apoya los codos en el pretil y también se asoma. Y sigue y sigue, y baja por marismas y arenales, hasta que al fin desemboca en el mar, donde están los barcos que traen loros y tabaco de las Indias. Ay, le queda un largo trecho todavía cuando va cantando sobre nuestro azud, ¡bendito sea!

—¿Y qué es el mar? —preguntó Will.

—¡El mar! —exclamó el molinero—. ¡Dios nos ampare, es lo más grande que hizo el Señor! Es adonde van a parar todas las aguas del mundo, en un gran lago salado. Está ahí tendido, liso como mi mano e inocente como un niño; pero dicen que cuando sopla el viento se levanta en montañas de agua más grandes que cualquiera de las nuestras, y se traga grandes barcos más grandes que nuestro molino, y hace tal estruendo que se oye a kilómetros de distancia tierra adentro. Hay peces enormes, cinco veces más grandes que un toro, y una vieja serpiente tan larga como nuestro río y tan antigua como el mundo, con bigotes como un hombre y una corona de plata en la cabeza.

Will creyó no haber oído nunca nada semejante, y siguió preguntando una cosa tras otra sobre el mundo que se extendía río abajo, con todos sus peligros y maravillas, hasta que el viejo molinero se fue animando él mismo, y al final le tomó de la mano y lo condujo a la cima de la colina desde la que se domina el valle y la llanura. El sol estaba próximo a ponerse y colgaba bajo en un cielo sin nubes. Todo estaba definido y glorificado en luz dorada. Will no había contemplado jamás una extensión de país tan grande; se quedó parado mirando con todos sus ojos. Veía las ciudades, los bosques y los campos, las curvas brillantes del río, y a lo lejos el borde de la llanura recortado contra los cielos resplandecientes. Una emoción irresistible se apoderó del muchacho, en cuerpo y alma; el

corazón le latía con tal fuerza que no podía respirar; la escena se le nublabá ante los ojos; el sol parecía girar y girar y desprender, al rotar, formas extrañas que desaparecían con la rapidez del pensamiento y eran sustituidas por otras. Will se cubrió el rostro con las manos y rompió en un violento llanto; y el pobre molinero, hondamente desconcertado y perplejo, no vio nada mejor que cogerlo en brazos y llevarlo a casa en silencio.

Desde ese día Will estuvo lleno de nuevas esperanzas y anhelos. Algo tiraba sin cesar de las fibras de su corazón; el agua corriente arrastraba sus deseos junto a ella mientras soñaba sobre su fugitiva superficie; el viento, al pasar sobre incontables copas de árboles, le saludaba con palabras alentadoras; las ramas le hacían señas hacia abajo; el camino abierto, al doblar los recodos y alejarse girando y desvaneciéndose cada vez más rápido por el valle, le atormentaba con sus sugerencias. Pasaba largos ratos en la eminencia, mirando el cauce del río y la amplia extensión de las tierras bajas fértiles, y contemplaba las nubes que viajaban impulsadas por el viento perezoso y arrastraban sus sombras púrpuras por la llanura; o se entretenía al borde del camino siguiendo con los ojos los carruajes que traqueteaban cuesta abajo junto al río. No importaba lo que fuera; todo lo que iba en esa dirección, ya fuera nube o carruaje, pájaro o agua parda en el arroyo, sentía que su corazón se le iba detrás en un éxtasis de anhelo.

Los hombres de ciencia nos dicen que todas las empresas de los marineros en el mar, todo ese contramovimiento de tribus y razas que confunde la historia antigua con su polvo y su rumor, no brotaron de nada más recóndito que las leyes de la oferta y la demanda y cierto instinto natural por las raciones baratas. A quien piense con hondura, esto le parecerá una explicación pobre y desalentadora. Las tribus que salieron en tropel del Norte y del Este, si es que eran empujadas desde atrás por otras, eran al mismo tiempo atraídas por la influencia magnética del Sur y del Oeste. La fama de otras tierras les había llegado; el nombre de la ciudad eterna resonaba en sus oídos; no eran colonos sino peregrinos; viajaban hacia el vino, el oro y el sol, pero sus corazones anhelaban

algo más alto. Ese divino desasosiego, esa vieja y aguda inquietud de la humanidad que engendra los grandes logros y los grandes fracasos, el mismo que extendió las alas con Ícaro, el mismo que lanzó a Colón al desolado Atlántico, inspiró y sostuvo a esos bárbaros en su peligrosa marcha. Hay una leyenda que representa profundamente su espíritu: la de cómo una partida volante de esos errantes se encontró con un anciano muy viejo que calzaba zapatos de hierro. El anciano les preguntó adónde iban; y ellos respondieron a una voz: «¡A la Ciudad Eterna!». Él los miró con gravedad. «Yo la he buscado», dijo, «por la mayor parte del mundo. Tres pares como el que ahora llevo en los pies he gastado en esta peregrinación, y ya el cuarto se me va adelgazando bajo los pasos. Y en todo este tiempo no he encontrado la ciudad.» Y se dio la vuelta y siguió su camino solo, dejándolos asombrados.

Y sin embargo, eso apenas podría compararse con la intensidad del anhelo de Will por la llanura. Si pudiera llegar suficientemente lejos hasta allá, sentía que su vista se purificaría y aclararía, que su oído se volvería más delicado, y que hasta su aliento entraría y saldría con una suavidad deliciosa. Estaba trasplantado y se marchitaba donde estaba; yacía en tierra extraña y sentía nostalgia del hogar. Poco a poco fue componiendo nociones dispersas del mundo de abajo: del río, que avanzaba sin cesar y crecía hasta lanzarse al majestuoso océano; de las ciudades, llenas de gente activa y hermosa, con fuentes cantarinas, bandas de música y palacios de mármol, iluminadas de noche de punta a punta con estrellas artificiales de oro; de las grandes iglesias, las sabias universidades, los valientes ejércitos y el dinero incalculable almacenado en bóvedas; del vicio encumbrado que se movía a la luz del sol, y del sigilo y la rapidez del crimen en la medianoche. He dicho que sentía nostalgia del hogar: la imagen no cuadra del todo. Era como alguien que yace en una preexistencia crepuscular e informe y tiende los brazos con amor hacia una vida de múltiples colores y múltiples sonidos. No era de extrañar que fuera desdichado; iba a contárselo a los peces: ellos estaban hechos para su vida, no deseaban más que gusanos y agua corriente y un

agujero bajo un talud; pero él estaba concebido de otro modo, lleno de deseos y aspiraciones, con los dedos que le hormigueaban, con los ojos que ansiaban, a quien el mundo entero con toda su variedad no podía satisfacer con sus aspectos. La vida verdadera, el verdadero sol brillante, estaba lejos, en la llanura. ¡Ah! ¡Ojalá pudiera ver ese sol una sola vez antes de morir! ¡Moverse con espíritu alegre en una tierra dorada! ¡Oír a los cantores formados y las dulces campanas de las iglesias, y ver los jardines en fiesta! «¡Y vosotros, peces!», exclamaba, «¡si solo volvierais el hocico río abajo, podríais nadar tan fácilmente hasta las aguas fabulosas y ver los grandes barcos pasar sobre vuestras cabezas como nubes, y oír las enormes olas de agua haceros música todo el día!» Pero los peces seguían mirando con paciencia en su propia dirección, hasta que Will ya no sabía si reír o llorar.

Hasta entonces el tráfico del camino había pasado ante Will como algo visto en un cuadro: quizá había intercambiado saludos con algún turista o entrevisto a algún caballero de cierta edad con gorra de viaje en la ventanilla de un carruaje; pero en su mayor parte había sido un mero símbolo que él contemplaba desde lejos y con algo de sentimiento supersticioso. Llegó al fin un momento en que eso habría de cambiar. El molinero, que era un hombre codicioso a su manera y no dejaba pasar ninguna oportunidad de ganancia honrada, convirtió el edificio del molino en una pequeña posada de camino y, aprovechando algunas circunstancias favorables que se presentaron oportunamente, construyó establos y obtuvo el cargo de maestro de postas en la carretera. Fue entonces deber de Will atender a las personas mientras desayunaban en el pequeño cenador de la parte alta del jardín del molino; y puedes estar seguro de que mantenía los oídos bien abiertos y aprendía muchas cosas nuevas sobre el mundo exterior mientras llevaba la tortilla o el vino. Es más, a menudo entablaba conversación con los viajeros que iban solos y, con preguntas hábiles y atención cortés, no solo satisfacía su propia curiosidad sino que se ganaba la simpatía de los pasajeros. Muchos felicitaban al viejo matrimonio por su mozo de posada; y un catedrático estaba ansioso por llevárselo consigo y darle una

educación apropiada en la llanura. El molinero y su mujer quedaron asombradísimos y aún más complacidos. Les pareció que había sido muy buena idea abrir la posada. «Ya ves», solía decir el viejo, «tiene una especie de talento para el oficio de posadero; inunca habría servido para nada más!» Y así transcurría la vida en el valle, con gran satisfacción de todos los interesados menos de Will. Cada carruaje que partía de la puerta de la posada parecía llevarse un trozo de él; y cuando la gente le ofrecía en broma una plaza en el pescante, le costaba dominar su emoción. Noche tras noche soñaba que lo despertaban unos criados agitados y que un espléndido carruaje aguardaba a la puerta para llevarlo a la llanura; noche tras noche, hasta que el sueño, que al principio le había parecido pura alegría, empezó a adquirir un tinte de gravedad, y la llamada nocturna y el carruaje en espera ocuparon en su mente un lugar como algo que se ha de temer y esperar a la vez.

Un día, cuando Will tenía unos dieciséis años, llegó al atardecer un joven gordo que iba a pasar la noche. Era un tipo de aspecto satisfecho, con ojos alegres, y llevaba una mochila. Mientras se preparaba la cena, se sentó en el cenador a leer un libro; pero en cuanto empezó a observar a Will, dejó el libro a un lado; era evidentemente de los que prefieren a las personas de carne y hueso antes que a las que están hechas de tinta y papel. Will, por su parte, aunque al principio no se había fijado mucho en el desconocido, pronto empezó a encontrar un gran placer en su conversación, que estaba llena de buen humor y sensatez, y acabó concibiendo un gran respeto por su carácter y su sabiduría. Se quedaron sentados hasta bien entrada la noche; y alrededor de las dos de la mañana Will le abrió su corazón al joven y le contó cuánto deseaba abandonar el valle y qué brillantes esperanzas había depositado en las ciudades de la llanura. El joven soltó un silbido y luego se echó a reír.

—Amigo mío —comentó—, es usted un muchacho bien curioso, y desea muchas cosas que nunca conseguirá. Pues sepa que se avergonzaría si supiera cómo los chicos de esas ciudades de cuento suyo andan todos tras el mismo género de tonterías y se parten el

corazón por subir a las montañas. Y permítame decirle que los que bajan a la llanura no tardan gran cosa en desear de todo corazón estar de vuelta. El aire no es tan ligero ni tan puro, ni el sol brilla más. En cuanto a los hombres y mujeres hermosos, vería a muchos de ellos en harapos y a muchos deformados por enfermedades horribles; y la ciudad es un lugar muy duro para quienes son pobres y sensibles, de modo que muchos prefieren quitarse la vida.

—Debe de creerme muy ingenuo —respondió Will—. Aunque nunca he salido de este valle, créame, he tenido los ojos bien abiertos. Sé cómo vive una cosa a costa de otra; por ejemplo, cómo el pez se queda quieto en el remanso para atrapar a sus semejantes; y el pastor, que hace tan bonita estampa mientras vuelve a casa con el cordero, solo lo lleva a casa para comérselo. No espero encontrar todo perfecto en sus ciudades. Eso no es lo que me preocupa; quizá lo fue en otro tiempo; pero aunque vivo siempre aquí, he hecho muchas preguntas y he aprendido mucho estos últimos años, y desde luego lo suficiente para curarme de mis viejas fantasías. Pero ¿acaso querría usted que yo muriera como un perro sin haber visto todo lo que hay que ver y hecho todo lo que un hombre puede hacer, sea bueno o malo? ¿Acaso querría que me pasara todos mis días entre este camino y el río, sin hacer el más mínimo intento de levantarme a vivir mi vida? Preferiría morir de golpe —exclamó— antes que seguir languideciendo como estoy.

—Miles de personas —dijo el joven— viven y mueren como usted, y no son por eso menos dichosas.

—¡Ah! —dijo Will—. Si hay miles que quisieran estar en mi lugar, ¿por qué no podría uno de ellos ocuparlo?

Estaba del todo oscuro; había un farol colgante en el cenador que iluminaba la mesa y los rostros de los que hablaban; y a lo largo del arco, las hojas del enrejado sobresalían iluminadas contra el cielo nocturno, un dibujo de verde transparente sobre un púrpura oscuro. El joven gordo se levantó y, tomando a Will del brazo, lo sacó bajo el cielo abierto.

—¿Ha mirado alguna vez las estrellas? —preguntó, señalando hacia arriba.

—Muchas y muchas veces —respondió Will.

—¿Y sabe lo que son?

—Me he imaginado muchas cosas.

—Son mundos como el nuestro —dijo el joven—. Algunos más pequeños; muchos un millón de veces más grandes; y algunas de las menores chispas que se ven no son solo mundos, sino conjuntos enteros de mundos que giran unos alrededor de otros en el espacio. No sabemos lo que puede haber en ninguno de ellos; quizá la respuesta a todas nuestras dudas o el remedio de todos nuestros males: y sin embargo nunca podremos llegar hasta ellos; toda la habilidad del más ingenioso de los hombres no bastaría para equipar un barco que llegara al más cercano de esos vecinos nuestros, ni la vida del más longevo alcanzaría para semejante travesía. Cuando se pierde una gran batalla o muere un amigo querido, cuando estamos abatidos o exaltados, ahí están brillando sin cansancio sobre nuestras cabezas. Podemos ponernos aquí abajo, un ejército entero a una, y gritar hasta reventarnos el corazón, y ni un susurro les llega. Podemos escalar la montaña más alta, y no estamos más cerca de ellas. Todo lo que podemos hacer es quedarnos aquí abajo en el jardín y quitarnos el sombrero; su luz cae sobre nuestras cabezas, y donde la mía está un poco calva, me imagino que se puede ver cómo brilla en la oscuridad. La montaña y el ratón. Eso es probablemente todo lo que podremos hacer con Arturo o Aldebarán. ¿Sabe usted aplicar una parábola? —añadió, posando la mano en el hombro de Will—. No es lo mismo que un argumento, pero suele convencer mucho más.

Will inclinó un poco la cabeza, y luego la alzó de nuevo hacia el cielo. Las estrellas parecieron expandirse y desprender un brillo más agudo; y mientras seguía girando los ojos cada vez más arriba, parecían multiplicarse bajo su mirada.

—Ya veo —dijo, volviéndose hacia el joven—. Estamos en una ratonera.

—Algo así. ¿Ha visto alguna vez a una ardilla dando vueltas en una jaula? ¿Y a otra ardilla sentada filosóficamente sobre sus nueces? No necesito preguntarle cuál de las dos tenía más pinta de tonta.

II. LA MARJORY DEL PÁRROCO

Al cabo de algunos años los viejos murieron, ambos en el mismo invierno, atendidos con gran esmero por su hijo adoptivo y llorados con mucha calma cuando se fueron. Los que habían oído hablar de sus fantasías viajeras supusieron que se apresuraría a vender la propiedad y bajar por el río a buscar fortuna. Pero no hubo ningún indicio de semejante intención por parte de Will. Al contrario, puso la posada en mejor pie y contrató a un par de criados que le ayudaran a llevarla; y allí se quedó, un joven afable, parlanchín e inescrutable, de metro noventa en calcetines, con una constitución de hierro y una voz amigable. Pronto empezó a ganarse en el distrito fama de ser un tanto extravagante: no había mucho que admirarse desde el principio, pues siempre estaba lleno de ideas y ponía en entredicho las verdades más evidentes; pero lo que más alimentó ese rumor fue la extraña circunstancia de su cortejo a la Marjory del párroco.

La Marjory del párroco era una muchacha de unos diecinueve años cuando Will rondaría los treinta; de buen ver y mucho mejor educada que cualquier otra joven de aquella comarca, como correspondía a su origen. Llevaba la cabeza muy erguida y ya había rechazado varias propuestas de matrimonio con un aire de grandeza que le había valido críticas entre los vecinos. Con todo, era una buena chica, de las que habrían hecho la felicidad de cualquier hombre.

Will la había tratado poco; pues aunque la iglesia y la casa del párroco estaban a solo tres kilómetros de su puerta, nunca se le vio ir allí más que los domingos. Ocurrió, sin embargo, que la casa parroquial precisó reparaciones y tuvo que ser desalojada; y el

párroco y su hija se hospedaron durante un mes o poco más, en condiciones muy ventajosas, en la posada de Will. Ahora bien, entre la posada, el molino y los ahorros del viejo molinero, nuestro amigo era un hombre acomodado; y además tenía fama de buen carácter y sagacidad, que son una buena dote en el matrimonio; de modo que entre los malintencionados corría el rumor de que el párroco y su hija no habían elegido su alojamiento temporal con los ojos cerrados. Will era quizá el último hombre del mundo que pudiera ser engatusado o intimidado para casarse. Bastaba con mirarle los ojos, límpidos y quietos como pozas de agua, pero con una suerte de luz clara que parecía venir de dentro, para comprender enseguida que aquel era un hombre que conocía su propio pensamiento y se mantendría en él sin moverse. La propia Marjory no era ninguna débil a juzgar por su aspecto, con unos ojos firmes y serenos y un porte resuelto y tranquilo. Podría haberse discutido si no era para Will tan constante como él, o cuál de los dos llevaría los pantalones en el matrimonio. Pero Marjory jamás había pensado en ello y acompañó a su padre con la más perfecta inocencia y despreocupación.

La temporada era todavía tan temprana que los clientes de Will escaseaban; pero los lilos ya estaban en flor y el tiempo era tan apacible que el grupo se sentaba a cenar bajo el enrejado, con el rumor del río en los oídos y los bosques resonando a su alrededor con el canto de los pájaros. Will pronto empezó a encontrar un placer especial en esas cenas. El párroco era más bien un compañero soso, con tendencia a dar cabezadas en la mesa; pero nunca le salía de los labios nada grosero ni cruel. Y en cuanto a la hija del párroco, armonizaba con el entorno con la mejor gracia imaginable; y lo que decía parecía tan oportuno y encantador que Will formó una alta opinión de su talento. La veía inclinarse hacia delante con el telón de fondo de los pinos que ascendían en la ladera; sus ojos brillaban con serenidad; la luz se posaba sobre su cabello como un pañuelo; algo que apenas era una sonrisa jugueteaba en sus mejillas pálidas, y Will no podía evitar mirarla con un agradable desconcierto. Tenía un aspecto, hasta en sus

momentos más quietos, tan completo en sí misma y tan viva hasta las yemas de los dedos y el mismo borde de su vestido, que el resto de las cosas creadas no era más que una mancha en comparación; y si Will apartaba los ojos de ella para mirar el entorno, los árboles parecían inanimados e insensibles, las nubes colgaban del cielo como cosas muertas, y hasta las cumbres de las montañas perdían su encanto. Todo el valle no podía compararse en belleza con esa sola muchacha.

Will era siempre observador en compañía de sus semejantes; pero su observación se volvió casi dolorosamente intensa con Marjory. Escuchaba todo lo que ella decía y al mismo tiempo leía sus ojos en busca del comentario que no pronunciaba. Muchas palabras amables, sencillas y sinceras encontraban eco en su corazón. Tomó conciencia de un alma hermosamente equilibrada en sí misma, que no dudaba de nada, no deseaba nada, vestida de paz. No era posible separar sus pensamientos de su apariencia. El giro de su muñeca, el sonido apagado de su voz, la luz en sus ojos, las líneas de su cuerpo se acompasaban con sus palabras graves y suaves como el acompañamiento que sostiene y armoniza la voz del cantante. Su influencia era una sola cosa, indivisible e inanalizable, que solo se podía sentir con gratitud y alegría. Para Will, su presencia le traía algo de su infancia, y el pensamiento en ella tomó su lugar en su mente junto al del amanecer, del agua corriente y de las primeras violetas y los primeros lilos. Es propio de las cosas que se ven por primera vez, o por primera vez tras largo tiempo, como las flores en primavera, despertar en nosotros la agudeza de los sentidos y esa impresión de extrañeza mística que de otro modo desaparece de la vida con el paso de los años; pero la visión de un rostro querido es lo que renueva el carácter de un hombre desde la misma fuente.

Un día, después de cenar, Will dio un paseo entre los abetos; una beatitud grave le poseía de pies a cabeza, y no dejaba de sonreír para sí y para el paisaje mientras caminaba. El río corría entre las piedras del vado con un suave murmullo; un pájaro cantaba en voz alta en el bosque; las cimas de las colinas parecían

inconmensurablemente altas, y mientras las miraba de vez en cuando le parecía que contemplaban sus movimientos con una curiosidad benévola pero imponente. Su camino le llevó a la eminencia desde la que se dominaba la llanura; y allí se sentó sobre una piedra y se sumió en pensamientos hondos y placenteros. La llanura se extendía ante él con sus ciudades y su río plateado; todo dormía, salvo un gran remolino de pájaros que no dejaba de subir y bajar y girar y girar en el aire azul. Repitió en voz alta el nombre de Marjory, y el sonido le satisfizo el oído. Cerró los ojos, y la imagen de ella surgió ante él, quietamente luminosa y acompañada de buenos pensamientos. El río podría correr para siempre; los pájaros volar cada vez más alto hasta rozar las estrellas. Vio que todo aquello no era más que un vano ajeteo; pues aquí, sin moverse un paso, esperando con paciencia en su propio y estrecho valle, también él había alcanzado el sol más verdadero.

Al día siguiente Will hizo una especie de declaración a través de la mesa de la cena, mientras el párroco llenaba su pipa.

—Señorita Marjory —dijo—, nunca he conocido a nadie que me gustara tanto como usted. Soy en su mayor parte un hombre frío y poco cariñoso; no por falta de corazón, sino por la rareza de mi modo de pensar; y la gente me parece lejana. Es como si hubiera un círculo a mi alrededor que mantuviera fuera a todos menos a usted; oigo a los demás hablar y reír; pero usted llega muy cerca. Quizá le resulte desagradable —preguntó.

Marjory no respondió.

—Habla, muchacha —dijo el párroco.

—No, no —repuso Will—, no la presione, señor párroco. Yo mismo me siento sin palabras, y eso que no me ocurre habitualmente; y ella es una mujer, y poco más que una niña, a fin de cuentas. Pero por mi parte, en la medida en que entiendo lo que la gente quiere decir con eso, creo que debo de ser lo que llaman estar enamorado. No quiero que se me tome por comprometido; puede que me equivoque; pero así es como creo que me encuentro. Y si la señorita

Marjory sintiera algo distinto por su parte, quizá sería tan amable de mover la cabeza.

Marjory guardó silencio y no dio ninguna señal de haber oído.

—¿Cómo lo ve, señor párroco? —preguntó Will.

—La chica tiene que hablar —respondió el párroco, dejando la pipa—. Aquí está nuestro vecino que dice que te quiere, Madge. ¿Le quieres tú, sí o no?

—Creo que sí —dijo Marjory, en voz baja.

—¡Bien, pues eso es todo lo que se podía desear! —exclamó Will, con calor. Y le tomó la mano a través de la mesa y la sostuvo un momento entre las suyas con gran satisfacción.

—Debéis casaros —observó el párroco, volviéndose a poner la pipa en la boca.

—¿Le parece a usted lo más indicado? —preguntó Will.

—Es indispensable —dijo el párroco.

—Muy bien —respondió el pretendiente.

Pasaron dos o tres días de gran deleite para Will, aunque un observador externo apenas lo habría notado. Siguió tomando sus comidas frente a Marjory, hablando con ella y mirándola en presencia de su padre; pero no hizo ningún intento de verla a solas, ni cambió de ningún otro modo su trato hacia ella desde como había sido desde el principio. Quizá la joven se sintió un poco decepcionada, y quizá no sin razón; y sin embargo, si hubiera bastado con estar siempre en el pensamiento de otra persona, y permear y transformar así toda su vida, podría haberse dado por satisfecha del todo. Pues Marjory no salía de la mente de Will ni un instante. Se sentaba sobre el arroyo y miraba el polvo del remolino, los peces inmóviles y las algas tirantes; paseaba solo en el atardecer entre los púrpuras del crepúsculo, con todos los mirlos silbando a su alrededor en el bosque; se levantaba temprano por la mañana y veía el cielo pasar del gris al oro, y la luz saltar sobre las cimas de las

colinas; y todo el tiempo se preguntaba si es que nunca había visto tales cosas antes, o cómo era posible que tuvieran ahora un aspecto tan diferente. El sonido de su propio molino, o del viento entre los árboles, le turbaba y le encantaba el corazón. Los pensamientos más seductores acudían a su mente sin ser llamados. Era tan feliz que no podía dormir de noche, y tan inquieto que apenas podía estarse quieto fuera de la compañía de ella. Y sin embargo parecía como si la evitara más que buscarla.

Un día, al volver a casa de una de sus caminatas, Will encontró a Marjory en el jardín cortando flores y, cuando llegó a su altura, aminoró el paso y siguió andando a su lado.

—¿Le gustan las flores? —dijo.

—La verdad es que las adoro —respondió ella—. ¿Y a usted?

—Pues no —dijo él—, no tanto. Al fin y al cabo son bien poca cosa. Comprendo que haya gente que las quiera mucho, pero no que haga lo que usted hace ahora.

—¿El qué? —preguntó ella, deteniéndose y alzando la vista hacia él.

—Arrancarlas —dijo él—. Están mucho mejor donde estaban, y resultan mucho más bonitas, si vamos a eso.

—Deseo tenerlas para mí —contestó ella—, llevarlas junto al corazón y guardarlas en mi cuarto. Me tientan mientras crecen aquí; parecen decir: «Ven y haz algo con nosotras»; pero, una vez que las he cortado y guardado, el hechizo se rompe y puedo mirarlas con el corazón tranquilo.

—Desea poseerlas —replicó Will— para no pensar más en ellas. Es un poco como matar a la gallina de los huevos de oro. Es un poco como lo que yo quería hacer de niño. Como me daba por asomarme a contemplar la llanura, deseaba bajar allí, adonde ya no podría contemplarla más. ¿No era un buen razonamiento? Dios mío, Dios mío, si la gente lo pensara, todo el mundo haría como yo; y usted dejaría en paz sus flores, igual que yo me quedo aquí arriba en la

montaña. —De pronto se interrumpió en seco—. ¡Por el Señor! —exclamó. Y cuando ella le preguntó qué le pasaba, esquivó la pregunta y se metió en la casa con una expresión más bien socarrona.

Estuvo callado en la mesa; y después de que cayera la noche y salieran las estrellas en lo alto, anduvo horas de un lado a otro por el patio y el jardín, con paso desigual. Aún había luz en la ventana del cuarto de Marjory: un pequeño rectángulo anaranjado en un mundo de colinas de azul oscuro y de luz plateada de estrellas. La mente de Will volvía una y otra vez a aquella ventana; pero sus pensamientos no eran muy de enamorado. «Ahí está ella en su cuarto —pensaba—, y ahí están las estrellas en lo alto: ¡bendición sobre ambas!» Ambas eran buenas influencias en su vida; ambas lo serenaban y lo fortalecían en su hondo contento con el mundo. ¿Y qué más podía desear de una o de otra? El joven gordo y sus consejos estaban tan presentes en su mente que echó la cabeza hacia atrás y, poniéndose las manos ante la boca, gritó a los cielos poblados. Fuera por la postura de la cabeza o por la brusca tensión del esfuerzo, le pareció ver un estremecimiento momentáneo entre las estrellas, y una difusión de luz helada pasar de una a otra por el cielo. En ese mismo instante, una esquina del estor se levantó y se dejó caer al punto. Él soltó un sonoro «¡jo, jo!». «¡La una y la otra! —pensó Will—. Las estrellas tiemblan y el estor se alza. Válgame el Cielo, ¡qué gran mago debo de ser! Y ahora, si solo fuera un necio, ¿no me vería en un buen apuro?» Y se fue a la cama riendo entre dientes: «¡Si solo fuera un necio!»

A la mañana siguiente, bastante temprano, la vio una vez más en el jardín y fue a buscarla.

—He estado pensando en casarme —empezó de golpe—; y, después de darle mil vueltas, he decidido que no merece la pena.

Ella se volvió hacia él un solo instante; pero su aspecto radiante y bondadoso, dadas las circunstancias, habría desconcertado a un ángel, y ella bajó de nuevo la vista al suelo en silencio. Él pudo verla temblar.

—Espero que no le importe —prosiguió, un poco desconcertado—. No debería importarle. Le he dado mil vueltas, y por mi alma que no hay nada en ello. Nunca estaríamos ni un ápice más cerca de lo que estamos ahora mismo y, si soy un hombre sensato, ni con mucho tan felices.

—No hace falta que se ande usted con rodeos conmigo —dijo ella—. Recuerdo muy bien que se negó a comprometerse; y ahora que veo que estaba equivocado, y que en realidad nunca me ha querido, solo puedo sentir tristeza por haberme dejado engañar hasta este punto.

—Le pido perdón —dijo Will con firmeza—; no entiende usted lo que quiero decir. En cuanto a si la he amado alguna vez o no, eso debo dejarlo al juicio de otros. Pero, por una parte, mi sentimiento no ha cambiado; y, por otra, puede usted preciarse de haber hecho de toda mi vida y mi carácter algo distinto de lo que eran. Digo lo que digo; ni más ni menos. No creo que casarse merezca la pena. Preferiría que usted siguiera viviendo con su padre, de modo que yo pudiera acercarme a verla una vez, o quizá dos, a la semana, como quien va a la iglesia, y así ambos seríamos más felices en los intervalos. Esa es mi idea. Pero me casaré con usted si quiere —añadió.

—¿Sabe que me está insultando? —estalló ella.

—Yo no, Marjory —dijo él—; si algo vale una conciencia limpia, yo no. Le ofrezco todo el mejor afecto de mi corazón; puede tomarlo o dejarlo, aunque sospecho que está fuera de su poder y del mío cambiar lo que una vez se ha hecho y devolverme la libertad de sentir. Me casaré con usted, si quiere; pero le digo una y otra vez que no merece la pena, y que lo mejor es que sigamos siendo amigos. Aunque soy un hombre tranquilo, he observado un montón de cosas en mi vida. Confíe en mí y acepte las cosas como se las propongo; o, si eso no le gusta, dígalos, y me casaré con usted ahora mismo.

Hubo una pausa considerable y Will, que empezaba a sentirse incómodo, empezó en consecuencia a enfadarse.

—Parece que es usted demasiado orgullosa para decir lo que piensa —dijo—. Créame que es una lástima. Una confesión sincera hace sencilla la vida. ¿Puede un hombre ser más franco o más honrado con una mujer de lo que yo lo he sido? He dicho lo mío y le he dado a elegir. ¿Quiere que me case con usted? ¿O aceptará mi amistad, como creo que es lo mejor? ¿O ya ha tenido bastante de mí para siempre? ¡Hable claro, por el amor de Dios! Ya sabe que su padre le dijo que una muchacha debe decir lo que piensa en estos asuntos.

Ella pareció recobrase al oír aquello; se volvió sin una palabra, cruzó rápidamente el jardín y desapareció en la casa, dejando a Will bastante confuso en cuanto al resultado. Él anduvo de un lado a otro del jardín, silbando bajito para sí. A veces se detenía y contemplaba el cielo y las cumbres; a veces bajaba hasta el pie de la presa y se sentaba allí, mirando estúpidamente el agua. Toda aquella duda y aquel desasosiego eran tan ajenos a su naturaleza y a la vida que resueltamente había elegido para sí, que empezó a lamentar la llegada de Marjory. «Al fin y al cabo —pensó—, era tan feliz como puede necesitar serlo un hombre. Podía bajar aquí y contemplar mis peces todo el día si me apetecía: estaba tan asentado y contento como mi vieja molienda.»

Marjory bajó a comer, muy arreglada y serena; y no bien estuvieron los tres a la mesa, dirigió a su padre un pequeño discurso, con los ojos clavados en el plato, pero sin dar otra señal de turbación ni de zozobra.

—Padre —empezó—, el señor Will y yo hemos estado hablando de las cosas. Nos damos cuenta de que ambos nos habíamos equivocado sobre nuestros sentimientos, y él ha accedido, a petición mía, a renunciar a toda idea de matrimonio y a no ser más que mi muy buen amigo, como en el pasado. Ya ve que no hay sombra de disgusto y, la verdad, espero que lo veamos mucho en el futuro, pues sus visitas siempre serán bien recibidas en nuestra casa. Por

supuesto, padre, usted sabrá mejor, pero quizá haríamos bien en dejar por ahora la casa del señor Will. Creo que, después de lo que ha pasado, difícilmente seríamos huéspedes agradables durante unos días.

Will, que a duras penas se había dominado desde el principio, prorrumpió al oír esto en un ruido inarticulado y alzó una mano con aire de verdadera consternación, como si fuera a intervenir y a contradecirla. Pero ella lo atajó al instante, mirándolo con una ojeada veloz y un rubor de enojo en las mejillas.

—Quizá tenga usted la gentileza —dijo— de dejar que explique yo misma estos asuntos.

Will quedó del todo cortado por su expresión y por el timbre de su voz. Guardó silencio, concluyendo que había en aquella muchacha cosas que escapaban a su comprensión, en lo cual acertaba de lleno.

El pobre párroco quedó muy alicaído. Intentó demostrar que aquello no era más que una riña de enamorados, que se pasaría antes de la noche; y cuando lo desalojaron de esa posición, pasó a argumentar que, donde no había disputa, no podía haber motivo de separación, pues el buen hombre apreciaba tanto su acomodo como a su anfitrión. Era curioso ver cómo los manejaba la muchacha, diciendo poco todo el tiempo, y eso muy calladamente, y sin embargo envolviéndolos alrededor del dedo y llevándolos insensiblemente adonde quería, con tacto y estrategia femeninos. Apenas parecía obra suya —parecía que las cosas simplemente hubieran caído así— que ella y su padre partieran aquella misma tarde en un carro de labranza y bajaran valle abajo, a esperar, hasta que su propia casa estuviera lista, en otra aldea. Pero Will había estado observando de cerca y era muy consciente de su destreza y su resolución. Cuando se encontró solo, tuvo un montón de asuntos curiosos que darles vueltas en la cabeza. Para empezar, estaba muy triste y solitario. Todo el interés se había ido de su vida, y por más que mirara las estrellas cuanto quisiera, de algún modo no lograba hallar apoyo ni consuelo. Y luego estaba en tal tumulto de espíritu a causa de Marjory. Le había desconcertado e irritado su

comportamiento y, sin embargo, no podía dejar de admirarlo. Creía reconocer un ángel fino y rebelde en aquella alma quieta que hasta entonces jamás había sospechado; y aunque veía que era una influencia que mal se avendría con su propia vida de calma artificial, no podía impedirse desear ardientemente poseerla. Como un hombre que ha vivido entre sombras y de pronto se topa con el sol, se sentía a un tiempo dolorido y encantado.

A medida que pasaban los días, iba de un extremo a otro; ora se envanecía de la firmeza de su determinación, ora despreciaba su cautela tímida y necia. Lo primero era, quizá, el verdadero pensamiento de su corazón, y representaba el curso regular de las reflexiones del hombre; pero lo segundo brotaba de cuando en cuando con una violencia indomable, y entonces olvidaba toda ponderación y andaba de un lado a otro por su casa y su jardín, o caminaba entre los abetos como quien está fuera de sí de remordimiento. Para Will, ecuánime y de ánimo sereno, aquel estado de cosas era intolerable; y resolvió, costara lo que costase, ponerle fin. Así que, una cálida tarde de verano, se puso sus mejores ropas, cogió una vara de espino en la mano y partió valle abajo siguiendo el río. En cuanto hubo tomado su determinación, recobró de un salto su acostumbrada paz de corazón, y disfrutó del tiempo luminoso y de la variedad del paisaje sin mezcla alguna de alarma ni de ansia desagradable. Le daba casi lo mismo cómo se resolviera el asunto. Si ella lo aceptaba, esta vez tendría que casarse con ella, lo cual quizá fuera para bien. Si lo rechazaba, habría hecho cuanto podía y podría seguir su propio camino en el futuro con la conciencia tranquila. Esperaba, en conjunto, que ella lo rechazara; y luego, otra vez, al ver el tejado pardo que la cobijaba, asomando entre unos sauces en un recodo del arroyo, estuvo medio inclinado a invertir el deseo, y más que medio avergonzado de sí mismo por aquella flaqueza de propósito.

Marjory pareció alegrarse de verlo, y le tendió la mano sin afectación ni demora.

—He estado pensando en esa boda —empezó él.

—Yo también —respondió ella—. Y lo respeto cada vez más como hombre muy sabio. Usted me comprendió mejor de lo que yo me comprendía a mí misma; y ahora estoy del todo segura de que las cosas están mejor tal como están.

—Al mismo tiempo... —aventuró Will.

—Debe de estar cansado —lo interrumpió ella—. Siéntese y deje que le traiga una copa de vino. La tarde es tan calurosa; y no quisiera que quedara descontento de su visita. Debe venir muy a menudo; una vez a la semana, si dispone del tiempo; siempre me alegra tanto ver a mis amigos.

—Ah, muy bien —se dijo Will para sus adentros—. Parece que al fin y al cabo yo tenía razón. —E hizo una visita de lo más agradable, volvió andando a casa de un humor excelente, y no volvió a preocuparse por el asunto.

Durante casi tres años, Will y Marjory continuaron en estos términos, viéndose una o dos veces por semana sin una palabra de amor entre ellos; y en todo ese tiempo creo que Will fue casi tan feliz como puede serlo un hombre. Más bien se racionaba el placer de verla; y a menudo caminaba medio trecho hacia la casa del párroco y luego se volvía, como para aguzar el apetito. Había, en efecto, un recodo del camino desde donde alcanzaba a ver la aguja de la iglesia encajada en una hendidura del valle, entre laderas de abetos, con un retazo triangular de llanura a modo de fondo, y que él prefería mucho como lugar donde sentarse a moralizar antes de regresar a casa; y los campesinos se acostumbraron de tal modo a encontrarlo allí en el crepúsculo que le dieron el nombre de «el Recodo de Will del Molino».

Al cabo de los tres años, Marjory le jugó una triste pasada casándose de repente con otro. Will mantuvo el semblante con valentía y se limitó a comentar que, por poco que supiera de mujeres, había obrado con mucha prudencia al no casarse él mismo con ella tres años atrás. Estaba claro que ella conocía muy poco su propio corazón y que, pese a sus maneras engañosas, era tan

voluble y casquivana como las demás. Tenía que felicitarse por haberse librado, decía, y en consecuencia tendría mejor opinión de su propia sabiduría. Pero en el fondo estaba razonablemente disgustado, anduvo bastante mustio uno o dos meses y adelgazó, para asombro de sus mozos.

Sería quizá un año después de aquella boda cuando a Will lo despertó, ya entrada la noche, el ruido de un caballo galopando por el camino, seguido de precipitados golpes en la puerta de la posada. Abrió la ventana y vio a un criado de labranza, montado y sujetando por la brida un caballo de repuesto, que le dijo que se diera toda la prisa que pudiera y fuera con él; pues Marjory se estaba muriendo y lo había mandado llamar con urgencia a su lecho. Will no era buen jinete y avanzó tan poco por el camino que la pobre joven esposa estaba muy cerca de su fin cuando él llegó. Pero hablaron unos minutos a solas, y él estuvo presente y lloró muy amargamente mientras ella exhalaba el último aliento.

III. LA MUERTE

Un año tras otro se desvanecía en la nada, con grandes explosiones y clamores en las ciudades de la llanura: la roja revuelta brotando y siendo sofocada en sangre, la batalla oscilando de aquí para allá, pacientes astrónomos en las torres de los observatorios descubriendo y bautizando nuevas estrellas, obras representándose en teatros iluminados, gente transportada al hospital en camillas, y todo el habitual tumulto y agitación de las vidas de los hombres en los centros populosos. Allá arriba, en el valle de Will, solo los vientos y las estaciones marcaban una época; los peces se mantenían quietos en la rápida corriente, los pájaros trazaban círculos en lo alto, las copas de los pinos susurraban bajo las estrellas, las altas colinas velaban sobre todo; y Will iba y venía, atendiendo su posada al borde del camino, hasta que la nieve empezó a espesarse sobre su cabeza. Su corazón era joven y vigoroso; y si su pulso llevaba un compás sosegado, aún latía fuerte y firme en sus muñecas. Lucía una mancha rojiza en cada mejilla, como una manzana madura; se encorbaba un poco, pero su paso seguía firme; y tendía sus manos

nervudas a todos con un apretón amistoso. Tenía el rostro cubierto de esas arrugas que se ganan al aire libre y que, bien miradas, no son más que una especie de bronceado permanente; tales arrugas realzan la estupidez de los rostros estúpidos; pero a una persona como Will, con sus ojos claros y su boca sonriente, no le daban sino otro encanto, al atestiguar una vida sencilla y desahogada. Su conversación estaba llena de dichos sabios. Sentía gusto por los demás, y los demás sentían gusto por él. Cuando el valle se llenaba de turistas en temporada, había noches alegres en el emparrado de Will; y sus ideas, que a sus vecinos les parecían extravagantes, no pocas veces eran admiradas por gente instruida venida de ciudades y universidades. En verdad tuvo una vejez muy noble, y cada día se hacía más conocido; de modo que su fama llegó a oírse en las ciudades de la llanura; y jóvenes que habían sido viajeros de verano hablaban entre ellos, en los *cafés*, de Will del Molino y de su tosca filosofía. Muchísimas invitaciones recibió, no lo dudéis; pero nada podía sacarlo de su valle de las alturas. Sacudía la cabeza y sonreía por encima de su pipa con mucho sentido. «Llegáis demasiado tarde —respondía—. Ahora soy un hombre muerto: ya he vivido y ya he muerto. Hace cincuenta años me habríais puesto el corazón en la boca; y ahora ni siquiera me tentáis. Pero ese es el objeto de vivir mucho: que el hombre deje de importarle la vida.» Y también: «Solo hay una diferencia entre una vida larga y una buena cena: que en la cena los dulces vienen al final.» O aun esta otra: «Cuando era niño, andaba un tanto perplejo, y apenas sabía si era yo o el mundo lo curioso y digno de examinarse. Ahora sé que soy yo, y a eso me atengo.»

Nunca mostró síntoma alguno de flaqueza, sino que se mantuvo recio y firme hasta el final; pero dicen que se volvió menos hablador hacia el término, y que escuchaba a los demás horas enteras, en un silencio divertido y comprensivo. Solo que, cuando hablaba, era más certero y más cargado de vieja experiencia. Se bebía con gusto una botella de vino; sobre todo, al ponerse el sol en lo alto de la colina, o ya muy entrada la noche bajo las estrellas del emparrado. La vista de algo atractivo e inalcanzable sazónaba su goce, decía; y

confesaba que había vivido lo bastante para admirar tanto más una vela cuando podía compararla con un planeta.

Una noche, en el año setenta y dos de su vida, despertó en la cama con tal desazón de cuerpo y de alma que se levantó, se vistió y salió a meditar al emparrado. Estaba oscuro como boca de lobo, sin una estrella; el río venía crecido, y los bosques y prados mojados cargaban el aire de perfume. Había tronado durante el día, y prometía más truenos para el día siguiente. ¡Una noche turbia y sofocante para un hombre de setenta y dos años! Fuera por el tiempo, o por el desvelo, o por algún leve toque de fiebre en sus viejos miembros, la mente de Will se vio asediada por recuerdos tumultuosos y clamorosos. Su niñez, la noche con el joven gordo, la muerte de sus padres adoptivos, los días de verano con Marjory, y muchas de esas pequeñas circunstancias que a otro le parecen nada y son, sin embargo, la médula misma de la vida de un hombre para sí mismo —cosas vistas, palabras oídas, miradas malinterpretadas— surgieron de sus rincones olvidados y usurparon su atención. Los propios muertos estaban con él, no solo tomando parte en esa tenue función de la memoria que desfilaba ante su cerebro, sino volviendo a visitar sus sentidos corporales como hacen en los sueños hondos y vívidos. El joven gordo apoyaba los codos en la mesa, enfrente; Marjory iba y venía con un delantal lleno de flores entre el jardín y el emparrado; podía oír al viejo párroco vaciando la pipa a golpes o sonándose la resonante nariz. La marea de su conciencia subía y bajaba: unas veces estaba medio dormido y ahogado en sus recuerdos del pasado; y otras estaba bien despierto, maravillándose de sí mismo. Pero hacia la mitad de la noche lo sobresaltó la voz del molinero muerto, que lo llamaba desde la casa como solía hacer a la llegada de un cliente. La alucinación fue tan perfecta que Will se levantó de un salto y se quedó escuchando a ver si se repetía la llamada; y mientras escuchaba, cobró conciencia de otro ruido, además del rumor del río y del zumbido de sus oídos febriles. Era como el moverse de caballos y el crujir de arneses, como si un carruaje con un tiro impaciente hubiera sido conducido hasta el camino, ante el portón del patio. A tal hora, en aquel paso escabroso

y peligroso, la suposición no era sino absurda; y Will la apartó de su mente y volvió a sentarse en la silla del emparrado; y el sueño se cerró de nuevo sobre él como agua que corre. Otra vez lo despertó la llamada del molinero muerto, más tenue y más espectral que antes; y otra vez oyó el ruido de un carruaje en el camino. Y así, tres y cuatro veces, el mismo sueño, o la misma fantasía, se presentó a sus sentidos: hasta que, al fin, sonriéndose a sí mismo como quien sigue la corriente a un niño nervioso, se encaminó hacia el portón para dejar en reposo su incertidumbre.

Del emparrado al portón no había gran distancia y, sin embargo, a Will le llevó su tiempo; parecía como si los muertos se espesaran a su alrededor en el patio y le cruzaran el paso a cada trecho. Pues, primero, lo sorprendió de improviso una dulzura arrolladora de heliotropos; era como si su jardín hubiera sido plantado de esta flor de punta a punta, y la noche cálida y húmeda hubiera exhalado de golpe todos sus perfumes. Ahora bien, el heliotropo había sido la flor predilecta de Marjory, y desde su muerte no se había plantado ni uno solo en la tierra de Will.

«Debo de estar volviéndome loco —pensó—. ¡Pobre Marjory y sus heliotropos!»

Y con esto alzó los ojos hacia la ventana que un día fue la de ella. Si antes había estado desconcertado, ahora estaba casi aterrado; pues había luz en el cuarto; la ventana era un rectángulo anaranjado como antaño; y la esquina del estor se levantaba y se dejaba caer como la noche en que él se quedó gritando a las estrellas en su perplejidad. La ilusión solo duró un instante; pero lo dejó algo desfallecido, frotándose los ojos y mirando fijamente el perfil de la casa y la negra noche a su espalda. Mientras así estaba, y parecía que llevaba allí de pie un buen rato, se renovaron los ruidos en el camino: y se volvió a tiempo de salir al encuentro de un forastero que avanzaba hacia él cruzando el patio. Detrás del forastero se distinguía en el camino algo como la silueta de un gran carruaje y, por encima, unas cuantas copas negras de pino, como otros tantos penachos.

—¿El señor Will? —preguntó el recién llegado, con brevedad militar.

—El mismo, señor —respondió Will—. ¿Puedo hacer algo por servirle?

—He oído hablar mucho de usted, señor Will —repuso el otro—; mucho, y bien. Y aunque tengo las manos llenas de asuntos, deseo beber una botella de vino con usted en su emparrado. Antes de irme, me presentaré.

Will abrió la marcha hacia la parra, encendió una lámpara y descorchó una botella. No le eran del todo ajenas semejantes visitas lisonjeras, y esperaba bien poco de esta, aleccionado por muchos desengaños. Una especie de nube se había posado en su entendimiento y le impedía recordar lo extraño de la hora. Se movía como quien anda en sueños; y parecía como si la lámpara prendiera y la botella se descorchara con la facilidad del pensamiento. Aun así, sentía cierta curiosidad por el aspecto de su visitante, e intentó en vano dirigirle la luz a la cara; o manejaba la lámpara con torpeza, o había una neblina sobre sus ojos; pero apenas alcanzaba a distinguir más que una sombra a la mesa con él. Miraba y miraba aquella sombra, mientras secaba los vasos, y empezó a sentir frío y una extrañeza en torno al corazón. El silencio pesaba sobre él, pues ahora no podía oír nada, ni siquiera el río, sino el tamborileo de sus propias arterias en los oídos.

—A su salud —dijo el forastero, con rudeza.

—A su servicio, señor —replicó Will, sorbiendo su vino, que de algún modo sabía raro.

—Tengo entendido que es usted un hombre muy resuelto —prosiguió el forastero.

Will respondió con una sonrisa de cierta satisfacción y una leve inclinación de cabeza.

—También lo soy yo —continuó el otro—; y es el deleite de mi corazón pisarle a la gente los callos. No consiento que nadie sea

resuelto sino yo; ni uno solo. He contrariado en mis tiempos los caprichos de reyes, de generales y de grandes artistas. ¿Y qué diría usted —siguió— si yo hubiera subido aquí adrede a contrariar los suyos?

Will tenía en la punta de la lengua una réplica cortante; pero pudo más la cortesía de un viejo posadero; y guardó silencio y respondió con un ademán urbano de la mano.

—Pues eso he hecho —dijo el forastero—. Y si no le tuviera en particular estima, no me andaría con palabras en el asunto. Parece que se enorgullece usted de quedarse donde está. Está decidido a no moverse de su posada. Pues bien, yo estoy decidido a que venga a dar una vuelta conmigo en mi carruaje; y antes de que esta botella se acabe, lo hará.

—Sería cosa extraña, ciertamente —replicó Will, con una risita—. Vaya, señor, he echado raíces aquí como un viejo roble; ni el mismísimo diablo podría arrancarme: y por más que veo que es usted un anciano muy divertido, le apostaría otra botella a que conmigo pierde el tiempo.

La neblina de la vista de Will había ido en aumento todo este rato; pero de algún modo era consciente de un escrutinio agudo y helado que lo irritaba y a la vez lo dominaba.

—No vaya usted a creer —estalló de pronto, de una manera explosiva y febril que lo sobresaltó y lo alarmó a él mismo— que soy hombre casero porque tema nada bajo el cielo de Dios. Dios sabe que estoy bastante cansado de todo ello; y cuando llegue la hora de un viaje más largo del que usted jamás sueñe, cuento con hallarme preparado.

El forastero apuró su vaso y lo apartó de sí. Bajó la vista un momento y luego, inclinándose sobre la mesa, dio a Will tres golpecitos en el antebrazo con un solo dedo. —¡La hora ha llegado! —dijo con solemnidad.

Un escalofrío repugnante se extendió desde el punto que había tocado. El tono de su voz era sordo y sobrecogedor, y resonó

extrañamente en el corazón de Will.

—Le ruego que me perdone —dijo él, con cierta turbación—. ¿Qué quiere decir?

—Míreme, y verá que la vista se le nubla. Levante la mano; le pesa como plomo. Esta es su última botella de vino, señor Will, y su última noche sobre la tierra.

—¿Es usted médico? —balbució Will.

—El mejor que jamás hubo —respondió el otro—; pues curo a un tiempo el alma y el cuerpo con la misma receta. Quito todo dolor y perdono todos los pecados; y allí donde mis pacientes se han torcido en la vida, allano todas las complicaciones y los pongo de nuevo en pie, libres.

—No tengo necesidad de usted —dijo Will.

—A todos los hombres les llega una hora, señor Will —replicó el médico—, en que el timón se les quita de las manos. Para usted, por haber sido prudente y sosegado, ha tardado mucho en llegar, y ha tenido usted largo tiempo para disciplinarse de cara a recibirla. Ha visto cuanto había que ver en torno a su molino; ha permanecido agazapado todos sus días como una liebre en su cama; pero eso se ha acabado; y —añadió el médico, poniéndose en pie— debe usted levantarse y venir conmigo.

—Es usted un médico extraño —dijo Will, mirando fijamente a su huésped.

—Soy una ley natural —respondió él—, y la gente me llama la Muerte.

—¿Por qué no me lo dijo desde el principio? —exclamó Will—. Llevo muchos años esperándola. Deme la mano, y bienvenida sea.

—Apóyese en mi brazo —dijo el forastero—, pues sus fuerzas ya menguan. Apóyese en mí cuanto necesite; que, aunque soy viejo, soy muy fuerte. No hay más que tres pasos hasta mi carruaje, y allí acaban todas sus penas. Vaya, Will —añadió—, he anhelado tenerte

como si fueras mi propio hijo; y de todos los hombres que en mis largos días he venido a buscar, por ti he venido con más gusto que por ninguno. Soy cáustico, y a veces ofendo a la gente a primera vista; pero soy buen amigo de corazón para quienes son como tú.

—Desde que se me llevaron a Marjory —repuso Will—, declaro ante Dios que eras el único amigo que me quedaba por esperar. —Y así, la pareja cruzó el patio del brazo.

Uno de los criados despertó por entonces y oyó el ruido de los caballos piafando antes de volver a dormirse; toda aquella noche, valle abajo, hubo un rumor como de un viento suave y sostenido que descendía hacia la llanura; y cuando el mundo se levantó a la mañana siguiente, en efecto Will del Molino se había marchado al fin de viaje.

MARKHEIM

—Sí —dijo el anticuario—, nuestros golpes de suerte son de varias clases. Algunos clientes son ignorantes, y entonces yo cobro un dividendo por mi superior conocimiento. Otros son deshonestos —y aquí alzó la vela, de modo que la luz cayó de lleno sobre su visitante —, y en ese caso —continuó—, saco provecho de mi virtud.

Markheim acababa de entrar desde las calles iluminadas por la luz del día, y sus ojos aún no se habían acostumbrado a la mezcla de resplandor y penumbra de la tienda. Ante aquellas palabras tan directas, y ante la cercana presencia de la llama, parpadeó con dolor y apartó la mirada.

El anticuario rió por lo bajo. —Viene usted a verme el día de Navidad —prosiguió—, cuando sabe que estoy solo en casa, que he cerrado los postigos y que me hago un punto de honor de rechazar todo negocio. Pues bien, tendrá que pagar por eso; tendrá que pagar por mi pérdida de tiempo, cuando debería estar cuadrando mis libros; tendrá que pagar, además, por cierto aire que noto hoy en usted muy marcadamente. Soy la esencia misma de la discreción y no hago preguntas incómodas; pero cuando un cliente no puede mirarme a los ojos, tiene que pagar por ello. —El anticuario rió de nuevo por lo bajo, y luego, recobrando su voz habitual de negocios, aunque todavía con un dejo de ironía—: ¿Puede usted dar cuenta clara, como de costumbre, de cómo llegó a poseer el objeto? —continuó—. ¿Sigue siendo el gabinete de su tío? ¡Un coleccionista extraordinario, caballero!

Y el anticuario, pequeño, pálido y cargado de espaldas, se puso casi de puntillas, mirando por encima de sus gafas doradas, y meneando la cabeza con todas las muestras de la incredulidad. Markheim le devolvió la mirada con otra de infinita piedad, y un toque de horror.

—Esta vez —dijo él— está usted equivocado. No he venido a vender, sino a comprar. No tengo curiosidades que ceder; el gabinete de mi tío está vacío hasta el zócalo; y aunque aún estuviese intacto, me han ido bien las cosas en la Bolsa, y sería más probable que añadiese a él que lo contrario; mi recado de hoy es la sencillez misma. Busco un regalo de Navidad para una dama —continuó, ganando fluidez a medida que entraba en el discurso que había preparado—, y desde luego le debo toda clase de disculpas por importunarle así por asunto tan pequeño. Pero ayer descuidé el asunto; debo llevar mi pequeño obsequio a la cena; y, como usted sabe muy bien, no se debe descuidar un matrimonio rico.

Siguió una pausa, durante la cual el anticuario pareció sopesar aquella declaración con incredulidad. El tictac de los muchos relojes entre los curiosos trastos de la tienda, y el débil rumor de los coches de alquiler en una calle cercana, llenaron el intervalo de silencio.

—Bien, señor —dijo el anticuario—, sea como usted dice. Al fin y al cabo es usted un cliente antiguo; y si, como afirma, tiene la posibilidad de un buen matrimonio, lejos de mí ponerle un obstáculo. Aquí hay algo bonito para una dama —prosiguió—: este espejo de mano, del siglo quince, garantizado; procede también de una buena colección; pero me reservo el nombre, en interés de mi cliente, que era, como usted mismo, mi querido señor, sobrino y único heredero de un extraordinario coleccionista.

El anticuario, mientras así parloteaba con su voz seca y mordaz, se había agachado para tomar el objeto de su sitio; y, al hacerlo, un estremecimiento recorrió a Markheim, un sobresalto de mano y de pie a la vez, un súbito tropel de pasiones tumultuosas que asomó a su rostro. Pasó tan deprisa como había venido, y no dejó más huella que un cierto temblor en la mano que ahora recibía el espejo.

—Un espejo —dijo con voz ronca, y luego se detuvo, y lo repitió con más claridad—. ¿Un espejo? ¿Para Navidad? ¿Verdad que no?

—¿Y por qué no? —exclamó el anticuario—. ¿Por qué no un espejo?

Markheim lo miraba con una expresión indefinible. —¿Me pregunta por qué no? —dijo—. Mire, mire en él, imírese usted mismo! ¿Le gusta lo que ve? ¡No! Ni a mí, ni a ningún hombre.

El hombrecillo había dado un salto atrás cuando Markheim le puso tan repentinamente el espejo delante; pero ahora, al advertir que no había nada peor en juego, rió por lo bajo. —Su futura señora, caballero, ha de tener el rostro poco agraciado —dijo.

—Le pido —dijo Markheim— un regalo de Navidad, y usted me da esto... este maldito recordatorio de años, pecados y locuras: ¡esta conciencia de mano! ¿Lo hizo usted a propósito? ¿Tenía algún pensamiento en la mente? Dígamelo. Le convendrá más si lo hace. Vamos, hableme de usted. Aventuro ahora una conjetura: que es usted, en secreto, un hombre muy caritativo, ¿no es cierto?

El anticuario miró de cerca a su acompañante. Era muy extraño: Markheim no parecía estar riendo; había en su rostro algo como un ávido destello de esperanza, pero nada de alegría.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó el anticuario.

—¿No caritativo? —replicó el otro, sombrío—. No caritativo; no piadoso; no escrupuloso; sin amar, sin ser amado; una mano para ganar dinero, una caja fuerte para guardarlo. ¿Eso es todo? Dios mío, hombre, ¿eso es todo?

—Le voy a decir una cosa —empezó el anticuario, con cierta aspereza, y luego volvió a interrumpirse con una risita—. Pero ya veo que este es un enlace por amor, el suyo, y que ha estado usted bebiendo a la salud de la dama.

—¡Ah! —exclamó Markheim, con extraña curiosidad—. Ah, ¿ha estado usted enamorado? Hableme de eso.

—Yo —exclamó el anticuario—. ¡Yo, enamorado! Nunca tuve tiempo para eso, ni lo tengo hoy para todas estas tonterías. ¿Se lleva usted el espejo?

—¿A qué viene la prisa? —replicó Markheim—. Es muy agradable quedarse aquí charlando; y la vida es tan corta e insegura que no querría yo apartarme de prisa de ningún placer, ni siquiera de uno tan modesto como este. Deberíamos más bien aferrarnos, aferrarnos a lo poco que podemos conseguir, como un hombre al borde de un precipicio. Cada segundo es un precipicio, si se piensa bien, un precipicio de más de un kilómetro de altura, lo bastante alto, si caemos, para arrancarnos todo rasgo de humanidad. Por eso es mejor hablar amistosamente. Hablemos el uno del otro: ¿por qué llevar esta máscara? Seamos confidentes. Quién sabe, ¿podríamos llegar a ser amigos?

—Solo tengo una palabra que decirle —dijo el anticuario—. ¡O hace usted su compra, o sale usted de mi tienda!

—Cierto, cierto —dijo Markheim—. Basta de bromas. Vamos al negocio. Muéstreme otra cosa.

El anticuario volvió a agacharse, esta vez para devolver el espejo a su estante, y su fino cabello rubio le cayó sobre los ojos al hacerlo. Markheim se acercó un poco más, con una mano en el bolsillo de su gabán; se irguió y llenó los pulmones; al mismo tiempo, muchas emociones distintas se dibujaban juntas en su rostro: terror, horror y resolución, fascinación y repulsión física; y, en un demacrado rictus de su labio superior, asomaban los dientes.

—Esto, quizá, pueda servir —observó el anticuario; y entonces, cuando empezaba a incorporarse de nuevo, Markheim se abalanzó sobre su víctima por detrás. La larga daga, fina como un asador, brilló y cayó. El anticuario se debatió como una gallina, golpeándose la sien contra el estante, y luego se desplomó en el suelo hecho un ovillo.

El tiempo tenía en aquella tienda una veintena de vocecillas, unas graves y lentas, como correspondía a su gran edad; otras,

parlanchinas y presurosas. Todas ellas iban contando los segundos en un intrincado coro de tictacs. Entonces el paso de los pies de un muchacho, corriendo pesadamente sobre el pavimento, irrumpió entre aquellas voces menores y sobresaltó a Markheim, devolviéndolo a la conciencia de cuanto lo rodeaba. Miró en torno suyo con espanto. La vela estaba sobre el mostrador, su llama oscilando solemnemente con la corriente de aire; y con aquel movimiento insignificante, toda la habitación se llenó de un bullicio silencioso y siguió ondulando como un mar: las altas sombras cabeceando, las gruesas manchas de oscuridad hinchándose y menguando como si respirasen, los rostros de los retratos y los dioses de porcelana cambiando y vacilando como imágenes en el agua. La puerta interior estaba entreabierta, y se asomaba a aquel campamento de sombras con una larga hendidura de luz diurna, como un dedo que señalase.

De aquellas divagaciones presas del miedo, los ojos de Markheim volvieron al cuerpo de su víctima, que yacía encogido y despatarrado, increíblemente pequeño y extrañamente más mezquino que en vida. Con aquella ropa pobre y avara, en aquella postura desgarbada, el anticuario yacía como un montón de serrín. Markheim había temido mirarlo, y ¡he ahí que no era nada! Y sin embargo, mientras lo contemplaba, aquel fardo de ropa vieja y aquel charco de sangre empezaron a encontrar voces elocuentes. Allí tenía que quedarse; no había nadie que moviera los astutos goznes ni dirigiera el milagro de la locomoción: allí tenía que quedarse hasta que lo encontrasen. ¡Encontrado! Ay, ¿y entonces? Entonces aquella carne muerta alzaría un grito que resonaría por toda Inglaterra, y llenaría el mundo con los ecos de la persecución. Ay, muerto o no, seguía siendo el enemigo. «Tiempo hubo en que, saltados los sesos...», pensó; y la primera palabra se le clavó en la mente. El tiempo, ahora que el hecho estaba consumado, el tiempo, que se había cerrado para la víctima, se había vuelto instantáneo y trascendental para el asesino.

Aún tenía el pensamiento en la mente cuando, primero uno y luego otro, con toda variedad de ritmo y de voz —uno grave como la

campana de una torre de catedral, otro repicando en notas agudas el preludio de un vals—, los relojes empezaron a dar la hora de las tres de la tarde.

El súbito estallido de tantas lenguas en aquella cámara muda lo dejó aturdido. Empezó a moverse de un lado a otro con la vela, asediado por sombras en movimiento, y sobresaltado hasta el alma por reflejos fortuitos. En muchos espejos ricos, unos de fabricación nacional, otros de Venecia o de Ámsterdam, vio su rostro repetido una y otra vez, como si fuese un ejército de espías; sus propios ojos se encontraban con los suyos y lo delataban; y el sonido de sus propios pasos, por leves que cayesen, turbaba la quietud circundante. Y aun así, mientras seguía llenándose los bolsillos, su mente lo acusaba con una nauseabunda reiteración de los mil fallos de su plan. Debería haber elegido una hora más tranquila; debería haber preparado una coartada; no debería haber usado un cuchillo; debería haber sido más prudente, y limitarse a atar y amordazar al anticuario, sin matarlo; debería haber sido más audaz, y matar también a la criada; debería haber hecho todo de otro modo: remordimientos punzantes, un fatigoso e incesante trabajo de la mente por cambiar lo que ya no tenía remedio, por planear lo que ahora ya era inútil, por ser el arquitecto del pasado irrevocable. Entretanto, y por debajo de toda esta actividad, terrores brutales, como el correteo de las ratas en un desván abandonado, llenaban de tumulto las cámaras más recónditas de su cerebro; la mano del agente caería pesada sobre su hombro, y sus nervios se sacudirían como un pez enganchado en el anzuelo; o veía desfilar, al galope, el banquillo, la prisión, la horca y el ataúd negro.

El terror a la gente de la calle se asentó ante su mente como un ejército sitiador. Era imposible, pensaba, que algún rumor de la refriega no hubiese llegado a sus oídos y despertado su curiosidad; y ahora, en todas las casas vecinas, los imaginaba sentados, inmóviles, con el oído en alto: gentes solitarias, condenadas a pasar la Navidad meditando a solas sobre recuerdos del pasado, y ahora sacadas de golpe de aquel tierno ejercicio; alegres reuniones familiares enmudecidas de pronto en torno a la mesa, la madre aún

con el dedo en alto: toda condición, edad y humor, pero todos, junto a su propio hogar, espiando y escuchando y tejiendo la soga que había de ahorcarlo. A veces le parecía que no podía moverse con suficiente suavidad; el tintineo de las altas copas de cristal de Bohemia resonaba fuerte como una campana; y, alarmado por lo sonoro del tictac, se sentía tentado de parar los relojes. Y luego, de nuevo, con un brusco vuelco de sus terrores, el silencio mismo del lugar le parecía una fuente de peligro, algo capaz de sobresaltar y helar al transeúnte; y entonces caminaba con más audacia, y trajinaba en voz alta entre los objetos de la tienda, imitando, con estudiada bravata, los movimientos de un hombre ocupado y a gusto en su propia casa.

Pero ahora estaba tan zarandeado por alarmas diversas que, mientras una parte de su mente seguía alerta y astuta, otra temblaba al borde de la locura. Una alucinación en particular se apoderó con fuerza de su credulidad. El vecino que escuchaba con el rostro pálido junto a su ventana, el transeúnte detenido en la acera por una sospecha horrible: estos, en el peor de los casos, podían sospechar, pero no podían saber; a través de los muros de ladrillo y las ventanas con los postigos cerrados, solo los sonidos podían penetrar. Pero aquí, dentro de la casa, ¿estaba solo? Sabía que sí; había visto salir a la criada de galanteos, con sus mejores galas pobres, con un «día libre» escrito en cada cinta y en cada sonrisa. Sí, estaba solo, desde luego; y, sin embargo, en la mole de casa vacía sobre él, le parecía oír, con certeza, un rumor de pasos delicados: tenía la certeza, inexplicable certeza, de alguna presencia. Sí, con certeza; su imaginación lo seguía por cada habitación y rincón de la casa; y unas veces era algo sin rostro, y sin embargo con ojos para ver; y otras era una sombra de sí mismo; y otras aún, he aquí, la imagen del anticuario muerto, reanimada con astucia y odio.

A ratos, con un gran esfuerzo, dirigía la mirada hacia la puerta abierta, que aún parecía rechazar sus ojos. La casa era alta, la claraboya pequeña y sucia, el día ciego de niebla; y la luz que se filtraba hasta la planta baja era sumamente débil y apenas iluminaba

el umbral de la tienda. Y sin embargo, en aquella franja de claridad dudosa, ¿no se cernía, oscilante, una sombra?

De pronto, desde la calle, un caballero muy jovial se puso a golpear la puerta de la tienda con un bastón, acompañando los golpes con gritos y chanzas en los que llamaba una y otra vez al anticuario por su nombre. Markheim, convertido en hielo, miró al muerto. ¡Pero no! Yacía completamente inmóvil; se había alejado mucho más allá del alcance de aquellos golpes y voces; se había hundido bajo mares de silencio; y su nombre, que en otro tiempo habría captado su atención por encima del bramido de una tormenta, se había vuelto un sonido vacío. Y al poco el jovial caballero desistió de llamar y se marchó.

Aquello era una clara advertencia para apresurar lo que quedaba por hacer, para salir de aquel vecindario acusador, para zambullirse en un baño de multitudes londinenses y alcanzar, al otro lado del día, aquel refugio de seguridad e inocencia aparente que era su cama. Ya había llegado una visita: en cualquier momento podía presentarse otra, y más porfiada. Haber cometido el crimen y no cosechar el provecho sería un fracaso demasiado aborrecible. El dinero era ahora la preocupación de Markheim; y, como medio para conseguirlo, las llaves.

Miró por encima del hombro hacia la puerta abierta, donde la sombra seguía demorándose y temblando; y sin repugnancia consciente de la mente, pero con un estremecimiento en el vientre, se acercó al cuerpo de su víctima. El carácter humano había desaparecido por completo. Como un traje medio relleno de salvado, los miembros yacían desparramados, el tronco doblado, en el suelo; y sin embargo la cosa le repelía. Aunque a la vista era tan sórdido e insignificante, temía que al tacto tuviese más entidad. Cogió el cuerpo por los hombros y lo volvió boca arriba. Era extrañamente ligero y flexible, y los miembros, como si estuvieran rotos, cayeron en las posturas más extrañas. El rostro había quedado despojado de toda expresión; pero estaba pálido como la cera, y espantosamente manchado de sangre en una sien. Aquella fue, para Markheim, la

única circunstancia que le desagradó. Le transportó al instante a cierto día de feria en un pueblo de pescadores: un día gris, un viento silbante, una multitud en la calle, el estrépito de los metales, el retumbar de los tambores, la voz nasal de un cantante de baladas; y un muchacho que iba y venía, sumergido hasta la coronilla entre la muchedumbre y dividido entre el interés y el miedo, hasta que, al salir al lugar principal de la concurrencia, contempló una caseta y una gran pantalla con estampas, lúgubrementemente dibujadas y llamativamente coloreadas: Brownrigg con su aprendiz; los Manning con su huésped asesinado; Weare bajo la garra mortal de Thurtell; y otra veintena de crímenes famosos. La cosa era tan nítida como una alucinación; volvía a ser aquel niño pequeño; contemplaba de nuevo, y con la misma sensación de repugnancia física, aquellas estampas viles; seguía aturdido por el redoble de los tambores. Un compás de la música de aquel día volvió a su memoria; y entonces, por primera vez, le sobrevino un desfallecimiento, un aliento de náusea, una repentina flaqueza en las articulaciones, que debía resistir y vencer al instante.

Juzgó más prudente afrontar estas reflexiones que huir de ellas; miró con más firmeza aún el rostro del muerto, obligando a su mente a comprender la naturaleza y la magnitud de su crimen. Hacía tan poco que aquel rostro se había alterado con cada cambio de sentimiento, que aquella boca pálida había hablado, que aquel cuerpo había ardido de energías gobernables; y ahora, por obra suya, aquel trozo de vida había quedado detenido, como el relojero, con el dedo interpuesto, detiene el latido del reloj. Así razonaba en vano; no lograba alcanzar una conciencia más contrita; el mismo corazón que se había estremecido ante las efigies pintadas del crimen contemplaba su realidad sin conmovirse. A lo sumo, sintió un destello de piedad por quien había sido dotado en vano de todas aquellas facultades capaces de convertir el mundo en un jardín de encantamiento, alguien que nunca había vivido de verdad y que ahora estaba muerto. Pero de arrepentimiento, no, ni un temblor.

Dicho esto, sacudiéndose de encima estas reflexiones, encontró las llaves y avanzó hacia la puerta abierta de la tienda. Fuera había

empezado a llover con fuerza, y el ruido del chaparrón sobre el tejado había desterrado el silencio. Como una caverna que gotea, las estancias de la casa estaban pobladas por un eco incesante que llenaba el oído y se mezclaba con el tictac de los relojes. Y, al acercarse Markheim a la puerta, le pareció oír, en respuesta a su propio paso cauteloso, los pasos de otro pie que se retiraba escaleras arriba. La sombra seguía palpitando, laxa, en el umbral. Cargó sus músculos con una tonelada de resolución y abrió la puerta de un tirón.

La luz tenue y brumosa del día brillaba débilmente sobre el suelo desnudo y la escalera; sobre la reluciente armadura apostada, alabarda en mano, en el rellano; y sobre las oscuras tallas de madera y los cuadros enmarcados que colgaban de los paneles amarillos del artesonado. Tan fuerte era el batir de la lluvia por toda la casa que, en los oídos de Markheim, empezó a distinguirse en muchos sonidos diferentes. Pasos y suspiros, el paso de regimientos marchando a lo lejos, el tintineo de dinero al contarlo y el crujido de puertas mantenidas furtivamente entreabiertas parecían mezclarse con el repiqueteo de las gotas en la cúpula y el borboteo del agua en las cañerías. La sensación de que no estaba solo fue creciendo en él hasta rozar la locura. Por todos lados se sentía acosado y cercado de presencias. Las oía moverse en las habitaciones de arriba; desde la tienda, oía al muerto ponerse en pie; y cuando, con gran esfuerzo, empezó a subir la escalera, unos pies huían silenciosamente ante él y otros lo seguían con sigilo por detrás. Si al menos fuera sordo, pensó, ¡con qué tranquilidad poseería su alma! Y de nuevo, escuchando con una atención cada vez más viva, se felicitaba por aquel sentido incansable que guardaba los puestos avanzados y montaba guardia fiel sobre su vida. La cabeza le giraba sin cesar sobre el cuello; sus ojos, que parecían salirse de las órbitas, escudriñaban en todas direcciones y en todas ellas se veían a medias recompensados con el rabillo de algo innombrable que se desvanecía. Los veinticuatro escalones hasta el primer piso fueron veinticuatro agonías.

En aquel primer piso, las puertas estaban entreabiertas, tres de ellas como tres emboscadas, sacudiéndole los nervios como bocas de cañón. Nunca más, sentía, podría estar suficientemente encerrado y fortificado contra las miradas de los hombres; ansiaba estar en casa, ceñido por paredes, sepultado entre las ropas de la cama e invisible a todos salvo a Dios. Y ante ese pensamiento se sorprendió un poco, al recordar historias de otros asesinos y el temor que se decía sentían ante vengadores celestiales. No era así, al menos, en su caso. Temía las leyes de la naturaleza, no fuera que, en su proceder impasible e inmutable, conservasen alguna prueba condenatoria de su crimen. Temía diez veces más, con un terror servil y supersticioso, alguna fisura en la continuidad de la experiencia humana, alguna deliberada ilegalidad de la naturaleza. Jugaba una partida de habilidad, sujeta a reglas, calculando la consecuencia a partir de la causa; ¿y si la naturaleza, como el tirano derrotado que vuelca el tablero de ajedrez, rompiera el molde de su propia sucesión? Lo mismo le había ocurrido a Napoleón (según decían los escritores) cuando el invierno cambió la fecha de su llegada. Lo mismo podía ocurrirle a Markheim: las paredes sólidas podían volverse transparentes y revelar sus actos, como los de las abejas en una colmena de cristal; las recias tablas podían ceder bajo su pie como arenas movedizas y retenerlo en su garra; sí, y había accidentes más sobrios que podían destruirlo: si, por ejemplo, la casa se derrumbara y lo aprisionara junto al cuerpo de su víctima; o si la casa de al lado ardiera en llamas y los bomberos lo invadieran por todos lados. Estas cosas las temía; y, en cierto sentido, podían llamarse las manos de Dios extendidas contra el pecado. Pero en cuanto a Dios mismo, estaba tranquilo; su acto era sin duda excepcional, pero también lo eran sus excusas, que Dios conocía; era allí, y no entre los hombres, donde se sentía seguro de la justicia.

Cuando hubo llegado sano y salvo al salón, y hubo cerrado la puerta tras de sí, sintió una tregua en sus temores. La habitación estaba completamente desmantelada, además sin alfombra, y sembrada de cajas de embalaje y muebles dispares; varios grandes

espejos, en los que se veía repetido en diversos ángulos, como un actor sobre un escenario; numerosos cuadros, enmarcados y sin enmarcar, de pie, con la cara vuelta a la pared; un fino aparador de estilo Sheraton, un armario de marquetería, y una gran cama antigua con colgaduras de tapiz. Las ventanas llegaban hasta el suelo; pero, por gran fortuna, la parte inferior de los postigos estaba cerrada, lo que lo ocultaba de los vecinos. Allí, pues, Markheim arrastró una caja de embalaje ante el armario y se puso a buscar entre las llaves. Fue una tarea larga, pues había muchas; y además fastidiosa, porque, al fin y al cabo, podía no haber nada en el armario, y el tiempo volaba. Pero la concentración de la tarea lo serenó. Con el rabillo del ojo veía la puerta, e incluso la miraba de frente de vez en cuando, como un comandante sitiado que se complace en comprobar el buen estado de sus defensas. Pero en verdad estaba en paz. La lluvia que caía en la calle sonaba natural y agradable. Al poco, al otro lado, las notas de un piano despertaron la música de un himno, y las voces de muchos niños tomaron el aire y la letra. ¡Qué solemne, qué reconfortante era la melodía! ¡Qué frescas las voces infantiles! Markheim la escuchaba sonriente, mientras clasificaba las llaves; y su mente se llenó de ideas e imágenes afines: niños que iban a la iglesia y el repique del órgano solemne; niños en el campo, bañistas junto al arroyo, excursionistas por el descampado de zarzas, chiquillos que hacían volar cometas bajo un cielo ventoso y surcado de nubes; y luego, en otra cadencia del himno, de vuelta otra vez a la iglesia, y la somnolencia de los domingos de verano, y la voz alta y distinguida del párroco (que sonrió un poco al recordar), y las tumbas pintadas de estilo jacobino, y las letras borrosas de los Diez Mandamientos en el presbiterio.

Y así, sentado, a la vez ocupado y ausente, se sobresaltó y se puso en pie de un salto. Un relámpago de hielo, un relámpago de fuego, una oleada repentina de sangre lo recorrieron, y quedó transfigurado y estremecido. Un paso subió la escalera despacio y con firmeza, y al poco una mano se posó en el pomo, el pestillo hizo clic, y la puerta se abrió.

El miedo tenía a Markheim atenazado como en un torno. No sabía qué esperar: si al muerto caminando, o a los ministros oficiales de la justicia humana, o a algún testigo casual que tropezara ciegamente hasta allí para llevarlo a la horca. Pero cuando un rostro asomó por la abertura, recorrió la habitación con la mirada, lo miró, asintió y sonrió como en un reconocimiento amistoso, y luego se retiró de nuevo, y la puerta se cerró tras él, su miedo se le escapó de todo control en un grito ronco. Al oírlo, el visitante regresó.

—¿Me ha llamado usted? —preguntó afablemente, y, dicho esto, entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Markheim se quedó mirándolo con todos los ojos. Tal vez tenía una nube ante la vista, pero los contornos del recién llegado parecían cambiar y ondular, como los de los ídolos a la luz vacilante de la vela de la tienda; y a ratos creía conocerlo, y a ratos creía que se le parecía a sí mismo; y siempre, como un nudo de terror viviente, anidaba en su pecho la convicción de que aquella cosa no era de la tierra ni de Dios.

Y sin embargo, la criatura tenía un extraño aire de vulgaridad mientras permanecía allí, mirando a Markheim con una sonrisa; y cuando añadió —Está usted buscando el dinero, creo—, lo hizo con el tono de una cortesía cotidiana.

Markheim no respondió.

—Debo advertirle —prosiguió el otro— de que la criada ha dejado a su novio más temprano de lo habitual y llegará pronto. Si el señor Markheim fuera hallado en esta casa, no necesito describirle las consecuencias.

—¿Me conoce usted? —exclamó el asesino.

El visitante sonrió. —Hace mucho que es usted uno de mis favoritos —dijo—; y hace mucho que lo observo, y a menudo he procurado ayudarlo.

—¿Qué es usted? —exclamó Markheim—. ¿El diablo?

—Lo que yo pueda ser —repuso el otro— no puede afectar al servicio que me propongo prestarle.

—Sí puede —exclamó Markheim—; ¡vaya si puede! ¿Que me ayude usted? No, nunca; ¡usted no! Usted aún no me conoce; gracias a Dios, ¡no me conoce!

—Le conozco —replicó el visitante, con una especie de severidad bondadosa, o más bien firmeza—. Le conozco hasta el alma.

—¡Conocerme! —exclamó Markheim—. ¿Quién puede hacerlo? Mi vida no es más que una parodia y una calumnia de mí mismo. He vivido desmintiendo mi naturaleza. Así hacen todos los hombres; todos son mejores que ese disfraz que crece en torno a ellos y los ahoga. A cada uno se le ve arrastrado por la vida, como a quien unos esbirros han apresado y embozado en una capa. Si tuvieran dominio de sí mismos, si pudiera verse sus rostros, serían del todo distintos: ¡brillarían como héroes y santos! Yo soy peor que la mayoría; en mí lo sobrepuesto pesa más; mi excusa la conocemos yo y Dios. Pero, de tener tiempo, podría revelarme.

—¿A mí? —inquirió el visitante.

—A usted antes que a nadie —repuso el asesino—. Le suponía inteligente. Pensé que, ya que usted existe, sería usted un lector del corazón. ¡Y sin embargo pretende juzgarme por mis actos! Piénselo bien: ¡mis actos! He nacido y he vivido en una tierra de gigantes; gigantes me han arrastrado de las muñecas desde que salí del vientre de mi madre: los gigantes de la circunstancia. ¡Y usted pretende juzgarme por mis actos! Pero ¿no puede mirar dentro de mí? ¿No puede comprender que el mal me es odioso? ¿No puede ver en mi interior la escritura clara de la conciencia, nunca emborronada por ningún sofisma deliberado, aunque a menudo desatendida? ¿No puede leer en mí algo que sin duda ha de ser tan común como la propia humanidad: el pecador a su pesar?

—Todo eso está muy sentidamente expresado —fue la respuesta—, pero a mí no me atañe. Esas cuestiones de coherencia quedan fuera de mi jurisdicción, y no me importa lo más mínimo bajo qué

coacción le hayan arrastrado, con tal de que le lleven en la dirección correcta. Pero el tiempo vuela; la criada se demora, mirando los rostros de la muchedumbre y los carteles de las vallas, pero no deja de acercarse; y recuerde: ¡es como si la horca misma avanzara hacia usted a zancadas por las calles de la Navidad! ¿Le ayudo yo, que lo sé todo? ¿Le digo dónde encontrar el dinero?

—¿A qué precio? —preguntó Markheim.

—Le ofrezco el servicio como regalo de Navidad —repuso el otro.

Markheim no pudo reprimir una sonrisa, con una especie de triunfo amargo. —No —dijo—, no aceptaré nada de sus manos; si estuviera muriéndome de sed, y fuese su mano la que acercara el cántaro a mis labios, hallaría el valor de rehusarlo. Será credulidad, pero no haré nada que me comprometa con el mal.

—No tengo nada que objetar a un arrepentimiento en el lecho de muerte —observó el visitante.

—¡Porque no cree usted en su eficacia! —exclamó Markheim.

—No digo eso —repuso el otro—; pero yo veo estas cosas desde otro punto de vista, y cuando la vida termina, mi interés decae. El hombre ha vivido para servirme, para difundir miradas sombrías bajo capa de religión, o para sembrar cizaña en el trigal, como hace usted, en un curso de débil sumisión al deseo. Ahora que se acerca tanto a su liberación, solo puede añadir un acto más de servicio: arrepentirse, morir sonriendo, y así infundir confianza y esperanza en los más timoratos de mis seguidores supervivientes. No soy un amo tan severo. Pruébeme. Acepte mi ayuda. Complázcase en la vida como ha hecho hasta ahora; complázcase con más amplitud aún, extienda los codos sobre la mesa; y cuando la noche empiece a caer y se corran las cortinas, le digo, para su mayor consuelo, que hallará incluso fácil zanjar su disputa con la conciencia y hacer con Dios una paz servil. Vengo justo ahora de un lecho de muerte semejante, y la habitación estaba llena de deudos sinceros, escuchando las últimas palabras del hombre; y cuando miré aquel

rostro, que se había mantenido duro como el pedernal contra la misericordia, lo encontré sonriente de esperanza.

—¿Me supone usted, entonces, semejante criatura? —preguntó Markheim—. ¿Cree que no tengo más aspiraciones generosas que pecar, y pecar, y pecar, y, al final, colarme a hurtadillas en el cielo? El corazón se me subleva al pensarlo. ¿Es esta, entonces, su experiencia de la humanidad? ¿O es porque me encuentra con las manos rojas por lo que presume en mí tal bajeza? ¿Y es este crimen de asesinato en verdad tan impío como para secar las mismísimas fuentes del bien?

—El asesinato no es para mí categoría especial —replicó el otro—. Todos los pecados son asesinato, así como toda vida es guerra. Contemplo a su especie como a marineros hambrientos en una balsa, arrancándose mendrugos de las manos del hambre y alimentándose los unos de la vida de los otros. Yo sigo los pecados más allá del instante en que se cometen; encuentro que en todos ellos la última consecuencia es la muerte; y a mis ojos, la linda muchacha que contraría a su madre con tan cautivadoras gracias por cuestión de un baile chorrea sangre humana de forma no menos visible que un asesino como usted. ¿Digo acaso que sigo los pecados? También sigo las virtudes; no se diferencian ni el grosor de una uña: ambas son guadañas para el ángel segador de la Muerte. El mal, del cual vivo, no consiste en la acción, sino en el carácter. El hombre malo me es querido; no el acto malo, cuyos frutos, si pudiéramos seguirlos suficientemente lejos por la catarata arrolladora de los siglos, tal vez se hallarían más bendecidos que los de las virtudes más raras. Y no es porque haya matado a un anticuario, sino porque es usted Markheim, por lo que le ofrezco facilitarle la huida.

—Le abriré mi corazón —respondió Markheim—. Este crimen en que usted me sorprende es el último. En el camino que me ha traído hasta él he aprendido muchas lecciones; él mismo es una lección, una lección trascendental. Hasta ahora me he visto empujado, en rebeldía, hacia lo que no quería; era esclavo de la pobreza,

empujado y azotado por ella. Hay virtudes robustas capaces de resistir estas tentaciones; la mía no lo era: yo tenía sed de placer. Pero hoy, y de este acto, extraigo a la vez advertencia y riqueza: tanto el poder como una resolución renovada de ser yo mismo. Me convierto en todo en un actor libre en el mundo; empiezo a verme del todo cambiado, estas manos agentes del bien, este corazón en paz. Algo me sobreviene del pasado; algo de lo que soñaba las tardes de domingo al son del órgano de la iglesia, de lo que presentía cuando derramaba lágrimas sobre libros nobles, o de lo que hablaba, siendo un niño inocente, con mi madre. Ahí está mi vida; he errado unos cuantos años, pero ahora vuelvo a ver mi ciudad de destino.

—¿Piensa usted emplear ese dinero en la Bolsa? —observó el visitante—; ¿y allí, si no me equivoco, ya ha perdido usted algunos millares?

—Ah —dijo Markheim—, pero esta vez tengo algo seguro.

—Esta vez, de nuevo, perderá usted —replicó el visitante con tranquilidad.

—¡Ah, pero me reservo la mitad! —exclamó Markheim.

—También eso lo perderá —dijo el otro.

El sudor perló la frente de Markheim. —Bueno, entonces, ¿qué más da? —exclamó—. Digamos que se pierde, digamos que vuelvo a hundirme en la pobreza: ¿ha de seguir una parte de mí, y la peor, imponiéndose hasta el final sobre la mejor? El mal y el bien corren con fuerza en mí, arrastrándome hacia ambos lados. No amo una sola cosa, las amo todas. Puedo concebir grandes hazañas, renunciaciones, martirios; y aunque haya caído en un crimen como el asesinato, la piedad no es ajena a mis pensamientos. Compadezco a los pobres; ¿quién conoce sus tribulaciones mejor que yo? Los compadezco y los ayudo; aprecio el amor, amo la risa honesta; no hay cosa buena ni cosa verdadera en la tierra que no ame de todo corazón. ¿Y han de limitarse mis vicios a dirigir mi vida, mientras mis

virtudes yacen sin efecto, como un trasto pasivo de la mente? No es así; el bien, también, es manantial de actos.

Pero el visitante alzó un dedo. —Durante los treinta y seis años que lleva usted en este mundo —dijo—, a través de muchos cambios de fortuna y variedades de humor, le he visto caer sin cesar. Hace quince años se habría sobresaltado ante un hurto. Hace tres años habría palidecido ante el solo nombre de asesinato. ¿Hay algún crimen, hay alguna crueldad o vileza de la que todavía retroceda?: dentro de cinco años ilo sorprenderé cometiéndola! Hacia abajo, hacia abajo va su camino; y nada sino la muerte podrá servir para detenerle.

—Es cierto —dijo Markheim con voz ronca—, en cierta medida he transigido con el mal. Pero así ocurre con todos: hasta los santos, por el mero ejercicio de vivir, se vuelven menos delicados y adoptan el tono de cuanto les rodea.

—Voy a plantearle una sola pregunta sencilla —dijo el otro—; y según usted responda, le leeré su horóscopo moral. Se ha vuelto usted más laxo en muchas cosas; acaso hace bien en serlo, y en todo caso, así ocurre con todos los hombres. Pero, admitido eso, ¿hay algún particular, por trivial que sea, en que se muestre más exigente con su propia conducta, o en todo va usted con las riendas más sueltas?

—¿En algún particular? —repitió Markheim, con una angustia de reflexión—. No —añadió, con desesperación—, ¡en ninguno! He decaído en todo.

—Entonces —dijo el visitante—, contétese con lo que es, porque nunca cambiará; y las palabras de su papel en este escenario están escritas de forma irrevocable.

Markheim permaneció largo rato en silencio, y en efecto fue el visitante quien primero rompió el silencio. —Siendo así —dijo—, ¿le muestro el dinero?

—¿Y la gracia? —exclamó Markheim.

—¿No la ha probado ya? —repuso el otro—. Hace dos o tres años, ¿no le vi yo en la tribuna de las reuniones de renovación, y no era su voz la más alta en el himno?

—Es cierto —dijo Markheim—; y veo con claridad lo que me queda por deber. Le doy las gracias por estas lecciones de mi propia alma; se me han abierto los ojos, y me contemplo al fin tal como soy.

En ese momento, el timbre de la puerta resonó con nitidez por toda la casa; y el visitante, como si aquello fuera una señal convenida que había estado esperando, cambió al instante de actitud.

—¡La criada! —exclamó—. Ha vuelto, tal como le previne, y ahora tiene ante usted un trance más difícil todavía. Ha de decir que su amo está enfermo; debe dejarla entrar, con semblante seguro pero bastante serio: nada de sonrisas, nada de sobreactuación, ¡y le prometo el éxito! Una vez la muchacha dentro y la puerta cerrada, la misma destreza que ya le ha librado del anticuario le liberará de este último peligro en su camino. De ahí en adelante tendrá toda la tarde, toda la noche si es preciso, para saquear los tesoros de la casa y asegurar su salvación. Esta es una ayuda que le llega con la máscara del peligro. ¡Arriba! —exclamó—; arriba, amigo; su vida pende, temblando, en la balanza: ¡arriba, y actúe!

Markheim contempló con firmeza a su consejero. —Si estoy condenado a obrar el mal —dijo—, todavía me queda abierta una puerta de libertad: puedo cesar de actuar. Si mi vida es cosa mala, puedo deponerla. Aunque esté, como usted bien dice, a merced de cada pequeña tentación, aún puedo, con un gesto decisivo, ponerme fuera del alcance de todas ellas. Mi amor al bien está condenado a la esterilidad; ¡así sea, pues que así sea! Pero conservo aún mi odio al mal; y de ahí, para su mortificante desengaño, verá usted que puedo sacar tanto energía como valor.

Las facciones del visitante empezaron a sufrir un cambio maravilloso y hermoso: se iluminaron y se dulcificaron con un triunfo tierno, y, así como se iluminaban, se desvanecieron y desdibujaron.

Pero Markheim no se detuvo a contemplar ni a comprender aquella transformación. Abrió la puerta y bajó las escaleras muy despacio, pensando para sus adentros. Su pasado desfiló ante él con sobriedad; lo contempló tal como era, feo y penoso como un sueño, fortuito como un tumulto casual: una escena de derrota. La vida, así revisada, ya no lo tentaba; pero al otro lado percibía un puerto tranquilo para su barca. Se detuvo en el pasillo y miró hacia la tienda, donde la vela seguía ardiendo junto al cadáver. Reinaba un silencio extraño. Pensamientos del anticuario acudieron en tropel a su mente, mientras permanecía mirando. Y entonces la campanilla volvió a estallar en un repique impaciente.

Se enfrentó a la criada en el umbral con algo semejante a una sonrisa.

—Será mejor que vaya usted por la policía —dijo—: he matado a su amo.

JANET LA TORCIDA

El reverendo Murdoch Soulis fue durante largo tiempo pastor de la parroquia del páramo de Balweary, en el valle del Dule. Hombre anciano, severo, de rostro ceñudo, que infundía pavor a sus feligreses, pasó los últimos años de su vida sin pariente, criado ni compañía humana de ningún género, en la pequeña y solitaria rectoría que se alzaba bajo el Hanging Shaw. A pesar de la férrea compostura de sus facciones, sus ojos eran huraños, asustadizos e inciertos; y cuando se explayaba, en sus amonestaciones privadas, sobre el porvenir de los impenitentes, parecía como si su mirada traspasara las tempestades del tiempo para alcanzar los terrores de la eternidad. Muchos jóvenes que acudían a prepararse para la estación de la Sagrada Comunión salían profundamente turbados de sus conversaciones. Tenía un sermón sobre la Primera Epístola de Pedro, capítulo v, versículo 8, «El diablo como león rugiente», que predicaba el domingo siguiente a cada decimoséptimo de agosto, y solía superarse a sí mismo en ese texto tanto por la naturaleza aterradora de la materia como por el espanto que infundía su figura en el púlpito. Los niños caían en convulsiones del susto, y los viejos adoptaban un aire más oracular que de ordinario y andaban todo aquel día llenos de esas insinuaciones que tanto deploraba Hamlet. La rectoría misma, tal como se erguía a la orilla del agua del Dule entre unos frondosos árboles, con el Shaw que se cernía sobre ella por un lado, y por el otro numerosas cimas frías y pantanosas que se alzaban hacia el cielo, había comenzado, en fecha muy temprana del ministerio del señor Soulis, a ser evitada en las horas del crepúsculo por cuantos se preciaban de prudentes; y los hombres de

bien que se sentaban en la taberna de la aldea meneaban la cabeza al solo pensamiento de pasar tarde por aquellos contornos siniestros. Había un lugar, para ser más precisos, que se miraba con particular espanto. La rectoría quedaba entre la carretera principal y el agua del Dule, con un hastial hacia cada uno; su parte trasera daba a la villa eclesiástica de Balweary, a casi media milla de distancia; ante ella, un jardín pelado, cercado de espinos, ocupaba el terreno entre el río y el camino. La casa tenía dos plantas, con dos habitaciones amplias en cada una. No daba acceso directamente al jardín, sino a un sendero empedrado, o pasaje, que comunicaba con la carretera por un lado y quedaba cerrado por el otro por los altos sauces y saúcos que bordeaban el arroyo. Y era ese tramo de calzada el que gozaba entre los jóvenes feligreses de Balweary de tan infame reputación. El pastor paseaba por allí con frecuencia después de que anochecía, a veces gimiendo en voz alta con la urgencia de sus oraciones calladas; y cuando él no estaba en casa y la puerta de la rectoría estaba cerrada con llave, los más atrevidos de los chiquillos se aventuraban, con el corazón en un puño, a jugar al «sigue al jefe» por aquel lugar legendario.

Esta atmósfera de terror, que envolvía a un hombre de Dios de intachable carácter y ortodoxia, era motivo habitual de asombro y objeto de indagación entre los escasos forasteros que el azar o los negocios conducían a aquella tierra desconocida y apartada. Pero muchos incluso de los feligreses de la parroquia ignoraban los extraños sucesos que habían señalado el primer año del ministerio del señor Soulis; y entre quienes estaban mejor informados, los había naturalmente reticentes, y otros que rehuían ese tema en particular. Solo de vez en cuando alguno de los más ancianos se envalentonaba con su tercer vaso y refería la causa del extraño semblante y la vida solitaria del pastor.

Cincuenta años ha, cuando el señor Soulis vino por primera vez a Ba'weary, era aún mozo —un zagal, decía la gente— lleno de letras de libros y muy listo pa la exposición, pero, como era natural en hombre tan joven, sin ninguna experiencia viva en la religión. Los más mozos quedaron muy prendados de sus dotes y su labia; pero

los hombres y mujeres serios y de edad andaban hasta rezando por el joven, que les parecía un engaño de sí mismo, y la parroquia, en trance de quedar mal servida. Era antes de los tiempos de los moderados —mala hora fue pa ellos—; mas lo malo es como lo bueno: uno y otro llegan poquito a poco, con su granito cada vez; y había gente ya entonces que decía que el Señor había dejao a los señores profesores del colegio a sus propios medios, y que los mozos que fueron a estudiar con ellos hubieran hecho más y mejor sentaos en un tremedal, como sus mayores de la persecución, con la Biblia bajo el sobaco y un espíritu de oración en el corazón. Lo cierto es, como quiera que sea, que el señor Soulis había estao demasiado tiempo en el colegio. Andaba cuidadoso y apurao por muchas cosas, fuera de la sola cosa necesaria. Traía consigo un montón de libros —más de los que se habían visto nunca en too ese presbiterio—; y mucho que trabajar le dieron al arriero, pues poco faltó pa que se los tragara el pantanal del Diablo entre aquí y Kilmackerlie. Eran libros de teología, pa qué negarlo, o eso les llamaban; pero los serios opinaban que pa tan pocos fines servían tantos, cuando toa la Palabra de Dios cabía en el rincón de un mantón. Y luego se quedaba sentao medio el día y media la noche, lo cual era ya poco decente —escribiendo, nada menos—; y al principio temían que leyera los sermones; y luego resultó que él mismo escribía un libro, lo que desde luego no cuadraba pa un hombre de sus años y tan corta experiencia.

De too moos, le convenía buscar una mujer de edad y de bien que le llevase la rectoría y le preparase sus comidillas; y le recomendaron a una vieja tunanta —Janet M'Clour, que así la llamaban— y se dejó persuadir él solo, que en eso no mandaba. Muchos le advirtieron en contra, porque Janet era más que sospechosa entre la gente de pro de Ba'weary. Hacía mucho tiempo había tenido un crío de un dragón; llevaba quizás treinta años sin presentarse^[1] ante la congregación; y los chiquillos la habían visto musitando pa sus adentros allá arriba en Key's Loan al caer el sol, que era hora y sitio bien raros pa una mujer temerosa de Dios. Mas con too eso, fue el propio hidalgo del lugar quien primero le habló al

pastor de Janet; y en aquellos tiempos él habría ido muy lejos pa dar gusto al hidalgo. Cuando la gente le decía que Janet era parienta del diablo, pa él eso era superstición y nada más; y cuando le ponían la Biblia por delante y la bruja de Endor, él les machacaba que aquellos tiempos habían pasao del too, y que el diablo estaba misericordiosamente encadenao.

Pos bien, cuando se corrió por la aldea que Janet M'Clour iba a ser criada en la rectoría, la gente estaba furiosa con ella y con él juntamente; y algunas de las buenas mujeres no hallaron mejor qué hacer que plantarse en su puerta y echarle en cara too lo que se sabía de ella, desde el crío del soldao hasta las dos vacas de John Tamson. Ella no era gran habladora; la gente solía dejarla ir por su camino y ella dejaba ir a la gente por el suyo, sin buenas noches ni buenas tardes; pero cuando se echaba a ello, tenía una lengua que ensordecer pudiera al molinero. Se levantó, y no había historia vieja en Ba'weary que ese día no le sacara a alguien los colores; no podían decirle una cosa que ella no dijera dos; hasta que al cabo las buenas mujeres se abalanzaron sobre ella, le arañaron el manto de la espalda y la arrastraron por la aldea hasta el agua del Dule, pa ver si era bruja o no, si nadaba o se ahogaba. La vieja pegó tales alaridos que se la oía en el Hanging Shaw, y luchó como diez; más de una mujer de bien llevó sus marcas al día siguiente y muchos días después; y justo en lo más recio del alboroto, ¿quién se presentó allí (por sus pecados) sino el nuevo pastor?

—Mujeres —dijo él (y tenía una voz espléndida)—, os conjuro en nombre del Señor a que la dejéis ir.

Janet corrió hacia él —estaba como loca de terror— y se le aferró, y le rogó, por el amor de Cristo, que la salvara de aquellas mujeres; y ellas, por su parte, le contaron too lo que se sabía, y quizás algo más.

—Mujer —le dijo él a Janet—, ¿es esto verdad?

—Que el Señor me ve —dice ella—, que el Señor me hizo, ni una palabra es verdad. Fuera del crío —dice—, he sío una mujer honrada

toa mi vida.

—¿Queréis —dice el señor Soulis—, en nombre de Dios y ante mí, su indigno ministro, renunciar al diablo y a sus obras?

Pos bien, parece que cuando le preguntó eso, ella hizo una mueca que asustó de veras a cuantos la vieron, y podían oírse sus dientes castañetear en la mandíbula; pero no había otra que hacerlo o no hacerlo; y Janet alzó la mano y renunció al diablo delante de todos.

—Y ahora —dice el señor Soulis a las buenas mujeres—, a casa todas y cada una, y rezad a Dios pidiendo Su perdón.

Y le dio el brazo a Janet, aunque ella apenas llevaba encima más que la camisa, y la llevó por la aldea hasta su propia puerta como a una señora; y ella gritando y riendo, que era un escándalo oírla.

Mucha gente seria andaba con las oraciones en la boca aquella noche; pero cuando llegó la mañana cayó tal miedo sobre toda Ba'weary que los chiquillos se escondieron, y hasta los hombres se quedaban parados mirando desde sus puertas. Y es que ahí venía Janet bajando por la aldea —ella o su trasunto, nadie podía decirlo— con el pescuezo torcido y la cabeza ladeada, como el que ha sido ahorcado, y una mueca en la cara como la de un difunto sin amortajar. Con el tiempo se acostumbraron y hasta le preguntaron qué tenía; pero desde ese día en adelante no pudo hablar como una mujer cristiana, sino que babeaba y hacía chasquear los dientes como unas tijeras; y desde ese día en adelante el nombre de Dios no le pasó por los labios. A veces lo intentaba, pero no podía ser. Los que más sabían, menos decían; mas nunca le dieron a Aquella Cosa el nombre de Janet M'Clour; porque la Janet de antes, a su modo de ver, estaba ardiendo en los infiernos desde ese día. Pero al pastor no había quien lo parase ni lo atase; predicó sobre nada más que la crueldad de la gente, que le había dado un ataque de perlesía; les daba azotes a los chiquillos que se metían con ella; y esa misma noche la subió a la rectoría, y se quedó allí a solas con ella bajo el Hanging Shaw.

Pos bien, el tiempo fue pasando, y los más holgazanes empezaron a pensar más a la ligera en aquel negro asunto. Al pastor se le tenía en buena estima; siempre andaba tarde con la escritura, la gente le veía la vela allá abajo junto al agua del Dule pasadas las doce de la noche; y parecía satisfecho consigo mismo y tan entonado como al principio, aunque toa la gente podía ver que iba consumiéndose. En cuanto a Janet, venía y se iba; si antes no hablaba mucho, sobrada razón había pa que hablara menos entonces; no se metía con nadie; pero era cosa sobrenatural verla, y nadie se hubiera fiado de ella ni pa las tierras de la parroquia.

Hacia finales de julio vino un tiempo como nunca se había visto en aquellos pagos; era calmoso y ardiente y sin alma; los pastores no podían subir al Black Hill, los chiquillos estaban demasiado rendidos pa jugar; y con too eso era también tempestuoso, con golpes de viento caliente que retumbaban por los valles, y chaparrones que no refrescaban nada. Siempre creíamos que al día siguiente tronaría; pero el día llegaba, y la mañana del día, y seguía siendo el mismo tiempo extraño, que apretaba a la gente y al ganao. De cuantos lo pasaban mal, nadie sufría como el señor Soulis; no podía ni dormir ni comer, así se lo dijo a sus mayores; y cuando no estaba escribiendo en su maldito libro, andaba vagando por too el campo como un poseso, cuando todos los demás se alegraban de quedarse frescos dentro de casa.

Más allá del Hanging Shaw, al abrigo del Black Hill, hay un terreno cercado con una verja de hierro; y parece que en los viejos tiempos fue el cementerio de Ba'weary, consagrao por los papistas antes de que la bienaventurada luz brillara sobre el reino. De too moos, el señor Soulis le tenía gran predilección a ese sitio; allí se sentaba a meditar sus sermones; y a la verdad que es un rincón abrigao. Pos bien, un día que venía por el extremo poniente del Black Hill, vio primero dos, y luego cuatro, y luego siete cuervos negros volando en círculo sobre el viejo cementerio. Volaban bajos y pesaos, y se graznaban el uno al otro al ir; y al señor Soulis le quedó claro que algo los había sacado de lo ordinario. No era hombre que se asustara fácil, y se fue derecho a los muros; ¿y qué encontró allí

sino un hombre, o lo que parecía un hombre, sentao dentro sobre una sepultura? Era de gran estatura, y negro como el infierno, y sus ojos eran cosa singular de ver.[2] El señor Soulis había oído hablar del hombre negro muchas veces; pero había algo extraño en este hombre negro que le acobardaba. Ardiente como estaba, sintió como un escalofrío de muerte en los tuétanos de los huesos; mas habló a pesar de todo, y le dice: —Amigo mío, ¿sois forastero en este lugar? El hombre negro no respondió ni una palabra; se puso en pie y comenzó a arrastrarse hacia el muro del lado opuesto; pero no dejaba de mirar al pastor; y el pastor se quedó parao y le miró a su vez; hasta que en un momento el hombre negro saltó el muro y echó a correr hacia el abrigo de los árboles. El señor Soulis, sin saber bien por qué, corrió tras él; pero estaba muy fatigao por el paseo y el calor malsano; y por mucho que corrió, no alcanzó a ver al hombre negro entre los abedules más que un instante, hasta que llegó al pie de la ladera, y allí le vio una vez más, de un salto y otro y otro, cruzando el agua del Dule hacia la rectoría.

Al señor Soulis no le hizo ninguna gracia que aquel espantoso vagabundo se tomara tanta libertad con la rectoría de Ba'weary; y echó a correr más fuerte, con los zapatos empapados, cruzó el arroyo y subió por el camino; pero ni rastro del hombre negro había. Salió a la carretera, pero no había nadie; recorrió too el jardín, pero nada, ningún hombre negro. Al cabo, algo asustao como era natural, levantó el pestillo y entró en la rectoría; y ahí tenía delante de los ojos a Janet M'Clour, con su pescuezo torcido, y no muy contenta de verle. Y desde entonces siempre recordó que, cuando por primera vez posó los ojos en ella, tuvo ese mismo escalofrío frío y mortal.

—Janet —le dice—, ¿has visto a un hombre negro?

—¿Un hombre negro? —dice ella—. ¡Válganos Dios! No está bien de la cabeza, señor pastor. No hay ningún hombre negro en Ba'weary.

Pero ella no hablaba claro, hay que entenderlo; sino que masullaba, como un ponino con el bocado en la boca.

—Pos bien —dice él—, Janet, si no había ningún hombre negro, es que he hablao con el Acusador de los Hermanos.

Y se sentó como un hombre con fiebre, y los dientes le castañeteaban en la cabeza.

—Bah —dice ella—, debería darle a usted vergüenza, señor pastor —y le dio un sorbo de aguardiente que siempre tenía a mano.

Luego el señor Soulis fue a su estudio entre todos sus libros. Es una sala larga, baja, oscura, con un frío que pela en invierno, y no muy seca siquiera en lo más recio del verano, porque la rectoría está cerca del arroyo. Así que se sentó, y pensó en too lo que había venido y ido desde que estaba en Ba'weary, y en su casa, y en los días cuando era crío y corría jugueteando por los oteros; y el hombre negro se le iba a vueltas por la cabeza como el estribillo de una canción. Cuanto más pensaba, más pensaba en el hombre negro. Intentó rezar, y las palabras no le venían; e intentó, dicen, escribir en su libro, mas tampoco pudo con eso. A veces le parecía que el hombre negro estaba a su lado, y el sudor le cubría frío como agua de pozo; y otras veces volvía en sí como un crío bautizao y no recordaba nada.

Lo que fue es que se levantó y fue a la ventana y se quedó mirando el agua del Dule. Los árboles son muy espesos, y el agua está profunda y negra bajo la rectoría; y ahí estaba Janet lavando la ropa con las faldas alzadas. Ella estaba de espaldas al pastor, y él, por su parte, apenas sabía bien qué estaba mirando. Luego ella se volvió y le mostró la cara; el señor Soulis sintió el mismo escalofrío frío que dos veces ese día antes, y le penetró con fuerza lo que decía la gente, que Janet estaba muerta de hacía tiempo y que aquello era un espectro en su carne fría como la arcilla. Se retiró un poco y la escudriñó con cuidado. Ella iba pisando la ropa de un lado pa otro, tarareando pa sus adentros; y ¡ay!, ¡Dios nos valga!, qué cara tan espantosa. A veces cantaba más fuerte, pero no había hombre nacido de mujer que pudiera decir las palabras de su canto; y a veces miraba oblicuamente hacia abajo, mas no había nada allí que mirar. Le recorrió un estremecimiento por la carne de los

huesos; y eso era el aviso del Cielo. Mas el señor Soulis se echó en cara a sí mismo, así lo dijo, pensar tan mal de una pobre mujer vieja y afligida que no tenía más amigo que él; y elevó una breve oración por él y por ella, y bebió un poco de agua fresca —porque el estómago se le revolvía ante la comida— y subió a su cama pelada al caer el sol.

Aquella fue una noche que nunca se ha olvidao en Ba'weary, la noche del diecisiete de agosto de mil setecientos y doce. Había hecho calor antes, como he dicho, pero aquella noche hacía más calor que nunca. El sol se puso entre nubes de aspecto raro; cayó una oscuridad como la del pozo; ni una estrella, ni un soplo de viento; no te veías la mano delante de la cara, y hasta los viejos echaron las mantas de la cama y se quedaron jadeando pa respirar. Con too lo que tenía en la cabeza, era bien poco probable que el señor Soulis durmiera mucho. Daba vueltas y más vueltas; la buena cama fresca en que se metió le quemaba los mismísimos huesos; a veces dormía y a veces se despertaba; a veces oía la hora de la noche, y a veces un perro aullando en el páramo, como si alguien hubiera muerto; a veces creía oír fantasmas cuchicheando en su oído, y a veces veía fuegos fatuos en el cuarto. Le parecía, juzgaba él, que debía de estar enfermo; y enfermo estaba —bien poco sospechaba de qué enfermedad.

Al cabo se despejó la mente, se sentó en camisa al borde de la cama, y se puso a pensar una vez más en el hombre negro y en Janet. No sabía bien cómo —quizás fuera el frío en los pies— pero le entró con fuerza, como una riada, que había alguna conexión entre los dos, y que uno o los dos eran espectros. Y justo en ese momento, en el cuarto de Janet, que estaba junto al suyo, se oyó un estrépito de pies como si unos hombres se pelearan, y luego un golpe fuerte; y luego un viento que pasó susurrando por los cuatro rincones de la casa; y luego todo quedó de nuevo tan silencioso como la tumba.

Al señor Soulis no le tenía miedo ni al hombre ni al diablo. Cogió su yesca, encendió una vela, y en tres pasos llegó a la puerta de

Janet. Estaba con el pestillo echao; la empujó y miró adentro con resolución. Era un cuarto grande, tan grande como el del pastor, y bien amueblao con trastos viejos, sólidos y buenos, que no tenía otra cosa. Había una cama con dosel y tapicería antigua; y un hermoso armario de roble, lleno de los libros de teología del pastor, puesto allí pa que no estorbase; y unos cuantos trapos de Janet tirados aquí y allá por el suelo. Pero al señor Soulis no le fue posible ver a Janet por ningún lao; ni señal alguna de pelea. Entró (y pocos habrían entrao tras él) y miró en redor y escuchó. Mas no había nada que oír, ni dentro de la rectoría ni en toda la parroquia de Ba'weary, y nada que ver más que las grandes sombras dando vueltas alrededor de la vela. Y entonces, de repente, el corazón del pastor dio un vuelco y se paró en seco; y un viento frío sopló entre los cabellos de su cabeza. ¡Qué visión tan espantosa fue aquella pa los ojos del pobre hombre! Porque allí estaba Janet colgada de un clavo junto al viejo armario de roble: la cabeza seguía ladeada sobre el hombro, los ojos cerrados, la lengua salida de la boca, y los talones a dos pies del suelo.

—¡Dios nos perdone a todos! —pensó el señor Soulis—. La pobre Janet está muerta.

Se acercó un paso al cadáver; y entonces el corazón se le revolvió en las entrañas. Porque por qué sortilegio nadie se atrevería a juzgarlo, ella estaba colgada de un solo clavo y de un solo hilo de estambre pa zurcir medias.

Cosa espantosa es estar solo en la noche con semejantes portentos de las tinieblas; pero el señor Soulis era fuerte en el Señor. Se volvió y salió de aquel cuarto, cerró la puerta con llave tras de sí; y paso a paso bajó las escaleras, pesao como el plomo; y dejó la vela sobre la mesa al pie de la escalera. No podía rezar, no podía pensar, estaba empapao de sudor frío, y no oía nada más que el tum-tum-tum de su propio corazón. Puede que estuviera allí una hora, o quizás dos, tan poco recordaba; cuando de repente oyó un ruido suave y extraño arriba; un pie fue y vino en el cuarto donde el cadáver estaba colgao; luego se abrió la puerta, aunque bien se

acordaba de haberla cerrado con llave; y luego se oyó un paso en el rellano, y le pareció que el cadáver se asomaba por la barandilla y le miraba desde arriba donde él estaba.

Cogió la vela de nuevo (porque no podía prescindir de la luz), y tan silenciosamente como pudo, salió derecho de la rectoría y fue al extremo más lejano de la calzada. Seguía oscuro como boca de lobo; la llama de la vela, cuando la puso en el suelo, ardía firme y clara como en un cuarto; nada se movía, solo el agua del Dule filtrándose y sollozando por el valle, y aquel paso profano que venía caminando pesadamente bajando las escaleras dentro de la rectoría. Conocía ese paso demasiado bien, porque era el de Janet; y a cada paso que se acercaba un poco más, el frío se le adentraba más en las entrañas. Encomendó su alma a Aquél que lo había hecho y lo guardaba; —Y, oh Señor —dijo—, dame fuerzas esta noche para combatir contra las potestades del mal.

Ya el paso venía por el pasillo hacia la puerta; podía oír una mano rozar a lo largo de la pared, como si aquella cosa espantosa fuera tanteando el camino. Los sauces se agitaron y gimieron juntos, un largo suspiro llegó sobre las colinas, la llama de la vela se sacudió de un lao pa otro; y ahí estaba el cadáver de Janet la Torcida, con su sayo de sarga y su cofia negra, con la cabeza todavía sobre el hombro, y la mueca todavía en la cara —viva, hubieras dicho—, muerta, como bien sabía el señor Soulis —en el umbral de la rectoría.

Cosa extraña es que el alma del hombre esté tan encadenada a su cuerpo percedero; mas el pastor vio eso, y su corazón no se rompió.

Ella no estuvo allí mucho tiempo; comenzó a moverse de nuevo y fue avanzando despacio hacia el señor Soulis, donde él estaba bajo los sauces. Toda la vida de su cuerpo, toda la fuerza de su espíritu, estaban asomadas a sus ojos. Parecía que iba a hablar, pero le faltaban las palabras, e hizo una seña con la mano izquierda. Llegó un golpe de viento, como el bufido de un gato; se apagó la vela, los

saucos chillaron como personas; y el señor Soulis supo que, viviese o muriese, aquél era el final.

—¡Bruja, maldita, demonio! —gritó—. Os conjuro, por el poder de Dios, a que os marchéis —si estáis muerta, a la tumba—, si estáis condenada, al infierno.

Y en ese momento la mano del propio Señor desde los Cielos golpeó al Horror donde estaba; el viejo, muerto y profanado cadáver de la bruja, tan largo tiempo arrancado de la sepultura y zarandeado por los diablos, se encendió como una cerilla de azufre y cayó en cenizas al suelo; el trueno siguió, redoble tras redoble atronador, la lluvia bramante a su zaga; y el señor Soulis saltó el seto del jardín y echó a correr, dando alarido tras alarido, hacia la aldea.

Esa misma mañana, John Christie vio al Hombre Negro pasar junto al Gran Mojón cuando daban las seis; antes de las ocho había pasado por la posada de Knockdow; y poco después, Sandy M'Lellan le vio bajar a buen paso los otros desde Kilmackerlie. No hay gran duda de que era él quien había morado tan largo tiempo en el cuerpo de Janet; pero se había ido por fin; y desde entonces el diablo nunca más nos ha molestado en Ba'weary.

Mas fue una dura prueba para el pastor; largo, largo tiempo estuvo delirando en la cama; y desde aquella hora hasta hoy, es el hombre que conocéis.

[Nota 1: *To come forrit*: presentarse para comulgar.]

[Nota 2: Era creencia común en Escocia que el diablo se aparecía como un hombre negro. Así consta en varios juicios por brujería y, creo, en los *Memorials* de Law, ese delicioso almacén de lo pintoresco y lo macabro.]

OLALLA

—Bien —dijo el doctor—, mi parte está hecha, y puedo decir, con cierta vanidad, que bien hecha. Solo queda sacarle de esta ciudad fría y ponzoñosa, y procurarle dos meses de aire puro y de conciencia tranquila. Esto último es asunto suyo. En lo primero creo poder ayudarle. Sucede, por cierto, de un modo bastante curioso: no hace sino unos días que el padre vino de la aldea, y como él y yo somos viejos amigos, aunque de profesiones contrarias, acudió a mí por una desgracia ocurrida entre algunos de sus feligreses. Se trataba de una familia... pero usted no conoce España, y ni siquiera los nombres de nuestros grandes le son conocidos; baste decir, pues, que en otro tiempo fueron gente principal, y que hoy han caído al borde de la indigencia. No les queda ya nada, salvo la residencia y algunas leguas de monte yermo, en cuya mayor parte ni una cabra podría vivir. Pero la casa es un buen caserón antiguo, y se alza a gran altura entre las colinas, en un lugar de lo más saludable; y apenas hube oído el relato de mi amigo, me acordé de usted. Le dije que tenía un oficial herido, herido en la buena causa, que ya estaba en condiciones de mudar de aires; y le propuse que su familia le tomara a usted por huésped. Al instante se ensombreció el rostro del padre, tal como yo maliciosamente había previsto. Era del todo imposible, dijo. Pues que se mueran de hambre, dije yo, que no tengo simpatía por el orgullo andrajoso. Con esto nos separamos, no muy satisfechos el uno del otro; pero ayer, para mi asombro, el padre volvió e hizo una concesión: la dificultad, dijo, había resultado, tras informarse, menor de lo que temía; o, dicho de otro modo, aquella gente orgullosa se había guardado el orgullo en el bolsillo.

Yo acepté el trato; y, si usted lo aprueba, le he tomado habitaciones en la residencia. El aire de estas montañas le renovará la sangre, y la calma en que allí vivirá vale más que todas las medicinas del mundo.

—Doctor —dije yo—, ha sido usted en todo mi ángel bueno, y su consejo es para mí una orden. Pero dígame, si es tan amable, algo de la familia con la que voy a vivir.

—A eso voy —respondió mi amigo—; y, en efecto, hay una dificultad de por medio. Esos pobretones son, como le he dicho, de linaje muy alto, y están hinchados de la vanidad más infundada; llevan ya varias generaciones viviendo en un aislamiento cada vez mayor, apartándose, por un lado, de los ricos, que se les han vuelto demasiado encumbrados, y por otro, de los pobres, a quienes siguen teniendo por demasiado bajos; e incluso hoy, cuando la pobreza les obliga a abrir su puerta a un huésped, no pueden hacerlo sin una estipulación de lo más desabrida. Usted, dicen, ha de seguir siendo un extraño; le atenderán, pero rechazan desde el principio la menor idea de intimidad.

No negaré que aquello me picó, y quizá ese sentimiento fortaleció mi deseo de ir, pues confiaba en poder derribar esa barrera si me lo proponía. —No hay nada ofensivo en semejante estipulación —dije—; y hasta simpatizo con el sentimiento que la inspira.

—Es verdad que no le han visto nunca a usted —replicó el doctor cortésmente—; y si supieran que es usted el hombre más apuesto y más agradable que jamás ha salido de Inglaterra (donde, según me dicen, los hombres apuestos abundan, pero no tanto los agradables), sin duda le recibirían con mejores modos. Pero, ya que usted se lo toma tan bien, no importa. A mí, la verdad, me parece una descortesía. Pero saldrá usted ganando. La familia no ha de tentarle mucho. Una madre, un hijo y una hija: una anciana que dicen medio idiota, un patán de aldea, y una muchacha de aldea que está muy bien considerada por su confesor, y que, por tanto —rió el médico entre dientes—, es probable que sea bien fea; no hay en eso mucho que pueda atraer el capricho de un apuesto oficial.

—Y sin embargo dice usted que son de alta cuna —objeté yo.

—Bueno, en eso habría que distinguir —respondió el doctor—. La madre sí lo es; los hijos no tanto. La madre fue la última representante de un linaje de príncipes, degenerado tanto en dotes como en fortuna. Su padre no solo era pobre, sino que estaba loco; y la muchacha creció salvaje por la residencia hasta la muerte de aquel. Después, habiéndose ido con él buena parte de la fortuna, y estando la familia del todo extinguida, la moza se hizo aún más salvaje, hasta que al fin se casó, sabe Dios con quién: unos dicen que con un arriero, otros que con un contrabandista; y hay quien sostiene que no hubo boda alguna, y que Felipe y Olalla son bastardos. La unión, tal como fue, se disolvió trágicamente hace ya algunos años; pero viven en tal apartamiento, y el país estaba entonces en tal desorden, que el modo preciso en que acabó aquel hombre solo lo conoce el cura, si es que también él lo conoce.

—Empiezo a pensar que voy a tener experiencias extrañas —dije yo.

—Yo, en su lugar, no me haría ilusiones novelescas —respondió el doctor—; me temo que hallará usted una realidad muy vulgar y muy rastrera. A Felipe, por ejemplo, lo he visto yo mismo. ¿Y qué quiere que le diga? Es muy rústico, muy taimado, muy zafio, y diría yo que un inocente; los demás serán, probablemente, de la misma pasta. No, no, señor comandante, ha de buscar usted compañía grata entre los grandes espectáculos de nuestras montañas; y en ellos al menos, si es usted en algo amante de las obras de la naturaleza, le prometo que no ha de llevarse un desengaño.

Al día siguiente vino Felipe a buscarme en un tosco carro de labranza, tirado por una mula; y poco antes de mediodía, después de haberme despedido del doctor, del posadero y de otras buenas almas que me habían atendido con afecto durante mi enfermedad, salimos de la ciudad por la puerta de Levante y comenzamos a subir hacia la sierra. Había estado tanto tiempo prisionero, desde que me dejaran atrás por muerto tras la pérdida del convoy, que el mero olor de la tierra me hacía sonreír. La comarca que atravesábamos era

agreste y pedregosa, cubierta en parte de bosques bravíos, ora de alcornoques, ora de los grandes castaños españoles, y con frecuencia cortada por lechos de torrentes de montaña. Brillaba el sol, el viento susurraba gozoso; y habíamos avanzado ya varias millas, y la ciudad se había reducido, tras nosotros, a una loma insignificante sobre la llanura, antes de que mi atención comenzara a desviarse hacia mi compañero de viaje. A la vista, no parecía más que un mozo de aldea pequeño, bien hecho y zafio, tal como lo había descrito el doctor, muy vivo y activo, pero del todo falto de cultura; y esta primera impresión era, para la mayoría de los observadores, definitiva. Lo que empezó a llamarme la atención fue su charla familiar y parlanchina, tan extrañamente en desacuerdo con los términos en que había de ser yo recibido; y, en parte por su pronunciación imperfecta, en parte por la vivaz incoherencia de lo que decía, resultaba muy difícil de seguir con claridad sin cierto esfuerzo de la mente. Es verdad que ya antes había hablado con personas de una constitución mental parecida; personas que parecían vivir, como él, de los sentidos, presas y poseídas por el objeto visual del momento, incapaces de desprender la mente de aquella impresión. La suya me pareció (mientras yo escuchaba distraído) una especie de conversación propia de carreteros, que pasan buena parte de su tiempo en un gran vacío del intelecto, hilvanando las vistas de una comarca familiar. Pero no era ese el caso de Felipe; por su propio decir, era hombre casero. —Ojalá estuviera ya allí ahora —dijo—, y luego, al divisar un árbol junto al camino, se interrumpió para contarme que una vez había visto un cuervo entre sus ramas.

—¿Un cuervo? —repetí, sorprendido por lo inoportuno de la observación, y pensando que le había oído mal.

Pero para entonces ya estaba él poseído de una nueva idea; escuchaba con arrobada atención, la cabeza ladeada, el rostro fruncido; y me dio un golpe brusco, para que callara. Luego sonrió y negó con la cabeza.

—¿Qué has oído? —pregunté.

—Oh, no es nada —dijo; y se puso a animar a su mula con gritos que resonaban, inhumanos, por las paredes de la montaña.

Lo miré con más atención. Era de una complexión magnífica, ligero, ágil y fuerte; tenía buenas facciones; sus ojos amarillos eran muy grandes, aunque quizá no muy expresivos; en conjunto, era un mozo de aspecto agradable, y nada tenía yo que reprocharle, salvo que era de tez morena y algo velludo; dos rasgos que me desagradaban. Era su mente lo que me desconcertaba, y a la vez me atraía. Volvió a mi memoria la frase del doctor —un inocente—, y me preguntaba si aquella era, después de todo, la descripción verdadera, cuando el camino comenzó a descender hacia la garganta estrecha y desnuda de un torrente. Las aguas tronaban tumultuosas en el fondo; y el barranco se llenaba por entero del estruendo, de la fina llovizna y de las ráfagas de viento que acompañaban su caída. El espectáculo era ciertamente imponente; pero el camino iba en aquel tramo bien resguardado por muros; la mula avanzaba con paso firme; y me asombró percibir la palidez del terror en el rostro de mi compañero. La voz de aquel río salvaje era mudable, ora apagándose como de cansancio, ora redoblando sus tonos roncós; crecidas momentáneas parecían hinchar su caudal, precipitándose garganta abajo, rugiendo y retumbando contra los muros de contención; y observé que era en cada uno de esos aumentos del clamor cuando mi conductor se estremecía y palidecía más señaladamente. Cruzaron por mi mente algunos pensamientos sobre la superstición escocesa y el río Kelpie; me pregunté si acaso algo semejante sería corriente en aquella parte de España; y, volviéndome hacia Felipe, intenté sonsacarle.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Oh, tengo miedo —respondió.

—¿De qué tienes miedo? —repliqué yo—. Este me parece uno de los tramos más seguros de este camino tan peligroso.

—Hace ruido —dijo, con una sencillez de pavor que disipó mis dudas.

El muchacho no era, en el entendimiento, sino un niño; su mente era como su cuerpo, activa y ágil, pero detenida en su desarrollo; y desde entonces comencé a mirarlo con cierta compasión, y a escuchar, primero con indulgencia y al fin hasta con placer, su charla deshilvanada.

Hacia las cuatro de la tarde habíamos cruzado la cumbre de la sierra, dicho adiós al sol de poniente, y comenzado a bajar por la otra vertiente, bordeando el filo de muchos barrancos y avanzando por la sombra de bosques umbríos. Se alzaba por todas partes la voz del agua que caía, no condensada y formidable como en la garganta del río, sino dispersa y sonando alegre y musicalmente de valle en valle. También aquí se animó el ánimo de mi conductor, que se puso a cantar en voz de falsete, con una singular tosquedad de percepción musical, jamás fiel ni a la melodía ni al tono, sino errante a su antojo, y con todo, de un modo natural y agradable, como el de las aves. A medida que crecía el crepúsculo, iba yo cayendo cada vez más bajo el hechizo de aquel trino sin arte, aguardando y escuchando alguna tonada articulada, y siempre defraudado; y cuando al fin le pregunté qué era lo que cantaba, exclamó él: —¡Oh, no hago sino cantar! Sobre todo me cautivó una maña suya de repetir sin cansancio la misma nota a breves intervalos; no era tan monótono como pudiera pensarse, o al menos no resultaba desagradable; y parecía respirar un contento maravilloso con lo que es, tal como nos gusta imaginar en la actitud de los árboles, o en la quietud de un estanque.

La noche había caído del todo cuando salimos a una meseta, y poco después nos detuvimos ante cierta mole de negrura más densa que solo pude conjeturar que fuese la residencia. Allí mi guía, bajando del carro, aulló y silbó largo rato en vano, hasta que al fin un viejo campesino se acercó a nosotros desde algún punto de la oscuridad circundante, llevando una vela en la mano. A su luz pude distinguir un gran portalón abovedado, de carácter morisco: lo cerraban unas puertas claveteadas de hierro, y en una de sus hojas abrió Felipe un postigo. El campesino se llevó el carro a alguna dependencia; pero mi guía y yo pasamos por el postigo, que volvió a

cerrarse tras nosotros; y al resplandor de la vela atravesamos un patio, subimos una escalera de piedra, recorrimos un tramo de galería abierta, y subimos de nuevo más escaleras, hasta llegar por fin a la puerta de una estancia grande y algo desnuda. Esta habitación, que entendí había de ser la mía, tenía tres ventanas, estaba revestida de una madera lustrosa dispuesta en paneles, y alfombrada con pieles de muchos animales salvajes. Un fuego vivo ardía en la chimenea, esparciendo un resplandor cambiante; junto a la lumbre habían arrimado una mesa, puesta para la cena; y al fondo aguardaba una cama ya dispuesta. Me complacieron aquellos preparativos, y así se lo dije a Felipe; y él, con la misma sencillez de carácter que ya le había notado, hizo eco calurosamente a mis elogios. —Una habitación magnífica —dijo—; una habitación muy hermosa. Y fuego, además; el fuego es bueno, derrite el gusto en los huesos. Y la cama —prosiguió, llevando la vela hacia allí—, mire qué sábanas tan finas... qué suaves, qué lisas, lisas —y pasó la mano una y otra vez sobre su textura, y luego recostó la cabeza y restregó las mejillas entre ellas con una grosería de contento que de algún modo me ofendió. Le quité la vela de la mano (pues temí que prendiera fuego a la cama) y volví a la mesa de la cena, donde, viendo una medida de vino, llené una copa y le llamé para que viniera a beber de ella. Se puso en pie al instante y corrió hacia mí con viva expresión de esperanza; pero cuando vio el vino, se estremeció visiblemente.

—Oh, no —dijo—, eso no; eso es para usted. Lo odio.

—Muy bien, señor —dije yo—; entonces beberé a tu salud, y a la prosperidad de tu casa y tu familia. Ya que hablamos de eso —añadí, después de haber bebido—, ¿no tendré el gusto de presentar en persona mis respetos a los pies de la señora, tu madre?

Pero a estas palabras desapareció de su rostro toda la puerilidad, sucedida por una expresión de indescriptible astucia y recelo. Al mismo tiempo retrocedió ante mí, como si yo fuera un animal a punto de saltar, o algún individuo peligroso armado, y cuando hubo llegado cerca de la puerta, me miró con torva hosquedad, las pupilas

contraídas. —No —dijo al fin, y al instante siguiente había salido de la habitación sin ruido; y oí sus pasos apagarse escaleras abajo, ligeros como la lluvia, y el silencio se cerró sobre la casa.

Después de cenar acerqué la mesa a la cama y comencé a prepararme para el descanso; pero, en la nueva posición de la luz, me llamó la atención un cuadro colgado en la pared. Representaba a una mujer, aún joven. A juzgar por su atavío y por la pátina de unidad que reinaba sobre el lienzo, hacía ya mucho que había muerto; a juzgar por la viveza de la actitud, de los ojos y de las facciones, bien podría haber estado contemplando en un espejo la imagen misma de la vida. Su figura era esbelta y fuerte, de una proporción justa; unas trenzas rojas se posaban como una corona sobre su frente; sus ojos, de un castaño muy dorado, sostenían los míos con una mirada; y su rostro, de facciones perfectas, aparecía sin embargo empañado por una expresión cruel, hosca y sensual. Algo en el rostro y en la figura, algo exquisitamente inasible, como el eco de un eco, sugería las facciones y el porte de mi guía; y me quedé un rato, desagradablemente atraído, preguntándome por lo extraño de aquel parecido. El tosco tronco carnal de aquella raza, originalmente destinado a damas tan encumbradas como la que ahora me miraba desde el lienzo, había venido a dar en usos más viles, vistiendo ropas de aldea, sentado en las varas y sosteniendo las riendas de un carro de mulas, para traer a casa a un huésped. Quizá subsistiera un vínculo real; quizá algún escrúpulo de aquella carne delicada, que en otro tiempo se había vestido de raso y brocado de la dama muerta, se estremecía ahora ante el rudo contacto del paño basto de Felipe.

La primera luz de la mañana dio de lleno sobre el retrato, y, mientras yo yacía despierto, mis ojos siguieron posándose en él con creciente complacencia; su belleza se fue insinuando en torno a mi corazón, acallando uno tras otro mis escrúpulos; y aunque sabía que amar a semejante mujer sería firmar y sellar la propia sentencia de degeneración, sabía también que, de estar viva, la habría amado. Día tras día se hacía más clara la doble certeza de su maldad y de mi flaqueza. Llegó a ser la heroína de muchos ensueños, en los que sus

ojos conducían a crímenes, y los recompensaban sobradamente. Proyectaba una sombra oscura sobre mi fantasía; y cuando andaba yo al aire libre del cielo, tomando ejercicio vigoroso y renovando saludablemente el curso de mi sangre, era a menudo para mí un pensamiento grato que mi hechicera estuviese a salvo en la tumba, roto su cetro de hermosura, cerrados sus labios en silencio, derramado su filtro. Y sin embargo, sentía un terror persistente, a medias, de que acaso no estuviese muerta del todo, sino resucitada en el cuerpo de algún descendiente.

Felipe me servía las comidas en mi propio aposento, y su parecido con el retrato me obsesionaba. A veces no se advertía; a veces, ante algún cambio de actitud o algún destello de expresión, saltaba sobre mí como un fantasma. Era sobre todo en sus arrebatos de mal humor donde el parecido triunfaba. Sin duda me tenía cariño; se enorgullecía de que reparase en él, cosa que procuraba granjearse con mil ingenuos y pueriles ardides; le gustaba sentarse cerca de mi lumbre, hablando su habla entrecortada o canturreando sus canciones extrañas, interminables y sin palabras, y a veces pasaba la mano por mi ropa con un modo afectuoso de acariciar que nunca dejaba de causarme un embarazo del que yo mismo me avergonzaba. Pero con todo, era capaz de arrebatos de ira sin motivo y de accesos de hosca terquedad. A una palabra de reprensión, le he visto volcar el plato del que yo iba a comer, y esto no a hurtadillas, sino con desafío; y de igual modo ante el menor asomo de indagación. Yo no era curioso sin motivo, hallándome en un lugar extraño y rodeado de gentes que no dejaban de mirarme; pero ante la sombra de una pregunta, él se replegaba, torvo y peligroso. Entonces era, por una fracción de segundo, cuando aquel rudo mozo bien podría haber sido hermano de la dama del cuadro. Pero aquellos humores pasaban con presteza, y el parecido se extinguía con ellos.

En aquellos primeros días no vi a nadie más que a Felipe, si es que se cuenta también el retrato; y puesto que el mozo era a todas luces de flaco entendimiento y tenía arrebatos de pasión, tal vez extrañe que yo soportara con ecuanimidad su peligrosa vecindad. En

realidad, durante algún tiempo me resultó enojoso; pero no tardó en suceder que adquirí sobre él un dominio tan completo que acalló mi inquietud.

Sucedió del modo siguiente. Era por naturaleza indolente, y en buena parte un vagabundo, y sin embargo no se apartaba de la casa, y no solo atendía a mis necesidades, sino que trabajaba cada día en el huerto o pequeña granja al sur de la residencia. Allí se le unía el campesino a quien yo había visto la noche de mi llegada, y que habitaba en el extremo más lejano del recinto, a unos ochocientos metros de distancia, en una tosca casucha; pero a mí me resultaba evidente que, de los dos, era Felipe quien más trabajaba; y aunque a veces le veía dejar caer la azada y quedarse dormido entre las mismas plantas que había estado cavando, su constancia y su energía eran admirables en sí mismas, y más aún porque yo tenía la certeza de que eran ajenas a su carácter y fruto de un esfuerzo ingrato. Pero, aun admirándolo, me preguntaba qué había despertado en un mozo de tan corto entendimiento aquel perdurable sentido del deber. ¿Cómo se sostenía?, me preguntaba, ¿y hasta qué punto prevalecía sobre sus instintos? Quizá el padre fuese quien se lo inspiraba; pero el padre vino un día a la residencia. Le vi llegar y marcharse, tras un intervalo de cerca de una hora, desde un altozano donde yo dibujaba, y durante todo ese tiempo Felipe siguió trabajando sin interrupción en el huerto.

Al fin, en un espíritu muy poco noble, resolví descarriar al mozo de sus buenos propósitos y, saliéndole al paso junto a la puerta, lo persuadí sin dificultad de que me acompañase en un paseo. Era un día espléndido, y el bosque adonde lo llevé estaba verde y ameno y fragante y vivo con el zumbido de los insectos. Allí se me reveló bajo un carácter nuevo, remontándose a alturas de alegría que me dejaban confuso, y desplegando una energía y una gracia de movimientos que deleitaban la vista. Saltaba, corría en torno a mí de puro gozo; se detenía, y miraba y escuchaba, y parecía beberse el mundo como un cordial; y luego, de un solo brinco, se encaramaba de pronto a un árbol, y allí se quedaba colgado y retozando como en su propia casa. Por poco que me dijera, y eso de escasa monta, rara

vez he gozado de compañía más animada; el espectáculo de su regocijo era un festín continuo; la rapidez y precisión de sus movimientos me llegaban al corazón; y quizá hubiera sido tan neciamente cruel como para hacer de estas correrías costumbre, de no haber preparado el azar una conclusión bien brusca a mi placer. Con no sé qué rapidez o destreza, el mozo atrapó una ardilla en lo alto de un árbol. Se hallaba entonces algo adelantado a mí, pero le vi dejarse caer al suelo y agacharse allí, gritando de gozo como un niño. El sonido conmovió mis simpatías, tan fresco e inocente era; pero al apretar el paso para acercarme, el chillido de la ardilla me golpeó el corazón. He oído y visto mucho de la crueldad de los mozos, y sobre todo de los campesinos; pero lo que vi entonces me sumió en un arretrato de cólera. Aparté al sujeto de un empujón, arranqué de sus manos a la pobre bestia y, con presta piedad, la maté. Luego me volví contra el torturador, le hablé largamente desde el calor de mi indignación, llamándole nombres bajo los que pareció marchitarse; y al fin, señalando hacia la residencia, le mandé que se apartara y me dejase, pues yo prefería andar con hombres, no con alimañas. Cayó de rodillas y, acudiéndole las palabras con más limpieza que de costumbre, derramó un torrente de las más conmovedoras súplicas, rogándome por piedad que le perdonara, que olvidara lo que había hecho, que mirase al porvenir. —Oh, tanto me esfuerzo —decía—. Oh, comandante, soporte a Felipe esta vez; inunca más volverá a ser una bestia! Ante esto, más conmovido de lo que quise mostrar, me dejé persuadir, y al fin le estreché la mano e hicimos las paces. Pero a la ardilla, a modo de penitencia, le hice enterrarla; hablándole de la belleza de la pobre criatura, contándole los sufrimientos que había padecido, y cuán vil cosa era el abuso de la fuerza. —Mira, Felipe —le dije—, tú eres, en verdad, fuerte; pero en mis manos eres tan indefenso como esa pobre criatura de los árboles. Dame tu mano en la mía. No puedes retirarla. Ahora supón que yo fuese cruel como tú, y hallase placer en el dolor. No tengo más que apretar, y mira cómo sufres. Gritó con toda su alma, el rostro vuelto ceniciento y salpicado de gotas de sudor como puntas de aguja; y cuando lo solté, cayó a tierra y se acunó la mano gimiendo sobre ella como un niño de pecho. Pero tomó la lección de

buen grado; y ya fuera por ello, o por lo que yo le había dicho, o por la idea más alta que ahora tenía de mi fuerza corporal, su afecto primitivo se trocó en una fidelidad de perro, rayana en la adoración.

Entretanto, iba recobrando la salud con rapidez. La residencia se alzaba en lo alto de una meseta pedregosa; por todos lados la cercaban las montañas; solo desde el tejado, donde había una garita saliente, podía verse, entre dos picos, un pequeño trozo de llanura, azulado por la extrema distancia. El aire, a aquellas alturas, se movía libre y ampliamente; grandes nubes se congregaban allí, y el viento las desgarraba y dejaba hechas jirones sobre las cumbres; se alzaba de todas partes un rumor ronco, aunque apagado, de torrentes; y allí podían estudiarse todos los caracteres más rudos y antiguos de la naturaleza, con algo de su fuerza primitiva. Desde el primer momento me deleité en aquel paisaje vigoroso y aquel tiempo mudable; y no menos en la antigua y ruinosa mansión donde habitaba. Era un gran edificio oblongo, flanqueado en dos esquinas opuestas por sendos salientes a modo de bastiones, uno de los cuales dominaba la puerta, mientras que ambos tenían aspilleras para fusilería. El piso bajo, además, carecía por completo de ventanas, de suerte que el edificio, de estar guarnecido, no habría podido tomarse sin artillería. Encerraba un patio descubierto plantado de granados. Desde allí una ancha escalinata de mármol ascendía hasta una galería abierta, que corría todo alrededor y se apoyaba, hacia el patio, en esbeltas columnas. De allí, a su vez, varias escaleras cerradas conducían a los pisos superiores de la casa, que quedaban así divididos en secciones distintas. Las ventanas, tanto por dentro como por fuera, estaban herméticamente cerradas con postigos; parte de la sillería de los pisos altos se había desmoronado; el tejado, en un lugar, había quedado destrozado por una de esas rachas de viento tan comunes en aquellas montañas; y la casa entera, bajo el sol fuerte y batiente, y recortándose sobre un bosquecillo de alcornoques achaparrados, cargados y descoloridos de polvo, parecía el palacio dormido de la leyenda. El patio, en particular, parecía el hogar mismo del sueño. Un ronco arrullo de palomas rondaba los aleros; los vientos quedaban excluidos, pero

cuando soplaban fuera, el polvo de la montaña caía allí espeso como lluvia y velaba el rojo florecer de los granados; ventanas cerradas con postigos y las puertas cerradas de numerosas bodegas, y los arcos vacíos de la galería, lo cercaban; y todo el día el sol trazaba perfiles quebrados en los cuatro costados, y paseaba la sombra de las columnas por el suelo de la galería. A ras de tierra había, sin embargo, cierto rincón con columnas que llevaba las señales de habitación humana. Aunque abierto por delante hacia el patio, tenía no obstante una chimenea donde siempre ardía alegremente un fuego de leña; y el suelo de baldosas estaba cubierto de pieles de animales.

Fue en aquel lugar donde vi por vez primera a mi anfitriona. Había arrastrado hacia sí una de las pieles y estaba sentada al sol, recostada contra una columna. Fue su vestido lo que primero me llamó la atención, pues era rico y de colores vivos, y resaltaba en aquel patio polvoriento con un relieve parecido al de las flores de los granados. A una segunda mirada fue su belleza de persona lo que se apoderó de mí. Sentada hacia atrás —observándome, pensé, aunque con ojos invisibles— y con una expresión de buen humor y contento casi imbécil, mostraba una perfección de facciones y una silenciosa nobleza de actitud que superaban a las de una estatua. Me quité el sombrero al pasar junto a ella, y su rostro se frunció de recelo tan rápida y ligeramente como se riza un charco con la brisa; pero no hizo caso alguno de mi cortesía. Salí a mi paseo acostumbrado algo desconcertado, perseguido por su impasibilidad de ídolo; y al regresar, aunque seguía en poco más o menos la misma postura, me sorprendió a medias ver que se había desplazado hasta la columna siguiente, siguiendo el sol. Esta vez, sin embargo, se dirigió a mí con un saludo trivial, bastante cortésmente concebido, y pronunciado con aquel mismo tono, hondo de pecho y, sin embargo, indistinto y ceceante, que ya había desconcertado el oído más fino cuando lo oí de labios de su hijo. Le respondí un tanto a la aventura, pues no solo dejé de captar con precisión su sentido, sino que la súbita revelación de sus ojos me turbó. Eran de un tamaño desusado, el iris dorado como el de Felipe, pero la pupila en aquel momento tan

dilatada que parecían casi negros; y lo que me afectó no fue tanto su tamaño como —lo que acaso era su consecuencia— la singular insignificancia de su mirada. Nunca me he topado con una mirada más vacuamente estúpida. Los ojos se me bajaron ante ella aun mientras hablaba, y proseguí mi camino escaleras arriba hacia mi propio aposento, a un tiempo desconcertado y avergonzado. Sin embargo, cuando llegué allí y vi el rostro del retrato, se me recordó de nuevo el milagro de la herencia familiar. Mi anfitriona era, en efecto, tanto mayor como más llena de cuerpo; sus ojos eran de color distinto; su rostro, además, no solo estaba libre del aire aciago que en la pintura me ofendía y a la vez me atraía; carecía por completo de bien o de mal: un vacío moral que no expresaba, literalmente, nada. Y sin embargo había un parecido, no tanto patente como latente, no tanto en ningún rasgo particular como en el conjunto. Debía de ser, pensé, como si, al estampar el maestro su firma en aquel grave lienzo, no solo hubiera captado la imagen de una mujer sonriente y de ojos falaces, sino sellado la cualidad esencial de una raza.

Desde aquel día en adelante, ya viniese o fuese, siempre encontraba a la señora sentada al sol contra una columna, o tendida sobre una alfombra ante el fuego; solo que a veces cambiaba de puesto al último peldaño de la escalinata de piedra, donde yacía con la misma indolencia justo atravesada en mi camino. En todos aquellos días, nunca la vi mostrar la menor chispa de energía más allá de la que gastaba en cepillar y volver a cepillar su copiosa cabellera color cobre, o en musitar, con la rica y quebrada ronquera de su voz, sus habituales y ociosos saludos hacia mí. Estos eran, creo, sus dos placeres principales, aparte de la mera quietud. Parecía siempre orgullosa de sus comentarios, como si hubiesen sido agudezas: y, en efecto, aunque bastante vacíos, como la conversación de muchas personas respetables, y ceñidos a un margen muy estrecho de temas, nunca carecían de sentido ni eran incoherentes; antes bien, tenían una belleza propia, pues respiraban su entero contento. Tan pronto hablaba del calor, en el que (como su hijo) se deleitaba en gran manera, como de las flores de los

granados, como de las palomas blancas y las golondrinas de largas alas que abanicaban el aire del patio. Los pájaros la excitaban. Cuando rozaban los aleros en su vuelo veloz, o pasaban de soslayo junto a ella con una ráfaga de viento, a veces se agitaba, y se incorporaba un poco, y parecía despertar de su modorra de satisfacción. Pero el resto de sus días yacía lujosamente replegada sobre sí misma y sumida en pereza y placer. Su contento invencible me molestó al principio, pero fui hallando poco a poco reposo en aquel espectáculo, hasta que al fin se me hizo costumbre sentarme junto a ella cuatro veces al día, tanto al ir como al venir, y hablar con ella soñolientamente, sin saber apenas de qué. Había llegado a gustarme su compañía torpe, casi animal; su belleza y su estupidez me sosegaban y me divertían. Empecé a hallar en sus comentarios una especie de trascendental sentido común, y su insondable buen natural me movía a admiración y a envidia. El afecto era correspondido; gozaba de mi presencia medio inconscientemente, como el hombre entregado a honda meditación puede gozar del murmullo de un arroyo. Apenas puedo decir que se le iluminara el rostro cuando yo llegaba, pues la satisfacción estaba escrita en su cara eternamente, como en la de alguna necia estatua; pero se me hacía sentir su placer por alguna comunicación más íntima que la vista. Y un día, hallándome yo a su alcance en el peldaño de mármol, alargó de pronto una de sus manos y dio unas palmaditas en la mía. La cosa quedó hecha, y ella había vuelto a su actitud acostumbrada, antes de que mi mente recibiera noticia de la caricia; y cuando me volví a mirarla al rostro no pude percibir sentimiento alguno que lo correspondiera. Era evidente que ella no daba importancia alguna al acto, y me reproché a mí mismo mi propia conciencia, más inquieta que la suya.

La vista y (si así puedo llamarla) el trato con la madre confirmaron la idea que ya me había formado del hijo. La sangre de la familia se había empobrecido, quizá por un largo cruce entre parientes, error que yo sabía común entre los orgullosos y los exclusivistas. Ningún declive, en verdad, podía rastrearse en el cuerpo, transmitido intacto en gallardía y fuerza; y los rostros de hoy estaban acuñados con

tanta nitidez como el rostro de dos siglos atrás que me sonreía desde el retrato. Pero la inteligencia (esa herencia más preciosa) estaba degenerada; el tesoro de la memoria ancestral menguaba; y había hecho falta el cruce vigoroso y plebeyo de un arriero o un contrabandista de montaña para elevar lo que en la madre rayaba en el embotamiento hasta la activa rareza del hijo. Y sin embargo, de los dos, era la madre quien yo prefería. A Felipe, vengativo y apaciguable, lleno de sobresaltos y esquivos, inconstante como una liebre, podía incluso concebirlo como criatura acaso nociva. De la madre no tenía sino pensamientos de afecto. Y, en verdad, como los espectadores suelen tomar partido sin darse cuenta, llegué a hacerme algo así como partidario en la enemistad que percibía arder en sordina entre ambos. Cierto es que parecía provenir sobre todo de la madre. A veces contenía el aliento cuando él se acercaba, y las pupilas de sus ojos vacíos se contraían como de horror o de miedo. Sus emociones, tales como eran, afloraban mucho a la superficie y se comunicaban con facilidad; y aquella repulsión latente ocupaba mi mente, y me tenía preguntándome en qué se fundaba, y si el hijo era ciertamente el culpable.

Llevaba cosa de diez días en la residencia cuando se levantó un viento alto y áspero, cargado de nubes de polvo. Venía de las tierras bajas palúdicas y por encima de varias sierras nevadas. Los nervios de quienes lo padecían se tensaban y crispaban; los ojos escocían con el polvo; las piernas dolían bajo el peso del propio cuerpo; y el roce de una mano con otra se volvía odioso. El viento, además, bajaba por las quebradas de las colinas y azotaba la casa con un zumbido hueco y un silbido que fatigaba el oído y deprimía tristemente el ánimo. No soplaba tanto a ráfagas como con el barrido constante de una catarata, de modo que no había tregua en la incomodidad mientras duraba. Pero más arriba, en la montaña, era sin duda de fuerza más variable, con arrebatos de furia; pues llegaban a veces desde lejos unos gemidos infinitamente penosos de oír; y a veces, en uno de los altos rellanos o terrazas, se alzaba, y luego se disipaba, una columna de polvo, como el humo de una explosión.

No bien desperté en mi cama, fui consciente de la tensión nerviosa y del abatimiento que traía aquel tiempo, y el efecto se acrecentó a medida que avanzaba el día. En vano me resistí; en vano salí a dar mi acostumbrado paseo matutino: la furia irracional e inmutable de la tormenta pronto quebrantó mis fuerzas y destempló mi humor; y regresé a la residencia, abrasado de calor seco, sucio y áspero de polvo. El patio tenía un aspecto desolado; de cuando en cuando un destello de sol lo recorría fugazmente; de cuando en cuando el viento se abatía sobre los granados, dispersaba las flores y hacía golpear los postigos contra la pared. En el rincón, la señora iba y venía con el rostro encendido y los ojos brillantes; me pareció, además, que hablaba consigo misma, como quien está airado. Pero cuando la saludé con mi cortesía acostumbrada, no respondió sino con un gesto brusco, y siguió con su paseo. El tiempo había alterado incluso a aquella criatura impasible; y al subir la escalera me avergoncé algo menos de mi propio desasosiego.

El viento siguió soplando todo el día; y yo permanecía en mi habitación fingiendo leer, o iba y venía de un lado a otro, escuchando el alboroto sobre mi cabeza. Cayó la noche, y no tenía ni siquiera una vela. Empecé a añorar alguna compañía, y bajé sigilosamente al patio. Estaba ya sumido en el azul de la primera oscuridad; pero el rincón estaba iluminado de rojo por el fuego. La leña se había amontonado alta, y la coronaba un penacho de llamas que la corriente de la chimenea agitaba de un lado a otro. En aquella claridad intensa y trémula, la señora seguía yendo de pared a pared con ademanes descoyuntados, juntando las manos, extendiendo los brazos, echando la cabeza atrás como en súplica al cielo. En aquellos movimientos desordenados se advertía más claramente la belleza y la gracia de la mujer; pero había en su mirada una luz que me produjo una impresión desagradable; y tras contemplarla un rato en silencio, y al parecer sin ser visto, di media vuelta, como había venido, y volví a tientas a mi propia habitación.

Cuando Felipe me trajo la cena y las luces, mis nervios estaban del todo deshechos; y de haber sido el muchacho como yo solía verlo, lo habría retenido (incluso por la fuerza, de haber sido

necesario) para aliviar el filo de mi enojosa soledad. Pero en Felipe, también, el viento había ejercido su influjo. Había estado afiebrado todo el día; y ahora que había caído la noche, se hallaba sumido en un humor abatido y tembloroso que repercutía en el mío. La vista de su rostro asustado, sus sobresaltos y palideces y sus repentinos aguzar el oído, me desasosegaron; y cuando dejó caer y rompió un plato, salté literalmente de mi asiento.

—Creo que hoy estamos todos locos —dije, fingiendo reír.

—Es el viento negro —respondió él con tono lúgubre—. Se siente uno como si tuviera que hacer algo, sin saber qué es.

Advertí lo acertado de la descripción; pues, en efecto, Felipe tenía a veces una extraña felicidad para traducir en palabras las sensaciones del cuerpo. —Y tu madre, también —dije—; parece sentir mucho este tiempo. ¿No temes que pueda estar indispuesta?

Él me miró un instante, y luego dijo «No», casi con desafío; y al momento siguiente, llevándose la mano a la frente, se lamentó a voces del viento y del ruido, que le hacían dar vueltas la cabeza como una rueda de molino. —¿Quién puede estar bien? —exclamó —; y, en verdad, yo no pude sino hacerme eco de su pregunta, pues bastante alterado estaba yo mismo.

Me acosté temprano, fatigado por la inquietud de todo el día; pero la naturaleza venenosa del viento, y su estruendo impío e ininterrumpido, no me dejaban dormir. Permanecí allí dando vueltas, con los nervios y los sentidos en tensión. A ratos dormitaba, soñaba cosas horribles, y volvía a despertar; y aquellos retazos de olvido me confundían en cuanto al tiempo transcurrido. Pero debía de ser ya muy entrada la noche cuando me sobresaltó de pronto un estallido de gritos lastimeros y odiosos. Salté de la cama, pensando que había soñado; pero los gritos seguían llenando la casa, gritos de dolor, me pareció, pero también sin duda de rabia, y tan salvajes y discordantes que sobrecogían el corazón. No era ninguna ilusión: algún ser vivo, algún loco o algún animal salvaje, estaba siendo torturado abominablemente. El pensamiento de Felipe y la ardilla me

cruzó la mente, y corrí hacia la puerta, pero la habían cerrado con llave desde fuera; y por más que la sacudiera, era yo un preso seguro. Los gritos continuaban. Unas veces menguaban hasta convertirse en un gemido que parecía articulado, y en esos momentos me convencía de que debían de ser humanos; y otras veces estallaban de nuevo y llenaban la casa de desvaríos dignos del infierno. Permanecí junto a la puerta escuchándolos, hasta que por fin se apagaron. Mucho después, seguí allí, remoloneando, y seguí oyéndolos mezclarse en mi imaginación con el bramido del viento; y cuando por fin me arrastré hasta mi cama, fue con una enfermiza angustia y una negrura de horror en el corazón.

No es de extrañar que no volviera a dormir. ¿Por qué me habían encerrado? ¿Qué había ocurrido? ¿Quién era el autor de aquellos gritos indescriptibles y espantosos? ¿Un ser humano? Era inconcebible. ¿Una bestia? Los gritos apenas parecían del todo bestiales; ¿y qué animal, salvo un león o un tigre, podría así sacudir los sólidos muros de la residencia? Y mientras le daba vueltas a los elementos del misterio, se me ocurrió que aún no había puesto los ojos en la hija de la casa. ¿Qué más probable que la hija de la señora, y hermana de Felipe, estuviese ella misma loca? ¿O qué más verosímil que aquellas gentes ignorantes y medio simples buscaran manejar por la violencia a una parienta afligida? He aquí una solución; y sin embargo, cuando traía a la memoria los gritos (cosa que nunca hacía sin un escalofrío) me parecía del todo insuficiente: ni siquiera la crueldad podría arrancar tales gritos a la locura. Pero de una cosa estaba seguro: no podía vivir en una casa donde tal cosa fuera medio concebible sin llegar al fondo del asunto y, de ser necesario, intervenir.

Llegó el día siguiente, el viento se había agotado del todo, y no quedaba nada que me recordara los sucesos de la noche. Felipe vino a mi lecho con evidente alegría; al atravesar el patio, la señora se calentaba al sol con su acostumbrada inmovilidad; y cuando salí por el portón, encontré todo el rostro de la naturaleza sonriendo con austeridad, los cielos de un azul frío y sembrados de grandes islas de nubes, y las laderas de la montaña repartidas en provincias de luz y

sombra. Un breve paseo me devolvió a mí mismo, y renovó en mí la resolución de sondear aquel misterio; y cuando, desde mi atalaya en la loma, vi a Felipe salir hacia sus labores en el huerto, regresé de inmediato a la residencia para poner en práctica mi plan. La señora parecía sumida en el sueño; me detuve un rato a observarla, pero no se movió; aunque mi propósito fuese indiscreto, poco tenía que temer de semejante guardiana; y, apartándome, subí a la galería y comencé mi exploración de la casa.

Toda la mañana anduve de una puerta a otra, y entré en estancias amplias y desvaídas, unas toscamente cerradas con postigos, otras recibiendo toda la carga de la luz del día, todas vacías e inhóspitas. Era una casa rica, sobre la cual el Tiempo había soplado su deslustre y el polvo había esparcido el desengaño. Allí se mecía la araña; la tarántula hinchada correteaba por las cornisas; las hormigas tenían sus concurridas calzadas por el suelo de las salas de audiencia; la mosca grande e inmunda, que vive de la carroña y suele ser mensajera de la muerte, había hecho su nido en la maderamen podrida, y zumbaba pesadamente por las habitaciones. Aquí y allá quedaban un par de taburetes, un canapé, una cama o un gran sillón labrado, como islotes en los suelos desnudos, testigos de una antigua habitación humana; y por todas partes los muros estaban cubiertos de retratos de los muertos. Podía juzgar, por aquellos efigies en decadencia, en la casa de qué raza tan grande y tan hermosa andaba yo vagando. Muchos de los hombres lucían órdenes sobre el pecho y tenían el porte de nobles cargos; las mujeres iban todas ricamente ataviadas; los lienzos, en su mayoría, de manos famosas. Pero no eran tanto aquellas pruebas de grandeza las que se apoderaban de mi ánimo, contrastadas como estaban con la actual despoblación y ruina de aquella gran casa. Era más bien la parábola de la vida familiar lo que yo leía en aquella sucesión de rostros hermosos y cuerpos bien formados. Nunca antes había advertido tan plenamente el milagro de la raza que se perpetúa, la creación y recreación, el tejer y el cambiar y el transmitir de los elementos carnales. Que un niño nazca de su madre, que crezca y se revista (no sabemos cómo) de humanidad, y adopte rasgos

heredados, y vuelva la cabeza con el ademán de un ascendiente, y tienda la mano con el gesto de otro, son maravillas embotadas para nosotros por la repetición. Pero en la singular unidad de semblante, en los rasgos comunes y el porte común de todas aquellas generaciones pintadas en los muros de la residencia, el milagro saltaba y me miraba a la cara. Y al toparme oportunamente con un antiguo espejo, me detuve y leí mis propias facciones largo rato, rastreando a un lado y a otro los hilos de la descendencia y los vínculos que me unían a mi familia.

Por fin, en el curso de estas averiguaciones, abrí la puerta de una estancia que llevaba las señales de estar habitada. Era de amplias proporciones y daba al norte, donde las montañas se recortaban más agrestes. Las brasas de un fuego humeaban mortecinas en el hogar, junto al cual se había arrimado una silla. Y sin embargo, el aspecto de la estancia era ascético hasta rayar en la severidad; la silla carecía de cojín; el suelo y las paredes estaban desnudos; y, aparte de los libros que yacían aquí y allá en cierto desorden, no había en ella instrumento alguno ni de trabajo ni de placer. La vista de libros en la casa de una familia semejante me asombró en extremo; y me puse, con gran premura y con temor momentáneo de ser interrumpido, a pasar de uno a otro examinando apresuradamente su carácter. Eran de toda clase, devotos, históricos y científicos, pero en su mayoría de gran antigüedad y en lengua latina. Algunos, pude ver, llevaban las señales de un estudio constante; otros habían sido rasgados y arrojados a un lado, como con enfado o desaprobación. Por último, mientras recorría aquella estancia vacía, avisté unos papeles escritos a lápiz sobre una mesa junto a la ventana. Una curiosidad irreflexiva me llevó a coger uno. Contenía unos versos, de métrica muy tosca en el español original, que acaso pueda verter así:

El placer se acercó con dolor y vergüenza, la pena vino con una corona de lirios. El placer mostró el sol hermoso: ¡Jesús querido, qué dulce brillaba! La pena, con su mano enjuta, señalaba: ¡Jesús querido, hacia ti!

Al punto me invadieron la vergüenza y la turbación; y, dejando el papel, emprendí una retirada inmediata de la estancia. Ni Felipe ni su madre habrían podido leer aquellos libros ni escribir aquellos versos toscos pero sentidos. Era evidente que había irrumpido con pie sacrílego en la habitación de la hija de la casa. Bien sabe Dios que mi propio corazón me castigó con dureza por mi indiscreción. El pensamiento de haberme adentrado así, a escondidas, en la intimidad de una muchacha tan extrañamente situada, y el temor de que ella pudiera de algún modo llegar a saberlo, me oprimían como una culpa. Me reproché, además, mis sospechas de la noche anterior; me extrañé de haber podido atribuir aquellos gritos espantosos a quien ahora imaginaba como una santa, de aspecto espectral, consumida por la mortificación, entregada a las prácticas de una devoción mecánica, y habitando en un gran aislamiento de alma entre parientes tan incongruentes con ella; y mientras me apoyaba en la balaustrada de la galería y miraba abajo, hacia el luminoso cercado de los granados y hacia la mujer alegremente vestida y soñolienta, que justo entonces se desperezaba y se lamía delicadamente los labios como en la más pura sensualidad de la pereza, mi mente comparaba con rapidez aquella escena con la fría estancia que miraba al norte, hacia las montañas, donde habitaba la hija.

Aquella misma tarde, mientras estaba sentado en mi loma, vi al padre entrar por las puertas de la residencia. La revelación del carácter de la hija había calado hondo en mi imaginación, y casi había borrado los horrores de la noche anterior; pero al ver a aquel digno varón, el recuerdo revivió. Bajé, pues, de la loma, y dando un rodeo por el bosque, me aposté junto al camino para aguardar su paso. En cuanto apareció, salí a su encuentro y me presenté como el huésped de la residencia. Tenía un semblante muy fuerte y honrado, en el que era fácil leer los sentimientos encontrados con que me miraba, como a un extranjero, un hereje, y sin embargo también como a quien había sido herido por la buena causa. De la familia de la residencia habló con reserva, y sin embargo con respeto. Mencione que aún no había visto a la hija, a lo que él respondió que

así debía ser, y me miró de reojo. Por último, cobré ánimo para referirme a los gritos que me habían perturbado por la noche. Me escuchó en silencio, y luego se detuvo y se volvió a medias, como para dejar bien claro que me estaba despidiendo.

—¿Toma usted rapé? —dijo, ofreciéndome su tabaquera; y luego, al rehusar yo—: Soy un hombre viejo —añadió—, y quizá se me permita recordarle que es usted un huésped.

—Tengo entonces su autorización —repuse, con bastante firmeza, aunque me ruboricé ante el reproche implícito—, para dejar que las cosas sigan su curso, y no intervenir.

Él dijo que sí, y con un saludo algo incómodo se dio media vuelta y me dejó donde estaba. Pero había hecho dos cosas: había tranquilizado mi conciencia, y había despertado mi delicadeza. Hice un gran esfuerzo, aparté una vez más los recuerdos de la noche, y volví a sumirme en cavilaciones sobre mi santa poetisa. Al mismo tiempo, no podía olvidar del todo que me habían encerrado con llave, y aquella noche, cuando Felipe me trajo la cena, lo atacué con cautela sobre ambos puntos que me interesaban.

—Nunca veo a tu hermana —dije como al descuido.

—Ah, no —dijo él—; es una muchacha muy buena, muy buena —y al instante su mente voló hacia otra cosa.

—Tu hermana es piadosa, supongo —pregunté en la siguiente pausa.

—¡Oh! —exclamó, juntando las manos con extremado fervor—, una santa: es ella quien me sostiene.

—Es usted muy afortunado —dije—, pues me temo que la mayoría de nosotros, y yo entre ellos, somos mejores para bajar.

—Señor —dijo Felipe con seriedad—, yo no diría eso. No debería usted tentar a su ángel. Si uno baja, ¿dónde ha de detenerse?

—Vaya, Felipe —dije—, no sospechaba que fueras predicador, y bueno, además, si se me permite decirlo; pero supongo que eso

será cosa de tu hermana, ¿no es así?

Me hizo un gesto de asentimiento, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Bueno, entonces —proseguí—, sin duda te habrá reprendido por tu pecado de crueldad, ¿no es así?

—¡Doce veces! —exclamó, pues esa era la frase con que aquella extraña criatura expresaba la idea de frecuencia—. Y le dije que usted también lo había hecho, eso lo recordaba —añadió con orgullo—, y ella se alegró.

—Entonces, Felipe —dije—, ¿qué eran esos gritos que oí anoche? Porque sin duda eran gritos de alguna criatura que sufría.

—El viento —respondió Felipe, mirando el fuego.

Le tomé la mano entre las mías, y él, creyendo que era una caricia, sonrió con un brillo de placer que estuvo a punto de desarmar mi resolución. Pero sofoqué aquella debilidad. —El viento —repetí—; y sin embargo, creo que fue esta mano —dije, alzándola— la que me encerró la primera vez. El muchacho se estremeció visiblemente, pero no respondió palabra. —Bien —dije—, soy un extraño y un huésped. No me corresponde a mí ni entrometerme ni juzgar en tus asuntos; en ellos seguirás el consejo de tu hermana, que no dudo ha de ser excelente. Pero en lo que a mí respecta, no seré prisionero de nadie, y exijo esa llave. Media hora después, mi puerta se abrió de pronto, de par en par, y la llave cayó al suelo con un tintineo.

Un día o dos después, regresé de un paseo un poco antes del mediodía. La señora yacía envuelta en el sueño en el umbral del rincón; las palomas dormitaban bajo los aleros como montones de nieve; la casa se hallaba bajo un hondo hechizo de quietud meridiana; y solo un viento errante y suave que bajaba de la montaña se deslizaba en torno a las galerías, susurraba entre los granados y agitaba con dulzura las sombras. Algo en aquella quietud me impulsó a imitarla, y crucé el patio con gran ligereza y subí la escalera de mármol. Tenía el pie en el último peldaño cuando se

abrió una puerta y me encontré cara a cara con Olalla. La sorpresa me dejó inmóvil; su hermosura me traspasó el corazón; ella resplandecía en la honda sombra de la galería como una gema de color; sus ojos se prendieron de los míos y allí quedaron, y nos unieron como la unión de dos manos; y los instantes en que así permanecimos, rostro a rostro, bebiéndonos el uno al otro, fueron sacramentales, la boda de dos almas. No sé cuánto tiempo pasó antes de que despertara de aquel hondo trance y, tras una apresurada reverencia, siguiera mi camino hacia el piso de arriba. Ella no se movió, sino que me siguió con sus grandes ojos sedientos; y cuando desaparecí de su vista me pareció que palidecía y se marchitaba.

En mi propia habitación, abrí la ventana y miré afuera, y no acertaba a explicarme qué cambio había obrado en aquel austero campo de montañas para que así cantara y resplandeciera bajo el alto cielo. La había visto: ¡Olalla! Y los riscos de piedra respondían: ¡Olalla! Y el azul mudo e insondable respondía: ¡Olalla! La pálida santa de mis sueños se había desvanecido para siempre; y en su lugar contemplaba yo a esta doncella sobre la cual Dios había derramado los colores más ricos y las energías más exuberantes de la vida, a quien había hecho ágil como un ciervo, esbelta como un junco, y en cuyos grandes ojos había encendido las antorchas del alma. El estremecimiento de su vida joven, tensa como la de un animal salvaje, había penetrado en mí; la fuerza del alma que había asomado en sus ojos y conquistado la mía se ceñía a mi corazón y brotaba en canto a mis labios. Ella corría por mis venas: era una conmigo.

No diré que aquel entusiasmo decayera; antes bien, mi alma se mantuvo firme en su éxtasis como en un fuerte castillo, y allí se vio asediada por consideraciones frías y pesarasas. No podía dudar de que la había amado a primera vista, y ya con un ardor trémulo que era extraño a mi experiencia. ¿Qué había, entonces, de seguir? Ella era hija de una casa afligida, la hija de la señora, la hermana de Felipe; lo llevaba consigo incluso en su belleza. Tenía la ligereza y la rapidez de este, veloz como una flecha, leve como el rocío; y como

aquella, resplandecía sobre el pálido fondo del mundo con el brillo de las flores. Yo no podía dar el nombre de hermano a aquel muchacho medio idiota, ni el nombre de madre a aquella cosa de carne inmóvil y hermosa, cuyos ojos necios y perpetua sonrisa boba se me representaban ahora como algo odioso. Y si no podía casarme, ¿qué, entonces? Ella estaba desamparada e indefensa; sus ojos, en aquella única y larga mirada que había sido todo nuestro trato, habían confesado una debilidad igual a la mía; pero en mi corazón yo la sabía la estudiante de la fría cámara del norte, y la autora de los versos dolientes; y ese conocimiento bastaba para desarmar a un bruto. Huir era más de lo que podía hallar valor para hacer; pero me impuse el voto de una circunspección jamás dormida.

Al volverme de la ventana, mis ojos se posaron en el retrato. Había caído muerto, como una vela después del amanecer; me seguía con ojos de pintura. Sabía que se le parecía, y me maravillé de la tenacidad del tipo en aquella raza decadente; pero el parecido quedaba anegado en la diferencia. Recordé cómo me había parecido antes una cosa inaccesible en vida, una criatura más del oficio del pintor que de la modestia de la naturaleza, y me maravillé de aquel pensamiento, y me regocijé en la imagen de Olalla. Belleza había visto antes, sin quedar cautivado por ella, y a menudo me había sentido atraído por mujeres que no eran hermosas sino para mí; pero en Olalla se unía todo cuanto yo había deseado y no me había atrevido a imaginar.

No la vi al día siguiente, y el corazón me dolía y mis ojos la anhelaban, como los hombres anhelan la mañana. Pero al otro día, cuando regresé a mi hora acostumbrada, ella estaba de nuevo en la galería, y nuestras miradas volvieron a encontrarse y a abrazarse. Yo habría querido hablarle, habría querido acercarme a ella; pero, por fuertemente que tirara de mi corazón, atrayéndome como un imán, algo aún más imperioso me retenía; y solo pude inclinarme y pasar de largo; y ella, dejando mi saludo sin respuesta, se limitó a seguirme con sus ojos nobles.

Ya tenía su imagen grabada de memoria, y al repasar sus rasgos en el recuerdo me parecía como si leyera su corazón mismo. Vestía con algo de la coquetería de su madre, y de su amor por el color vivo. Su vestido, que sin duda se había hecho con sus propias manos, se ceñía a ella con hábil gracia. Según la moda de aquel país, además, su corpiño se abría por el centro en una larga hendidura, y allí, pese a la pobreza de la casa, una moneda de oro, colgada de una cinta, reposaba sobre su pecho moreno. Estas eran pruebas, si alguna hiciera falta, de su innato deleite en la vida y en su propia hermosura. Por otra parte, en sus ojos, que pendían de los míos, podía leer profundidad tras profundidad de pasión y de tristeza, luces de poesía y de esperanza, negruras de desesperación, y pensamientos que estaban por encima de la tierra. Era un cuerpo hermoso, pero la inquilina, el alma, era más que digna de aquel aposento. ¿Había de dejar que esta flor incomparable se marchitara sin ser vista en estas ásperas montañas? ¿Había de menospreciar el gran don que se me ofrecía en el elocuente silencio de sus ojos? He aquí un alma emparedada; ¿no debía yo forzar su prisión? Todas las consideraciones accesorias se desprendieron de mí; aunque fuera hija de Herodes, juré que la haría mía; y aquella misma tarde me dispuse, con un sentimiento mezclado de traición y de vergüenza, a ganarme al hermano. Quizá lo juzgaba con ojos más favorables, quizá el pensamiento de su hermana despertaba siempre las mejores cualidades de aquella alma imperfecta; pero nunca me había parecido tan amable, y su mismo parecido con Olalla, aunque me irritaba, también me ablandaba.

Un tercer día pasó en vano: un desierto vacío de horas. No quise perder ninguna ocasión, y me demoré toda la tarde en el patio, donde, para disimular, hablé más de lo habitual con la señora. Bien sabe Dios que era con el más tierno y sincero interés que ahora la estudiaba; y, lo mismo que con Felipe, también con la madre era consciente de una creciente y cálida indulgencia. Y sin embargo, me maravillaba. Incluso mientras hablaba con ella, se adormecía en un breve sueño, y al poco despertaba de nuevo sin turbación alguna; y aquella compostura me dejaba atónito. Y de nuevo, al notar cómo

hacía cambios infinitesimales en su postura, saboreando y demorándose en el placer corporal del movimiento, me veía impulsado a maravillarme de aquella hondura de sensualidad pasiva. Vivía en su cuerpo; y su conciencia estaba toda hundida y diseminada por sus miembros, donde moraba con voluptuosidad. Por último, no lograba acostumbrarme a sus ojos. Cada vez que volvía hacia mí aquellos grandes globos hermosos y vacíos de sentido, abiertos de par en par a la luz del día, pero cerrados a la indagación humana; cada vez que tenía ocasión de observar los vivos cambios de sus pupilas, que se dilataban y contraían en un suspiro; no sé qué era lo que se apoderaba de mí, no hallo nombre para el sentimiento mezclado de decepción, enojo y desagrado que me crispaba los nervios. La puse a prueba con varios temas, igualmente en vano; y al fin llevé la conversación hacia su hija. Pero también en esto se mostró indiferente; dijo que era bonita, que, como ocurre con los niños, era su máximo elogio, pero era evidente que era incapaz de un pensamiento más elevado; y cuando observé que Olalla parecía callada, se limitó a bostezarme en la cara y a responder que hablar de poco servía cuando no se tenía nada que decir. —La gente habla mucho, muchísimo —añadió, mirándome con las pupilas dilatadas; y luego volvió a bostezar y a mostrarme una boca tan delicada como un juguete. Esta vez capté la indirecta y, dejándola a su reposo, subí a mi propia cámara a sentarme junto a la ventana abierta, mirando las colinas sin verlas, hundido en sueños lustrosos y profundos, y escuchando en la imaginación el tono de una voz que jamás había oído.

Desperté a la quinta mañana con una claridad de expectación que parecía desafiar al destino. Estaba seguro de mí mismo, ligero de corazón y de pie, y resuelto a someter sin más demora mi amor a la prueba del conocimiento. No debía seguir por más tiempo bajo los lazos del silencio, cosa muda que vivía solo por la vista, como el amor de las bestias; sino que ahora debía revestirse de espíritu, y entrar en los goces de la completa intimidad humana. Lo pensaba con esperanzas desatinadas, como un viajero rumbo a El Dorado; hacia aquel país desconocido y hermoso que era su alma, ya no

temblaba yo al aventurarme. Y sin embargo, cuando en efecto la encontré, la misma fuerza de la pasión descendió sobre mí y al instante sumergió mi mente; el habla parecía escapárseme como un hábito de niño; y no hacía sino acercarme a ella como el hombre presa de vértigo se acerca al borde de un abismo. Ella se apartó un poco de mí a medida que me acercaba; pero sus ojos permanecían fijos en los míos sin vacilar, y esto me atraía hacia delante. Al fin, cuando ya estaba a su alcance, me detuve. Las palabras me fueron negadas; si avanzaba, no podría sino estrecharla contra mi corazón en silencio; y todo lo que había de cuerdo en mí, todo lo que aún permanecía invicto, se rebelaba ante la idea de semejante acometida. Así permanecemos un instante, con toda nuestra vida en los ojos, cruzando descargas de atracción y, sin embargo, resistiendo cada cual; y luego, con un gran esfuerzo de voluntad, y consciente al mismo tiempo de una súbita amargura de decepción, me volví y me alejé en el mismo silencio.

¿Qué poder pesaba sobre mí que no podía hablar? Y ella, ¿por qué también callaba? ¿Por qué se retiraba ante mí, muda, con los ojos fascinados? ¿Era esto amor? ¿O era una mera atracción bruta, ciega e inevitable, como la del imán por el acero? Nunca habíamos hablado, éramos del todo desconocidos; y sin embargo, una influencia, fuerte como el puño de un gigante, nos empujaba en silencio el uno hacia el otro. Por mi parte, me llenaba de impaciencia; y sin embargo estaba seguro de que ella era digna; había visto sus libros, leído sus versos, y así, en cierto sentido, había adivinado el alma de mi amada. Pero por su parte, me dejaba casi helado. De mí, ella no sabía nada salvo mi favor corporal; se sentía atraída hacia mí como las piedras caen a la tierra; las leyes que rigen la tierra la conducían, sin su consentimiento, a mis brazos; y yo retrocedía ante la idea de tal desposorio, y empecé a sentir celos por mí mismo. No era así como yo deseaba ser amado. Y entonces empecé a caer en una gran compasión por la muchacha misma. Pensé cuán aguda debía de ser su mortificación, al ver que ella, la estudiosa, la reclusa, la santa mentora de Felipe, hubiese así confesado una debilidad desmedida por un hombre con quien jamás

había cruzado palabra. Y al llegar la compasión, todos los demás pensamientos quedaron sumergidos; y solo anhelaba hallarla, consolarla y darle ánimos; decirle cuán plenamente era correspondido su amor por mi parte, y cómo su elección, aunque hecha a ciegas, no era indigna.

Al día siguiente hacía un tiempo glorioso; profundidad tras profundidad de azul cubría las montañas como un dosel; el sol brillaba con amplitud; y el viento entre los árboles y los muchos torrentes que caían por las montañas llenaban el aire de una música delicada y obsesiva. Y sin embargo, yo estaba postrado de tristeza. Mi corazón lloraba por ver a Olalla, como un niño llora por su madre. Me senté sobre una peña al borde de los bajos acantilados que cerraban la meseta por el norte. Desde allí miraba hacia abajo, al valle boscoso de un arroyo adonde no llegaba pie humano. En el estado de ánimo en que me hallaba, resultaba incluso conmovedor contemplar aquel lugar deshabitado; le faltaba Olalla; y pensé en la delicia y la gloria de una vida pasada enteramente con ella en aquel aire vigoroso, y entre aquellos parajes ásperos y hermosos, al principio con un sentimiento quejumbroso, y luego de nuevo con una alegría tan ardiente que me parecía crecer en fuerza y en estatura, como un Sansón.

Y entonces, de pronto, advertí que Olalla se acercaba. Apareció de entre un bosquecillo de alcornoques y vino derecha hacia mí; y yo me puse en pie y esperé. Al andar parecía una criatura de tal vida, fuego y ligereza que me dejó atónito; y sin embargo venía despacio y en silencio. Su energía residía en la lentitud; pero, de no ser por una fuerza inimitable, sentí que habría corrido, que habría volado hacia mí. Aun así, según se acercaba, mantenía los ojos bajos, fijos en el suelo; y cuando ya estuvo del todo cerca, fue sin una sola mirada como se dirigió a mí. A la primera nota de su voz, me sobresalté. Era esto lo que había estado esperando; esta era la última prueba de mi amor. Y he aquí que su dicción era precisa y clara, no ceceante ni incompleta como la de su familia; y la voz, aunque más grave de lo habitual en las mujeres, era a la vez juvenil y femenina. Hablaba en un acorde rico; notas de contralto dorado se

mezclaban con ronquera, igual que los hilos rojos se mezclaban con los castaños entre sus trenzas. No era solo una voz que hablara directamente a mi corazón, sino que me hablaba de ella. Y sin embargo, sus palabras me sumieron de inmediato de nuevo en la desesperación.

—Se marchará usted —dijo—, hoy.

El ejemplo de ella rompió las ataduras de mi habla; me sentí como si me hubieran aliviado de un peso, o como si se hubiera disuelto un hechizo. No sé con qué palabras respondí; pero, de pie ante ella en los acantilados, derramé todo el ardor de mi amor, diciéndole que vivía del pensamiento de ella, que dormía solo para soñar con su hermosura, y que de buen grado renunciaría a mi patria, a mi lengua y a mis amigos, por vivir para siempre a su lado. Y luego, dominándome con firmeza, cambié de tono; la tranquilicé, la consolé; le dije que había adivinado en ella un espíritu piadoso y heroico, con el cual era yo digno de compadecerme, y que anhelaba compartir y aliviar. —La naturaleza —le dije— es la voz de Dios, a la que los hombres desobedecen a su propio riesgo; y si así, humildemente, nos vemos atraídos el uno hacia el otro, sí, como por un milagro de amor, ello ha de implicar una divina afinidad en nuestras almas; hemos de estar hechos —dije—, hechos el uno para el otro. Seríamos unos locos rebeldes —exclamé—, unos locos rebeldes contra Dios, si no obedeciéramos a este instinto.

Ella negó con la cabeza. —Hoy te irás —repitió, y luego, con un ademán y en un tono súbito y agudo, exclamó—: No, hoy no, ¡mañana!

Pero ante esta señal de flaqueza, la fuerza volvió a mí como una marea. Tendí los brazos y pronuncié su nombre, y ella se lanzó hacia mí y se aferró a mí. Las colinas se tambalearon a nuestro alrededor, la tierra tembló; una sacudida, como un golpe, me atravesó y me dejó ciego y aturdido. Y al instante siguiente me había rechazado, desasiéndose bruscamente de mis brazos, y había huido, veloz como una corza, entre los alcornoques.

Me quedé de pie y grité a las montañas; me volví y regresé hacia la residencia, danzando en el aire. Ella me alejaba de sí, y, sin embargo, me bastaba con pronunciar su nombre para que acudiera a mí. No eran sino las debilidades propias de las muchachas, de las que ni siquiera ella, la más extraña de su sexo, estaba exenta. ¿Marcharme? Yo no, Olalla... ¡oh, yo no, Olalla, Olalla mía! Un pájaro cantaba cerca; y en aquella estación las aves escaseaban. Me decía que tuviese buen ánimo. Y una vez más todo el semblante de la naturaleza, desde las montañas, pesadas e inmutables, hasta la hoja más leve y la mosca más pequeña que revoloteaba en la sombra de las arboledas, comenzó a agitarse ante mí, a revestirse de los rasgos de la vida y a mostrar un rostro de gozo terrible. El sol golpeaba las colinas, fuerte como un martillo sobre el yunque, y las colinas se estremecían; la tierra, bajo el vigor de aquel sol, exhalaba aromas embriagadores; los bosques humeaban bajo aquella llamarada. Sentí correr por la tierra el estremecimiento del parto y del deleite. Algo elemental, algo rudo, violento y salvaje en el amor que cantaba en mi corazón era como una llave para los secretos de la naturaleza; y hasta las mismas piedras que rodaban bajo mis pies parecían vivas y amigas. ¡Olalla! Su contacto me había avivado, renovado y templado hasta la antigua sintonía con la tierra escabrosa, hasta una dilatación del alma que los hombres aprenden a olvidar en sus cortesés reuniones. El amor ardía en mí como la ira; la ternura se tornaba fiera; la odié, la adoré, la compadecí, la veneré con éxtasis. Me parecía el vínculo que me ligaba, por un lado, a las cosas muertas, y, por otro, a nuestro Dios puro y compasivo: algo brutal y divino a un tiempo, emparentado a la vez con la inocencia y con las fuerzas desenfrenadas de la tierra.

Con la cabeza así trastornada, entré en el patio de la residencia, y la vista de la madre me golpeó como una revelación. Estaba allí sentada, toda pereza y contento, parpadeando bajo el sol fuerte, marcada por un goce pasivo, una criatura del todo aparte, ante la cual mi ardor se desvaneció como avergonzado de sí mismo. Me detuve un momento y, dominando el tono trémulo de mi voz cuanto pude, le dije unas palabras. Ella me miró con su insondable bondad;

su voz, al responder, sonó vagamente desde el reino de paz en que dormitaba, y por primera vez sentí en mi ánimo un asomo de respeto por un ser tan uniformemente inocente y feliz, y seguí mi camino, maravillado de mí mismo por hallarme tan perturbado.

Sobre mi mesa había un papel del mismo pliego amarillo que había visto en la habitación del norte; estaba escrito a lápiz con la misma letra, la letra de Olalla, y lo cogí con un súbito vuelco de alarma, y leí: «Si sientes alguna bondad por Olalla, si tienes alguna caballerosidad hacia una criatura duramente probada, vete de aquí hoy mismo; por piedad, por honor, por amor de Aquel que murió, te suplico que te vayas». Lo miré un rato con pura estupidez; luego empecé a despertar a un hastío y a un horror de la vida; la luz del sol se oscureció fuera, sobre las colinas desnudas, y comencé a temblar como un hombre aterrado. El vacío así abierto de pronto en mi vida me desarmó como un vacío físico. No era mi corazón, no era mi felicidad, era la vida misma lo que estaba en juego. No podía perderla. Lo dije, y me quedé repitiéndolo. Y entonces, como quien sueña, me acerqué a la ventana, tendí la mano para abrir la vidriera y la hundí a través del cristal. La sangre brotó de mi muñeca; y con una serenidad y un dominio de mí mismo instantáneos, apreté el pulgar sobre aquella pequeña fuente palpitante, y reflexioné sobre qué hacer. En aquella habitación vacía no había nada que me sirviera; sentí, además, que necesitaba ayuda. Cruzó por mi mente la esperanza de que la propia Olalla pudiera socorrerme, y me volví y bajé la escalera, sin dejar de apretarme el pulgar sobre la herida.

No estaba a la vista ni Olalla ni Felipe, y me dirigí al rincón hasta donde la señora se había retirado del todo y donde estaba sentada, dormitando junto al fuego, pues ningún grado de calor le parecía excesivo.

—Perdóneme —dije—, si la molesto, pero he de recurrir a usted en busca de ayuda.

Ella alzó la vista, adormilada, y me preguntó qué pasaba; y en el mismo instante en que yo pensaba las palabras para responder, la vi

aspirar el aire dilatando las narices, y pareció despertar de pronto a una vida plena.

—Me he cortado —dije—, y bastante mal. ¡Mire! —Y le tendí las dos manos, de las que la sangre manaba y goteaba.

Sus grandes ojos se abrieron de par en par, las pupilas se contrajeron hasta ser puntos; un velo pareció caer de su rostro, dejándolo intensamente expresivo y, sin embargo, inescrutable. Y mientras yo seguía allí, algo maravillado ante su turbación, ella se acercó rápidamente a mí, se inclinó y me asió la mano; y al instante siguiente tenía mi mano en la boca, y me había mordido hasta el hueso. La punzada del mordisco, el súbito manar de la sangre y el horror monstruoso del acto me atravesaron todos a un tiempo, y la rechacé de un golpe; y ella se lanzó sobre mí una y otra vez, con gritos bestiales, gritos que reconocí, los mismos gritos que me habían despertado la noche del vendaval. Su fuerza era como la de la locura; la mía menguaba deprisa con la pérdida de sangre; mi mente, además, giraba vertiginosa ante la aborrecible extrañeza del asalto, y ya me veía acorralado contra la pared, cuando Olalla se interpuso entre nosotros, y Felipe, siguiéndola de un salto, sujetó a su madre contra el suelo.

Una debilidad como de trance cayó sobre mí; veía, oía y sentía, pero era incapaz de moverme. Oí la lucha rodar de un lado a otro por el suelo, los alaridos de aquella gata montesa resonando hasta el cielo mientras se esforzaba por alcanzarme. Sentí a Olalla estrecharme entre sus brazos, el cabello cayéndole sobre mi cara, y, con la fuerza de un hombre, alzarme y, medio a rastras, medio en volandas, subirme hasta mi propia habitación, donde me dejó caer sobre la cama. Luego la vi correr a la puerta y echar la llave, y quedarse un instante escuchando los gritos salvajes que sacudían la residencia. Y entonces, veloz y leve como un pensamiento, estaba de nuevo a mi lado, vendándome la mano, apretándola contra su pecho, gimiendo y lamentándose sobre ella con sonidos de paloma. No eran palabras las que le brotaban, eran sonidos más hermosos que el habla, infinitamente conmovedores, infinitamente tiernos; y,

sin embargo, mientras yo yacía allí, un pensamiento se me clavó en el corazón, un pensamiento me hirió como una espada, un pensamiento, como un gusano en una flor, profanó la santidad de mi amor. Sí, eran sonidos hermosos, y los inspiraba la ternura humana; pero ¿era humana su belleza?

Todo el día permanecí allí tendido. Durante largo tiempo los gritos de aquella cosa femenina sin nombre, mientras forcejeaba con su cachorro medio idiota, resonaron por toda la casa, y me traspasaron de desesperada aflicción y asco. Eran el grito de muerte de mi amor; mi amor había sido asesinado; no solo estaba muerto, sino que era una ofensa para mí; y, sin embargo, por más que lo pensara, por más que lo sintiera, seguía hinchándose dentro de mí como una tormenta de dulzura, y mi corazón se derretía ante sus miradas y su contacto. Aquel horror que había brotado, aquella duda sobre Olalla, aquella veta salvaje y bestial que corría no solo por toda la conducta de su familia, sino que hallaba lugar en los mismos cimientos y en la historia misma de nuestro amor, aunque me espantaba, aunque me estremecía y me repugnaba, no tenía, sin embargo, poder para romper el nudo de mi enamoramiento.

Cuando cesaron los gritos, se oyó un arañar en la puerta, por el cual supe que Felipe estaba fuera; y Olalla fue y le habló, no sé qué. Salvo por esto, permaneció junto a mí, ora arrodillada al pie de mi cama y rezando con fervor, ora sentada con los ojos fijos en los míos. Así, durante aquellas seis horas, bebí su belleza, y leí en silencio la historia escrita en su rostro. Vi la moneda de oro palpar sobre su pecho al respirar; vi sus ojos oscurecerse y aclararse, sin hablar otro lenguaje que el de una bondad insondable; vi el rostro sin tacha, y, a través de la ropa, las líneas del cuerpo sin tacha. Llegó por fin la noche, y en la creciente oscuridad de la alcoba, su figura se fue desvaneciendo poco a poco; pero aun entonces el roce de su mano suave se demoraba en la mía y me hablaba. Yacer así, en mortal flaqueza, y beber los rasgos de la amada, es despertar de nuevo al amor desde cualquier golpe de desilusión. Razoné conmigo mismo, y cerré los ojos a los horrores, y de nuevo tuve el atrevimiento de aceptar lo peor. ¿Qué importaba que aquel

sentimiento imperioso sobreviviera; que sus ojos siguieran llamándome y prendiéndome; que ahora, lo mismo que antes, cada fibra de mi torpe cuerpo anhelara y se volviera hacia ella? Ya entrada la noche renació en mí algo de fuerza, y hablé:

—Olalla —dije—, nada importa; no pido nada; estoy satisfecho; te amo.

Ella se arrodilló un rato y rezó, y yo respeté devotamente sus oraciones. La luna había comenzado a brillar por un lado de cada una de las tres ventanas, y a formar en la habitación una claridad brumosa por la que la veía indistintamente. Cuando volvió a levantarse, se santiguó.

—A mí me toca hablar —dijo—, y a ti escuchar. Yo sé; tú solo puedes conjeturar. Recé, cuánto recé para que dejaras este lugar. Te lo supliqué, y sé que me habrías concedido incluso esto; o, si no, ideja que al menos lo piense así!

—Te amo —dije.

—Y, sin embargo, tú has vivido en el mundo —dijo, tras una pausa—; eres un hombre y sabio, y yo no soy más que una niña. Perdóname si parezco querer enseñar, yo que soy tan ignorante como los árboles del monte; pero los que aprenden mucho no hacen sino rozar la superficie del saber: se apoderan de las leyes, conciben la dignidad del designio, y el horror del hecho vivido se les borra de la memoria. Somos nosotros, los que convivimos en casa con el mal, quienes recordamos, creo, y quienes estamos advertidos y sentimos piedad. Vete, más bien, vete ahora, y guárdame en tu memoria. Así tendré una vida en los rincones queridos de tu recuerdo: una vida tan mía como la que llevo en este cuerpo.

—Te amo —dije una vez más; y, tendiendo mi mano débil, tomé la suya, y la llevé a mis labios, y la besé. Ella no se resistió, aunque se estremeció un poco; y pude ver que me miraba con un ceño que no era hostil, solo triste y desconcertado. Y entonces pareció hacer un esfuerzo de voluntad; tiró de mi mano hacia sí, inclinándose ella misma algo hacia delante, y la posó sobre el latido de su corazón. —

Ahí tienes —exclamó—, sientes el mismo paso de mi vida. Solo late por ti; es tuyo. Pero ¿es siquiera mío? Es mío, en verdad, para ofrecértelo, como podría tomar la moneda de mi cuello, como podría arrancar una rama viva de un árbol, y dártela. ¡Y, sin embargo, no es mío! Habito, o creo habitar (si es que existo), en algún lugar aparte, prisionera impotente, llevada de un lado a otro y ensordecida por una muchedumbre que reniego. Esta cápsula, como la que palpita en los costados de los animales, te reconoce al primer contacto como a su amo; sí, ¡te ama! Pero mi alma, ¿te ama mi alma? Creo que no; no lo sé, y temo preguntarlo. Y sin embargo, cuando me hablaste, tus palabras eran del alma; es al alma a quien preguntas; es solo del alma de donde querías tomarme.

—Olalla —dije—, el alma y el cuerpo son uno, y sobre todo en el amor. Lo que el cuerpo elige, el alma lo ama; donde el cuerpo se aferra, el alma se adhiere; cuerpo con cuerpo, alma con alma, se juntan a la señal de Dios; y la parte inferior (si es que podemos llamar baja a alguna) no es sino el escabel y el cimiento de lo más alto.

—¿Has visto —dijo— los retratos de la casa de mis padres? ¿Has mirado a mi madre o a Felipe? ¿Nunca se han posado tus ojos en ese cuadro que cuelga junto a tu cama? La que posó para él murió hace siglos; y obró el mal en su vida. Pero mira otra vez: ahí está mi mano hasta el menor rasgo, ahí están mis ojos y mi cabello. ¿Qué es, entonces, lo mío, y qué soy yo? ¿Hay, en este pobre cuerpo mío (que amas, y por cuya causa sueñas embelesado que me amas a mí), una sola curva, un solo ademán que pueda componer, un solo tono de mi voz, una sola mirada de mis ojos —no, ni siquiera ahora, cuando hablo a aquel a quien amo—, que no haya pertenecido ya a otras? Otras, muertas hace siglos, cortejaron a otros hombres con mis ojos; otros hombres oyeron el ruego de la misma voz que ahora suena en tus oídos. Las manos de los muertos están en mi seno; me mueven, me arrancan, me guían; soy un títere a sus órdenes; y no hago sino reinformar rasgos y atributos que llevan largo tiempo apartados del mal, en el sosiego de la tumba. ¿Es a mí a quien amas, amigo? ¿O a la raza que me hizo? ¿A la muchacha que no

conoce ni puede responder de la menor porción de sí misma? ¿O a la corriente de la que ella es un remolino pasajero, al árbol del que ella es el fruto fugaz? La raza existe; es vieja, es eternamente joven; lleva en su seno su destino eterno; sobre ella, como las olas sobre el mar, un individuo sucede a otro, burlado con una apariencia de dominio de sí, pero no son nada. Hablamos del alma, pero el alma está en la raza.

—Te resistes a la ley común —dije—. Te rebelas contra la voz de Dios, que Él ha hecho tan seductora para convencer, tan imperiosa para mandar. ¡Escúchala, y oye cómo habla entre nosotros! Tu mano se aferra a la mía, tu corazón salta a mi contacto, los elementos desconocidos de que estamos hechos despiertan y corren juntos a una mirada; el barro de la tierra recuerda su vida independiente y anhela unirse a nosotros; nos vemos atraídos el uno hacia el otro, como los astros giran en el espacio, o como suben y bajan las mareas, por cosas más viejas y más grandes que nosotros mismos.

—¡Ay! —dijo—. ¿Qué puedo decirte? Mis padres, hace ochocientos años, gobernaron toda esta provincia: eran sabios, grandes, astutos y crueles; eran una raza escogida entre los españoles; sus banderas iban al frente en la guerra; el rey los llamaba primos suyos; el pueblo, cuando se les tendía la horca, o cuando volvían y hallaban humeantes sus chozas, blasfemaba de su nombre. Pronto empezó un cambio. El hombre se ha elevado; si ha surgido de las bestias, también puede descender de nuevo a ese mismo nivel. El aliento del hastío sopló sobre su humanidad y las cuerdas se aflojaron; comenzaron a decaer; su mente cayó en el sueño, sus pasiones despertaban en ráfagas, embriagadoras e insensatas como el viento en las quebradas de las montañas; la belleza aún se transmitía, pero ya no el ingenio que la guiaba ni el corazón humano; la simiente pasaba de uno a otro, envuelta en carne, la carne cubría los huesos, pero eran los huesos y la carne de bestias, y su mente era como la mente de las moscas. Te hablo con la audacia que me atrevo; pero tú mismo has visto cómo la rueda ha ido hacia atrás con mi raza condenada. Me hallo, por así decirlo, sobre una pequeña altura en este descenso desesperado, y veo tanto lo de delante como lo de

detrás, tanto lo que hemos perdido como aquello a lo que estamos condenados a descender aún más. Y yo —que habito aparte, en la casa de los muertos, mi cuerpo, aborreciendo sus caminos— ¿he de repetir el sortilegio? ¿He de encadenar otro espíritu, tan reacio como el mío, a esta morada hechizada y quebrada por la tempestad en que ahora sufro? ¿He de transmitir este vaso maldito de la humanidad, cargarlo de vida nueva como de veneno nuevo, y arrojarlo, como un fuego, al rostro de la posteridad? Pero mi voto está dado; la raza ha de desaparecer de la faz de la tierra. A esta hora mi hermano se está preparando; pronto su pie estará en la escalera; y tú te irás con él y desaparecerás de mi vista para siempre. Piensa en mí, a veces, como en alguien a quien la lección de la vida le fue dicha muy duramente, pero que la escuchó con valor; como en alguien que te amó de veras, pero que se aborreció a sí misma tan hondamente que su amor le resultaba odioso; como en alguien que te alejó de sí y que, sin embargo, habría anhelado retenerte para siempre; que no tuvo esperanza más querida que olvidarte, ni temor mayor que ser olvidada.

Se había ido acercando a la puerta mientras hablaba, y su voz rica sonaba cada vez más suave y más lejana; y con la última palabra desapareció, y quedé solo en la estancia bañada de luna. Lo que habría podido hacer yo, de no haber estado atado por mi extrema debilidad, no lo sé; pero, tal como estaban las cosas, cayó sobre mí una desesperación grande y ciega. No tardó en asomar por la puerta el resplandor rojizo de una linterna, y Felipe, llegando, me cargó sin decir palabra sobre sus hombros y me llevó hasta la gran verja, donde esperaba el carro. A la luz de la luna las colinas se recortaban con nitidez, como si fueran de cartón; sobre la superficie brillante de la meseta, y entre los árboles bajos que se mecían juntos y centelleaban al viento, se alzaba, macizo, el gran cubo negro de la residencia, cuya masa solo quebraban tres ventanas débilmente iluminadas en la fachada norte, encima de la verja. Eran las ventanas de Olalla, y mientras el carro traqueteaba hacia adelante mantuve los ojos fijos en ellas hasta que, allí donde el camino se hundía en un valle, se perdieron para siempre de mi vista. Felipe

caminaba en silencio junto a las varas, pero de vez en cuando refrenaba la mula y parecía volverse a mirarme; y al fin se acercó bastante y posó su mano sobre mi cabeza. Había tanta bondad en aquel contacto, y una sencillez tan propia de los animales, que las lágrimas brotaron de mí como al reventar una arteria.

—Felipe —dije—, llévame a donde no me hagan preguntas.

No dijo ni una palabra, sino que hizo girar la mula en redondo, desanduvo parte del camino que habíamos recorrido y, tomando otro sendero, me condujo hasta el pueblo de la montaña, que era, como decimos en Escocia, la aldea de aquel distrito escasamente poblado. Guardo en la memoria algunos recuerdos deshilvanados: el alba rompiendo sobre la llanura, el carro deteniéndose, unos brazos que me ayudaban a bajar, una habitación desnuda a la que me llevaron, y un desvanecimiento que cayó sobre mí como el sueño.

Al día siguiente, y en los días que siguieron, el viejo cura estuvo a menudo a mi lado con su tabaquera y su libro de oraciones, y al cabo de un tiempo, cuando empecé a recobrar fuerzas, me dijo que iba ya por buen camino hacia la curación y que debía apresurar mi partida en cuanto me fuera posible; tras lo cual, sin dar ninguna razón, tomó una pulgarada de rapé y me miró de soslayo. No fingí ignorancia; sabía que debía de haber visto a Olalla. —Señor —dije—, sabe usted que no pregunto por mero capricho. ¿Qué hay de esa familia?

Dijo que eran muy desdichados; que parecía una raza en decadencia, y que eran muy pobres y habían sido muy desatendidos.

—Pero ella no lo está —dije—. Gracias, sin duda, a usted, está instruida y es sabia más allá de lo habitual en las mujeres.

—Sí —dijo—; la señorita está bien instruida. Pero la familia ha sido desatendida.

—¿La madre? —inquirí.

—Sí, la madre también —dijo el padre, tomando rapé—. Pero Felipe es un muchacho bien intencionado.

—¿La madre es rara? —pregunté.

—Muy rara —respondió el cura.

—Creo, señor, que andamos con rodeos —dije—. Debe usted de saber de mis asuntos más de lo que reconoce. Ha de saber que mi curiosidad está justificada por muchas razones. ¿No quiere ser franco conmigo?

—Hijo mío —dijo el anciano—, seré muy franco con usted en lo que atañe a mi competencia; en lo que no sé nada, no hace falta mucha discreción para callar. No voy a esgrimirle evasivas; comprendo perfectamente lo que quiere decir; y ¿qué puedo yo decir, sino que todos estamos en manos de Dios, y que sus caminos no son nuestros caminos? Hasta he consultado con mis superiores en la Iglesia, pero también ellos guardaron silencio. Es un gran misterio.

—¿Está loca? —pregunté.

—Le responderé según mi creencia. No lo está —repuso el padre—, o no lo estaba. Cuando era joven —Dios me perdone, temo haber descuidado a aquella oveja descarriada— era sin duda cuerda; y sin embargo, aunque no llegaba a tales extremos, ya se notaba entonces la misma tendencia; la había tenido antes su padre, sí, y antes que él el padre de este, lo cual me inclinó, quizá, a no darle demasiada importancia. Pero estas cosas van creciendo, no solo en el individuo, sino en la raza.

—Cuando era joven —empecé, y la voz me falló por un instante, y solo con un gran esfuerzo pude añadir—: ¿era como Olalla?

—¡Ahora Dios me libre! —exclamó el padre—. Dios me libre de que ningún hombre piense tan a la ligera de mi penitente predilecta. No, no; la señorita (salvo por su belleza, de la que sinceramente desearía que tuviese menos) no se parece ni en un cabello a lo que era su madre a esa misma edad. No podría soportar que usted pensara tal cosa; aunque el Cielo sabe que tal vez fuera mejor que lo pensara.

Ante esto, me incorporé en el lecho y abrí mi corazón al anciano; le hablé de nuestro amor y de la decisión de ella, le confesé mis propios horrores, mis propias fantasías pasajeras, pero le dije que ya habían quedado atrás; y, con algo más que una sumisión meramente formal, apelé a su juicio.

Me escuchó con mucha paciencia y sin sorpresa; y cuando hube terminado, quedó un rato en silencio. Luego empezó: —La Iglesia — y al instante se interrumpió de nuevo para disculparse—. Había olvidado, hijo mío, que usted no es cristiano —dijo—. Y en verdad, sobre un punto tan sumamente insólito, apenas puede decirse que ni la Iglesia misma se haya pronunciado. Pero ¿quiere usted mi opinión? La señorita es, en un asunto de esta clase, quien mejor puede juzgar; yo aceptaría su juicio.

Tras esto se marchó, y desde entonces no fue tan asiduo en sus visitas; en efecto, aun cuando volví a poder moverme, era evidente que temía y rehuía mi compañía, no por desagrado, sino más bien como un hombre que se sintiera inclinado a huir de la enigmática esfinge. También los aldeanos me evitaban; se negaban a servirme de guías por la montaña. Me pareció que me miraban de soslayo, y estoy seguro de que los más supersticiosos se santiguaban a mi paso. Al principio lo atribuí a mis opiniones heréticas; pero al fin comencé a comprender que, si así se me temía, era porque me había alojado en la residencia. Todo el mundo desprecia las nociones salvajes de esos campesinos; y, sin embargo, era consciente de una sombra fría que parecía posarse y morar sobre mi amor. No lo venció, pero no puedo negar que refrenó mi ardor.

A pocos kilómetros al oeste del pueblo había una brecha en la sierra desde la cual la vista se hundía directamente sobre la residencia; y hacia allí se convirtió en mi costumbre diaria dirigirme. Un bosque coronaba la cumbre, y justo donde el sendero salía de su linde, lo dominaba una considerable saliente de roca, y esta, a su vez, estaba rematada por un crucifijo de tamaño natural y de una factura más dolorosa de lo habitual. Este era mi puesto; desde allí, día tras día, contemplaba la meseta y la vieja casa enorme, y podía

ver a Felipe, no mayor que una mosca, ir y venir por el jardín. A veces la niebla cruzaba la vista y luego se deshacía con los vientos de la montaña; a veces la llanura dormitaba bajo un sol ininterrumpido; a veces la lluvia lo borraba todo. Aquel puesto distante, aquellas visiones interrumpidas del lugar donde mi vida había cambiado de un modo tan extraño, convenían a la indecisión de mi ánimo. Pasaba allí días enteros, debatiendo conmigo mismo los diversos elementos de nuestra situación; ya inclinándome a las sugerencias del amor, ya prestando oído a la prudencia, y acabando siempre por detenerme, irresoluto, entre las dos.

Un día, mientras estaba sentado en mi roca, pasó por allí un campesino algo enjuto, envuelto en una capa. Era un forastero, y era evidente que no me conocía ni siquiera de oídas; pues, en lugar de mantenerse al otro lado, se acercó y se sentó a mi lado, y pronto trabamos conversación. Entre otras cosas me contó que había sido arriero, y que en otros tiempos había frecuentado mucho estas montañas; más tarde había seguido al ejército con sus mulas, había reunido un pequeño capital, y ahora vivía retirado con su familia.

—¿Conoce usted esa casa? —pregunté al fin, señalando la residencia, pues me cansaba enseguida de cualquier conversación que me apartara del pensamiento de Olalla.

Me miró con expresión sombría y se santiguó.

—Demasiado bien —dijo—, fue allí donde uno de mis compañeros se vendió a Satanás. ¡Que la Virgen nos guarde de las tentaciones! Ha pagado el precio; ¡ahora arde en el lugar más rojo del Infierno!

Se apoderó de mí el miedo; no pude responder nada; y al poco el hombre prosiguió, como hablando para sí: —Sí —dijo—, ah, sí, lo conozco. He pasado por sus puertas. Había nieve en el puerto, y el viento la empujaba; bien es verdad que aquella noche hubo muerte en las montañas, pero había algo peor junto al hogar. Lo tomé del brazo, señor, y lo arrastré hacia la verja; lo conjuré, por todo lo que amaba y respetaba, a que se marchara conmigo; me hiqué de rodillas ante él en la nieve; y pude ver que mi súplica lo conmovía. Y

justo entonces ella salió a la galería y lo llamó por su nombre; y él se volvió, y allí estaba ella, de pie, con una lámpara en la mano, sonriéndole para que volviera. Grité en voz alta a Dios y le eché los brazos encima, pero él me apartó y me dejó solo. Había hecho su elección; Dios nos ayude. Rezaría por él, pero ¿de qué serviría? Hay pecados que ni siquiera el Papa puede absolver.

—¿Y su amigo —pregunté—, qué fue de él?

—Ay, Dios lo sabe —dijo el arriero—. Si es cierto todo lo que se cuenta, su fin fue como su pecado: algo capaz de erizar los cabellos.

—¿Quiere decir que lo mataron? —pregunté.

—Sin duda, lo mataron —respondió el hombre—. Pero ¿cómo? Ay, ¿cómo? Pero son cosas de las que es pecado hablar.

—La gente de esa casa... —empecé.

Pero él me interrumpió con un arranque salvaje. —¿La gente? —exclamó—. ¿Qué gente? ¡No hay hombres ni mujeres en esa casa de Satanás! ¿Cómo? ¿Ha vivido usted aquí tanto tiempo y nunca lo ha oído? —Y entonces acercó la boca a mi oído y susurró, como si hasta las aves de la montaña pudieran haberlo oído y quedado heladas de horror.

Lo que me contó no era cierto, ni siquiera original; no era, en efecto, sino una nueva edición, recompuesta una vez más por la ignorancia y la superstición del pueblo, de historias casi tan antiguas como la raza humana. Fue más bien la aplicación lo que me horrorizó. En los viejos tiempos, dijo, la Iglesia habría quemado aquel nido de basiliscos; pero el brazo de la Iglesia se había acortado ahora; su amigo Miguel había quedado sin castigo a manos de los hombres, y abandonado al juicio, más terrible aún, de un Dios ofendido. Esto estaba mal; pero ya no debía seguir siéndolo. El padre estaba hundido en la vejez; hasta él mismo estaba hechizado; pero los ojos de su rebaño estaban ya despiertos a su propio peligro; y algún día —sí, y no muy lejano— el humo de aquella casa subiría hasta el cielo.

Me dejó lleno de horror y de miedo. No sabía hacia dónde volverme; si avisar primero al padre, o llevar directamente mis malas noticias a los amenazados habitantes de la residencia. El destino habría de decidir por mí; pues, mientras aún vacilaba, distinguí la figura velada de una mujer que se acercaba a mí por el sendero. Ningún velo podía engañar mi percepción; por cada línea y cada movimiento reconocí a Olalla; y, manteniéndome oculto tras un saliente de la roca, dejé que llegara a la cumbre. Entonces salí a su encuentro. Ella me reconoció y se detuvo, pero no habló; yo también guardé silencio; y durante un rato seguimos mirándonos el uno al otro con una tristeza apasionada.

—Creía que te habías ido —dijo al fin—. Es lo único que puedes hacer por mí: irte. Es lo único que jamás te he pedido. Y aun así sigues aquí. Pero ¿sabes que cada día que pasa aumenta el peligro de muerte, no solo para ti, sino para nosotros? Ha corrido un rumor por la montaña; se cree que me amas, y la gente no lo tolerará.

Vi que ella ya estaba al tanto de su peligro, y me alegré de ello. —Olalla —dije—, estoy dispuesto a partir hoy mismo, en este mismo instante, pero no solo.

Ella se apartó y se arrodilló ante el crucifijo para orar, y yo me quedé cerca, mirando ora a ella, ora al objeto de su adoración, ora a la figura viva de la penitente, ora al rostro macabro y mal pintado, a las llagas pintadas y a las costillas marcadas en relieve de la imagen. El silencio solo se rompía por el lamento de unas grandes aves que trazaban círculos oblicuos, como sorprendidas o alarmadas, sobre la cumbre de los montes. Al cabo, Olalla se irguió de nuevo, se volvió hacia mí, se alzó el velo y, apoyando aún una mano en el fuste del crucifijo, me miró con un semblante pálido y afligido.

—He puesto mi mano sobre la cruz —dijo—. El padre dice que tú no eres cristiano; pero alza los ojos un momento con los míos, y contempla el rostro del Varón de Dolores. Todos somos como Él fue: herederos del pecado; todos debemos soportar y expiar un pasado que no fue nuestro; hay en todos nosotros —sí, hasta en mí— una chispa de lo divino. Como Él, debemos resistir un poco de tiempo,

hasta que la mañana vuelva trayendo la paz. Déjame proseguir mi camino sola; así seré menos solitaria, teniendo por amigo a Aquel que es amigo de todos los afligidos; así seré la más feliz, habiéndome despedido ya de la felicidad terrena y aceptado de buen grado el dolor como porción mía.

Miré el rostro del crucifijo, y, aunque no era yo amigo de las imágenes, y despreciaba aquel arte imitativo y de gesto crispado del que era un tosco ejemplo, algo de lo que la cosa significaba llegó a mi entendimiento. El rostro me miraba desde arriba con una contracción dolorosa y mortal; pero lo rodeaban los rayos de una gloria, y me recordaban que el sacrificio había sido voluntario. Allí se erguía, coronando la roca, como aún se yergue en tantos bordes de caminos, predicando en vano a los transeúntes, emblema de verdades tristes y nobles: que el placer no es un fin, sino un accidente; que el dolor es la elección de los magnánimos; que lo mejor es sufrirlo todo y obrar bien. Me volví y descendí la montaña en silencio; y cuando miré atrás por última vez, antes de que el bosque se cerrara sobre mi camino, vi a Olalla todavía apoyada en el crucifijo.

EL TESORO DE FRANCHARD

I. JUNTO AL SALTIMBANQUI MORIBUNDO

Habían mandado llamar al médico de Bourron antes de las seis. Hacia las ocho, varios vecinos se acercaron para el espectáculo y les dieron cuenta de lo sucedido. Parecía un atrevimiento que un saltimbanqui cayera enfermo como cualquier hijo de vecino, y se marcharon irritados. A las diez, madame Tentaillon estaba seriamente alarmada y había enviado a buscar al doctor Desprez calle abajo.

El doctor estaba enfrascado en sus manuscritos en un rincón del pequeño comedor, y su esposa dormitaba junto al fuego en otro, cuando llegó el mensajero.

—¡Sapristi! —exclamó el doctor—. Deberían haberme llamado antes. Era un caso urgente. Y siguió al mensajero tal como estaba, en zapatillas y con su solideo puesto.

La posada estaba a menos de treinta metros, pero el mensajero no se detuvo allí; entró por una puerta y salió por otra al patio, y luego guió al doctor escaleras arriba junto al establo, hasta el pajar donde yacía enfermo el saltimbanqui. Aunque viviera mil años, el doctor Desprez no olvidaría jamás su llegada a aquella habitación; y no solo porque la escena fuera pintoresca, sino porque aquel momento marcó una fecha en su existencia. Contamos nuestras vidas, no sé muy bien por qué, desde la fecha de nuestra primera y lamentable aparición en sociedad, como si fuera desde una primera humillación; pues ningún actor puede salir a escena con peor planta.

Sin remontarnos más atrás —lo cual se juzgaría de una curiosidad excesiva—, hay después en la vida de todos muchos accidentes conmovedores y decisivos que harían tan lógico punto de partida como ese del nacimiento. Y así, el doctor Desprez, un hombre de más de cuarenta años que había dado en lo que se llama un fracaso en la vida y que, para más señas, estaba casado, se encontró ante un nuevo punto de partida cuando abrió la puerta del pajar sobre el establo de Tentailon.

Era una sala grande, alumbrada solo por una única vela puesta en el suelo. El saltimbanqui yacía boca arriba en un jergón; un hombre corpulento, con una nariz quijotesca enrojecida por la bebida. Madame Tentailon se inclinaba sobre él aplicándole en los pies una cataplasma de agua caliente y mostaza; y en una silla cercana estaba sentado un chiquillo de once o doce años, con los pies colgando. Estos tres eran los únicos ocupantes, a excepción de las sombras. Pero las sombras formaban una compañía por sí solas; las dimensiones del cuarto las agrandaban hasta proporciones gigantescas, y desde la posición baja de la vela la luz golpeaba hacia arriba y producía escorzos deformes. El perfil del saltimbanqui se agrandaba en la pared como en una caricatura, y era curioso ver cómo su nariz se acortaba y alargaba según la llama era soplada por las corrientes de aire. En cuanto a madame Tentailon, su sombra no era más que una tosca joroba de hombros, con una semiesfera de cabeza que aparecía de vez en cuando. Las patas de la silla se estiraban tan largas como zancos, y el chico estaba encaramado en lo alto de ellas, como una nube, en el ángulo del techo.

Fue el chico quien captó la atención del doctor. Tenía un cráneo grande y arqueado, la frente y las manos de un músico, y unos ojos que no se olvidaban con facilidad. No era solo que esos ojos fueran grandes, o serenos, o del más suave castaño rojizo. Había en ellos, además, una mirada que estremecía al doctor y lo inquietaba a medias. Estaba seguro de haber visto esa mirada antes, y sin embargo no podía recordar cómo ni dónde. Era como si aquel chico, que le era del todo desconocido, tuviera los ojos de un viejo amigo o de un viejo enemigo. Y el chico no le daba tregua; parecía

profundamente indiferente a lo que ocurría, o más bien abstraído de ello en una contemplación superior, golpeando suavemente con los pies contra los barrotes de la silla y con las manos enlazadas en el regazo. Pero, a pesar de todo, sus ojos seguían al doctor por la habitación con una fijeza de mirada pensativa. Desprez no sabía si era él quien fascinaba al chico, o el chico quien lo fascinaba a él. Se afanó con el enfermo: le hizo preguntas, le tomó el pulso, bromeó, se acaloró un poco y soltó algún juramento; y aun así, cada vez que se volvía, allí estaban los ojos castaños aguardando los suyos con la misma mirada interrogante y melancólica.

Por fin, el doctor dio con la solución de golpe. Ahora recordaba esa mirada. El chiquillo, aunque era derecho como una vela, tenía los ojos que suelen ir con una espalda torcida; no era en absoluto deforme, y sin embargo parecía que una persona deforme te mirara desde debajo de sus cejas. El doctor exhaló un largo suspiro, tan aliviado estaba de haber encontrado una teoría —pues amaba las teorías— y de poder explicar así su interés.

Con todo, despachó al enfermo con una celeridad inusual y, todavía arrodillado con una rodilla en el suelo, se volvió un poco y examinó al chico con calma. El chico no se inmutó lo más mínimo, sino que devolvió la mirada al doctor con toda tranquilidad.

—¿Es tu padre? —preguntó Desprez.

—Oh, no —respondió el chico—. Mi amo.

—¿Le tienes cariño? —prosiguió el doctor.

—No, señor —dijo el chico.

Madame Tentaillon y Desprez intercambiaron una mirada elocuente.

—Eso está mal, amigo mío —reanudó este último, con un deje de severidad—. Todo el mundo debería querer a los moribundos, o al menos disimular sus sentimientos; y tu amo está muriéndose. Si he observado un rato a un pájaro robándome las cerezas, siento cierta decepción cuando se aleja volando por encima de la tapia de mi

jardín y lo veo poner rumbo al bosque y desvanecerse. ¡Cuánto más una criatura como esta, tan fuerte, tan astuta, tan ricamente dotada de facultades! Cuando pienso que, en pocas horas, la palabra habrá enmudecido, el aliento se habrá extinguido, e incluso la sombra habrá desaparecido de la pared, yo, que nunca lo había visto, y esta señora, que solo lo conocía como huésped, sentimos por él algún afecto.

El chico guardó silencio un momento y pareció reflexionar.

—Usted no lo conocía —respondió al fin—. Era un hombre malo.

—Es un pequeño pagano —dijo la posadera—. Y es que son todos iguales, esos saltimbanquis, acróbatas, artistas y demás. No tienen interioridad.

Pero el doctor seguía escrutando al pequeño pagano, con las cejas fruncidas y arqueadas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Jean-Marie —dijo el muchacho.

Desprez se lanzó sobre él con uno de sus repentinos arrebatos de entusiasmo y le palpó la cabeza entera desde un punto de vista etnológico.

—¡Céltico, céltico! —exclamó.

—¿Céltico? —exclamó madame Tentaillon, que quizás había confundido la palabra con hidrocéfalo—. ¡Pobrecillo! ¿Es peligroso?

—Depende —respondió el doctor con semblante grave. Y dirigiéndose de nuevo al chico—: ¿Y de qué vives, Jean-Marie? —inquirió.

—Hago acrobacias —fue la respuesta.

—¡Vaya! ¿Acrobacias? —repitió Desprez—. Probablemente saludable. Me atrevo a suponer, madame Tentaillon, que las acrobacias son una forma de vida saludable. ¿Y nunca has hecho nada más que acrobacias?

—Antes de aprender eso, robaba —respondió Jean-Marie gravemente.

—¡Pardiez! —exclamó el doctor—. Eres todo un hombrecillo para tu edad. Madame, cuando llegue mi *confrère* de Bourron, comuníqueme mi opinión desfavorable. Le dejo el caso en sus manos; pero, naturalmente, ante cualquier síntoma alarmante, sobre todo si hubiera alguna señal de mejoría, no dude en despertarme. Ya no soy médico, gracias a Dios; pero lo he sido. Buenas noches, madame. Que descansen, Jean-Marie.

II. CHARLA MATUTINA

El doctor Desprez se levantaba siempre temprano. Antes de que se alzarán las primeras columnas de humo, antes de que el primer carro traqueteara por el puente camino de los campos, se le podía encontrar vagando por su jardín. A veces cogía un racimo de uvas; a veces comía una gran pera bajo el emparrado; otras veces dibujaba todo tipo de caprichos en el sendero con la punta de su bastón; otras bajaba a contemplar el río que corría sin fin junto al embarcadero de madera donde amarraba su barca. No había hora más propicia para construir teorías, solía decir, que las primeras horas de la mañana. —Me levanto antes que nadie en el pueblo —alardeaba en alguna ocasión—. Es lógico que sepa más y desee hacer menos con mi saber.

El doctor era un entendido en amaneceres y amaba un buen efecto teatral para inaugurar el día. Tenía una teoría del rocío con la que podía predecir el tiempo. En efecto, casi todo le servía para ese fin: el sonido de las campanas de todos los pueblos vecinos, el olor del bosque, las visitas y el comportamiento tanto de los pájaros como de los peces, el aspecto de las plantas de su jardín, la disposición de las nubes, el color de la luz, y por último, aunque no por ello menos importante, el arsenal de instrumentos meteorológicos alojado en una caseta de tablillas en celosía sobre el jardín. Desde que se había instalado en Gretz, iba convirtiéndose cada vez más en el meteorólogo local, el defensor honorario del clima de la comarca. Al principio pensaba que no había lugar tan

saludable en el *arrondissement*. Al final del segundo año proclamó que no había ninguno tan sano en todo el departamento. Y desde algún tiempo antes de conocer a Jean-Marie estaba dispuesto a desafiar a toda Francia y a buena parte de Europa a que encontraran rival para su rincón elegido.

—Doctor —solía decir—, «doctor» es una palabra fea. No debería emplearse delante de las damas. Implica enfermedad. Señalo, como defecto de nuestra civilización, que no tenemos el horror apropiado a la enfermedad. Yo, por mi parte, me he lavado las manos de ella; he renunciado a mi laureación; no soy médico; soy únicamente un adorador de la verdadera diosa Higía. ¡Ah, creedme, es ella quien porta el cinto mágico! Y aquí, en esta diminuta aldea, ha instalado su santuario: aquí mora y prodiga sus dones; aquí paseo con ella en las primeras horas de la mañana, y ella me muestra lo fuertes que ha hecho a los campesinos, lo fértiles que ha vuelto los campos, cómo los árboles crecen altos y hermosos bajo su mirada, y los peces del río se vuelven limpios y ágiles en su presencia. —¡El reúma! —exclamaba, ante alguna interrupción impertinente—. Oh, sí, supongo que tenemos algo de reúma. Eso difícilmente puede evitarse, ya se sabe, viviendo junto a un río. Y naturalmente el lugar está algo bajo; y los prados son pantanosos, no hay duda. Pero, mi querido señor, ¡ mire Bourron! Bourron está en alto. Bourron está cerca del bosque; abundante ozono allí, diría usted. Pues bien, comparado con Gretz, Bourron es un auténtico matadero.

A la mañana siguiente de haber sido llamado junto al saltimbanqui moribundo, el doctor visitó el embarcadero al fondo de su jardín y contempló largamente el agua que corría. A esto lo llamaba oración; pero si sus adoraciones iban dirigidas a la diosa Higía o a alguna deidad más ortodoxa, nunca quedó del todo claro. Pues había emitido oráculos ambiguos, declarando a veces que un río era el emblema de la salud corporal, ensalzándolo otras como el gran predicador moral, que predica sin cesar la paz, la continuidad y la laboriosidad a los espíritus atormentados del hombre. Después de haber visto pasar ante sus ojos algo más de kilómetro y medio de agua clara, de haber visto uno o dos peces salir a la superficie con

un destello plateado, y de haber admirado lo suficiente las largas sombras de los árboles de la orilla opuesta que se tendían a medias sobre el río, con manchas de sol en movimiento entre ellas, volvió caminando por el jardín y a través de su casa hasta la calle, sintiéndose fresco y renovado.

El sonido de sus pasos sobre el empedrado inauguraba la jornada; pues el pueblo seguía durmiendo profundamente. El campanario de la iglesia tenía un aspecto muy etéreo bajo la luz del sol; unos pocos pájaros que giraban a su alrededor parecían nadar en una atmósfera de inusual levedad; y el doctor, caminando entre largas sombras transparentes, llenó los pulmones a fondo y se declaró muy satisfecho con la mañana.

En uno de los postes ante la entrada de carruajes de Tentaillon divisó una pequeña figura oscura encaramada en actitud meditabunda, y reconoció de inmediato a Jean-Marie.

—¡Ajá! —dijo, deteniéndose ante él con aire festivo, con una mano en cada rodilla—. ¿Conque nos levantamos temprano por la mañana, eh? Me parece que tenemos todos los vicios de un filósofo.

El chico se puso en pie e hizo una reverencia grave.

—¿Y cómo está nuestro paciente? —preguntó Desprez.

Al parecer el paciente seguía igual.

—¿Y por qué te levantas tan temprano? —prosiguió.

Jean-Marie, tras un largo silencio, confesó que apenas lo sabía.

—¿Que apenas lo sabes? —repitió Desprez—. Apenas sabemos nada, amigo mío, hasta que intentamos aprenderlo. Interroga tu conciencia. Vamos, lleva a fondo esa indagación. ¿Te gusta?

—Sí —dijo el chico despacio—. Sí, me gusta.

—¿Y por qué te gusta? —prosiguió el doctor—. (Ahora estamos siguiendo el método socrático.) ¿Por qué te gusta?

—Es tranquilo —respondió Jean-Marie—; y no tengo nada que hacer; y además me siento como si fuera bueno.

El doctor Desprez tomó asiento en el poste del lado opuesto. Empezaba a interesarse por la conversación, pues el chico evidentemente pensaba antes de hablar e intentaba responder con sinceridad. —Parece que tienes inclinación a sentirte bueno —dijo el doctor—. Ahora bien, eso me desconcierta enormemente; pues creía que me habías dicho que eras ladrón, y las dos cosas son incompatibles.

—¿Es muy malo robar? —preguntó Jean-Marie.

—Esa es la opinión general, muchacho —respondió el doctor.

—No; pero me refiero a robar como robaba yo —explicó el otro—. Pues no tenía elección. Creo que es indudablemente justo tener pan; tiene que ser justo tener pan, pues la necesidad de él se siente con tanta evidencia. Y además me pegaban con crueldad si volvía con las manos vacías —añadió—. No ignoraba lo que estaba bien y lo que estaba mal; pues antes me lo había enseñado muy bien un sacerdote, que fue muy bueno conmigo. (El doctor hizo una mueca horrible ante la palabra «sacerdote».) Pero me parecía que, cuando uno no tenía nada que comer y le pegaban, era cosa distinta. No habría robado por un pastelillo, creo; pero cualquiera robaría por un mendrugo de pan.

—Y supongo —dijo el doctor, con una sonrisa burlona que iba en aumento—, que le pediste a Dios que te perdonara y le explicaste el asunto con todo detalle.

—¿Por qué, señor? —preguntó Jean-Marie—. No lo entiendo.

—Tu sacerdote lo vería, sin embargo —replicó Desprez.

—¿Lo vería? —preguntó el chico, inquieto por primera vez—. Yo habría pensado que Dios lo sabría.

—¿Eh? —gruñó el doctor.

—Habría pensado que Dios me habría comprendido —respondió el otro—. Usted no me comprende, ya lo veo; pero fue Dios quien me hizo pensar así, ¿no es cierto?

—Muchacho, muchacho —dijo el doctor Desprez—, ya te dije que tenías los vicios de la filosofía; si exhibes también las virtudes, tendré que irme. Soy un estudioso de las bienaventuradas leyes de la salud, un observador de la naturaleza llana y sobria en sus andares cotidianos; y no puedo mantener mi ecuanimidad en presencia de un monstruo. ¿Lo entiendes?

—No, señor —dijo el chico.

—Te explicaré lo que quiero decir —respondió el doctor—. Mira ese cielo: primero detrás del campanario, donde está tan claro, y luego arriba y más arriba, echando la barbilla hacia atrás, hasta la cúpula, donde ya está tan azul como al mediodía. ¿No es ese un color hermoso? ¿No alegra el corazón? Lo hemos visto toda la vida, hasta que se ha fundido con nuestros pensamientos más familiares. Ahora bien —cambiando de tono—, supón que ese cielo se volviera de repente de un ámbar vivo y ardiente, como el color de las brasas claras, y que se tornara escarlata hacia arriba. No digo que fuera menos hermoso; pero ¿te gustaría igual?

—Supongo que no —respondió Jean-Marie.

—Pues tampoco me gustas tú —respondió el doctor bruscamente—. Detesto a toda la gente rara, y tú eres el chico más curioso de todo el mundo.

Jean-Marie pareció reflexionar un momento, y luego levantó la cabeza y miró al doctor con aire de sincera curiosidad. —Pero ¿no es usted también un caballero muy curioso? —preguntó.

El doctor arrojó el bastón, se lanzó sobre el chico, lo estrechó contra su pecho y le besó en ambas mejillas. —¡Admirable, admirable diablillo! —exclamó—. ¡Qué mañana, qué momento para un teórico de cuarenta y dos años! No —prosiguió, apostrofando al cielo—, yo no sabía que existieran tales chicos; ignoraba que los hicieran así; había llegado a dudar de mi raza; ¡y ahora! Es como —añadió, recogiendo el bastón— como un encuentro de enamorados. He magullado mi bastón favorito en ese arrebató de entusiasmo. El daño, sin embargo, no es grave. Se percató de que el chico lo

miraba con obvia admiración, embarazo y alarma. —¡Caramba! —dijo—. ¿Por qué me miras así? ¡Pardiez, creo que el chico me desprecia! ¿Me desprecias, muchacho?

—Oh, no —respondió Jean-Marie, serio—. Es solo que no entiendo.

—Perdone usted, señor —respondió el doctor con gravedad—. Es que soy todavía tan joven. —¡A la porra con él! —añadió para sí. Y volvió a sentarse y observó al chico sardónicamente. «Ha estropeado la tranquilidad de mi mañana», pensó. «Estaré nervioso todo el día y tendré una febriculilla al hacer la digestión. Debo serenarme.» Y así fue como ahuyentó sus preocupaciones con un esfuerzo de voluntad que llevaba mucho tiempo practicando, y dejó que su alma vagara libre en la contemplación de la mañana. Aspiró el aire, degustándolo críticamente como un entendido cata un vino añejo, y prolongó la espiración con deleite higiénico. Contó los pequeños jirones de nube que surcaban el cielo. Siguió los movimientos de los pájaros en torno al campanario: largas travesías en vuelo, suspensiones en el aire o piruetas ligeras en su imaginación, batiendo el viento con alas imaginarias. Y de esta manera recobró la paz de espíritu y la calma animal, consciente de sus miembros, consciente de la visión de sus ojos, consciente de que el aire tenía un sabor fresco, como de fruta, en lo alto de la garganta; y al final, en completa abstracción, se puso a cantar. El doctor no tenía más que un aire musical: *Malbrouck s'en va-t-en guerre*; e incluso con esa melodía mantenía únicamente una relación de mera cortesía; y sus hazañas musicales las reservaba siempre para los momentos en que estaba solo y enteramente feliz.

Un gesto de dolor en la cara del chico lo devolvió bruscamente a la tierra. —¿Qué te parece mi forma de cantar? —preguntó, deteniéndose en mitad de una nota; y luego, tras esperar un momento sin obtener respuesta—: ¿Qué te parece mi forma de cantar? —repitió, en tono imperioso.

—No me gusta —balbuceó Jean-Marie.

—¡Vamos! —exclamó el doctor—. ¿Es que tú también eres artista?

—Yo canto mejor que eso —respondió el chico.

El doctor lo contempló durante unos segundos con estupefacción. Era consciente de que estaba enfadado y se ruborizó a consecuencia de ello, lo que lo puso más furioso aún. —¡Si así le hablas a tu amo! —dijo al fin, con un encogimiento de hombros y un gesto teatral de los brazos.

—A él no le hablo nada —respondió el chico—. No me gusta.

—¿Entonces te gusto yo? —espetó el doctor Desprez, con una vehemencia inusual.

—No lo sé —respondió Jean-Marie.

El doctor se levantó. —Te deseo buenos días —dijo—. Eres demasiado para mí. Quizás tengas sangre en las venas, quizás icor celestial, o quizás no circule por ti nada más grosero que el aire respirable; pero de una cosa estoy inexpugnablemente seguro: que no eres un ser humano. No, muchacho —agitando el bastón hacia él —, no eres un ser humano. Escríbelo, escríbelo en tu memoria: «No soy un ser humano; no pretendo ser un ser humano; soy un abismo, un sueño, un ángel, un acróstico, una ilusión; lo que quieras, pero no un ser humano.» ¡Y acepta, pues, mis humildes saludos y adiós!

Y con eso el doctor se alejó calle abajo con cierta agitación interior, y el chico se quedó en el sitio donde lo había dejado, boquiabierto por dentro.

III. LA ADOPCIÓN

Madame Desprez, que respondía al nombre de pila de Anastasie, era un tipo agradable de su sexo: de aspecto sumamente saludable, una robusta *brune* de mejillas frescas y tersas, ojos oscuros y serenos, y unas manos que ni el arte ni la naturaleza habrían podido mejorar. Era el tipo de persona sobre quien la adversidad pasa como una nube de verano; podía, en las peores circunstancias, fruncir el ceño en un pliegue vertical durante un momento, pero al instante siguiente ya había desaparecido. Tenía mucho de la placidez de una monja satisfecha; aunque poca de su piedad, pues Anastasie era de

naturaleza muy mundana, aficionada a las ostras y al vino añejo, y a las bromas algo atrevidas, y entregada a su marido más por su propio bien que por el de él. Era inamoviblemente bonachona, pero no tenía ninguna inclinación al sacrificio personal. Vivir en aquella casa vieja y agradable, con un jardín verde al fondo y flores vistosas en la ventana; comer y beber de lo mejor; cotillear con una vecina durante un cuarto de hora; no ponerse nunca corsé ni vestido de gala salvo cuando iba de compras a Fontainebleau; tener siempre un buen surtido de novelas picantes, y estar casada con el doctor Desprez sin motivo alguno de celos: todo eso colmaba la copa de su naturaleza hasta el borde. Quienes habían conocido al doctor en sus tiempos de soltero, cuando aireaba igual número de teorías, aunque de orden diferente, atribuían su filosofía actual al estudio de Anastasie. Era el disfrute bruto de ella lo que él racionalizaba e imitaba, quizás en vano.

Madame Desprez era una artista en la cocina y hacía el café a la perfección. Tenía una habilidad especial para el orden, de la que había contagiado al doctor; todo estaba en su sitio; todo lo susceptible de brillo relucía gloriosamente; y el polvo era cosa desterrada de su imperio. Aline, su única criada, no tenía en el mundo más ocupación que fregar y lustrar. Así vivía el doctor Desprez en su casa como un ternero cebado, caliente y mimado a su entera satisfacción.

La comida del mediodía fue excelente. Había un melón maduro, un pescado del río con una memorable salsa bearnesa, un ave gorda en fricasé y un plato de espárragos, seguidos de algo de fruta. El doctor bebió media botella *más* una copa, y la esposa media botella *menos* esa misma cantidad —privilegio conyugal este último—, de un excelente Côte-Rôtie de siete años. Luego llegó el café, y una petaca de Chartreuse para madame, pues el doctor despreciaba y desconfiaba de semejantes brebajes; y entonces Aline dejó a la pareja conyugal con los placeres del recuerdo y la digestión.

—Es una circunstancia muy afortunada, mi querida —observó el doctor—. Este café está adorable... una circunstancia muy

afortunada, en conjunto... Anastasie, te lo ruego, prescinde hoy de ese veneno; un solo día, y notarás el beneficio, te lo juro por mi reputación.

—¿Cuál es esa circunstancia tan afortunada, amigo mío? —preguntó Anastasie, sin prestar atención a su protesta, que era de recurrencia diaria.

—Que no tenemos hijos, mi preciosa —respondió el doctor—. Lo pienso cada vez más a medida que pasan los años, y con una gratitud creciente hacia el Poder que dispensa tales aflicciones. Tu salud, mi vida, mi tranquilidad de estudio, nuestras pequeñas delicias culinarias, ¡cómo habrían sufrido todas ellas, cómo habrían sido todas sacrificadas! ¿Y para qué? Los hijos son la última palabra de la imperfección humana. La salud huye ante ellos. Lloran, querida; hacen preguntas enojosas; exigen que se les dé de comer, que se les lave, que se les eduque, que se les limpie los mocos; y luego, cuando llega el momento, nos rompen el corazón, como yo parto este terrón de azúcar. Una pareja de egoístas confesos, como tú y yo, debería huir de la descendencia como de una infidelidad.

—¡Vaya! —dijo ella, y se echó a reír—. Eso es muy propio de ti: atribuirte el mérito de algo que no podías evitar.

—Querida —respondió el doctor solemnemente—, podríamos haber adoptado.

—¡Jamás! —exclamó madame—. ¡Jamás, doctor, con mi consentimiento! Si el niño fuera carne de mi carne y sangre de mi sangre, no diría que no. Pero cargar con la indiscreción ajena sobre mis hombros, amigo mío, tengo demasiado seso para eso.

—Exactamente —respondió el doctor—. Los dos lo teníamos. Y me alegra tanto más nuestra sabiduría porque... porque... —La miró fijamente.

—¿Porque qué? —preguntó ella, con una vaga premonición de peligro.

—Porque he encontrado a la persona adecuada —dijo el doctor con firmeza—, y lo adoptaré esta misma tarde.

Anastasie lo miró como desde una neblina. —Has perdido el juicio —dijo; y había en su voz un timbre metálico que presagiaba tormenta.

—En absoluto, querida —respondió él—. Sigo en pleno uso de mis facultades. Y la prueba es esta: en lugar de tratar de disimular mi inconsecuencia, he decidido, como forma de prepararte, ponerla de relieve con toda claridad. Reconocerás ahí, creo yo, al filósofo que tiene la dicha de llamarte esposa. El caso es que todo este tiempo he calculado sin contar con lo imprevisible. Nunca pensé que llegaría a encontrar un hijo propio. Pues bien, anoche lo encontré. No te alarmes sin motivo, querida; que yo sepa, no hay entre nosotros una sola gota de sangre en común. Es su mente, cariño, su mente la que me llama padre.

—¡Su mente! —repitió ella con una risita a medio camino entre el desdén y la histeria—. ¡Vaya, su mente! Henri, ¿es esto una broma imbécil, o es que te has vuelto loco? ¡Su mente! ¿Y qué hay de la mía?

—Ciertamente —respondió el doctor encogiéndose de hombros—, has dado en el clavo. Él le resultará enormemente antipático a mi siempre bella Anastasie. Ella nunca lo entenderá; él nunca la entenderá a ella. Tú te casaste con el lado animal de mi naturaleza, querida, y es en el lado espiritual donde encuentro mi afinidad con Jean-Marie. Hasta tal punto que, para ser del todo sincero, él mismo me infunde cierto respeto reverencial. Percibirás fácilmente que te estoy anunciando una calamidad. No —estalló con genuina preocupación—, no te dejes llevar por las lágrimas después de comer, Anastasie. Con toda seguridad te provocarías una mala digestión.

Anastasie se controló. —Ya sabes cuánto me esfuerzo por darte el gusto —dijo—, en todo lo razonable. Pero en esto...

—Mi adorada —interrumpió el doctor, ansioso por prevenir una negativa—, ¿quién fue la que quiso abandonar París? ¿Quién me hizo renunciar a los naipes, a la ópera, al bulevar, a mis relaciones sociales, a todo lo que era mi vida antes de conocerte? ¿He sido fiel? ¿He sido obediente? ¿No he soportado mi condena con buen ánimo? Con toda honestidad, Anastasie, ¿no tengo derecho a exigir algo a cambio? Lo tengo, y tú lo sabes. Lo que exijo es mi hijo.

Anastasie era consciente de la derrota; arrió el pabellón al instante. —Me vas a partir el corazón —suspiró.

—En absoluto —dijo él—. Sentirás una pequeña incomodidad durante un mes, igual que la sentí yo cuando me trajeron por primera vez a esta miserable aldehueta; luego prevalecerán tu admirable sensatez y tu buen carácter, y ya te veo tan contenta como siempre, haciendo de tu marido el más dichoso de los hombres.

—Ya sabes que no puedo negarte nada —dijo ella, con un último destello de resistencia—; nada que vaya a hacerte verdaderamente más feliz. Pero ¿te lo hará esto? ¿Estás seguro, esposo mío? ¡Dices que lo encontraste anoche! Podría ser el mayor de los farsantes.

—No lo creo —respondió el doctor—. Pero no me supongas tan imprudente como para adoptarlo sin más. Soy, me permito lisonjearme, un hombre de mundo consumado; he contemplado todas las posibilidades; mi plan está concebido para hacer frente a todas ellas. Tomo al chico como mozo de cuadra. Si roba, si se queja, si desea marcharse, reconoceré que me equivoqué; no lo consideraré hijo mío, y lo mandaré a esparragar.

—Nunca serás capaz cuando llegue el momento —dijo su esposa—. Conozco tu buen corazón.

Le tendió la mano con un suspiro; el doctor sonrió al tomarla y llevarla a sus labios; había logrado su objetivo con mayor facilidad de la que se había atrevido a esperar; por quizá vigésima vez había comprobado la eficacia de su argumento de confianza, su Excálibur: la insinuación de un regreso a París. Seis meses en la capital, para

un hombre de los antecedentes y las relaciones del doctor, implicaba nada menos que la ruina total. Anastasie había salvado lo que quedaba de su fortuna manteniéndolo en el campo a rajatabla. El mero nombre de París la sumía en un terror cerval; y habría permitido a su marido tener un zoológico en el jardín trasero, por no hablar ya de adoptar a un mozo de cuadra, antes que consentir en que se plantease siquiera la cuestión del regreso.

Hacia las cuatro de la tarde, el saltimbanqui entregó el alma; no había recobrado el conocimiento desde el ataque. El doctor Desprez estuvo presente en su último tránsito y declaró la farsa concluida. Luego tomó a Jean-Marie por el hombro y lo condujo al jardín de la posada, donde había un banco conveniente junto al río. Allí lo hizo sentarse y le indicó al chico que se colocase a su izquierda.

—Jean-Marie —dijo con suma gravedad—, este mundo es vastísimo; e incluso Francia, que no es más que un pequeño rincón de él, es un lugar grande para un muchachito como tú. Por desgracia está lleno de gente ambiciosa que va abriéndose paso a empujones; y hay muy pocas panaderías para tantos comensales. Tu amo ha muerto; no estás en condiciones de ganarte la vida solo; no deseas robar. No. Tu situación, pues, es poco envidiable; es, por el momento, crítica. Por otra parte, en mí contemplas a un hombre no viejo, aunque entrado en años, que sigue gozando de la juventud del corazón y de la inteligencia; un hombre instruido; cómodamente instalado en los asuntos del mundo; con una buena mesa: un hombre que, ni como amigo ni como anfitrión, merece ser despreciado. Te ofrezco comida y ropa, y lecciones por las noches que te serán infinitamente más útiles, para un chico de tu índole, que las de todos los sacerdotes de Europa juntos. No propongo salario, pero si alguna vez se te ocurre marcharte, la puerta estará abierta, y te daré cien francos para que te lances al mundo. A cambio, tengo un caballo viejo y un cabriolé que aprenderías muy pronto a limpiar y mantener en buen estado. No te precipites en responder, y acepta o rechaza según tu mejor juicio. Solo recuerda esto: que no soy ningún sentimental ni ningún caritativo, sino un hombre que vive rigurosamente para sí mismo; y que si hago esta

propuesta es por mi propio interés, porque percibo claramente una ventaja para mí. Y ahora, reflexiona.

—Me alegrará mucho. No veo qué otra cosa puedo hacer. Le agradezco de todo corazón su oferta, señor, y procuraré serle útil —dijo el chico.

—Gracias a ti —dijo el doctor con afecto, poniéndose en pie al tiempo que se secaba la frente, pues había sufrido lo indecible mientras el asunto estuvo en el aire. Una negativa, tras la escena del mediodía, lo habría puesto en ridículo ante Anastasie—. ¡Qué tarde más bochornosa y pesada, desde luego! Siempre he tenido el capricho de ser un pez en verano, Jean-Marie, aquí en el Loing junto a Gretz. Me tumbaría bajo un nenúfar y escucharía las campanas, que deben de sonar de lo más delicadas allá abajo. Eso sí que sería una vida. ¿No te parece a ti también?

—Sí —dijo Jean-Marie.

—¡Gracias a Dios que tienes imaginación! —exclamó el doctor, abrazando al chico con su efusividad habitual, si bien el procedimiento pareció desconcertar al paciente casi tanto como si fuese un colegial inglés de la misma edad—. Y ahora —añadió—, te presentaré a mi esposa.

La señora Desprez estaba sentada en el comedor con una bata fresca. Las persianas estaban todas bajadas y el suelo de baldosas había sido regado hacía poco; sus ojos estaban entornados, pero fingía leer una novela cuando entraron. Aunque era una mujer activa, disfrutaba de los ratos de descanso y tenía un apetito notable por el sueño.

El doctor procedió a una solemne presentación y añadió, en beneficio de ambas partes: —Debéis procurar quereros el uno al otro por mí.

—Es muy guapo —dijo Anastasie—. ¿Me das un beso, mi chiquillo?

El doctor estaba furioso y la arrastró al pasillo. —¿Eres tonta, Anastasie? —dijo—. ¿Qué es eso que tanto oigo sobre el tacto de las

mujeres? Dios sabe que yo no lo he encontrado en mi experiencia. Te diriges a mi pequeño filósofo como si fuese un bebé. Hay que hablarle con más respeto, te lo digo yo; no hay que besarle y hacerle carantoñas como a un niño cualquiera.

—Solo lo he hecho por darte el gusto, te lo aseguro —respondió Anastasie—; pero procuraré hacerlo mejor.

El doctor se disculpó por su acaloramiento. —Pero sí que deseo —continuó— que él se sienta como en casa entre nosotros. Y la verdad es que tu comportamiento ha sido tan idiota, mi querida, y tan absolutamente fuera de lugar en todos los sentidos, que un santo podría haber perdonado un poco de vehemencia en la reprobación. Inténtalo, inténtalo de verdad; si es que le es posible a una mujer entender a los jóvenes... pero claro que no, y pierdo el tiempo. Calla cuanto puedas, al menos, y observa de cerca mi conducta; te servirá de modelo.

Anastasie hizo lo que se le mandaba y observó el comportamiento del doctor. Advirtió que abrazó al chico tres veces en el transcurso de la velada y que, en general, conseguía confundir y turbar al muchacho hasta dejarlo sin habla ni apetito. Pero ella poseía el verdadero heroísmo femenino en las pequeñas cosas. No solo se abstuvo de la venganza fácil de señalarle al doctor sus propios errores, sino que hizo todo lo posible por remediar sus malos efectos en Jean-Marie. Cuando Desprez salió a tomar el último soplo de aire antes de retirarse, ella fue al lado del chico y le tomó la mano.

—No debes sorprenderte ni asustarte por los modales de mi marido —dijo—. Es el hombre más bondadoso del mundo, pero tan inteligente que a veces resulta difícil de entender. Pronto te acostumbrarás a él, y entonces lo querrás, porque eso no lo puede evitar nadie. En cuanto a mí, puedes estar seguro de que procuraré hacerte feliz y no te molestaré en absoluto. Creo que llegaremos a ser excelentes amigos, tú y yo. Yo no soy lista, pero tengo muy buen carácter. ¿Me das un beso?

El chico alzó la cara, y ella lo tomó entre sus brazos y se echó a llorar. La mujer había hablado por condescendencia; pero se había ido calentando con sus propias palabras, y la ternura siguió su camino. El doctor, al entrar, los encontró enlazados: dedujo que su esposa tenía la culpa; y estaba a punto de empezar, con voz tremenda, «Anastasia...», cuando ella alzó los ojos hacia él, sonriente, con un dedo levantado; y él se calló, perplejo, mientras ella conducía al chico a su buhardilla.

IV. LA EDUCACIÓN DE UN FILÓSOFO

La instalación del mozo de cuadra adoptado quedó así felizmente resuelta, y las ruedas de la vida continuaron girando sin tropiezos en casa del doctor. Jean-Marie atendía el caballo y el carruaje por las mañanas; a veces ayudaba en las tareas domésticas; a veces salía a pasear con el doctor para beber sabiduría en la fuente original; y por las noches se le introducía en las ciencias y las lenguas muertas. Conservaba su singular placidez de ánimo y de maneras; rara vez incurría en falta; pero avanzaba muy poco en sus estudios y seguía siendo en gran medida un extraño en la familia.

El doctor era un modelo de regularidad. Toda la mañana trabajaba en su gran obra, la *Farmacopea comparada, o Diccionario histórico de todos los medicamentos*, que por el momento consistía principalmente en trocitos de papel y alfileres. Una vez terminada, habría de ocupar muchos volúmenes de envergadura, y combinar el interés anticuario con la utilidad profesional. Pero el doctor era amante de la elegancia literaria y de lo pintoresco; una anécdota, un rasgo de costumbres, una apostilla moral o un epíteto sonoro tenían todas las papeletas para imponerse a cualquier dato científico; un poco más, ¡y habría escrito la *Farmacopea comparada* en verso! El artículo «Mumia», por ejemplo, estaba ya concluido, aunque el resto de la obra no había progresado más allá de la letra A. Era de lo más copioso y entretenido, escrito con gracia y colorido, exacto, erudito, un artículo literario; pero difícilmente habría servido de orientación a un médico en ejercicio de nuestros días. El buen sentido práctico de su esposa la había llevado a señalárselo con implacable sinceridad;

pues el Diccionario se le leía en voz alta debidamente, entre el sopor y el desvelo, a medida que avanzaba hacia una conclusión infinitamente lejana; y al doctor le escocía un poco el asunto de las momias y a veces respondía a cualquier alusión con aspereza.

Después del almuerzo y de un tiempo prudencial de digestión, salía a caminar, a veces solo, a veces acompañado por Jean-Marie; pues la señora habría preferido cualquier penalidad antes que caminar.

Era, como ya he dicho, una persona muy ocupada, continuamente atareada con los bienes materiales, y capaz de dormirse sobre una novela en el instante en que se quedaba sin nada que hacer. Esto tenía el atenuante de que nunca roncaba ni se le descomponía el color del rostro mientras dormía. Al contrario, ofrecía la imagen perfecta de una comodidad lujosa y apetecible, y despertaba sin sobresalto en plena posesión de sus facultades. Me temo que en ella predominaba mucho el animal, pero era un animal muy agradable de tener cerca. Así las cosas, tenía poco trato con Jean-Marie; pero la simpatía que se había establecido entre ellos la primera noche permanecía intacta; mantenían conversaciones de vez en cuando, en su mayor parte sobre asuntos domésticos; para enorme decepción del doctor, en ocasiones salían juntos a ese templo de la superstición degradante que era la iglesia del pueblo; la señora y él, ambos con sus mejores galas dominicales, iban en coche dos veces al mes a Fontainebleau y regresaban cargados de compras; y en resumidas cuentas, aunque el doctor seguía considerándolos irreconciliablemente antipáticos, su relación era tan íntima, amistosa y confidencial como sus naturalezas permitían.

Me temo, sin embargo, que en el fondo de su corazón la señora despreciaba y compadecía al chico con toda la amabilidad del mundo. No le inspiraban admiración las virtudes de esa clase; a ella le gustaba el chico listo, educado, desenvuelto y pícaro, con la gorra en la mano, ligero de pie, capaz de sostener la mirada; le gustaba la locuacidad, el encanto, un pequeño vicio: la promesa de un segundo doctor Desprez. Y era su convicción inalterable que Jean-Marie era

corto de entendederas. —Pobrecito —había dicho en una ocasión—, ¡qué pena que sea tan torpe! Nunca había repetido esa observación, pues el doctor se había puesto hecho una fiera, denunciando la embotada tosquedad del entendimiento de su esposa, lamentando su suerte por haber tenido tan mal partido en el emparejamiento, y lo que a Anastasie más le llegó, amenazando la vajilla con el furor de sus aspavientos. Pero ella se mantuvo callada en su opinión; y cuando Jean-Marie estaba sentado, impasible, con la mente en blanco pero sin ser del todo infeliz, ante sus tareas inacabadas, ella aprovechaba la ausencia del doctor para acercarse a él, rodearle el cuello con los brazos, apoyar su mejilla en la de él y transmitirle su compasión por su apuro. —No te preocupes —le decía—; yo tampoco soy nada lista, y te puedo asegurar que en la vida eso no marca ninguna diferencia.

La opinión del doctor era, naturalmente, diferente. Ese caballero nunca se cansaba del sonido de su propia voz, que era, a decir verdad, bastante agradable de escuchar. Ahora tenía un oyente que no era tan cínicamente indiferente como Anastasie, y que a veces lo ponía a prueba con las objeciones más pertinentes. Además, ¿acaso no estaba educando al chico? Y la educación, en lo que coinciden los filósofos, es el más filosófico de los deberes. ¿Qué puede haber más celestial para el pobre género humano que ver cómo la propia afición se convierte en un deber para con el Estado? Entonces, en efecto, los caminos de la vida se convierten en caminos de deleite. Nunca había tenido el doctor motivo para sentirse más satisfecho con sus dotes. La filosofía fluía con suavidad de sus labios. Era un dialéctico tan ágil que podía rastrear sus disparates, cuando se le desafiaba, hasta alguna raíz sensata, y demostrar que eran una especie de flor en su sistema. Se escurría de las antinomias como un pez, y dejaba a su discípulo admirado ante la profundidad del rabino.

Sin embargo, en lo más hondo de su corazón, el doctor estaba decepcionado con el escaso éxito de su educación más formal. Un chico elegido por un observador tan perspicaz en atención a sus aptitudes, y conducido por el camino del saber por un instructor tan filosófico, estaba obligado, por la naturaleza del universo, a

progresar de manera más patente y duradera. El caso es que Jean-Marie era lento en todo e impenetrable en ciertas cosas; y su capacidad para olvidar estaba perfectamente a la par de su capacidad para aprender. Por eso el doctor apreciaba tanto sus lecciones peripatéticas, a las que el chico asistía puntualmente, que en general parecía disfrutar, y de las que con frecuencia sacaba provecho.

Muchas y muy variadas eran las conversaciones que mantenían; y la salud y la moderación resultaron ser el tema favorito de las divagaciones del doctor. A ellos volvía con amorosa constancia.

—Te conduzco —solía decir— por verdes praderas. Mi sistema, mis convicciones, mis medicamentos, se resumen en una sola frase: evitar los excesos. La bienaventurada naturaleza, la naturaleza sana y templada, aborrece y extermina el exceso. La ley humana, en esta materia, imita a gran distancia sus disposiciones; y nosotros debemos esforzarnos por complementar los esfuerzos de la ley. Sí, muchacho, debemos ser una ley para nosotros mismos y por nosotros mismos y para nuestros vecinos: *lex armata*: ley armada, enfática, tiránica. ¡Si ves a una ruina humana crapulosa aspirando rapé, arráncale la tabaquera! El juez, aunque en cierto modo sea un reconocimiento de la enfermedad, me resulta menos ofensivo que el médico o el sacerdote. Por encima de todo, el médico: ¡el médico y la basura purulenta de su farmacopea! El aire puro —de las proximidades de un pinar, a ser posible, por la trementina—, el vino sin adulterar, y las reflexiones de un espíritu sin sofisticar ante las obras de la naturaleza: estas, muchacho, son las mejores medicinas y los mejores consuelos religiosos. Dedícate a ellas. ¡Escucha! Ahí están las campanas de Bourron (el viento viene del norte; hará buen tiempo). ¡Qué claro y aéreo es el sonido! Los nervios se armonizan y se apaciguan; la mente se afina para el silencio; ¡y observa con qué facilidad y regularidad late el corazón! Un médico sin luces no vería nada en estas sensaciones; y sin embargo tú mismo percibes que son una parte de la salud. ¿Te has tomado la quina esta mañana? Bien. La quina también es obra de la naturaleza; al fin y al cabo, no es más que la corteza de un árbol que podríamos recoger nosotros

mismos si viviésemos en esa latitud. ¡Vaya mundo este! Aunque soy ateo declarado, me deleito dando testimonio en favor del mundo. ¡Mira los remedios y los placeres gratuitos que rodean nuestro camino! El río pasa junto al extremo del jardín: nuestro baño, nuestro estanque piscícola, nuestro sistema natural de drenaje. Hay un pozo en el patio que manda agua burbujeante desde el mismísimo corazón de la tierra, limpia, fresca y, con un poco de vino, muy saludable. La comarca es conocida por su salubridad; el reuma es la única enfermedad prevalente, y yo mismo nunca he tenido el menor asomo de él. Te digo, y mi opinión se basa en los procesos más fríos y claros de la razón, que si yo, si tú, desease abandonar este hogar de los placeres, sería el deber, sería el privilegio, de nuestro mejor amigo impedirnoslo de un pistoletazo.

Un hermoso día de junio se sentaron en la colina a las afueras del pueblo. El río, tan azul como el cielo, brillaba aquí y allá entre el follaje. Los incansables pájaros giraban y centelleaban alrededor del campanario de Gretz. Un viento saludable soplaba desde el bosque, y el sonido de innumerables miles de copas de árboles e innumerables millones y millones de hojas verdes se extendía por el aire, llenando el oído con algo a medio camino entre el susurro y el canto. Parecía como si cada brizna de hierba tuviese que esconder una cigarra; y los campos resonaban alegremente con su música, tintineando de cerca y de lejos como los cascabeles del trineo de la reina de las hadas. Desde su atalaya en la ladera, la vista abarcaba una amplia extensión de llanura poblada de álamos a un lado, las cimas ondulantes del bosque al otro, y Gretz en medio, un puñado de tejados. Bajo la vasta bóveda del cielo azul, el lugar parecía haberse reducido a un juguete. Resultaba increíble que allí viviese gente, y que encontrase espacio para moverse o aire que respirar, en semejante rincón del mundo. El pensamiento se le impuso al chico, quizá por primera vez, y lo expresó en palabras.

—¡Qué pequeño parece! —suspiró.

—Sí —respondió el doctor—, harto pequeño ahora. Y sin embargo, fue una ciudad amurallada; próspera, llena de burgueses

encopetados y hombres de armas, zumbando de actividad; con altos chapiteles, por lo que yo sé, y torres robustas a lo largo de las almenas. Mil chimeneas dejaban de humear al toque de queda. Había horcas en la puerta, tan abundantes como espantapájaros. En tiempo de guerra, el asalto se abalanzaba contra ella con escaleras, las flechas caían como hojas, los defensores salían en tropel por el puente levadizo, cada bando lanzaba sus gritos mientras manejaba las armas. ¿Sabes que las murallas se extendían hasta la Commanderie? Así lo recoge la tradición. ¡Ay, qué lejos queda todo ese tumulto! No queda nada de él salvo mis tranquilas palabras en tu oído, y la propia ciudad reducida a la aldehuela que tenemos debajo. Con el tiempo llegaron las guerras inglesas; ya conocerás más sobre los ingleses, un pueblo estúpido que a veces tropezó con el bien por accidente; y Gretz fue tomada, saqueada e incendiada. Es la historia de muchas ciudades; pero Gretz nunca se levantó; nunca fue reconstruida; sus ruinas fueron una cantera al servicio del crecimiento de sus rivales; y las piedras de Gretz están hoy erigidas en las calles de Nemours. Me complace que nuestra vieja casa fuese la primera en alzarse tras la catástrofe; cuando la ciudad llegó a su fin, ella inauguró la aldea.

—Yo también me alegro de eso —dijo Jean-Marie.

—Debería ser el templo de las virtudes más modestas —respondió el doctor con sabroso deleite—. Quizá una de las razones por las que quiero tanto a mi pequeña aldea es que tenemos una historia parecida, ella y yo. ¿Te he contado que en otro tiempo fui rico?

—Creo que no —respondió Jean-Marie—. No creo que lo hubiese olvidado. Lamento que perdiese su fortuna.

—¿Lo lamentas? —exclamó el doctor—. Vaya, resulta que apenas he comenzado tu educación. ¡Escúchame! ¿Preferirías vivir en la vieja Gretz o en la nueva, libre de las alarmas de la guerra, con el campo verde a la puerta, sin ruido, sin pasaportes, sin las exacciones de los soldados ni el ruido metálico de la campana del toque de queda que nos manda a la cama al ponerse el sol?

—Supongo que preferiría la nueva —respondió el chico.

—Exacto —replicó el doctor—; igual que yo. Y, del mismo modo, prefiero mi fortuna moderada actual a la riqueza de antes. ¡*Aurea mediocritas!*, clamaban los adorables antiguos; y me sumo a su entusiasmo. ¿Acaso no tengo buen vino, buena comida, buen aire, los campos y el bosque para mis paseos, una casa, una esposa admirable, un chico al que proclamo querer como a un hijo? Pues bien, si aún fuese rico, residiría sin duda alguna en París: ya conoces París; París y el Paraíso no son términos intercambiables. Este agradable rumor del viento entre las hojas trocado en el ensordecedor Babel de la calle, el estúpido resplandor del yeso en lugar de este sosegado juego de verdes y grises, los nervios destrozados, la digestión falsificada: ¡imagina la caída! Ya percibes las consecuencias: la mente se excita, el corazón lleva un compás diferente, y el hombre ya no es él mismo. Me he estudiado con pasión: ese es el verdadero cometido de la filosofía. Conozco mi carácter como el músico conoce los agujeros de su flauta. Si regresase a París, me arruinaría jugando; más aún: haría pedazos el corazón de mi Anastasie con infidelidades.

Esto fue demasiado para Jean-Marie. Que un lugar pudiese transformar de ese modo al más excelente de los hombres superaba su capacidad de crédito. París, protestó, era incluso un lugar agradable para vivir. —Ni cuando yo vivía en esa ciudad noté gran diferencia —alegó.

—¡Cómo! —exclamó el doctor—. ¿Acaso no robabas cuando estabas allí?

Pero al chico nunca fue posible convencerlo de que había hecho algo malo cuando robaba. Ni tampoco, a decir verdad, lo creía el propio doctor; pero ese caballero nunca era demasiado escrupuloso cuando necesitaba un argumento.

—Y ahora —concluyó—, ¿empiezas a entender? Mis únicos amigos fueron los que me arruinaron. Gretz ha sido mi academia, mi sanatorio, mi cielo de placeres inocentes. Si me ofreciesen millones,

los rechazaría: ¡*Retro, Sathanas!* ¡Atrás, Maligno! Fija tu mente en mi ejemplo; desprecia las riquezas, evita la influencia envilecedora de las ciudades. La higiene: la higiene y la mediocridad de fortuna: ¡que estas sean tus contraseñas de por vida!

El sistema higiénico del doctor coincidía de manera llamativa con sus gustos; y su retrato de la vida perfecta era una descripción fiel de la que él llevaba en ese momento. Pero es fácil convencer a un muchacho cuando se le suministran todos los datos para el debate. Y además, había algo admirable en la filosofía, que era el entusiasmo del filósofo. Nunca se vio a nadie más empeñado con más brío en disfrutar; y si no era un gran lógico —y por tanto no tenía derecho a convencer al intelecto—, era sin duda algo poeta, y poseía una fascinación capaz de seducir el corazón. Lo que no lograba en su humor habitual de radiante admiración hacia sí mismo y sus circunstancias, a veces lo conseguía en sus accesos de melancolía.

—Muchacho —solía decir—, evítame hoy. Si fuera supersticioso, hasta te rogaría que incluyeras mis intenciones en tus oraciones. Estoy en el acceso negro; el espíritu maligno del rey Saúl, la bruja del mercader Abudah, el demonio personal del monje medieval, está conmigo, está dentro de mí —y se daba golpecitos en el pecho—. Los vicios de mi naturaleza han tomado ahora las riendas; los placeres inocentes me cortejan en vano; añoro París, revolcarme en el fango. Mira —proseguía, sacando un puñado de plata—, me despojo a mí mismo, no se me puede confiar el precio de un billete. Tómallo, guárdamelo, malgástalo en golosinas nocivas, tíralo al fondo del río; homologaré lo que hagas. Sálvame de esa parte de mí mismo que yo mismo repudio. Si me ves vacilar, no dudes; si es necesario, idescarrila el tren! Hablo, naturalmente, en parábola. Cualquier extremo sería preferible a que yo llegara vivo a París.

Sin duda el doctor disfrutaba de estas pequeñas escenas, como variación en su papel; representaban el elemento byroniano en la poesía algo artificial de su existencia; pero para el muchacho, aunque era vagamente consciente de su teatralidad, significaban

algo más. El doctor quizá subestimaba demasiado, el muchacho quizá sobrevaloraba demasiado, la realidad y la gravedad de estas tentaciones.

Un día brilló para Jean-Marie una gran luz. —¿No podrían emplearse bien las riquezas? —preguntó.

—En teoría, sí —respondió el doctor—. Pero la experiencia demuestra que nadie lo hace. Todo el mundo cree que será la excepción cuando se enriquezca; pero la posesión embrutece, nacen nuevos deseos, y el gusto necio por la ostentación va royendo el corazón del placer.

—Entonces quizá estarías mejor si tuvieras menos —dijo el muchacho.

—Desde luego que no —respondió el doctor; pero su voz tembló al decirlo.

—¿Por qué? —preguntó la inocencia implacable.

El doctor Desprez vio todos los colores del arco iris a un tiempo; el universo estable parecía estar a punto de volcarse con él. —Porque —dijo, fingiendo deliberación tras una pausa evidente—, porque he organizado mi vida en función de mi renta actual. No es bueno para los hombres de mi edad verse violentamente separados de sus hábitos.

Fue un encontronazo desagradable. El doctor respiró con dificultad y cayó en el mutismo el resto de la tarde. En cuanto al muchacho, estaba encantado con la resolución de sus dudas; incluso se preguntaba cómo no había previsto aquella respuesta tan obvia y concluyente. Su fe en el doctor era una pieza sólida. Desprez tendía a ir un poco cargado de velas después de cenar, sobre todo con vino del Ródano, su debilidad predilecta. Entonces comentaba el calor de su afecto por Anastasie y, con las mejillas encendidas y una sonrisa laxa y confusa, disertaba sobre toda suerte de temas y soltaba ingeniosidades débiles e indiscretas. Pero el mozo de cuadra adoptado no se permitía albergar una duda que oliera a ingratitud. Bien puede ser que un hombre sea como un segundo padre para ti

y, sin embargo, beba demasiado; pero las mejores naturalezas son siempre lentas en aceptar tales verdades.

El doctor poseía de lleno su corazón, aunque quizá exageraba su influencia sobre su mente. Ciertamente, Jean-Marie adoptó algunas de las opiniones de su amo, pero aún tengo que enterarme de que renunciara alguna vez a las suyas. Las convicciones existían en él por derecho divino; eran vírgenes, en bruto, el metal tosco de la decisión. Podía añadir otras, pero no descartar las que ya tenía; ni tampoco le preocupaba que concordaran perfectamente entre sí; y sus placeres espirituales no tenían nada que ver con darles vueltas o justificarlas con palabras. Las palabras eran para él un mero adorno, como el baile. Cuando estaba solo, sus placeres eran casi vegetales. Se deslizaba hacia el bosque en dirección a Achères y se sentaba a la entrada de una cueva entre abedules grises. Su alma miraba directamente a través de sus ojos; no se movía ni pensaba; la luz del sol, las sombras delgadas meciéndose en el viento, el perfil de los abetos contra el cielo ocupaban y encadenaban sus facultades. Era unidad pura, un espíritu completamente abstraído. Un único estado de ánimo lo impregnaba todo, al que todos los objetos de los sentidos contribuían, como los colores del espectro se funden y desaparecen en la luz blanca.

Así, mientras el doctor se emborrachaba con palabras, el mozo de cuadra adoptado se aturdía con el silencio.

V. EL TESORO HALLADO

El carruaje del doctor era un cabriolé de dos ruedas con capota; una clase de vehículo muy apreciada entre los médicos rurales. ¡En cuántos caminos no lo has visto, a lo lejos entre los álamos!—¡en cuántas calles de aldea, atado a un poste de verja! Este tipo de armatoste está aquejado —sobre todo al trote— de una suerte de movimiento de cabeceo de lado a lado del eje, que bien le hace merecedor del apodo de Bamboleante. La capota traza un considerable arco contra el paisaje, con un efecto solemnemente absurdo en el peatón contemplativo. No se puede contar entre las cosas que contribuyen a la gloria el ir en semejante carruaje; pero

no me cabe duda de que puede ser útil en los males del hígado. De ahí, quizá, su gran popularidad entre los médicos.

Una mañana temprano, Jean-Marie sacó el Bamboleante del doctor, abrió el portón y subió al pescante. El doctor le siguió, ataviado de pies a cabeza con impoluto lino, armado con un descomunal paraguas color carne y ceñido con un maletín de botánica en bandolera; y el equipaje partió animosamente, levantando su propia brisa. Se dirigían a Franchard a recoger plantas con vistas a la *Farmacopea comparada*.

Tras un breve repiqueteo por las carreteras abiertas, llegaron a los límites del bosque y se metieron por un sendero poco frecuentado; el cabriolé se balanceó suavemente sobre la arena con un acompañamiento de ramitas que crujían. Una gran nube verde y susurrante de follaje congregado se cernía sobre sus cabezas. En las arcadas del bosque el aire conservaba la frescura de la noche. El porte atlético de los árboles, cada uno cargando su montaña de hojas, complacía a la mente como otras tantas estatuas; y las líneas de los troncos guiaban la vista con admiración hacia arriba, hasta donde las últimas hojas centelleaban en un retazo de azul. Las ardillas saltaban en el aire. Era el lugar apropiado para un devoto de la diosa Higía.

—¿Has estado en Franchard, Jean-Marie? —preguntó el doctor—. Supongo que no.

—Nunca —respondió el muchacho.

—Son unas ruinas en una hondonada —prosiguió Desprez, adoptando su tono expositivo—; las ruinas de un eremitorio y una capilla. La historia nos dice mucho sobre Franchard: cómo los salteadores mataban a menudo al ermitaño; cómo vivía con una dieta más que insuficiente; cómo se esperaba que pasara sus días en oración. Se conserva una carta dirigida a uno de estos solitarios por el superior de su orden, llena de admirables consejos higiénicos; en ella le exhortaba a pasar del libro a la oración y de vuelta al libro, por variación, y cuando estuviera cansado de ambas cosas a

pasearse por su huerto y observar las abejas. Es, aún hoy, mi propio sistema. A menudo me habrás visto abandonar la *Farmacopea* —a veces incluso a mitad de una frase— para salir al sol y al aire.

Admiro de corazón al autor de esa carta; era un hombre que reflexionaba sobre los asuntos más importantes. Pero, en fin, de haber vivido en la Edad Media —y me alegra de todo corazón no haberlo hecho—, yo habría sido eremita, de no haber sido bufón de profesión. Estas eran las únicas vidas filosóficas que entonces se abrían: la risa o la oración; las burlas, podríamos decir, y las lágrimas. Hasta que no amaneció el sol del Positivismo, el hombre sabio tenía que elegir entre las dos.

—Yo he sido bufón, claro —observó Jean-Marie.

—No puedo imaginar que hayas sobresalido en tu profesión —dijo el doctor, admirando la gravedad del muchacho—. ¿Ríes alguna vez?

—Oh, sí —respondió el otro—. Me río a menudo. Me gustan mucho los chistes.

—¡Criatura singular! —dijo Desprez—. Pero me estoy yendo por las ramas (noto de mil maneras que me hago viejo). Franchard fue finalmente destruido en las guerras con los ingleses, las mismas que arrasaron Gretz. Pero —aquí está la clave— los ermitaños (pues ya había más de uno) habían previsto el peligro y ocultaron cuidadosamente los vasos sagrados. Esos vasos tenían un valor monstruoso, Jean-Marie —monstruoso—; incalculables, podríamos decir; trabajados con exquisitez, de materia exquisita. Y ahora, escúchame bien: nunca han sido encontrados. En el reinado de Luis XIV, unos hombres estaban cavando cerca de las ruinas. De repente, ¡toc!, la pala chocó con un obstáculo. Imagínate a los hombres haciéndose bromas entre sí; imagínate cómo les latía el corazón, cómo se les iba y venía el color de la cara. Era un cofre, ¡y en Franchard, el lugar del tesoro enterrado! Lo abrieron de golpe como bestias hambrientas. ¡Ay! No era el tesoro; sólo unos ornamentos sacerdotales que, al contacto del aire devorador, se desmoronaron sobre sí mismos y se convirtieron al instante en polvo. El sudor de aquellos buenos hombres se les heló en el cuerpo, Jean-Marie. Te

juego mi reputación a que, si soplaba algo parecido a un viento cortante, alguno se llevó una pulmonía por su trabajo.

—Me habría gustado ver cómo se convertían en polvo —dijo Jean-Marie—. Por lo demás, no me habría importado tanto.

—No tienes imaginación —exclamó el doctor—. Imagínate la escena. Deléitate en la idea: un gran tesoro reposando en la tierra durante siglos; la materia prima para una existencia ebria, abundante y opulenta sin ser empleada; vestidos y cuadros exquisitos sin ser vistos; los caballos más veloces sin mover un casco, detenidos por un hechizo; mujeres con la hermosa facultad de la sonrisa sin sonreír; naipes, dados, canto de ópera, orquestas, castillos, bellos parques y jardines, grandes barcos con una torre de lona, todo yaciendo sin nacer en un ataúd, y los árboles estúpidos creciendo encima a la luz del sol, año tras año. El solo pensamiento enloquece a uno.

—Solo es dinero —respondió Jean-Marie—. Haría daño.

—¡Vamos, hombre! —exclamó Desprez—. Eso es filosofía; está muy bien, pero no viene al caso ahora mismo. Y además, no es «solo dinero», como dices tú; hay obras de arte en cuestión; los vasos están tallados. Hablas como un niño. Me fastidias sobremanera, citando mis palabras fuera de toda conexión lógica, como un papagayo.

—Y en cualquier caso, nosotros no tenemos nada que ver con eso —repuso el muchacho sumisamente.

En ese momento llegaron a la Route Ronde; y el brusco paso al empedrado traqueteante, combinado con la irritación del doctor, lo mantuvo en silencio. El cabriolé avanzaba a sacudidas; los árboles iban quedando atrás, contemplando en silencio, como si tuvieran algo en la mente. Pasaron el Cuadrilátero; luego llegaron a Franchard. Dejaron el caballo en la pequeña y solitaria posada y salieron a pasear. La hondonada estaba teñida intensamente de brezo; las rocas y los abedules brillaban luminosos al sol. Un gran zumbido de abejas en torno a las flores dispuso a Jean-Marie a

dormitar, y se sentó contra un matorral de brezo mientras el doctor iba y venía con presteza, dando giros bruscos, recogiendo sus plantas medicinales.

La cabeza del muchacho había caído ligeramente hacia delante, tenía los ojos cerrados y los dedos relajados sobre las rodillas, cuando un grito repentino lo puso en pie. Era un sonido extraño, breve y agudo; cayó muerto, y el silencio volvió como si nunca hubiera sido interrumpido. No había reconocido la voz del doctor; pero, como no había nadie más en todo el valle, era evidente que Desprez era quien había emitido aquel sonido. Miró a un lado y al otro, y allí estaba Desprez, de pie en un nicho entre dos peñascos, mirando a su hijo adoptivo con un semblante blanco como el papel.

—¡Una víbora! —gritó Jean-Marie, corriendo hacia él—. ¡Una víbora! ¡Te han mordido!

El doctor bajó pesadamente del hueco y avanzó en silencio al encuentro del muchacho, al que agarró bruscamente por el hombro.

—Lo he encontrado —dijo, con un jadeo.

—¿Una planta? —preguntó Jean-Marie.

Desprez tuvo un acceso de alegría antinatural que los peñascos recogieron y remedaron. —¡Una planta! —repitió con desdén—. Bueno..., sí..., una planta. Y aquí —añadió de repente, mostrando la mano derecha, que hasta entonces había mantenido oculta a su espalda—, aquí hay uno de los bulbos.

Jean-Marie vio un plato sucio, cubierto de tierra.

—¿Eso? —dijo—. ¡Si es un plato!

—Es un carruaje de caballos —exclamó el doctor—. Muchacho —prosiguió, enardecido—, aparté un gran tapón de musgo de entre estos peñascos y dejé al descubierto una grieta; y al mirar adentro, ¿qué crees que vi? Vi una casa en París con patio y jardín, vi a mi esposa resplandeciendo de diamantes, me vi a mí mismo como diputado, te vi a ti... bueno, vi... vi tu futuro —concluyó, algo deslucido—. Acabo de descubrir América —añadió.

—Pero ¿qué es? —preguntó el muchacho.

—¡El tesoro de Franchard! —gritó el doctor; y arrojando su sombrero de paja marrón al suelo, aulló como un indio y se abalanzó sobre Jean-Marie, al que sofocó entre abrazos y regó de lágrimas. Luego se tiró entre el brezo y volvió a reír hasta que resonó el valle.

Pero el muchacho tenía ahora su propio interés, el interés de un muchacho. Nada más quedar libre del abrazo del doctor, corrió hacia los peñascos, saltó al nicho y, metiendo la mano en la grieta, fue sacando uno tras otro, incrustados en la tierra de los siglos, los cálices, candelabros y patenas del eremitorio de Franchard. Una arqueta salió la última, bien cerrada y muy pesada.

—¡Qué divertido! —exclamó.

Pero al volverse hacia el doctor, que le había seguido de cerca y observaba en silencio, las palabras se le murieron en los labios. Desprez volvía a tener el color de las cenizas; le trabajaban y temblaban los labios; una especie de codicia bestial se había apoderado de él.

—Esto es una niñería —dijo—. Perdemos un tiempo precioso. Vuelve a la posada, engancha el carruaje y tráelo a aquel ribazo. Corre a toda velocidad, y recuerda: ni un susurro. Yo me quedo aquí de guardia.

Jean-Marie hizo lo que se le ordenaba, aunque no sin extrañeza. El cabriolé fue llevado al lugar indicado; y los dos fueron transportando gradualmente el tesoro de su escondite al baúl bajo el asiento del pescante. Una vez todo bien guardado, el doctor recobró su alegría.

—Rindo mis agradecidos tributos al genio de este barranco —dijo—. ¡Oh, por una brasa encendida, una ternera y un jarro de vino de la tierra! Estoy en vena para el sacrificio, para una libación soberbia. Pero, ¿y por qué no? Estamos en Franchard. Hay cerveza rubia inglesa disponible; no es clásica, desde luego, pero excelente. Muchacho, beberemos cerveza.

—Pero creía que era muy poco saludable —dijo Jean-Marie—, y además muy cara.

—¡Pamplinas! —exclamó el doctor alegremente—. ¡A la posada!

Y subió al cabriolé, echando la cabeza hacia atrás con un aire elástico y juvenil. Dieron la vuelta al caballo y a los pocos segundos se detuvieron junto a la valla del jardín de la posada.

—Aquí —dijo Desprez—, aquí, junto a la mesa, para que podamos tener un ojo en las cosas.

Ataron el caballo y entraron en el jardín; el doctor cantando, ahora en notas de fantástico agudo, ahora haciendo resonar recias reverberaciones en su pecho. Tomó asiento, golpeó ruidosamente la mesa, asaltó al camarero con ingeniosidades; y cuando por fin apareció la botella de Bass, cargada de gas mucho más que el champán más delirante, llenó un largo vaso de espuma y lo empujó hacia Jean-Marie. —Bebe —dijo—, bebe hondo.

—Preferiría no hacerlo —vaciló el muchacho, fiel a su formación.

—¿Qué? —tronó Desprez.

—Me da miedo —dijo Jean-Marie—; mi estómago...

—Tómala o déjala —interrumpió Desprez con fiereza—; pero entiéndelo de una vez: no hay nada tan despreciable como un quisquilloso.

¡Vaya lección nueva! El muchacho se quedó desconcertado, mirando el vaso sin probarlo, mientras el doctor vaciaba y volvía a llenar el suyo, al principio con el ceño fruncido, pero poco a poco cediendo al sol, a la bebida embriagadora y efervescente, y a su propia predisposición a la felicidad.

—Por una vez —dijo al final, como concesión a la actitud más rigurosa del muchacho—, por una vez, y en un momento tan crítico, esta cerveza es un néctar para los dioses. El hábito, eso sí, es degradante; el vino, el jugo de la uva, es la verdadera bebida del francés, como he tenido ocasión de señalar a menudo; y no sé si

puedo culparte por rechazar este estimulante foráneo. Puedes tomar vino y pasteles. ¿Se ha acabado la botella? Bien, no seamos orgullosos; tendremos compasión de tu vaso.

Terminada la cerveza, el doctor se consumió amargamente mientras Jean-Marie acababa sus pasteles. —Me muero de impaciencia por marchar —dijo, mirando su reloj—. ¡Santo cielo, qué despacio comes! Y sin embargo, comer despacio era la recomendación que él mismo prescribía, ¡el gran secreto de la longevidad!

Su martirio llegó al fin a su término; los dos ocuparon de nuevo sus asientos en el cabriolé, y Desprez, recostado con lujo hacia atrás, anunció su intención de ir a Fontainebleau.

—¿A Fontainebleau? —repitió Jean-Marie.

—Mis palabras son siempre medidas —dijo el doctor—. ¡Adelante!

El doctor fue conducido por las alamedas del paraíso; el aire, la luz, las hojas relucientes, hasta los mismos movimientos del vehículo parecían sintonizar con sus doradas meditaciones; con la cabeza echada hacia atrás, soñó una serie de visiones luminosas, con la cerveza y el placer bailando en sus venas. Al cabo, habló.

—Telegrafiaré a Casimir —dijo—. ¡El bueno de Casimir! Un individuo del orden inferior de inteligencia, Jean-Marie, decididamente sin creatividad, sin poetismo; y sin embargo, te merece la pena estudiarlo; su fortuna es inmensa, y se debe enteramente a sus propios esfuerzos. Es justo el hombre indicado para ayudarnos a deshacernos de nuestras baratijas, encontrarnos una casa adecuada en París y ocuparse de los detalles de nuestra instalación. ¡El admirable Casimir, uno de mis más antiguos camaradas! Fue siguiendo su consejo, debo añadir, que invertí mi pequeña fortuna en bonos turcos; cuando hayamos añadido estos despojos de la Iglesia medieval a nuestra participación en el imperio mahometano, muchacho, positivamente nos revolcaremos en doblones, ¡positivamente nos revolcaremos! Hermoso bosque —exclamó—, ¡adiós! Aunque me llamen a otras escenas, no te

olvidaré. Tu nombre está grabado en mi corazón. Bajo la influencia de la prosperidad me vuelvo ditirámico, Jean-Marie. Tal es el impulso del alma natural; tal era la constitución del hombre primitivo. Y yo... bueno, no rechazaré el mérito, he preservado mi juventud como una virginidad; otro que hubiera llevado la misma existencia soñolienta y provinciana durante estos años, se habría oxidado, se habría vuelto estereotipado; pero yo, alabando mi feliz constitución, conservo intacto el resorte. La opulencia próxima y un nuevo horizonte de deberes me encuentran sin merma de ardor y sólo más maduro por el conocimiento. Por este cambio venidero, Jean-Marie, que quizá te haya sorprendido. Dime ahora, ¿no te pareció una inconsistencia? Confiesa, es inútil disimular, ¿no te dolió?

—Sí —dijo el muchacho.

—¿Lo ves? —respondió el doctor con sublime fatuidad—. ¡Leo tus pensamientos! Ni me sorprende: tu educación aún no está completa; los deberes superiores de los hombres no te han sido expuestos todavía en toda su plenitud. Por ahora deberá bastar una insinuación, hasta que tengamos tiempo. Ahora que estoy de nuevo en posesión de una fortuna modesta; ahora que me he preparado durante tan largo tiempo en silenciosa meditación, me corresponde como deber superior marchar a París. Mi formación científica, mi indudable dominio del lenguaje, me señalan para el servicio de mi país. La modestia en tal caso sería una trampa. Si el pecado fuera una expresión filosófica, lo llamaría pecaminoso. Un hombre no debe negar sus capacidades manifiestas, pues eso equivale a eludir sus obligaciones. Debo levantarme y actuar; no debo ser un desertor en la batalla de la vida.

Y así parloteó copiosamente, engrasando a fuerza de palabras la juntura de su inconsistencia; mientras el muchacho escuchaba en silencio, los ojos fijos en el caballo, la mente en efervescencia. Era elocuencia perdida; ningún aluvión de palabras podía conmover una convicción de Jean-Marie; y llegó a Fontainebleau lleno de compasión, horror, indignación y desesperación.

En la ciudad dejaron a Jean-Marie clavado en el pescante para custodiar el tesoro; mientras el doctor, con un aire singular de ligereza levemente achispada, revoloteaba de café en café, donde estrechaba la mano de oficiales de la guarnición y preparaba un ajenjo con la precisión del viejo experto; de tienda en tienda, de las que regresaba cargado con frutas selectas, tortuga auténtica, una magnífica pieza de seda para su esposa, un bastón estrafalario para él y un quepis de la última moda para el muchacho; de la oficina de telégrafos de vuelta y vuelta, desde donde despachó su telegrama y donde tres horas más tarde recibió una respuesta prometiendo una visita para el día siguiente; e impregnó en general Fontainebleau con la primera y exquisita fragancia de su divino buen humor.

El sol estaba muy bajo cuando volvieron a ponerse en marcha; las sombras de los árboles del bosque se extendían a través del ancho camino blanco que los llevaba a casa; el olor penetrante del bosque vespertino ya había ascendido, como una nube de incienso, desde aquella amplia extensión de copas; e incluso en las calles de la ciudad, donde el aire había estado cociendo todo el día entre paredes blancas, llegaba en bocanadas e impulsos, como una música lejana. A mitad de camino a casa, el último destello dorado desapareció de un gran roble a la izquierda; y cuando salieron de los límites del bosque, la llanura ya estaba hundida en una grisalla nacarada, y una gran luna pálida fue columpiándose hacia lo alto entre los álamos tenues.

El doctor cantó, el doctor silbó, el doctor habló. Habló de los bosques, y de las guerras, y de la deposición del rocío; se animó y parloteó sobre París; se encumbró en grandilocuente bombástica sobre las glorias de la arena política. Todo iba a cambiar; al irse el día, se llevaba con él los vestigios de una existencia caduca, y el sol de mañana habría de inaugurar la nueva. —¡Basta —exclamó— de esta vida de maceración! Su esposa (todavía hermosa, o él era tristemente parcial) no iba a seguir enterrada; brillaría ahora ante la sociedad. Jean-Marie encontraría el mundo a sus pies; los caminos abiertos al éxito, la riqueza, el honor y la fama póstuma. —Y, a propósito —dijo—, ¡por el amor de Dios, guarda bien la lengua! Eres,

naturalmente, un muchacho muy callado; es una cualidad que reconozco con agrado en ti: ¡el silencio, el dorado silencio! Pero esto es un asunto grave. No debe trascender ni una palabra; nadie salvo el buen Casimir es de fiar; probablemente nos deshagamos de los vasos en Inglaterra.

—Pero ¿acaso son siquiera nuestros? —dijo el muchacho, casi con un sollozo —fue la única vez que habló.

—Nuestros en el sentido de que no son de nadie más —respondió el doctor—. Pero el Estado tendría algún derecho. Si los robaran, por ejemplo, no podríamos exigir su restitución; no tendríamos título; ni siquiera podríamos comunicárnoslo a la policía. Tal es la monstruosa condición de la ley.[3] Es un mero ejemplo de lo que queda por hacer, de las injusticias que aún puede subsanar un diputado ardiente, activo y filosófico.

Jean-Marie puso su fe en madame Desprez; y mientras avanzaban por el camino de Bourron, entre los álamos susurrantes, rezó entre dientes y azuzó al caballo a una velocidad inusual. Seguramente, en cuanto llegaran, madame pondría de manifiesto su carácter y pondría fin a esta pesadilla despierta.

Su entrada en Gretz fue anunciada y acompañada por un ladrido furiosísimo; todos los perros del pueblo parecían oler el tesoro en el cabriolé. Pero no había nadie en la calle, salvo tres pintores de paisaje holgazaneando en la puerta de Tentaillon. Jean-Marie abrió el portón verde y metió dentro el caballo y el carruaje; y casi al mismo momento madame Desprez salió al umbral de la cocina con un farol encendido; pues la luna no había subido aún lo bastante para sobrepasar los muros del jardín.

—¡Cierra las verjas, Jean-Marie! —gritó el doctor, apeándose con cierta inseguridad—. Anastasie, ¿dónde está Aline?

—Ha ido a Montereau a ver a sus padres —respondió madame.

—¡Todo es para bien! —exclamó el doctor con fervor—. Ven, rápido, acércate; no quiero hablar demasiado alto —continuó—. Cariño, ¡somos ricos!

—¡Ricos! —repitió la esposa.

—He encontrado el tesoro de Franchard —respondió su marido—. Mira, aquí están los primeros frutos: una piña, un vestido para mi siempre bella, le sentará de maravilla; ¡fíate del gusto de un marido, fíate del gusto de un enamorado! ¡Abrázame, cariño! Este lúgubre episodio ha terminado; la mariposa despliega sus alas pintadas. Mañana vendrá Casimir; en una semana podríamos estar en París, ¡felices por fin! Tendrás diamantes. Jean-Marie, sácalo del maletero con suma delicadeza y llévalo pieza a pieza al comedor. ¡Tendremos vajilla de plata en la mesa! Cariño, date prisa y prepara esa tortuga; será un aperitivo: un complemento a nuestra escasa mesa diaria. Yo mismo bajaré a la bodega. Tomaremos una botella de ese Beaujolais que tanto te gusta y acabaremos con el Hermitage; aún quedan tres botellas. Vino digno para una ocasión digna.

—Pero, marido mío, me tienes mareada —exclamó ella—. No lo entiendo.

—¡La tortuga, amor mío, la tortuga! —gritó el doctor; y la empujó hacia la cocina, farol y todo.

Jean-Marie se quedó estupefacto. Se había imaginado una escena distinta, una protesta más inmediata, y su esperanza empezó a menguar en ese mismo instante.

El doctor estaba en todas partes, con las piernas quizá un poco vacilantes y apoyándose de vez en cuando en la pared con el hombro; pues hacía mucho que no probaba la absenta, y en ese mismo momento reflexionaba que la absenta había sido un error de cálculo. No es que lamentara el exceso en un día tan glorioso, pero se hizo una nota mental para andarse con cuidado; no debía convertirse de nuevo en víctima de un hábito pernicioso. Sacó el vino de la bodega en un santiamén; colocó los recipientes del sacrificio, unos sobre el mantel blanco, otros en el aparador, todavía cubiertos de tierra histórica. Entraba y salía de la cocina, sirviéndole copas de vermut a Anastasie sin parar, encendiéndola con vislumbres del futuro, calculando su nueva riqueza en cifras cada vez mayores;

y antes de sentarse a cenar, la virtud de la dama se había derretido en el fuego de su entusiasmo, su timidez había desaparecido; también ella había empezado a hablar con desdén de la vida en Gretz; y al sentarse y servir la sopa, sus ojos brillaban con el resplandor de los diamantes por venir.

Durante toda la cena, ella y el doctor trazaron y deshicieron planes de ensueño. Se inclinaban y brindaban mutuamente. Sus rostros rebosaban de sonrisas; sus ojos lanzaban destellos mientras proyectaban los honores políticos del doctor y las ovaciones de salón de la dama.

—¡Pero no serás un rojo! —exclamó Anastasie.

—Soy de centro-izquierda hasta la médula —respondió el doctor.

—Madame Gastein nos presentará; nos encontraremos con que nos han olvidado —dijo la dama.

—Nunca —protestó el doctor—. La belleza y el talento dejan huella.

—Francamente, he olvidado cómo vestirme —suspiró ella.

—Cariño, me haces sonrojar —exclamó él—. ¡El tuyo ha sido un matrimonio trágico!

—¡Pero tu éxito, verte apreciado, honrado, tu nombre en todos los periódicos, eso será más que un placer: será el paraíso! —exclamó ella.

—Y una vez a la semana —dijo el doctor, escandiendo las sílabas con picardía—, una vez a la semana, ¿una buena partidita de bacará?

—¿Solo una vez a la semana? —preguntó ella, amenazándole con el dedo.

—Lo juro por mi honor político —exclamó él.

—Te mimo demasiado —dijo ella, y le dio la mano.

Él la cubrió de besos.

Jean-Marie se escabulló hacia la noche. La luna brillaba alta sobre Gretz. Bajó hasta el extremo del jardín y se sentó en el embarcadero. El río pasaba con remolinos de plata aceitosa y un murmullo bajo y monótono. Tenuos velos de niebla se movían entre los álamos de la orilla opuesta. Los juncos se mecían en silencio. Ya cien veces se había sentado el muchacho en una noche así, contemplando el río en movimiento con la fantasía tranquila. Y quizá aquélla fuera la última. Tendría que abandonar esa aldea familiar, ese campo verde y susurrante, ese río luminoso y sereno; tendría que pasar a la gran ciudad; su querida señora se pavonearía engalanada por los salones; su bondadoso, parlanchín y afectuoso amo se convertiría en un diputado pendenciero; y ambos se perderían para siempre para Jean-Marie y para su mejor ser. Conocía sus propios defectos; sabía que tendría que hundirse cada vez más en la irrelevancia en el torbellino de la vida ciudadana, descendiendo sin remedio de niño a criado. Y empezó a creer vagamente en las profecías de mal del doctor. Podía ver un cambio en ambos. Su generosa incredulidad le falló por una vez; cualquier niño habría percibido que el Hermitage había completado lo que la absenta había comenzado. Si así era el primer día, ¿cómo sería el último? «Si es necesario, descarrila el tren», pensó, recordando la parábola del doctor. Miró a su alrededor la deliciosa escena; respiró hondo el aire encantado de la noche, cargado con el aroma del heno. «Si es necesario, descarrila el tren», repitió. Y se levantó y volvió a la casa.

VI. UNA INVESTIGACIÓN CRIMINAL, EN DOS PARTES

A la mañana siguiente se produjo un alboroto de lo más inusitado en casa del doctor. Lo último antes de acostarse, el doctor había guardado bajo llave algunos objetos de valor en el armario del comedor; y he aquí que, al levantarse de nuevo, como solía hacer hacia las cuatro de la madrugada, el armario había sido forzado y los objetos en cuestión habían desaparecido. Madame y Jean-Marie fueron convocados desde sus habitaciones y aparecieron con prisas a medio vestir; encontraron al doctor desvariando, llamando al cielo como testigo y vengador de su agravio, paseándose por la

habitación descalzo, con los faldones de su camisón revoloteando al girar.

—¡Se han ido! —dijo—. ¡Las cosas se han ido, la fortuna se ha ido! Volvemos a ser unos pobres. ¡Muchacho! ¿Qué sabes tú de esto? Habla, señor, habla. ¿Lo sabes? ¿Dónde están? —Lo había agarrado del brazo y lo sacudía como a un saco, y las palabras del muchacho, si es que tenía alguna, salían entrecortadas en murmullos inarticulados. El doctor, con una repentina repugnancia hacia su propia violencia, lo soltó. Observó que Anastasie estaba llorando—. Anastasie —dijo con una voz completamente distinta—, componte, domina tus sentimientos. No quisiera que te entregases a la pasión como la gente vulgar. Este... este insignificante percance hay que superarlo. Jean-Marie, tráeme el maletín de medicamentos más pequeño. Está indicado un laxante suave.

Y medicó a toda la familia, dando él mismo ejemplo con el doble de dosis. La desventurada Anastasie, que no había estado enferma en toda su vida y cuya alma se resistía a los remedios, lloraba a mares mientras bebía a sorbitos, y temblaba, y protestaba, y luego era intimidada y zarandeada a gritos hasta que bebía de nuevo. En cuanto a Jean-Marie, se tomó su parte con estoicismo.

—Le he dado una dosis menor —observó el doctor—; su juventud le protege de la emoción. Y ahora que hemos conjurado así cualquier consecuencia mórbida, razonemos.

—Tengo tanto frío —gimió Anastasie.

—¡Frío! —exclamó el doctor—. Doy gracias a Dios de estar hecho de una materia más ardiente. Vaya, madame, un golpe como este haría sudar a una rana. Si tienes frío, puedes retirarte; y, de paso, podrías bajarme los pantalones de arriba. Las piernas están que pelan.

—¡Oh, no! —protestó Anastasie—. Me quedo contigo.

—No, madame, no tendrás que sufrir por tu devoción —dijo el doctor—. Yo mismo iré a buscarte un chal. —Y subió las escaleras y volvió más vestido y con los brazos cargados de mantas para la

temblorosa Anastasie—. Y ahora —reanudó—, a investigar este crimen. Procedamos por inducción. Anastasie, ¿sabes algo que pueda ayudarnos? —Anastasie no sabía nada—. ¿Y tú, Jean-Marie?

—Yo no —respondió el muchacho con firmeza.

—Bien —dijo el doctor—. Ahora dirigiremos nuestra atención a las pruebas materiales. (Nací para ser detective; tengo el ojo y el espíritu sistemático.) Primero, se empleó violencia. La puerta fue forzada; y puede observarse, de paso, que la cerradura era bien cara para lo que pagué por ella: una cuenta que saldar con el maestro Goguelat. Segundo, aquí está el instrumento empleado, uno de nuestros propios cuchillos de mesa, uno de los mejores, querida; lo que parece indicar ninguna preparación por parte de la banda, si es que fue una banda. Tercero, observo que no se ha llevado nada excepto las piezas de Franchard y el cofre; nuestra propia plata ha sido respetada escrupulosamente. Eso es astuto; demuestra inteligencia, conocimiento del código, el deseo de evitar consecuencias legales. De este hecho deduzco que la banda cuenta entre sus miembros con personas de respetabilidad: aparente, por supuesto, y meramente aparente, como lo demuestra el robo. Pero deduzco, en segundo lugar, que debimos de ser observados en el propio Franchard por algún observador oculto, y seguidos durante todo el día con una habilidad y una paciencia que me atrevo a calificar de consumadas. Ningún hombre corriente, ningún criminal ocasional, habría sido capaz de semejante combinación. Tenemos en nuestro vecindario, y no es nada improbable, a un bandido retirado de la más alta inteligencia.

—¡Dios mío! —exclamó la horrorizada Anastasie—. Henri, ¿cómo puedes?

—Querida mía, esto es un proceso de inducción —dijo el doctor—. Si alguno de mis pasos es erróneo, corrígeme. ¿Callas? Pues no seas, te lo ruego, tan vulgarmente ilógica como para rebelarte contra mi conclusión. Hemos llegado ahora —reanudó— a una cierta idea sobre la composición de la banda, pues me inclino por la hipótesis de que son más de uno, y dejamos ahora esta habitación,

que no puede revelarnos más, y dirigimos nuestra atención al patio y el jardín. (Jean-Marie, confío en que estás siguiendo con atención mis distintos pasos; esto es una excelente lección para ti.) Ven conmigo a la puerta. No hay huellas en el patio; es una lástima que nuestro patio esté empedrado. ¡De qué pequeñas cosas depende el destino de estas delicadas investigaciones! ¡Eh! ¿Qué tenemos aquí? Los he conducido al mismísimo lugar —dijo, retrocediendo con garbo y señalando la puerta verde—. Ha tenido lugar, como podéis ver por vosotros mismos, una escalada.

En efecto, la pintura verde estaba arañada y descascarillada en varios puntos; y uno de los paneles conservaba la huella de un zapato claveteado. Sin embargo, el pie había resbalado, y era difícil estimar el tamaño del zapato e imposible distinguir el dibujo de las tachuelas.

—El robo al completo —concluyó el doctor— ha sido reconstituido, paso a paso. La ciencia inductiva no puede ir más lejos.

—Es maravilloso —dijo su esposa—. Tendrías que haber sido detective de verdad, Henri. No tenía ni idea de tus talentos.

—Querida —respondió Desprez con condescendencia—, un hombre de imaginación científica aún a las facultades menores; es detective del mismo modo que es publicista o general; no son más que aplicaciones locales de su talento especial. Pero ahora —continuó—, ¿quieres que vaya más lejos? ¿Quieres que señale a los culpables, o más bien, pues no puedo prometer tanto, que os indique la mismísima casa donde se reúnen? Puede ser una satisfacción; al menos es todo lo que podemos esperar, ya que nos está vedada la vía legal. Llego a esta fase ulterior del siguiente modo. Para completar mi reconstrucción del robo, necesito un hombre dado a holgazanear por el bosque, necesito un hombre con instrucción, necesito un hombre por encima de las consideraciones morales. Los tres requisitos se centran en los huéspedes de Tentaillon. Son pintores, por tanto, se pasan el tiempo vagando por el bosque. Son pintores, por tanto, no es improbable que tengan algún barniz de educación. Por último, como son pintores,

probablemente son inmorales. Y esto lo demuestro de dos maneras. Primera, la pintura es un arte que se dirige únicamente al ojo; no ejercita en ningún aspecto el sentido moral. Y segunda, la pintura, al igual que todas las demás artes, implica la peligrosa cualidad de la imaginación. ¡Un hombre de imaginación nunca es moral; se eleva por encima de las demarcaciones literales y examina la vida bajo demasiadas luces cambiantes para contentarse con las odiosas distinciones de la ley!

—Pero tú siempre dices, al menos así lo entendí yo —dijo madame— que esos muchachos no muestran imaginación alguna.

—Querida, demostraron imaginación, y de un orden muy fantástico, además —respondió el doctor—, cuando abrazaron su miserable profesión. Además, y este es un argumento exactamente adecuado a tu nivel intelectual, muchos de ellos son ingleses y americanos. ¿Dónde si no esperaríamos encontrar a un ladrón? Y ahora será mejor que tomes el café. El haber perdido un tesoro no es razón para morirse de hambre. Yo, por mi parte, romperé el ayuno con vino blanco. Me siento inexplicablemente acalorado y sediento hoy. Solo puedo atribuirlo al shock del descubrimiento. Y sin embargo, me darás la razón, he soportado la emoción con nobleza.

El doctor había vuelto a hablarse hasta alcanzar un humor admirable; y mientras se sentaba en el cenador y bebía lentamente una generosa ración de vino blanco y picoteaba un poco de pan y queso sin demasiado apetito, si un tercio de sus meditaciones giraban en torno al tesoro desaparecido, los otros dos tercios se entretenían más agradablemente en el recuerdo de su habilidad detectivesca.

Hacia las once llegó Casimir; había tomado un tren temprano a Fontainebleau y había venido en coche de punto para ganar tiempo; su coche estaba ahora guardado en Tentailon's, y observó, consultando su reloj, que podía disponer de una hora y media. Era muy hombre de negocios: hablaba con decisión y tenía la costumbre de fruncir el ceño de un modo intelectual. Hermano carnal de

Anastasia, no malgastó mucho sentimiento con la dama; le dio un beso familiar a la inglesa y exigió una comida sin demora.

—Me cuentas la historia mientras comemos —observó—. ¿Hay algo bueno hoy, Stasia?

Le prometieron algo bueno. El trío se sentó a la mesa en el cenador, Jean-Marie sirviendo además de comer, y el doctor narró lo ocurrido con su más florido estilo narrativo. Casimir lo escuchó entre carcajadas.

—Qué golpe de suerte para vosotros, querido cuñado —observó, cuando el relato terminó—. Si hubierais ido a París, habríais despilfarrado el cargamento entero en tres meses. El vuestro propio habría seguido; y habríais venido a mí en procesión como la última vez. Pero os lo advierto: Stasia puede llorar y Henri *raciocinar*; eso no os servirá dos veces. Vuestro próximo hundimiento será fatal. ¿No te lo había dicho, Stasia? ¿Eh? ¿Sin remedio?

El doctor se estremeció y miró de reojo a Jean-Marie; pero el muchacho parecía apático.

—Y además —estalló Casimir—, ¡qué niños sois, niños viciosos, por mi fe! ¿Cómo podíais saber el valor de esa basura? Podría no haber valido nada, o casi.

—Perdone usted —dijo el doctor—. Tiene usted su habitual fluidez de espíritu, lo noto, pero aún menos deliberación de lo acostumbrado. No ignoro del todo estas cuestiones.

—De nada que yo haya oído nunca ignora usted del todo —interrumpió Casimir, inclinándose y levantando su copa con una especie de impertinente cortesía.

—Al menos —reanudó el doctor—, apliqué mi mente al asunto, eso sí que querrá creerlo, y calculé que nuestro capital se duplicaría. —Y describió la naturaleza del hallazgo.

—¡Bajo mi palabra de honor! —dijo Casimir—. ¡Casi le creo a usted! Pero mucho dependería de la calidad del oro.

—La calidad, mi querido Casimir, era... —Y el doctor, a falta de palabras, se besó las yemas de los dedos.

—No me fío de su palabra en eso, buen amigo —replicó el hombre de negocios—. Es usted un hombre de visiones muy optimistas. Pero este robo —continuó—, este robo es una cosa extraña. Por supuesto, paso por alto sus disparates sobre bandas y pintores paisajistas. Para mí, eso es un sueño. ¿Quién estaba en la casa anoche?

—Nadie más que nosotros —respondió el doctor.

—¿Y este joven caballero? —preguntó Casimir, señalando con un movimiento de cabeza hacia Jean-Marie.

—Él también —el doctor hizo una inclinación.

—Bien; y si no es indiscreción, ¿quién es? —prosiguió el cuñado.

—Jean-Marie —respondió el doctor— combina las funciones de hijo y mozo de cuadra. Empezó siendo lo segundo, pero ascendió rápidamente al rango más honroso en nuestros afectos. Es, puedo decirlo, el mayor consuelo de nuestras vidas.

—¡Ajá! —dijo Casimir—. ¿Y antes de pasar a ser uno de vosotros?

—Jean-Marie ha llevado una existencia notable; su experiencia ha sido eminentemente formativa —respondió Desprez—. Si hubiera tenido que elegir una educación para mi hijo, habría elegido una así. Comenzando la vida entre charlatanes y ladrones, pasando luego a la sociedad y la amistad de los filósofos, puede decirse que ha hojeado el volumen de la vida humana.

—¿Ladrones? —repitió el cuñado, con aire meditabundo.

El doctor se habría mordido la lengua. Preveía lo que se avecinaba y se preparó mentalmente para una defensa vigorosa.

—¿Has robado alguna vez tú mismo? —preguntó Casimir, volviéndose de repente hacia Jean-Marie y haciendo uso por primera vez de un monóculo que llevaba colgado al cuello.

—Sí, señor —respondió el muchacho, poniéndose muy colorado.

Casimir se volvió hacia los demás con los labios apretados y les hizo un gesto significativo con la cabeza. —¿Eh? —dijo—. ¿Qué os parece?

—Jean-Marie dice siempre la verdad —respondió el doctor, irguiendo el pecho.

—Nunca ha dicho una mentira —añadió madame—. Es el mejor de los muchachos.

—¿Que nunca ha dicho una mentira, eh? —reflexionó Casimir—. Curioso, muy curioso. Préstame atención, joven amigo —continuó—. ¿Sabías lo del tesoro?

—Él ayudó a traerlo a casa —intervino el doctor.

—Desprez, no le pido más que que se calle —respondió Casimir—. Tengo intención de interrogar a este mozo de cuadra suyo; y si está tan seguro de su inocencia, puede permitirse dejarle que responda por sí mismo. Ahora bien, joven —reanudó, apuntando el monóculo directamente a Jean-Marie—, ¿sabías que podía robarse impunemente? ¿Sabías que no podías ser procesado? ¡Vamos! ¿Lo sabías o no?

—Sí —respondió Jean-Marie en un miserable susurro. Sentado, cambiaba de color como un faro giratorio, retorciéndose los dedos histéricamente, tragando saliva, la viva imagen de la culpabilidad.

—¿Sabías dónde estaba guardado? —prosiguió el inquisidor.

—Sí —de Jean-Marie.

—Dices que antes has sido ladrón —continuó Casimir—. ¿Cómo voy a saber que no lo sigues siendo? Supongo que podrías escalar la puerta verde, ¿no?

—Sí —aún más bajo, del culpable.

—Pues bien, fuiste tú quien robó esas cosas. Lo sabes, y no te atreves a negarlo. ¡Mírame a la cara! ¡Levanta esos ojos de soplón y responde!

Pero en lugar de hacer nada de eso, Jean-Marie rompió en un gemido lamentable y huyó del cenador. Anastasie, mientras corría a alcanzar y tranquilizar a la víctima, tuvo tiempo de lanzar una flecha pártica: —¡Casimir, eres un bruto!

—Cuñado —dijo Desprez con la mayor dignidad—, se toma usted una licencia...

—Desprez —interrumpió Casimir—, por el amor de Dios, sea usted un hombre de mundo. Me telegrafía para que deje mis negocios y baje hasta aquí por los suyos. Vengo, pregunto de qué se trata, usted me dice: «¡Encuéntrame al ladrón!». Bien, lo encuentro; digo: «¡Ahí está!». No tiene por qué gustarle, pero no tiene ningún derecho a ofenderse.

—Bien —respondió el doctor—, lo reconozco; incluso le agradezco su celo equivocado. Pero su hipótesis era tan extravagantemente monstruosa...

—Mire usted —interrumpió Casimir—, ¿fue usted o Stasie?

—Desde luego que no —respondió el doctor.

—Muy bien; pues fue el muchacho. No hablemos más del asunto —dijo el cuñado, y sacó su pitillera.

—Diré esto más —respondió Desprez—: si ese muchacho viniese a decirme lo mismo, no le creería; y si le creyese, tal es mi confianza en él, concluiría que había actuado para bien.

—Vaya, vaya —dijo Casimir con indulgencia—. ¿Tiene usted fuego? Me tengo que ir. Y, a propósito, me gustaría que me dejara vender sus Turcos. Siempre le dije que eso significaba la ruina. Se lo vuelvo a decir. De hecho, fue en parte eso lo que me hizo bajar hasta aquí. Nunca acusa usted recibo de mis cartas: un hábito de lo más imperdonable.

—Mi buen cuñado —respondió el doctor afablemente—, nunca he negado su habilidad para los negocios; pero puedo percibir sus limitaciones.

—¡Caracoles, amigo mío, puedo devolverle el cumplido! —observó el hombre de negocios—. Su limitación es ser completamente irracional.

—Observe la posición relativa —respondió el doctor con una sonrisa—. Su actitud es creer a pies juntillas en el juicio de un solo hombre: el suyo propio. Yo sigo la misma opinión, pero de forma crítica y con los ojos abiertos. ¿Cuál de los dos es más irracional? Se lo dejo a su propio criterio.

—¡Oh, querido amigo! —exclamó Casimir—. Quédese con sus Turcos, quédese con su mozo de cuadra, váyase al diablo en general a su manera y acabemos. Pero no *raciocine* usted conmigo: no lo soporto. Y así, adiós. Lo mismo me habría dado quedarme en casa para todo el bien que he hecho. Dé recuerdos míos a Stasie y al hosco y cabizbajo mozo de cuadra ese, si insiste; yo me voy.

Y Casimir se marchó. El doctor, esa noche, diseccionó su carácter ante Anastasie. —Una cosa, preciosa mía —dijo—, ha aprendido una cosa del trato de toda la vida con tu marido: la palabra *raciocinar*. Brilla en su vocabulario como una joya en un estercolero. Y, aun así, la emplea mal continuamente. Pues habrás observado que la usa como una especie de tacha, en el sentido de *ergotizar*, insinuando, por así decirlo, ¡el pobre, querido hombre!, una veta de sofistería. En cuanto a su crueldad con Jean-Marie, hay que perdonársela: no es su naturaleza, es la naturaleza de su vida. Un hombre que trata con dinero, querida, es un hombre perdido.

Con Jean-Marie el proceso de reconciliación había sido algo lento. Al principio estaba inconsolable, insistía en marcharse de la familia, pasaba de un paroxismo de llanto al siguiente; y fue solo después de que Anastasie estuvo encerrada con él a solas durante una hora que salió, buscó al doctor y, con lágrimas en los ojos, puso a aquel caballero al corriente de lo ocurrido.

—Al principio, marido mío, no quería oír nada —dijo ella—. ¡Imagínate! ¡Si nos hubiera dejado! ¿Qué habría importado el tesoro comparado con eso? ¡Horrible tesoro, que ha traído todo esto! Por

fin, después de llorar hasta desgarrarse el alma, acepta quedarse con una condición: no debemos mencionar este asunto, esta infame sospecha, ni siquiera mencionar el robo. Solo con ese acuerdo, el pobre muchacho, tan malparado, consentirá en quedarse entre sus amigos.

—Pero esta prohibición —dijo el doctor—, este embargo, ¿no puede aplicarse a mí en ningún caso, verdad?

—A todos nosotros —le aseguró Anastasie.

—Querida mía —protestó Desprez—, debes de haberlo entendido mal. No puede aplicarse a mí. Él acudiría a mí de manera natural.

—Henri —dijo ella—, sí se aplica; te lo juro.

—Esta es una circunstancia dolorosa, muy dolorosa —dijo el doctor, poniendo cara seria—. No puedo fingir, Anastasie, sino estar justamente herido. Lo siento, lo siento, esposa mía, profundamente.

—Ya lo sabía —dijo ella—. Pero ¡si hubieras visto su angustia! Debemos ser comprensivos, debemos sacrificar nuestros sentimientos.

—Confío en que, querida, nunca me has encontrado reticente ante los sacrificios —respondió el doctor con notable rigidez.

—¿Y me dejarás ir a decirle que has aceptado? Será propio de tu noble naturaleza —exclamó ella.

En efecto lo sería, comprendió: ¡sería propio de su noble naturaleza! Su ánimo pegó un salto, triunfante ante el pensamiento. —Ve, cariño —dijo con nobleza—, tranquilízale. El asunto está enterrado; más aún: hago un esfuerzo, mi voluntad está acostumbrada a estos ejercicios, y lo he olvidado.

Poco después, pero todavía con los ojos hinchados y con un aire mortalmente avergonzado, Jean-Marie reapareció y se puso ostentosamente a sus quehaceres. Era el único miembro infeliz del grupo que se sentó a cenar esa noche. En cuanto al doctor, estaba radiante. Así entonó el réquiem del tesoro:

—En conjunto, este ha sido un episodio de lo más divertido —dijo—. No salimos un céntimo peor; más aún, hemos ganado enormemente. Nuestra filosofía ha sido ejercitada; aún queda algo de tortuga: el más sano de los manjares; tengo mi bastón, Anastasie tiene su vestido nuevo, Jean-Marie es el orgulloso poseedor de un quepis a la moda. Además, anoche tomamos una copa de Hermitage; el resplandor todavía impregna mi recuerdo. Me estaba volviendo francamente tacaño con ese Hermitage, francamente tacaño. Que sirva de lección: bebimos una botella para celebrar la aparición de nuestra fortuna quimérica; bebamos una segunda para consolarnos de su ocultación. La tercera la dedico por la presente al desayuno de boda de Jean-Marie.

VII. LA CAÍDA DE LA CASA DESPREZ

La casa del doctor no ha recibido aún el cumplido de una descripción, y ya es hora de subsanar la omisión, pues la casa es ella misma un personaje de la historia, y uno cuyo papel está casi a punto de acabar. De dos plantas de altura, con muros de un amarillo cálido y tejas de un antiguo pardo rojizo salpicadas de musgo y líquen, se alzaba con una de sus paredes hacia la calle, en el ángulo de la propiedad del doctor. Era espaciosa, llena de corrientes e incómoda. Las grandes vigas estaban aquí y allá grabadas con toscas marcas y dibujos; el pasamanos de la escalera lucía tallado en un arabesco campesino; un recio pilar de madera, que cumplía la función de sostener el techo del comedor, ostentaba en su cara más oscura misteriosos caracteres, runas según el doctor; y este no dejaba, cuando repasaba la legendaria historia de la casa y de sus dueños, de demorarse en el sabio escandinavo que se las había dejado. Suelos, puertas y vigas formaban una gran variedad de ángulos; cada habitación tenía su particular inclinación; el hastial se había escorado hacia el jardín, a la manera de una torre inclinada, y uno de los antiguos propietarios había apuntalado el edificio por ese lado con un gran puntal de madera, como la pluma de una grúa. En conjunto, tenía muchas señales de ruina; era una casa que las ratas habrían abandonado; y nada salvo su excelente lozanía —los cristales de las ventanas pulidos y relucientes, la pintura bien

fregada, los latones radiantes, hasta el mismísimo puntal todo enguirnaldado de flores trepadoras—, nada salvo su aire de veterano risueño y bien cuidado, sentado, muleta y todo, en el soleado rincón de un jardín, la señalaba como casa para gente acomodada. En manos pobres o dejadas no habría tardado en precipitarse por las canallescas etapas de la decadencia. Tal como estaba, toda la familia la amaba, y el doctor no estaba nunca más inspirado que cuando narraba su historia imaginaria y trazaba el carácter de sus sucesivos amos, desde el mercader hebreo que había reedificado sus muros tras el saqueo de la villa, pasando por el misterioso grabador de las runas, hasta el patán de cabeza dura y manos sucias a quien él mismo se la había comprado a un precio ruinoso. En cuanto a alguna alarma sobre su solidez, la idea no se le había presentado jamás. Lo que había resistido cuatro siglos bien podía durar un poco más.

En verdad, aquel invierno en particular, tras el hallazgo y la pérdida del tesoro, los Desprez tenían una inquietud de índole muy distinta, y una que les tocaba más de cerca el corazón. Jean-Marie no era, a las claras, el de siempre. Le daban arrebatos de febril actividad, en los que se esforzaba de manera insólita por agradar, hablaba más y más deprisa y redoblaba la atención a sus lecciones. Pero estos se veían interrumpidos por accesos de melancolía y silencio cavilante, en los que el muchacho resultaba poco menos que insoportable.

—El silencio —moralizaba el doctor—; ya ves, Anastasie, adónde lleva el silencio. Si el chico se hubiera desahogado como es debido, hace mucho que se habrían olvidado la pequeña decepción del tesoro y la pequeña molestia de la descortesía de Casimir. Tal como están las cosas, lo devoran como una enfermedad. Adelgaza, su apetito es variable y, en conjunto, escaso. Lo tengo a régimen severísimo, le administro los tónicos más poderosos; todo en vano.

—¿No crees que lo medicas demasiado? —preguntó madame, con un estremecimiento irreprimible.

—¿Medicarlo? —exclamó el doctor—. ¿Yo, medicarlo? ¡Anastasie, estás loca!

El tiempo pasaba, y la salud del muchacho seguía declinando lentamente. El doctor le echaba la culpa al clima, que estaba frío y borrascoso. Llamó a su *confrère* de Bourron, le tomó afición, magnificó su capacidad y no tardó mucho en estar él mismo en tratamiento; apenas se sabía de qué dolencia. Él y Jean-Marie tenían cada uno su medicina que tomar a distintas horas del día. El doctor solía acechar el momento exacto, reloj en mano. «No hay nada como la regularidad», decía, y llenaba las dosis y se explayaba sobre las virtudes de la pócima; y si el chico no parecía mejorar en nada, el doctor no estaba en absoluto peor.

El día de la Pólvora, el muchacho estaba especialmente decaído. Hacía un tiempo ceñudo y racheado. Enormes bandadas rotas de nubes surcaban veloces el cielo; ráfagas rasantes de sol barrían la aldea, seguidas de intervalos de oscuridad y de lluvia blanca y volandera. A veces el viento alzaba la voz y bramaba. Los árboles se flagelaban todos a lo largo de los prados, y las últimas hojas volaban como polvo.

El doctor, entre el muchacho y el tiempo, estaba en su elemento; tenía una teoría que demostrar. Se sentó con el reloj fuera y un barómetro delante, aguardando las rachas y anotando su efecto sobre el pulso humano. «Para el verdadero filósofo —observó encantado—, todo hecho de la naturaleza es un juguete.» Le llegó una carta; pero, como su llegada coincidió con la proximidad de otra ráfaga, se limitó a embutirla en el bolsillo, le dio la señal a Jean-Marie y, al instante siguiente, ambos se contaban el pulso como si fuera una apuesta.

Al caer la noche, el viento se convirtió en tempestad. Sitió el caserío, en apariencia por todos los flancos, como con baterías de cañón; las casas se sacudían y gemían; ascuas encendidas volaron sobre el suelo. El estruendo y el espanto de la noche mantuvieron largo rato despierta a la gente, sentada con rostros lívidos y el oído atento.

Eran las doce cuando la familia Desprez se retiró. Hacia la una y media, cuando la tormenta ya había pasado un tanto su punto

álgido, el doctor despertó de un sueño agitado y se incorporó. Un ruido le resonaba aún en los oídos, pero no sabía a ciencia cierta si era de este mundo o del mundo de los sueños. Siguió otro golpe de viento. Vino acompañado de un movimiento nauseabundo de toda la casa y, en la calma subsiguiente, Desprez pudo oír las tejas precipitándose como una catarata al desván sobre su cabeza. Sacó a Anastasie de la cama a viva fuerza.

—¡Corre! —gritó, poniéndole en las manos algunas prendas—. ¡La casa se cae! ¡Al jardín!

Ella no se detuvo a que se lo dijeran dos veces; estaba escaleras abajo en un instante. Nunca antes se había sospechado semejante agilidad. El doctor, entretanto, con la rapidez de un número de pantomima y sin arredrarse ante las espinillas magulladas, procedió a desalojar a Jean-Marie, arrancó a Aline de su sueño virginal, la agarró de la mano y se despeñó escaleras abajo y hasta el jardín, con la muchacha trastabillando tras él, todavía medio dormida.

Los fugitivos se citaron en el cenador por algún instinto común. Entonces llegó un fogonazo de luna forcejeante que reveló sus cuatro figuras, apiñadas contra el viento en un revoltijo de ropas al vuelo, y no sin considerable necesidad de más. Ante el humillante espectáculo, Anastasie se apretó desesperadamente el camisón alrededor y rompió a llorar a voz en grito. El doctor voló a consolarla, pero ella lo apartó de un codazo. Sospechaba que todos eran el público en general y creía que la oscuridad estaba viva de ojos.

Otro resplandor y otra ráfaga violenta llegaron juntos; se vio la casa cabecear sobre sus cimientos y, justo cuando la luz volvió a eclipsarse, un estrépito que triunfó sobre el clamor del viento anunció su desplome, y por un momento todo el jardín cobró vida con tejas y cascotes que saltaban. Uno de aquellos proyectiles rozó la oreja del doctor; otro descendió sobre el pie descalzo de Aline, que al instante hizo espantosa la noche con sus chillidos.

Para entonces el caserío estaba alarmado, luces destellaban en las ventanas, llegaban voces hasta el grupo, y el doctor respondía, batallando noblemente contra Aline y la tempestad. Pero esta perspectiva de auxilio no hizo sino despertar en Anastasie una fase más activa del terror.

—Henri, va a venir gente —chilló al oído de su marido.

—Eso espero —replicó él.

—No pueden. Antes prefiero morir —gimió ella.

—Querida —dijo el doctor con reproche—, estás alterada. Te di algo de ropa. ¿Qué has hecho con ella?

—¡Ay, no lo sé, debo de haberla tirado! ¿Dónde está? —sollozó.

Desprez tanteó a ciegas en la oscuridad.

—¡Admirable! —observó—. ¡Mi pantalón de pana gris! Esto atenderá exactamente tus necesidades.

—¡Dámelo! —gritó ella con fiereza; pero, en cuanto lo tuvo en las manos, su humor pareció mudar: se quedó callada un momento y luego devolvió la prenda al doctor, empujándola contra él—. Dáselo a Aline —dijo—, pobre muchacha.

—¡Tonterías! —dijo el doctor—. Aline no sabe lo que hace. Aline está fuera de sí de terror; y, en cualquier caso, es una campesina. Ahora bien, sí me preocupa de veras esta intemperie para una persona con tus hábitos hogareños; mi solicitud y tu fantástico pudor apuntan ambos al mismo remedio: los pantalones. —Los sostenía listos.

—Es imposible. Tú no lo entiendes —dijo ella con dignidad.

Para entonces el rescate estaba al llegar. Se había visto que era impracticable entrar por la calle, pues la cancela estaba bloqueada de mampostería, y la ruina bamboleante amenazaba aún nuevos aludes. Pero entre el jardín del doctor y el de la derecha había ese ingenio tan pintoresco: un pozo común; la puertecilla del lado de los Desprez estaba por azar sin cerrojo y ahora, por la abertura en arco,

un rostro barbudo de hombre y un brazo que sostenía un farol se introdujeron en el mundo de la ventosa oscuridad donde Anastasie ocultaba sus penas. La luz dio aquí y allá entre las agitadas ramas de manzano, chispeó sobre la hierba; pero el farol y aquel rostro encendido se convirtieron en el centro del mundo. Anastasie se encogió apartándose de la intrusión.

—¡Por aquí! —gritó el hombre—. ¿Estáis todos a salvo? —Aline, chillando aún, corrió hacia el recién llegado, y al punto fue izada de cabeza a través del muro.

—Ahora, Anastasie, vamos; te toca a ti —dijo el marido.

—No puedo —respondió ella.

—¿Vamos a morir todos de frío, madame? —tronó el doctor Desprez.

—¡Puedes irte tú! —gritó ella—. ¡Ay, vete, vete de aquí! Yo puedo quedarme aquí; estoy bien caliente.

El doctor la agarró por los hombros con un juramento.

—¡Para! —chilló ella—. Me los pondré.

Volvió a coger las detestadas prestaciones; pero su repulsión pudo más que la vergüenza.

—¡Jamás! —gritó, estremeciéndose, y las lanzó bien lejos en la noche.

Un instante después el doctor la había arrastrado en volandas hasta el pozo. Allí estaban el hombre y el farol; Anastasie cerró los ojos y le pareció que iba a morir. Cómo la trasladaron por el arco no lo supo; pero, una vez del otro lado, la recibió la mujer del vecino y la envolvió en una manta amistosa.

Se prepararon camas para las dos mujeres, ropa de muy variadas tallas para el doctor y para Jean-Marie; y durante el resto de la noche, mientras madame dormitaba a ratos en la linde de la histeria, su marido se sentó junto al fuego y peroró ante los admirados vecinos. Les expuso, con detalle, las causas del accidente; hacía

años, explicó, que la caída amenazaba; una señal había seguido a otra, las juntas se habían abierto, el yeso se había cuarteado, los viejos muros se habían combado hacia dentro; por último, no hacía tres semanas, la puerta de la bodega había empezado a moverse con dificultad en sus rieles. «¡La bodega! —dijo, meneando gravemente la cabeza sobre un vaso de vino caliente—. Eso me recuerda mis pobres cosechas. Por una providencia manifiesta, el Hermitage estaba casi agotado. Una botella; pierdo tan solo una botella de aquel vino incomparable. La había reservado para la boda de Jean-Marie. En fin, tendré que embodegar más; será un aliciente en la vida. Soy, con todo, un hombre algo entrado en años. Mi gran obra yace ahora sepultada bajo la caída de mi humilde techo; nunca se completará; mi nombre habrá quedado escrito en el agua. Y, sin embargo, me veis sereno; diría que alegre. ¿Puede vuestro cura hacer más?»

A la primera luz del día, la comitiva salió del calor de la lumbre a la calle. El viento había amainado, pero aún acarreaba en su carro un mundo de nubes turbulentas; el aire mordía como la escarcha; y el grupo, mientras estaba en torno a las ruinas en el lluvioso crepúsculo de la mañana, se golpeaba el pecho y se soplaba las manos para calentarse. La casa se había derrumbado por entero, los muros hacia fuera, el tejado hacia dentro; era un mero montón de escombros, con aquí y allá el lanzudo desamparo de una viga rota. Se apostó un centinela sobre las ruinas para proteger la propiedad, y el grupo se trasladó a Tentaillon a desayunar por cuenta del doctor. La botella circuló con cierta largueza; y, antes de que dejaran la mesa, había empezado a nevar.

Durante tres días siguió cayendo la nieve, y las ruinas, cubiertas de lona embreada y vigiladas por centinelas, se dejaron intactas. Los Desprez, entretanto, se habían instalado en Tentaillon. Madame pasaba el tiempo en la cocina, urdiendo pequeñas exquisiteces con la admirada ayuda de Madame Tentaillon, o sentada junto al fuego en pensativa abstracción. La caída de la casa la afectó asombrosamente poco; aquel golpe lo había parado otro; y en su cabeza libraba una y otra vez la batalla de los pantalones. ¿Había

hecho bien? ¿Había hecho mal? Y ora aplaudía su determinación; ora, con un horrendo arretrato de inútil penitencia, lamentaba lo de los pantalones. Ninguna coyuntura de su vida había ejercitado tanto su juicio. Entretanto, el doctor se había puesto sumamente contento con su situación. Dos de los huéspedes del verano seguían rezagados tras los demás, prisioneros por falta de una remesa; ambos eran ingleses, pero uno de ellos hablaba francés con bastante soltura y era, además, un tipo humorístico y de mente ágil, con quien el doctor podía razonar horas enteras, seguro de que lo comprenderían. Muchos fueron los vasos que apuraron, muchos los temas que discutieron.

—Anastasie —dijo el doctor la tercera mañana—, ¡toma ejemplo de tu marido, de Jean-Marie! La emoción ha hecho más por el chico que todos mis tónicos; hace su turno de centinela con positivo deleite. En cuanto a mí, ya me ves. He hecho amistad con los egipcios; y mi faraón es, lo juro, un compañero de lo más agradable. Solo tú andas alicaída. ¿Por una casa, unos cuantos vestidos? ¿Qué son frente a la «Farmacopea», la labor de años que yace sepultada bajo piedras y palos en este deprimente caserío? Cae la nieve; ¡yo la sacudo de mi capa! Imítame. Nuestras rentas menguarán, lo concedo, pues hemos de reconstruir; pero la moderación, la paciencia y la filosofía se congregarán en torno al hogar. Entretanto, los Tentailon son complacientes; la mesa, con tus añadidos, pasará; solo el vino es execrable; en fin, hoy mismo mandaré traer de otro. A mi faraón le agradará beber un vaso decente; ¡ajá!, y veré si posee ese colmo de la organización: un paladar. Si tiene paladar, es perfecto.

—Henri —dijo ella, meneando la cabeza—, tú eres un hombre; no puedes entender mis sentimientos; ninguna mujer podría sacudirse el recuerdo de una humillación tan pública. —El doctor no pudo reprimir una risita—. Perdóname, cariño —dijo—, pero, la verdad, para la inteligencia filosófica, el incidente parece una fruslería tan pequeña. Estabas tú de lo más favorecida...

—¡Henri! —exclamó ella.

—Bueno, bueno, no diré nada más —replicó él—. Aunque, a fe mía, si hubieras consentido en calzarte... *À propos* —se interrumpió—, ¡y mis pantalones! Ahí siguen tirados en la nieve, ¡mis pantalones favoritos! —Y salió disparado en busca de Jean-Marie.

Dos horas después, el chico volvió a la posada con una pala bajo un brazo y un curioso amasijo empapado de ropa bajo el otro.

El doctor lo tomó en sus manos con pesar.

—¡Han sido! —dijo—. Su tiempo verbal es el pasado. Excelentes pantalones, ¡ya no sois! Alto, algo hay en el bolsillo —y sacó un pedazo de papel—. ¡Una carta! Ay, ahora me acuerdo; me llegó la mañana del vendaval, cuando yo andaba absorto en delicadas investigaciones. Todavía es legible. ¡Del pobre y querido Casimir! Menos mal —rio entre dientes— que lo tengo educado en la paciencia. ¡Pobre Casimir y su correspondencia, su infinitesimal, timorata e idiota correspondencia!

Para entonces había desplegado con cautela la carta mojada; pero, al inclinarse para descifrar la escritura, una nube le descendió sobre la frente.

—¡*Bigre!* —exclamó, con un sobresalto galvánico.

Y acto seguido la carta fue arrojada al fuego, y el gorro del doctor estuvo sobre su cabeza en un abrir y cerrar de manos.

—¡Diez minutos! Lo alcanzo, si corro —gritó—. Siempre llega tarde. Me voy a París. Telegrafiaré.

—¡Henri! ¿Qué pasa? —gritó su mujer.

—¡Bonos otomanos! —llegó del doctor, que ya desaparecía; y Anastasie y Jean-Marie se quedaron frente a frente con los pantalones mojados. Desprez había ido a París, por segunda vez en siete años; había ido a París con un par de zuecos de madera, una chaqueta de punto, una blusa negra, un gorro de dormir aldeano y veinte francos en el bolsillo. La caída de la casa no fue sino una maravilla secundaria; el mundo entero podría haberse desplomado sin dejar apenas más petrificada a su familia.

VIII. EL SALARIO DE LA FILOSOFÍA

En la mañana del día siguiente, el doctor, un mero espectro de sí mismo, fue devuelto bajo la custodia de Casimir. Encontraron a Anastasie y al chico sentados juntos junto al fuego; y Desprez, que había cambiado su atuendo por unas ropas de confección de mala calidad, agitó la mano al entrar y se dejó caer sin habla en la silla más cercana. Madame se volvió directa hacia Casimir.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—Bueno —respondió Casimir—, ¿qué os he venido diciendo todo este tiempo? Ha sucedido. Esta vez es un rapado a fondo; así que más te vale hacer de tripas corazón y sacar el mejor partido. Y encima la casa por los suelos, ¿eh? Mala suerte, por mi alma.

—¿Estamos... estamos... arruinados? —jadeó ella.

El doctor le tendió los brazos.

—Arruinada —replicó—, estás arruinada por tu siniestro marido.

Casimir observó el consiguiente abrazo a través de su monóculo; luego se volvió hacia Jean-Marie.

—¿Lo oyes? —dijo—. Están arruinados; se acabaron las tajadas, se acabó la casa, se acabaron las chuletas grasientas. Se me antoja, amigo mío, que más te valdría ir haciendo el hatillo; la presente especulación está más o menos agotada. —Y le hizo un gesto significativo con la cabeza.

—¡Jamás! —gritó Desprez, poniéndose en pie de un salto—. Jean-Marie, si prefieres dejarme ahora que soy pobre, puedes irte; recibirás tus cien francos, si es que tanto me queda. Pero, si consientes en quedarte... —el doctor lloró un poco—. Casimir me ofrece un puesto, de amanuense —prosiguió—. Los emolumentos son escasos, pero bastarán para tres. Ya es demasiado haber perdido mi fortuna; ¿he de perder también a mi hijo?

Jean-Marie sollozó amargamente, pero sin una palabra.

—No me gustan los chicos que lloran —observó Casimir—. Este siempre está llorando. ¡Eh, tú! Lárgate un rato; tengo asuntos que tratar con tus amos, y estos sentimientos domésticos pueden arreglarse después de que me haya ido. ¡Andando! —y le mantuvo abierta la puerta.

Jean-Marie salió escurriéndose, como un ladrón sorprendido.

A las doce estaban todos a la mesa menos Jean-Marie.

—¿Eh? —dijo Casimir—. Se ha ido, ya lo ves. Ha captado la indirecta al vuelo.

—No es que, lo confieso —dijo Desprez—, no es que busque disculpar su ausencia. Delata una falta de corazón que me decepciona muy hondamente.

—Falta de modales —corrigió Casimir—. Corazón, nunca lo tuvo. Vaya, Desprez, para ser un tipo listo, eres el mortal más incauto de la creación. Tu ignorancia de la naturaleza humana y de los negocios humanos es de no creérselo. Te estafan los turcos paganos, te estafan los chiquillos vagabundos, te estafan a diestro y siniestro, arriba y abajo. Creo que debe de ser tu imaginación. Doy gracias a mi buena estrella por no tener ninguna.

—Perdóname —replicó Desprez, todavía con humildad, pero con un rebrote de ánimo al vislumbrar una distinción que trazar—; perdóname, Casimir. Tú posees, incluso en grado eminente, la imaginación comercial. Fue la falta de ella en mí —al parecer es mi punto débil— lo que ha conducido a estos reiterados golpes. Mediante la imaginación comercial, el financiero prevé el destino de sus inversiones, avista la casa que va a caer...

—Pardiez —interrumpió Casimir—: nuestro amigo el mozo de cuadra parece tener su ración de ella.

El doctor quedó acallado; y la comida prosiguió y concluyó principalmente al son de la nada consoladora conversación del cuñado. Este ignoró por completo a los dos jóvenes pintores ingleses, volviendo hacia sus saludos un monóculo ciego y

continuando sus comentarios como si estuviera a solas en el seno de su familia; y a cada dos palabras descosía otra puntada del globo aerostático de la vanidad de Desprez. Para cuando terminó el café, el pobre doctor estaba tan lacio como una servilleta.

—Vayamos a ver las ruinas —dijo Casimir.

Salieron a pasear por la calle. La caída de la casa, como la pérdida de un diente delantero, había transformado por completo el pueblo. Por el hueco, la mirada dominaba un gran trecho de campo abierto y nevado, y el lugar menguaba en comparación. Era como una habitación con la puerta abierta. El centinela estaba junto a la cancela verde, muy colorado y aterido, pero tuvo una palabra amable para el doctor y su acaudalado pariente.

Casimir miró el montículo de ruinas, probó la calidad de la lona embreada.

—Hum —dijo—, espero que el arco de la bodega haya aguantado. Si lo ha hecho, mi buen hermano, te daré un buen precio por los vinos.

—Empezaremos a cavar mañana —dijo el centinela—. Ya no hay más temor de nieve.

—Amigo mío —repuso Casimir sentencioso—, más vale que espere a que le paguen.

El doctor hizo una mueca de dolor y empezó a arrastrar a su ofensivo cuñado hacia Tentaillon. En la casa habría menos oyentes, y estos ya en el secreto de su ruina.

—¡Anda! —exclamó Casimir—. Ahí va el mozo de cuadra con su equipaje; no, pardiez, si lo está metiendo en la posada.

Y, en efecto, se vio a Jean-Marie cruzar la calle nevada y entrar en Tentaillon, tambaleándose bajo una gran cesta.

El doctor se detuvo con una súbita y desatinada esperanza.

—¿Qué puede llevar? —dijo—. Vayamos a ver. —Y apretó el paso.

—Su equipaje, no faltaba más —contestó Casimir—. Se muda, gracias a la imaginación comercial.

—No he visto esa cesta desde hace... desde hace muchísimo —observó el doctor.

—Ni la verás mucho más —rio entre dientes Casimir—; a menos, claro, que intervengamos. Y, por cierto, insisto en un examen.

—No hará falta —dijo Desprez, positivamente con un sollozo; y, lanzando a Casimir una mirada húmeda y triunfal, echó a correr.

—¿Qué diablos le pasará, me pregunto? —caviló Casimir; y luego, tomando la curiosidad la delantera, siguió el ejemplo del doctor y puso pies en polvorosa.

La cesta era tan pesada y grande, y el propio Jean-Marie tan menudo y tan cansado, que le había costado un buen rato subirla a rastras hasta el cuarto privado de los Desprez; y acababa de dejarla en el suelo delante de Anastasie cuando llegó el doctor, seguido de cerca por el hombre de negocios. Chico y cesta estaban ambos en muy lastimoso estado; pues el uno había pasado cuatro meses bajo tierra en cierta cueva del camino de Achères, y el otro había corrido unos ocho kilómetros con toda la fuerza de sus piernas, la mitad de esa distancia bajo un peso que lo hacía tambalearse.

—Jean-Marie —gritó el doctor, con una voz demasiado seráfica para llamarla histérica—, ¿es...? ¡Lo es! —exclamó—. ¡Ay, hijo mío, hijo mío! —Y se sentó sobre la cesta y sollozó como un niño chico.

—Ahora ya no irá usted a París —dijo Jean-Marie con timidez.

—Casimir —dijo Desprez, alzando el rostro mojado—, ¿ves a ese chico, a ese chico angelical? Él es el ladrón; le quitó el tesoro a un hombre no apto para que se le confiara su uso; me lo devuelve ahora que estoy sereno y humillado. Estos, Casimir, son los Frutos de mi Enseñanza, y este momento es la Recompensa de mi Vida.

—*Tiens* —dijo Casimir.

[Nota 3: ¡Que así sea, por el bien de mi cuento!]

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB